



1880



PQ6615

.14

A4

1880



1020133380

ADRIANA

DE WOLSEY.

ORIGINAL DE

VENTURA HIDALGO.

TOMO I

MEXICO

IMPRESA DE IGNACIO CUMPLIDO,

*Calle de los Rebeldes, núm. 2.*

1880.

0148-07060  
P&B615

EA

A4

1880



FONDO  
PEREZ MALLONADO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DEL "SIGLO DIEZ Y NUEVE."

A LA DISTINGUIDA PORTISA

Doña María Josefa Massanés de Gonzalez.

*Como prueba de entrañable cariño á mi querida tia, como testimonio de gratitud á la indulgente escritora que supo alentarme en mis primeros ensayos, ofrezco á Vd. estas pobres páginas.*

*Hónreme Vd. aceptándolas, que esta benevolencia suya será un nuevo estímulo á mi pensamiento, y otra deuda contraída por mi corazón.*

VENTURA HIDALGO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

BIBLIOTECA DEL "SIGLO DIEZ Y NUEVE."

## CARTA-PROLOGO.

A DOÑA JOSEFA MASSANÉS DE GONZALEZ.

Puesto que, según me dicen, dedicada está á usted la ADRIANA DE WOLSEY, para cuya obra me comprometí á escribir algunas líneas de prólogo, ¿por qué entonces éste, siendo mio, no ha de ir dirigido y dedicado tambien á la ilustre poetisa catalana, para quien ha de guardar siempre un recuerdo la historia de las patrias letras?

Vayan, pues, estas líneas á sorprender á la noble dama y á la eminente escritora en su modesto retiro de Vallarca, y al llevarle, como un estavio de tiempos no por más apartados ménos queridos, el nombre

de un amigo, llévenle también el tributo de consideración y respeto que le deben todos cuantos se interesan por aquella que desde su primera juventud se consagró con alma y vida á las dos grandes misiones que nadie debiera olvidar nunca: el cultivo de la inteligencia y la práctica de la caridad; es decir, el trabajo y el amor, la luz y la bondad, el progreso y el sentimiento, es decir, la libertad y la independencia del espíritu, que une al hombre con Dios, y el lazo del corazón, que le liga á sus semejantes; es decir, por fin, el amor á Dios, como resumen de todos los grandes amores de la tierra por medio de la santa oración, del trabajo y de la inteligencia, y el amor al prójimo como síntesis de todos los grandes sentimientos de la vida por medio de la santa medicina del amparo, de la fraternidad y del consuelo.

Quien posee, como aquella cuyo nombre figura al frente de estas líneas, la práctica sincera y constante de esas nobles virtudes, lo tiene adelantado todo para el amor

de sus conciudadanos y puede gozar en vida del juicio de la posteridad.

No es dado á todos ir á buscar, como ella ha hecho, la soledad del retiro; que si ella pudo hacerlo impunemente, otros, los más acaso, necesitan el torbellino de la vida para ahogar recuerdos. De seguro que al atravesar los umbrales de su casita de Valcarca, la paz y la tranquilidad del espíritu entraron con ella en el hogar, donde nunca se derramaron más lágrimas que las consagradas al recuerdo de un esposo honrado y querido. ¡Felices los que, como ella, pueden ir á terminar su vida en el hogar de sus padres, á la vista de los recuerdos de su infancia, y retirarse del mundo, sin miedo y sin tacha, con la seguridad de poder esperar serenamente los dos grandes juicios y los dos grandes fallos que esperan á todo mortal, el propio y el ajeno, el de la conciencia y el de la posteridad!

Hoy vive en su retiro la que un día brilló con toda la gloria de su talento y con

toda la belleza de su alma en medio de una sociedad exhuberante de vida y de pasiones, que se agitaba entonces convulsa y descreída al soplo vertiginoso del romanticismo. Rodeada de una corte de inteligencias robustas y de poetas esclarecidos, muertos malogradamente algunos en edad temprana, cuando ellos se dejaban arrastrar por las corrientes de una inspiración desordenada, ella les recordaba la inmutabilidad de los preceptos clásicos que vivirán eternamente porque son eternamente verdaderos; cuando ellos se lanzaban por los caminos trazados entonces por los folletines de los periódicos y las galerías de dramas terroríficos, ella les recordaba á Virgilio y á Horacio, que no tuvieron necesidad de espectros ni de sombras ensangrentadas para vivir más tiempo que el mármol y el bronce de sus estatuas; cuando ellos, empujados por la fiebre de las pasiones, maldecían de la existencia, y de la sociedad, y del mundo, filtrando por todas partes el veneno de la increencia y de la

duda, ella entonces se contentaba con señalarles el cielo y recordarles á Dios.

Más tarde, cuando á impulsos de nuevas ideas desapareció el romanticismo, aquella á quien van consagradas estas líneas se alió á los que con los Juegos Florales barceloneses echamos los cimientos de esa briosa literatura catalana, que hoy se presenta llena de vigor y de vida. No lo hizo, empero, yo lo recuerdo bien, sin antes advertirnos con perspicuo ingenio los escollos en que se podría tropezar y hasta quizá el peligro que se pudiera correr.

Y en verdad que este recuerdo me obliga á detenerme en este asunto.

Precisamente en el momento en que estas líneas se escriben, el movimiento iniciado en 1860 es discutido con calor en la prensa, y llegan á mis manos opúsculos, revistas y periódicos de Madrid, de Barcelona, de Valencia, de Lisboa, de Paris, de Montpellier y Tolosa, debatiendo sobre los orígenes y tendencias del catalanismo, según le llaman unos á secas, del renaci-

miento catalan, como dicen otros, del provincialismo, conforme algunos lo denominan.

No creo llegado aún el instante de formar juicio sobre este movimiento, y es en vano que se pretendan torcer honrados propósitos y generosos sentimientos dando valor á frases sueltas y á versos aislados de este ó de otro poeta, sobre todo si la idea de estos versos ha explicado en nota de las cuales quizá se prescinde intencionadamente al citarlos. No, el movimiento literario de Cataluña ni es una idea separatista, como creen algunos, ni un propulsor político, como creen otros. No ha llegado aún este movimiento á sazón, y por consiguiente, no puede ser definido. Hay que esperar. Los escritores que le iniciaron, viven aún en su mayoría, y es preciso que recorran todo su curso, con las evoluciones naturales á todo curso de planeta, para que pueda juzgárseles. Es preciso asimismo que maduren todos los que tras de ellos han venido, para que, á su vez tam-

bien, puedan ser juzgados. El movimiento literario catalan, en mi sentir, es hoy todavía un misterio, bajo el punto de vista con que, movidos tal vez por atropellada impaciencia, quieren muchos examinarle. Por lo tocante á este concepto, está en gérmen. Se halla aún en estado de crisálida.

Sería sensible que impaciencias aventureras viniesen á desnaturalizar el carácter de una literatura que no debe considerarse sino como una rama fuerte, robusta, frondosa del árbol de la literatura nacional. Todo lo que sea dar carácter de exclusivismo al catalan, es desnaturalizarlo; todo lo que sea querer hacer de él una lengua de muertos, es perderlo; todo lo que sea apartarle de la madre comun ibérica, es matarlo.

Mal hacen los que llevarle quieren por esos caminos y derroteros. Los que predicán y platican el exclusivismo. ¿cómo no comprenden que el exclusivismo es el aislamiento, la soledad, el vacío? Los que se



esmeran en hacer del catalan un compuesto de arcaísmos y frases territoriales ó desusadas, ¿cómo no conciben que se hacen ininteligibles y que todo lo que no se comprende es refractario? Los que quieran apartarse del movimiento de union y de atraccion que llama á todos los hombres á un centro comun y á todas las almas al seno de Dios, ¿cómo no ven que caminan al absurdo?

El absurdo no puede ser, y lo que no puede ser, no es. Todo lo que no sea camino á la luz, á la vida, al progreso, es perfectamente inútil. Se obtiene solo lo que obtienen, segun la fábula, los desesperantes esfuerzos de Tántalo.

Yerran, pues, los que van por ese camino, como yerran aquellos que, juzgando desde su punto de vista el movimiento literario catalan, creen hallar en él corrientes pronunciadas de reaccion, y tambien los que, por el lado contrario, hallan en él supuestos síntomas de federalismo.

— ¡El federalismo! Palabra es ésta que

ha costado muchas lágrimas y mucha sangre á España, siendo tambien causa y origen de daño para la literatura catalana.

Y sin embargo, cuando ésta la usó por vez primera, fué en su verdadera acepcion, en su alto sentido moral, levantado y noble; que para unir se comprende el federalismo; para desunir, nunca. Los que primero se valieron de esta palabra en el seno de la literatura catalana, no podian llegar á imaginarse nunca que como bandera política pudiera levantarse un dia, y como bandera política para ir á la desunion, á la ruina, al cantonalismo, al desmembramiento de la patria.

Los que, con referencia á la literatura catalana, tanto han hablado de federalismo, han desnaturalizado por completo frases, ideas y pensamientos.

Jamas se habló de federalismo en el sentido literario, sino dándole el alcance de federacion con la literatura castellana, para más union y fraternidad dentro de la patria comun. Lo mismo precisamente que

hoy, sin alarma de nadie sostiene y pide la revista que con el título de *Cádiz*, dirige con habilidad de todos reconocida, la excelente escritora doña Patrocinio de Biedma.

Jamas se habló de federalismo en el sentido político, más que en el de union de España con Portugal por medio de un lazo federal que permitiera reconstituir la antigua nacionalidad ibérica y hacer que pudieran venir las quinas á ocupar un puesto de honor en el escudo donde brillan ya las barras, los leones y los castillos.

Hubo una época, poco antes de los Juegos Florales, en que la idea de la union ibérica se desarrolló con gran fuerza de vida y de sentimiento en Barcelona. Acababa de llegar allí una personalidad ilustre, un propagandista incansable de la idea, un catalán entusiasta, literato eminente y diplomático insigne, D. Simbaldo de Mas. Durante su estancia en la capital del principado se repartió con gran profusion, en crecidísimo número de ejemplares, el folle-

to por él escrito, para la propagacion de la idea ibérica. Aceptado el pensamiento por un grupo de hombres y escritores políticos, con él fué este grupo al campo de los Juegos Florales, llevando por delante su programa escrito, el cual se publicó y consiguó en el proemio de una obra catalana que por entonces vió la luz.

«Vida de la provincia, decia este programa, pasando á lo político, despues de haber expresado lo literario, vida de la provincia dentro la unidad política y constitucional de la nacion. Descentralizacion hasta donde sea compatible con la unidad sagrada de la patria española. Aspiracion á formar un reino ibérico por medio de la federacion de España con Portugal, pero nunca de otra manera que por la expresion legitima y pacífica de la voluntad nacional. Predicacion constante para que las provincias aspiren á ser lo que merecen, adoptando todas y cada una el lema de *cada una para sí, pero todas para todas.*»

Los que profesaban estas ideas, acepta-

ban como otro de sus medios de propaganda, el movimiento catalan y entraban en él de lleno, siendo éste el único grupo político de que yo tengo noticia que tomara parte en aquel movimiento literario, y siendo entonces tan solo, y con este solo objeto, el de lanzar una idea de propaganda que pudiera unir á Portugal con España, cuando por primera y única vez se citó la palabra federalismo, recordando que por un lazo federal habia llegado á su unidad la corona de Aragon.

Quizá por haber desatendido esta circunstancia, que yo recuerdo, porque los viejos lo recordamos todo; quizá por haber pasado desapercibida ú olvidada hasta para los mismos que escudriñan hoy minuciosamente todo lo que tiene relacion con el movimiento catalan, es por lo que dos ilustres extranjeros, un portugués y un frances, Teixeira Bastos y el baron de Tourtoulou, sin hablar de otros, han creído hallar en los comienzos del renacimiento catalan ideas que nunca existieron, pro-

pósitos en que jamas hubo de soñarse. La única vez que en la literatura catalana se habló de federalismo, fué en la circunstancia indicada y con el objeto mencionado. Aquel federalismo de union, que obedecia á una idea de engrandecimiento para la patria comun; aquel federalismo, que solo se invocaba como medio para el enlace de los dos reinos ibéricos, y que hasta se apoyaba entonces precisamente en un lazo matrimonial entre las dos familias á la sazón reinantes, nada tenia que ver con el federalismo separatista y absurdo que, malaventuradamente para la patria comun, debia predicarse ocho años más tarde, y por vez primera, desde los balcones de las Casas Consistoriales de Girona.

Y dicho esto, que, aprovechando ó tal vez forzando la ocasion, he querido recordar como nuevo argumento para los que con levantado criterio se ocupan en investigar los orígenes del renacimiento catalan, hora es ya de que lleguemos á la novela que puso ta pluma en mi mano, y que,

por ser de autor catalán, no hace del todo inútiles las indicaciones hechas.

¿Es la **ADRIANA DE WOLSEY** una de esas producciones palpitantes de interés que se arrebatan de las manos, que se devoran con entusiasmo febril, que se multiplican en ediciones de miles de ejemplares, que se encuentran en el tocador de la elegante dama, así como en el costurero de la acicalada doncella, que causan profunda sensación y que forman época?

No, ciertamente. No pertenece á este género **ADRIANA DE WOLSEY**.

Su autor, con perfecto acuerdo en mi sentir, ha querido darle otro carácter y seguir otro camino para llegar á su fin, no tan deslumbrador ni brillante, pero más seguro, más sófido y más práctico.

La **ADRIANA DE WOLSEY** es un libro de sana moral y de provechosa enseñanza. No alimentará su lectura pasiones desordenadas y tempestuosas, pero inspirará amor al estudio, al trabajo y á las prácticas sinceras de la virtud. Al terminar la

lectura de este libro quedan dos grandes y consoladoras impresiones en el alma, una de horror al vicio, á la hipocresía, á todas las malas pasiones; otra de simpatía para todo lo elevado, lo noble, lo caritativo, por todas las serenas virtudes que conducen á la perfección humana.

El libro cuya lectura deja esta impresión, debe ser ciertamente un buen libro.

No importa que alguno de sus personajes aparezca con tintas quizá demasiado cargadas. Hay verdad en el fondo, y los tipos son copiados del natural.

Basado el cuadro de la novela sobre un asunto de alta moralidad, tiene detalles que seducen y encantan, escenas diestramente escritas, en las cuales se refleja el alma del autor; aquellas especialmente que pasan en la pobre buhardilla á donde sube *Adriana* movida solo por el impulso de la caridad y donde se encuentra con un desolador espectáculo de lágrimas y miseria, cuya víctima es la desaparecida compañera de su infancia. Delicadamente to-

cadadas estas escenas, su interes dramático sube de punto cuando *Adriana*, llamada á aquella buhardilla por su caridad, se encuentra con el amor honesto, puro y verdadero por ella soñado y buscado vanamente en las altas regiones donde le dan derecho á brillar su título, su belleza y su fortuna.

No he de descórrer yo el velo tras del cual oculta el autor su verdadero nombre; pero quien con algun detenimiento se fije en las escenas y detalles á que me refiero, y que en mi opinion son lo más delicado de la obra, encontrará de seguro esa ternura singular, esa pureza de sentimientos, ese tacto exquisito que parecen acompañar á la mujer en su viaje de ángel desterrado por el mundo.

Algo debe haberse inspirado el autor en la selecta escritora á quien va dedicada la obra. Algo hay de su espíritu y de su ejemplo en *ADRIANA DE WOLSEY*, tipo simpático de mujer ejerciendo la más noble de las virtudes cristianas, siendo en la buhardi-

lla el mensajero de la dicha; en la sociedad, el iris de la paz, en el hogar doméstico, la estrella de ventura; en todas partes el ángel del amor, de la caridad y de la esperanza.

*ADRIANA* es el tipo con más esmero trazado, con más cuidado y delicadeza escrito. Por algo y con tanto amor habrá sido delineado.

Creo que ésta es la primera obra del autor. No comienza por donde los demas acaban, y me complace que así sea, porque acostumbrado estoy á ver que los que empiezan por donde los demas concluyen, concluyen por donde los demas empiezan.

¿Tiene faltas esta obra? No soy el crítico llamado á señalarlas; soy el amigo á quien se ha escogido para presentarla al público, pero con todos los defectos que pueda tener, es una primera obra con mérito y títulos sobrados para poder augurar que su autor sabrá conquistarse un puesto de honor en la república de las letras. Por

muchísimo ménos comenzaron muchos que luego fueron muy allá.

ADRIANA DE WOLSEY es un libre que tiene verdadero interes, y hay páginas que no pueden leerse sin sentir los ojos humedecidos por consoladoras lágrimas de ternura. Por mis manos han pasado y en nuestras bibliotecas figuran docenas de obras traducidas del extranjero, encomiadas por la prensa, aplaudidas por el vulgo, que no valen en verdad lo que la ADRIANA DE WOLSEY.

Felicito sinceramente al autor de esta novela, que entra con paso firme en un camino donde no todo son flores de seguro, como felicito también al inteligente editor que le ha tendido una mano protectora.

VÍCTOR BALAGUER.

Madrid, 21 de Setiembre de 1878.

## ADRIANA DE WOLSEY.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### INTRODUCCION.

### EL FUTURO MAYORDOMO.

Las diez de la noche serian, hora en que por lo regular se solazan los sirvientes de las llamadas grandes casas en tanto que sus aristocráticos y opulentos amos brillan en los teatros y salones, cuando un hombre, alto y robusto, que contaria apenas medio siglo, limpio el rostro de barba y poblada la cabeza de áspero pelo castaño, entre cuyos mechones blanqueaban más canas de las que él quisiera, á cuyo cuerpo envolvía una librea algo chillona y no muy

muchísimo ménos comenzaron muchos que luego fueron muy allá.

ADRIANA DE WOLSEY es un libre que tiene verdadero interes, y hay páginas que no pueden leerse sin sentir los ojos humedecidos por consoladoras lágrimas de ternura. Por mis manos han pasado y en nuestras bibliotecas figuran docenas de obras traducidas del extranjero, encomiadas por la prensa, aplaudidas por el vulgo, que no valen en verdad lo que la ADRIANA DE WOLSEY.

Felicito sinceramente al autor de esta novela, que entra con paso firme en un camino donde no todo son flores de seguro, como felicito también al inteligente editor que le ha tendido una mano protectora.

VÍCTOR BALAGUER.

*Madrid, 21 de Setiembre de 1878.*

## ADRIANA DE WOLSEY.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### INTRODUCCION.

### EL FUTURO MAYORDOMO.

Las diez de la noche serian, hora en que por lo regular se solazan los sirvientes de las llamadas grandes casas en tanto que sus aristocráticos y opulentos amos brillan en los teatros y salones, cuando un hombre, alto y robusto, que contaria apenas medio siglo, limpio el rostro de barba y poblada la cabeza de áspero pelo castaño, entre cuyos mechones blanqueaban más canas de las que él quisiera, á cuyo cuerpo envolvía una librea algo chillona y no muy

nueva, metidas sus toscas manos en unos guantes de hilo blanco ceniciento, á los cuales algunos puntos escapados de sitio impedían que fuesen enteros, echada la cabeza hácia atrás, frunciendo el ceño y mirando al soslayo y por encima del hombro á cuantos junto á él pasaban, salió de un ancho portal de la calle de Espoz y Mina, atravesó la puerta del Sol y cruzando varias calles, entró en la de Toledo, metiéndose de rondón en la acreditada bañolería del tío Quico.

Era ésta una sala cuadrada que contaría á duras penas media docena de mugrientas mesas rodeadas de sillas análogas á ellas, teniendo frente á la puerta el mostrador, que cuando se construyó fué blanco y ahora de color indefinible, y pintadas en las paredes rosas amarillas y claveles azules, entre los cuales destacaban algunas figuras chabacanas que por el remate de sus piés y cabeza parecían querer ser chinos con cara de cuervos, completando tan vistoso cuadro una luz de petróleo, pendiente

del ahumado techo, que si mal alumbraba, peor olor despedía.

Entre los varios parroquianos que honraban la bañolería, ocupaban la mesa más próxima al mostrador cuatro hombres decentemente vestidos, con chaqueta y pantalón de paño pardo y sombrero de castor, los cuales, bebiendo á tragos y chupando no muy católicos cigarros, tenían fija su atención en las fichas de un dominó, en el cual, como en todo lo perteneciente al tío Quico, la mugre tapaba los puntos, cuando no los multiplicaba.

Entró en la bañolería nuestro hombre de la calle de Espoz y Mina, dándose tanto aire, que despues de pasar la puerta, cerróse ésta con tal fuerza, que se hicieron en mil pedazos dos cristales. Al discordante estrépito que éstos produjeron, acudió presuroso y muy azorado el tío y todos los asistentes, incluso los que jugaban al dominó, olvidaron sus fichas para mirar á quien que con tanto ruido se anunciaba.

— ¡Vaya, Quico, no ha sido nada, dijo el



recien llegado contestando á las lamentaciones del buñolero.

—¿Cómo que nada? dos cristales que representan la ganancia de dos dias de gran venta...

—Repito que no es nada, porque yo lo pagaré.

—¡Ah, señor Lorenzo! exclamó el tío Quico ensanchando sus pulmones, no esperaba otra cosa de su mucha bondad.

—Vaya, no se hable más de esto, interrumpió Lorenzo con tono de proteccion; y tomando asiento entre los cuatro que jugaban al dominó, continuó:—guardad el juego, y vengan pronto un par de libras de azucarados buñuelos con sus dos correspondientes botellas de Jerez.

Diez ojos, incluso los del buñolero, se abrieron más de lo regular y fijaron en Lorenzo, que sonriendo desdeñosamente continuó:

—Despacha, Quico, que tengo la boca seca.

—¿De Jerez ha dicho usted, señor Lo-

renzo? preguntó el tío Quico sin quitarle el ojo.

—De Jerez he dicho, y del legítimo, cuidado con equivocarte.

—¿Qué santo es hoy? preguntóle uno de sus cuatro compañeros.

—Lo ignoro.

—¿Te ha caído el premio gordo? repuso otro.

—No juego á la lotería.

—¿Has heredado de algun pariente? objetó un tercero.

—No tengo más pariente en el mundo que mi hermana, y ésta, á Dios gracias, está sana y buena.

—Entonces, Lorenzo...

—¿Qué?

—¿Per qué este convite?

—En celebridad de que soy antiguo sirviente del excelentísimo señor baron del Monte.

—Pues no dicas que hace veinte años estás sirviendo á su excelencia?

—Cierto.

—¿Y te acuerdas hoy de celebrarlo?

—Sí.

—Vaya, hombre, canta lo que sea, pues algo de extraordinario te trae hoy con esos humillos y ese tempo á lo gran señor.

—Pues no me llamabais ayer pelele?

—A los hombres se les llama segun sus obras. Ayer, por un cuarto de aguardiente te hubieras peleado con la sombra de tu padre, y hoy rompes cristales y los pagas sin murmurar; obsequias á tus amigos con buñuelos y Jerez, y nos miras con tal aire de proteccion, que parece hemos de hincarte la rodilla. ¿Quieres decirnos qué significa esto?

—Es que, como decís vosotros, ayer era un pelele y hoy me hallo en visperas de ser un gran señor ó cosa parecida.

—¿Tú?

—Yo.

—Pero hombre, ¿quieres hablar?

—Voy á ponerlos al corriente de lo que ocurre.

Agrupáronse los cuatro tanto como les

permitia la mesa que estaba entre ellos, presentándose en el mismo instante el bañero con dos libras de los azucarados y el delicioso jerezano, y dejándolo todo sobre la mesa, quedóse mirando de nuevo y con mayor insistencia á su parroquiano.

—Muy bien, Quico, dijo aquel, ahora come, bebe y escucha, pues tambien debo hacerte partícipe de la gran novedad.

—Vaya si escucharé, señor Lorenzo, que no me asombra á mí ménos lo que en usted oigo y veo esta noche.

—Contestadme francamente á lo que voy á preguntaros.

—Sepamos.

—¿Por quién me teneis á mí?

—¡Hombre, vaya una pregunta!

—He dicho mal; quiero decir, ¿por quién me habeis tenido hasta ahora?

—Te hemos tenido y tenemos, contestó el que estaba á su lado, por un antiguo y honrado sirviente del excelentísimo señor baron del Monte, ex-gobernador, ex-diputado á Cortes, ex-senador, ex....

—Basta de ex, interrumpió Lorenzo, debeis añadir, condecorado con todas las cruces habidas y por haber y ...

Más arruinado que el bolsillo de un cesante, objetó otro.

—Sí, pero en cambio tiene ...

—Centenares de acreedores, que el día ménos pensado lo dejan en cueros en medio de la Puerta del Sol; dijo sin empacho un tereero.

—Si no me dejáis hablar ...

—Te escuchamos.

—En cambio de todo esto, tiene un pariente en Indias ...

—¡Oh, un pariente en Indias! exclamaron los cuatro.

—¡Quiero decir que tenía un pariente en Indias ...

—¡Ah, ya! habrá muerto el pariente dejando á tu amo heredero universal.

—Tampoco es eso.

—¿Pues? ...

—Si me interrumpís á cada palabra...

El pariente ha muerto dejando á su única hija heredera de veinte millones de pesos fuertes, como allá los llaman.

—Bola.

—Bola.

—Esa no cuela, exclamaron todos.

—Por mi ánima que es verdad, y si no os merezco crédito no concluyo mi relato.

—Vaya, pase lo de veinte millones, dijo uno, pero en lugar de pesos pongamos reales.

—En aquellas ricas tierras no cuentan por miserias, dijo Lorenzo.

—¿Pero tú sabes lo que son veinte millones de pesos fuertes?

—Pues tales son, no lo dudeis, y para desvanecer vuestra incredulidad, mañana encontrareis en los periódicos esta gaceta.

«Hace poco falleció en New-York el opulento inglés lord Harri Wolsey, duque de Clarendon, dejando heredera de veinte millones de duros próximamente á su jóven hija, la cual trasladó su residencia á Espa-

ña al lado del señor Barón del Monte, persona muy conocida entre la aristocracia madrileña.»

Con estas ó parecidas palabras encabezarán mañana las gacetillas de todos los periódicos de Madrid; leedlos y juzgareis si lo que os he dicho es bala.

—Corriente, dijo uno, demos por sentado lo de los veinte millones y lo de que sean pesos y no reales, lo del parentesco de la millonaria duquesa con el arruinado barón, y lo de su venida á España. ¿Qué provecho vas tú á sacar de todo esto?

—¡Friolera! exclamó Lorenzo, haceos cuenta que á amos y á criados se nos han abierto las minas del Potosí.

—No lo comprendo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Figuraos que esta mañana, oyendo el señor barón mis lamentaciones sobre el estado de mi bolsillo: «Lorenzo, me ha dicho, pronto variará la situación de la casa, y así voy á recompensarte como te mere-

ces. Solamente habeis quedado de mis antiguos criados tu hermana y tú, el cocinero y lacayo, que gracias á tu actividad y buenas disposiciones, os multiplicais en casos dados; de manera, que nadie echará de ménos el fastuoso tren y servidumbre que á mi rango corresponde. Hasta ahora nada he podido hacer por tí; muy al contrario, te debo, lo mismo que á tu hermana, el sueldo de seis años; mas ya ha llegado el día de asegurarnos un porvenir. La llegada de mi sobrina la duquesa de Clarendon es la aurora de vuestra felicidad, pues habrá que poner la casa con el tren á que está acostumbrada, y la servidumbre en toda regla, por lo que pienso, en pago de tus buenos y largos servicios, elevarte á mayordomo y á tu hermana á ama de gobierno, ambos con un pingüe sueldo, que, si lo sabeis manejar, os hará capitalistas.»

—¿Y cuándo llega su excelencia? preguntó temblando de alegría.

—La esperamos esta semana. Conque, Lorenzo, ya lo sabes; desde mañana eres

el mayordomo de la casa, con doce mil reales que te asigno desde ahora; procura, por lo tanto, ponerte á la altura que á tu categoría corresponde. Y en cumplimiento de esta orden, continuó Lorenzo, he venido á despedirme de vosotros, pues ya comprendereis que si el simple criado podía sin humillar su dignidad pasar las noches en esta buñolería, en el primer mayordomo de la excelentísima duquesa de Clarendon sería una falta imperdonable. Quiero cumplir con mi deber con toda la delicadeza debida á mi rango.

Unánime careajada respondió á las huecas palabras del futuro mayordomo.

—Hombre, dijo uno cortado á intervalos su risa, todavía no ha llegado la duquesa, ni eres tal mayordomo, ni has cobrado un maravedí, ¿y ya soplas tan recio?

—Desde mañana lo seré, y quiero desde mañana serlo como debo.

—¿Lo cual quiere decir que al cambiar de posición desdenas á los que hasta ahora han sido tus amigos?

—No es eso, dijo Lorenzo; yo me acordaré de vosotros desde mi elevado puesto, y si algo puedo en vuestro obsequio, no dejaré de favoreceros. Soy agradecido y no olvido las veces que encontrándome sin blanca me habeis hecho gracia del cotidiano aguardiente.

—Ya es algo, murmuró uno.

—Lo que quiero demostraros es que no estaría decente que siendo quien soy, pasase las noches en este sitio.

—¡Ojalá ¿de qué pecado tiene que acusarse mi establecimiento para que no pueda pasar en él las noches, no digo usted, sino el mismísimo emperador de todas las Rusias? exclamó el tío Quico subiéndosele el color al rostro.

—De ninguno, hombre, de ninguno; apresuróse á contestar Lorenzo, sino que la buena sociedad y el buen tono, como dice el señor baron, nos exigen ciertas etiquetas y miramientos que...

—¡Voto á cribas! exclamó sin poder contenerse el que tenía á su lado, me dan bar-

runtos de que tu ascenso ha dado al traste con tu sentido común. ¿Con quién presume que ha de alternar el señor mayordomo del adorado y desacreditado barón del Monte?

—Ea, no riñamos con nuestro amigo, apresuróse á añadir otro con cierta intención; Lorenzo ha tenido siempre buen fondo, y no porque tanto se elove, ha de olvidarse de los míseros reptiles que deja arastrándose por el polvo.

—No lo penseis siquiera; muy al contrario, tendreis en mí un generoso protector, mientras de mi proteccion seais dignos.

—¡Bravo! exclamó otro, mirándose todos recíprocamente y mordiéndose los labios por contener la risa; con tal amigo hemos puesto una pica en Flandes. Yo acepto tu proteccion y á ella me agarro.

—Y yo.

—Y yo.

—Y todos.

—Y á mí, señor Lorenzo, dijo el tío Qui-co, que siempre le he servido los buñuelos

calientes y el vino moro, ¿no me será dado aspirar á algo?

—Mi influencia os alcanzará á todos.

—Muy bien, brindemos ahora por el nuevo mayordomo.

—Brindemos.

—Brindemos.

Y vaciando en los verduscos vasos la segunda botella de Jerez, hicieronlos chocar entre sí, pasando seguidamente el delicioso néctar á sus respectivos esófagos.

—Ahora que ha concluido lo que debia decir, me permitireis que me retire. Qui-co, añadió dirigiéndose al buñolero y dejando el asiento, apunta el gasto de esta noche con dos reales de propina que le añadió, cuenta que me presentarás y pagará en cuanto yo cobre.

—Y diga usted, señor Lorenzo, preguntó el tío hablándosele los ojos, ¿se cobro es á muchos dias vista?

—Hombre, en cuanto llegue la señora duquesa.

—¿La que está en las Indias?

—La que ya está en las costas españolas, pues se la espera de un momento á otro en esta invicta villa.

—¿Y cobraré en cuanto me presente?

—Sí.

—¿No me engaña usted?

—Hombre, en otra ocasión, al hacerme tal pregunta te dejo mudo; y da gracias á que en el día no me pertenezco si dejo en su sitio á tu lengua.

—Mucho que me está usted asustando con tales bravatas; yo pido lo que es mío, y como de promesas no vivo, no me doy por satisfecho con las de usted.

—Mi palabra vale más que el oro.

—Pero con su palabra no tengo para comprar un cigarro....

—Basta, Quico, dijo uno de los compañeros, Lorenzo es incapaz de faltar á ella; y á todo aventó, aquí quedamos cuatro testigos de lo que te debe.

—Esta bien, señor Lorenzo, balbuceó el tío humillando el tono, me fio de usted, y puesto que ha de ser esta semana la lle-

gada de la excelentísima millonaria, me resigno.

—Quedad con Dios, dijo Lorenzo.

—Con buena estrella inaugures tu nueva posición, contestaron sus compañeros.

Salió de la buñolería el infatuado mayordomo, taladrando las negras baldosas con los tacones de sus remendadas botas, y sus cuatro camaradas le miraron marchar murmurando uno de ellos.

—¡Habrá estúpido!

—Si llega á ser lo que dice, ¿quién se le acercará? prosiguió otro.

—Mas como ningún provecho nos reporta malquistarnos con él, bien hemos hecho en tolerar sus necedades, repuso el tercero.

—De su amo aprende á ser tonto de capirote.

—Dicen que es el hombre más entramado de Madrid.

—De tal modo, que hasta debe losóforos con que enciende el cigarro.

—Y gastan, sin embargo, y triunfan ellos....

—Toma, poco mérito tiene: con la misma moneda que su criado paga el amo todo lo que debe.

—Hasta que sus acreedores le embarquen la camisa.

—No, hombre, ahora llegará la parienta de las Indias y la explotarán de lo lindo.

—¿Y creen ustedes que lo de la parienta es cierto? preguntó desazonado el tío Quico.

—Casi aseguraría que sí, pues hasta ahora Lorenzo solo sabia lamentarse; y por lo mismo, los humillos que hoy traía, de algo son nacidos.

—¡Quiéralo Dios! murmuró el buñolero.

—¡Pobre pariental! Mucho me temo que escaparás de Madrid con las manos en la cabaza. ¡Buenos gavilanes te aguardan!

Así diciendo, levantáronse los cuatro compañeros, despidiéndose en la puerta para encaminarse cada uno á su respectiva vivienda, y mientras el tío Quico, pen-

sativo y cabizbajo, recogía los chismes que quedaron en la mesa y pasaba por ella un pringoso paño, el feliz mayordomo recorría las mismas calles que una hora ántes, pero en sentido inverso, penetrando de nuevo en el ancho portal de la calle de Espoz y Mina, risueño el semblante, coloradas las mejillas y dándose aire con su gorra de charol, á pesar de estar á mediados de Enero.



## CAPÍTULO II.

TAL PARA CUAL.

Al día siguiente preguntaba el baron del Monte á su hijo, sentados ambos en un pequeño saloncito que servía de antesala á la biblioteca:

—¿Qué te parece mi plan?

—Magnífico, sublime, piramidal, contestó aquel con entusiasmo; pero no te cedo el privilegio de invencion.

—¿Lo habias pensado tú ántes?

—Desde las primeras noticias de su venida á España.

—Bien, Luis; veo que eres un muchacho de provecho, dijo el baron golpeándole cariñosamente el hombro.

—Solo una duda me asalta.

—¿Cuál?

—Si al ver que mi fortuna no corresponde á la suya....

—No prosigas, interrumpió su padre. Generalmente en la mujer domina un sentimiento que es su mayor debilidad y su mayor belleza, la extrema sensibilidad de su corazon. Atácalo de frente, y no descanses hasta rendirlo, sin retroceder ante ningún obstáculo. Si logras hacer tuyo su corazon, ya tienes todo lo que necesitas. La mujer cuando ama no vé más que el objeto amado, y aunque éste sea indigno de ella, tarde ó jamas lo conoce, pues la intensidad de su amor se lo presenta siempre sublime. Y hay que hacerles esta justicia: podrá ser una mujer todo lo coqueta que quiera, que como dé con un hombre que sepa hacer vibrar las fibras de su corazon, depona humildemente las armas, convirtiéndose en manso cordero, dispuesta siempre á sacrificarse por su amante.

—¡Mucho las has estudiado!

—Desde la edad de quince años me he dedicado á esta ciencia, y en cada mujer

he visto un ejemplo de esta verdad. Muchos se quejan de ellas, pero es porque no las conocen. Créeme, Luis, á las mujeres hay que hablarlas siempre al corazón, y las hallarás sublimes. Precisamente, respecto de la que nos ocupa, tienes una porción de circunstancias que te favorecen.

—¿Cuales son?

—Primera y principal: Adriana viene de un país donde los hombres se ocupan ménos de ellas que en España; pues consagrados á sus negocios, á sus inventos y á su insaciable sed de foro, amén de su carácter seco y excéntrico; tributan á Cupido pocos honores; y como la mujer por naturaleza gusta de los halagos, al encontrasé de buenas á primeras con un galán español que, como tú, ha aprendido á hacer el amor desde niño, y despues de tomarlo por oficio ó pasatiempo se encuentra á los veintitres años hecho un profesor consumado en el arte de enamorar, tiene precisamente que rendirse ante armas que desconoce. Si añadimos á esto, que el español

tenga buena figura (que no porque seas hijo mio he de dejar de confesarlo), y dos volcánicos ojos que donde se fijan infiltran veneno, no debe dudarse del buen éxito, ni pensar siquiera en los sentimientos que la mujer pueda tener en contra, pues como he dicho y repito, los ahoga la extrema sensibilidad de su corazón.

—Hombre, exclamó Luis, dirigiendo á su padre una mirada de asombro; Cupido tiene en tí uno de sus más hábiles profesores y un orador elocuente. Si abrieras una cátedra no te faltarian alumnos, y harias un bien á la humanidad, pues acabarían para siempre los ignorantes en el arte y los pobres de espíritu, que no son pocos.

—No, Luis; esta ciencia se aprende y se guarda, pues si todos supiéramos lo mismo, no podríamos triunfar unos de otros, y entonces la ciencia seria inútil. Yo te la enseño á tí, aunque poco te falta aprender; tú la enseñarás á tus descendientes, y los demás, que se componga cada cual como Dios le inspire.

— ¡Magnífico! No olvidaré esas lecciones.

— Pero sí debes olvidar desde ahora todo lo que hasta aquí haya podido preocuparte, pensando solamente en Adriana, pues ocasión como ésta no puede presentarse en la vida.

— Así lo haré.

— Debes hallarte constantemente á su lado, sin abandonarla un momento, no sea que otro lo aproveche. Mostrarte rendido, apasionado; desesperarte porque la fortuna no te ha hecho rey para ofrecerle á ella el cetro, ó por lo ménos millonario á tí y pobre á ella, para poner tus millones á sus piés. Esto cuesta poco decirlo.

— Descuida . . .

Luego, cuando ya poseas por completo su corazón, no estará demás que te hagas el escrupuloso para casarte, diciéndola que tu delicadeza no te permite enlace tan desigual en intereses, pues tú, además de tus títulos de nobleza, solo puedes darle tu corazón y tu vida; dicho todo esto en medio de las más desesperadas lamentaciones. Este

papel, bien estudiado y con un desempeño regular, produce un efecto mágico.

— Lo supongo.

— Si puedes además arrancar un par de lágrimas por diminutas que sean, con tal que humedezcan tus ojos, será el golpe de gracia. Desde aquel momento maldecirá ella sus millones, llorará, te prometerá cederlos á las casas de beneficencia, si ellos han de ser un obstáculo á su amor; tú te enternecerás; seguirá ella con sus lágrimas, y tú, haciendo que contienes las tuyas, irás cediendo paulativamente á sus apasionadas razones, hasta la llegada de un tercero que con elocuentes palabras desvanezca tus escrúpulos. Ella lo bendecirá llamándole su Providencia, y tú, al fin, convencido de que debes sacrificar tu severísima delicadeza en aras del amor, te casarás, serás millonario á poca costa y te reirás del mundo á carcajadas, como se ríe todo el que está parapetado detrás de un muro de oro.

— Sublime, papá, sublime; eres un Séne-

ca, y te prometo seguir palabra por palabra esos consejos, pues son harto elocuentes para olvidarlos.

— Perfectamente, Luis; vamos ahora á saludar á tu señora mamá ántes de salir, y al mismo tiempo veremos lo que á tus caprichosas hermanitas se les ofrece.

Preciso nos será bosquejar ligeramente estos dos personajes, que temo habrán hecho al lector el mismo efecto que á mí.

Era el padre lo que se llama un viejo verde é ignorante; no de otro modo se comprende la clase de educacion que habia dado á sus hijos. Rayaba en los sesenta años de edad, si bien parecia tener más, gracias á su borrascosa juventud, cuyas perniciosas máximas procuraba enseñar á su hijo Luis, á quien desde niño acostumbró á la indolencia, al despilfarro, y por consiguiente al vicio, haciéndole con tales cualidades un jóven á la moda como él decía, en vez de darle una honrosa carrera que asegurara su porvenir, ya que sus rentas no bastaban á ello, y haberle enseñado

la sana moral y el camino de la virtud; pero esto, en concepto del viejo baron, era plebeyo y de mal tono; era un crimen de lesa aristocracia, y la hubiese rechazado con horror si tal idea hubiera cruzado un segundo por su mente; pues su escaso criterio no comprendia que la virtud ennoblece y el vicio deshonra, y que el noble virtuoso es dos veces noble.

Como resultado de estas ideas encontrábase su hijo á los veintitres años sabiendo perfectamente jugar todos los juegos prohibidos, montar á caballo, dar una estocada al primero que se le pusiera por delante, tocar el piano, bailar como un trompo, pedir prestado á sus amigos, deber al sastre, al zapatero, al perfumista, á todo bicho viviente, y gastarse en una noche lo que fuera suficiente á mantener una familia, poseyendo ademas con toda perfeccion el arte de enamorar. Era, en fin, nuestro baroncito un jóven á la moda, conforme deseaba su padre. Si añadimos á esto su figura elegante y esbelta, tez sonrosada,

buenas facciones, bigote y pelo rubio y ensortijado, ojos azules y traviesos, labios delgados y encendidos de los que brotaban la más fina adulación y las más halagadoras mentiras; completaremos el retrato de este Adónis, á quien las incautas pollas de la alta sociedad mostraban mil deferencias y se complacian siempre en escucharle y admirar en los salones, por lo mismo que el baroncito del Monte era un hombre puramente de salon. Orgullosa el padre de ver el partido que con ellas tenia su primogénito, y juzgándolas á todas por el mismo prisma, estaba segarísimo del tremendo flechazo que debía recibir su millonaria sobrina en cuanto su hijo se le presentara; y como consecuencia de esto, volase millonario, y ya buscaba en su imaginación dos potentados para sus elegantes hijas. Antes de acompañar á padre é hijo á las habitaciones de las señoras será justo darlas á conocer á nuestros lectores. La baronesa del Monte, llamada doña Florencia de Lamela, y sus dos hijas Loba

y Aurora, eran lo mismo que el rubicundo Luis, modelo de elegancia, de buen tono, y como decia el baron, dos hermosas y alibaradas pollitas montadas á la orden del dia. Hablaban el frances, algo de italiano, sabian tocar el piano y cantar el *Faust* y la *Traviata*; bailaban con perfeccion; montaban á la inglesa; no sabian coser, ni ninguno de los santos deberes que la mujer está llamada á cumplir; en cambio vestian á la última moda, cambiaban dos veces de peinado; recorrían todos los paseos de Madrid; asistian al Teatro Real y á todos los bailes y reuniones de la alta sociedad; miraban por encima del hombro á cuantos jóvenes no llevaran estampado un blason en las tarjetas y todo esto hacianlo padres é hijos con una renta de 40,000 reales anuales, por lo qual puede juzgarse el número de acreedores que sus excelencias tendrian.

Al presentarse el baron y su hijo en las habitaciones de las señoras, estaban las tres examinando unas muestras que les

133380

presentaba un dependiente de un almacén de sedas, á quien tenían trastornado con sus exigencias.

—Os encuentro como me figuré, dijo el baron, mientras su hijo dejaba caer la cortina que al entrar levantara.

—Ya ves que no podemos descuidarnos, replicó vivamente la baronesa. Tu excelentísima sobrina llegará de un día á otro, y no es justo ni decente que nuestras hijas se presenten al lado de la opulenta millonaria como si fueran sus doncellas.

—¡Oh! reconozco toda la fuerza de esta verdad, y no crea la señora baronesa que repruebo yo tales preparativos; muy al contrario, os ruego que despleguéis en ellos todo vuestro gusto.

—Mira, papá, qué tres trajes he escogido para mí, dijo Lola. ¿Verdad que son bonitos?

—Preciosos.

—Ahora me ayudarás á elegir los otros tres.

083331

—¿No te haces más que seis? preguntó Luis.

—Por el pronto ... luego nos harémos los más necesarios.

—¡Ah!...

—¿Y tú, Aurora, los tienes ya elegidos? preguntó el baron.

—Yo he sido la primera en escoger, y son seis maravillas.

—Los encuentro muy chillones; prefiero los míos, repuso Lola.

—Eso va en gustos...

—Ambas lo teneis delicadísimo, interrumpió el papá; y dirigiéndose á su esposa, continuó.—¿Y la señora baronesa no ha elegido ningun traje?

—Tengo per el pronto apartados siete ú ocho; pero son más oscuros que los de mis hijas.

—Lo supongo.

—Puede usted retirarse, dijo Lola al dependiente, y no se le olvide mandar inmediatamente los trajes á casa de las modistas.

Salió, en efecto, el enviado del almacén, y una vez sola la familia, dijo la baronesa dirigiéndose á su esposo:

—¿Sabes, Juan, lo que decían las niñas, y comprendo que tienen razón?

—Sepamos.

—Que será preciso hacer libreas nuevas á los criados, pues las que visten están muy usadas y casi indecentes.

—Así lo he pensado yo también, contestó el barón, que tenía la costumbre de no contradecir jamás á su esposa. Así lo he pensado, sin perjuicio de hacerles otra cuando la llegada de mi sobrina, á fin de poner á toda la servidumbre librea igual con los colores de ella y los nuestros.

—Los de la prima, murmuró Luis, serán como de América, y van á parecer nuestros criados unos guacamayos.

—¡Qué deseo tengo de conocerla! dijo Lola; debe ser una niña muy apocada, muy pusilánime.

—¿En qué lo fundas? le preguntó su hermano.

—En el laconismo de sus escritos. Carta le he mandado que tenía llenas seis carillas, y me ha contestado ella con solo cinco renglones.

—¿Qué edad tiene, papá?

—Sobre unos... veinticinco años.

—Dos años más que yo, murmuró Luis.

—Sí, pero hacéos cuenta que tiene quince, pues huérfana de madre desde la infancia, y educada por un padre severo y excéntrico, como son generalmente los ingleses, se habrá criado tímida é inocente; de manera que será fácil amoldarla á nuestros usos y costumbres. Encarecidamente os encargo que la demostréis mucho cariño, pues es la mejor manera de conquistar su corazón.

—No temas; ya verás cómo la traemos en palmitas, dijo Aurora.

—Oh, sí! contestó su hermana; la llevaremos á los bailes, á los teatros, á las reuniones de la condesa de Silvia, á los brillantes conciertos de la marquesa de Troya.

— A propósito, exclamó la baronesa. ¿Tienes ya el abono del Real?

— Sí, contestó el baron.

— ¿Y el del Príncipe?

— También.

— ¿Y no lo has tomado del circo?

— Lo tengo en la cartera.

En este instante se presentó nuestro conocido Lorenzo, diciendo á los señores:

— El tapicero desea ver á su excelencia.

— Que pase, dijo el baron.

Levantó el mayordomo la cortina, dando paso al artista, que despues de hacer una profunda reverencia, exclamó:

— Todo queda concluido, señor baron.

— Perfectamente, Franch; es usted un prodigio.

— Señor baron... murmuró el tapicero inclinándose respetuosamente.

— Ahora ponga usted la cuenta, que podrá usted presentar dentro de quince dias á mi administrador.

— ¿Quién es el administrador de su excelencia? se atrevió á preguntar el artista,

á cuyos oidos habia llegado la mala fama del baron.

— Pregunte usted por él al portero, que cuidará de llevarle á su despacho.

— Está bien. ¿Manda vucencia otra cosa?

— Hoy, nada; si algo ocurriera, avisaria.

Saludó el tapicero profundamente, y en cuanto hubo desaparecido, dijo el del Monte:

— Lo mismo que á éste deberán decir en mi ausencia á todos los artistas que he empleado. Hasta dentro de quince dias no hay que presentar cuenta alguna.

— Para entónces habrá llegado ella, le interrumpió su esposa.

— Por supuesto. Yo voy ahora á la central de telégrafos para que pongan un parte á Cádiz, á fin de saber si ha llegado el vapor ó si está á la vista.

— ¿A Cádiz? objetó Luis.

— Así lo dice el telégrama que mandó desde la Habana.



— ¡Cuidado con el viaje que ha hecho la primita!

— ¿Me acompañas, Luis?

— Hasta la puerta nada más.

— Nosotras vamos á salir también, pues hemos de ver al diamantista.

— ¿Os mandais hacer algun aderezo?

— Un par para cada una. ¿Qué menos? Adriana se presentará, como es natural, cubierta de brillantes, y no hemos de hacer un papel ridículo á su lado.

— Nada más lógico.

— Todos estaban ya de pié para salir, cuando dijo la baronesa:

— Oye, Juan, ¿te parece que hiciéramos litografiar algunas esquelitas participando la llegada de la duquesa? Porque si no, ¿cómo van nuestros amigos á saberla?

— Por los periódicos.

— No basta.

— Pues como quieras; pero, salvo tu parecer, creo que no deben extenderse hasta despues de su llegada.

— Es cierto; no te detengas ya por mí.

Y dirigiéndose á sus hijas, añadió la baronesa: ¿quereis que enganchen?

— Está el coche tan deslucido!... objetó Lola.

— No, mamá, es preferible ir á pié. Desde que papá nos ha hablado de los caballos que está esperando, me parecen los nuestros de la familia de Rocinante.

Y dirigiéndose cada una á su habitacion, sonaron inmediatamente tres campanillas que pusieron en veloz movimiento á las tres doncellas de sus excelencias.

Una hora despues salian á la calle, dirigiéndose á contestar apénas á los saludos de los varios conocidos que encontraban á su paso. Visitaron algunos establecimientos de modas, dejando en todos cuenta pendiente, como asimismo varias joyerías, dirigiéndose al fin á casa de la jóven y alegre condesa de Silvia, parienta algo lejana de la baronesa, cuyos salones eran el centro del buen tono y de jóvenes al uso del dia, como los que nos van ocupando. En ellos se jugaba, se cantaba y se bailaba, se re

citaban poesías, se declamaba de vez en cuando, todo estrapitosamente aplaudido en el acto, y desapiadadamente censurado después. De día veíanse atestados de visitas, donde los hombres hablaban de política, y con mucha finura arrancaban las señoras el pellejo á sus amigas ausentes, sin perjuicio de abrazarlas cariñosamente y besarlas en ambas mejillas si alguna vez se presentaba.

Cuando la baronesa del Monte y sus elegantes hijas entraron en casa de su encoquetada parienta, reunidas en el salón de ésta había varias personas, entre las cuales, de pié, y apoyado en el mármol de la chimenea, un elegante jóven acababa de leer en un periódico, siendo el tema de la conversacion la gacetilla que ya conocemos referente á la llegada de la excelentísima millonaria duquesa de Clarendon.

—¡Soberano partido! decía la condesa; me temo que la tal duquesita va á revolucionarnos la villa.

—¿Por que? preguntó una señora.

—¿Y me lo pregunta usted, marquesa? De fijo no hay en este momento un jóven de la alta sociedad que no anhele conocerla, con el firme propósito de hacerla el amor. ¿Usted sabe lo arrebatadora que es una mujer que lleva consigo un dote de cuatrocientos millones de reales?

—¡Pero esto es fabuloso!.... objetó el que tenia el periódico en la mano.

—Tal vez no sea tanto, contestó otra señora. Esta gacetilla la habrá hecho poner el petulante baron para dar una cucharada de miel á sus acreedores.

—Pues no se envalentonarán poco si lo que dicen es cierto, murmuró una señora de mediana edad, con ojos negros y vivarachos.

—Ahora, repuso otra, no podrá ningún hombre acercarse á sus hijas, como no sea un príncipe de la sangre. Hace poco desdenaron al sobrino del marques de la Rambla porque solo era capitán de húsares.

—Pues él salió ganancioso.

—¡Qué antipáticas son! replicó la mamá

de dos pollitas que escuchaban el tiroteo aprobándolo con sus complacientes sonrisas.

—¿Y qué dicen ustedes del baroncito? preguntó un jóven en cuyo pecho brillaba la cruz de Isabel la Católica.

—Que es tan fátuo y tan tonto como toda la familia.

—Sin embargo, replicó una jóven rubia que hasta entónces guardara silencio. Luis de Peñarrosa tiene dotes muy apreciables.

—No puede negarse, dijo otro jóven sonriendo, sobre todo para tratar con señoras.

Levantóse en este momento la cortina, dejando oír la voz del lacayo que anunciaba:

—La señora baronesa del Monte.

Seguidamente entró ésta en compañía de sus hijas, y fué de ver los abrazos y besos con que las recibieron las señoras, y las respetuosas reverencias y apretones de manos con que las saludaron los caballeros.

Tomaron asiento, disputándose todas para darlas el lugar de preferencia, diciéndolas la condesa:

—En este momento hablábamos de ustedes.

—¿Sobre?... preguntó la del Monte adivinando.

—Hace algunos dias que no os hemos visto, y tanto mis amigos como yo os echábamos de ménos. Todos afirmaron las palabras de la condesa.

—No era menor nuestro deseo de venir por aquí, mas tenemos ahora tantas ocupaciones... dijo la del Monte.

—¿Pues qué ocurre?

—La llegada de nuestra sobrina la duquesa de Clarendon que nos trae mareados.

—¡Ah!... exclamaron todos.

—Efectivamente, he leído algo de eso en los periódicos, dijo la de Silvia.

—¿De dónde viene? preguntó con indiferencia la mamá de las dos pollas.

—De New-York.

—¿Americana?

—Nació en España, pero salió de aquí á los pocos meses para la Habana, donde, muerta su madre, el duque y ella regresá-

ron á su país, y despues de pasar su infancia viajando por el Norte de Europa, trasladáronse al Norte de América, donde ha vivido hasta ahora.

—¿Es huérfana?

—Como si no lo fuera, pues tiene en nosotros unos segundos padres.

—Por supuesto . . . exclamaron algunos con cierta intencion.

—¿Es soltera? preguntó el jóven de la placa.

—Sí, pero . . .

—¡Hola! ¡hola! ¿Hay moros en campaña?

—Así parece.

—¿Algun español?

—Hijo de Madrid, contestó la del Monte gozándose en la confusion que sus palabras producian.

Miráronse todos recíprocamente como queriendo decir:

—¿Quién será ese mortal?

La baronesa no creia suficiente anunciar la llegada de la millonaria duquesa en los periódicos, ni participarla luego particu-

larmente por medio de esquelas á sus amigos; deseaba más, y al efecto, fuése á visitar á su parienta la condesa de Silvia, á la hora que estaba segura de encontrar lleno el salon, pues ciertamente sabia que cuanto en él se hablara se propalaria por todo Madrid con la rapidez del rayo, y por lo mismo creyó conveniente advertir lo de los amores para que los pretendientes se amilanaran.

Satisfechas de la visita regresaron á su casa las del Monte, encontrándose con padre é hijo que salian á recibirlas, rebosando de alegría su semblante.

—¿Qué ocurre, Luis? preguntó Lola.

—Nada, contestó éste sonriendo.

—¿Qué se sabe de Adriana? prosiguió la baronesa dejándose caer en una butaca.

—¿Está ya en Cadiz? dijo Aurora.

—Calma, calma, señoritas.

—¡Pero, hombre, acaba de hablar! exclamó impaciente la baronesa.

—Sí, papá, que nos tienes en ascuas.

—Pues bien, hace una hora que ha dado fondo el vapor en el puerto de Cádiz.

—Gracias á Dios! interrumpió Lola.

—Cuánto me alegro! añadió Aurora.

—Dejad que concluya, objetó la mamá.

—Inmediatamente le he puesto un despacho diciéndola que, á pesar de prohibirnos que salgamos á esperarla, nuestro deseo es tan vivo, que volamos á Sevilla.

—¿Y qué ha contestado?

—Sacó el baron un papel del bolsillo de su gaban, y leyó en alta voz:

«Suplico á ustedes no salgan de Madrid, pues ignoro los días que me detendré en Cádiz y Sevilla, porque deseo ver lo más notable de ambas ciudades. Cuando salga de Sevilla pondré un despacho, á fin de que vayan ustedes á recibirme á la Estacion.

ADRIANA.»

—Vaya un capricho, dijeron las niñas á coro, como si en Cádiz ni en Sevilla hubiese algo que ver.

—Sí hay, dijo Luis.

—¿Qué

—La Giralda.

—Toma....

—Y la catedral, que dicen que es muy buena.

—Eso está visto en media hora.

—Querrá apreciar detenidamente su mérito artístico.

—¿Ella qué entiende de eso? Pues no faltaba más sino que fuera artista una millonaria.

—Ó conocer las costumbres del pueblo.

—¿Qué le importan?

—Luego en Cádiz hay también mucho que ver.

—Sí, el puerto; es lo único que me llamó la atención cuando estuvimos, y éste puede verlo al desembarcar.

—Todo eso á nada conduce, interrumpió el baron; lo que importa es activarlo todo, pues ese retraso debe ser de pocos días.

—¿Si pudiésemos otro suelto en los periódicos? dijo su esposa.

—Será mejor cuando haya llegado.

—Entóaces lo renovarémos; la verdad, sé de algunas que se han atrevido á murmurarme, y quiero en venganza hacerlas morir de envidia.

—Y á mí que no me disgusta, dijo Luis sonriendo.

—Como que á tí va á caerte el premio gordo.

Y sin variar de tema, pasaron al comer, y con el buen apetito que produce la satisfaccion, dieron principio á la comida.

## CAPÍTULO III.

## LA ILEGADA

Ocho dias despues la casa del baron del Monte era la fiel representacion del movimiento continuo.

Los reposteros bullian en las cocinas y despensas, colorados y sudorosos. Los encargados de la limpieza andaban de uno en otro aposento, arremangadas las mangas de sus camisas, limpiando hasta sacar lustre de las mismas paredes. Relinchaban los caballos, miéntras tres cocheros pulian más y más las molduras de otros tantos carruajes, mandados construir recientemente, que iban á estrenarse dentro de pocas horas. Del mismo modo el portero limpiaba entrada y escalera, y el hinchado mayordo-

—Entóaces lo renovarémos; la verdad, sé de algunas que se han atrevido á murmurarme, y quiero en venganza hacerlas morir de envidia.

—Y á mí que no me disgusta, dijo Luis sonriendo.

—Como que á tí va á caerte el premio gordo.

Y sin variar de tema, pasaron al comedor, y con el buen apetito que produce la satisfaccion, dieron principio á la comida.

## CAPÍTULO III.

## LA ILEGADA

Ocho dias despues la casa del baron del Monte era la fiel representacion del movimiento continuo.

Los reposteros bullian en las cocinas y despensas, colorados y sudorosos. Los encargados de la limpieza andaban de uno en otro aposento, arremangadas las mangas de sus camisas, limpiando hasta sacar lustre de las mismas paredes. Relinchaban los caballos, miéntras tres cocheros pulian más y más las molduras de otros tantos carruajes, mandados construir recientemente, que iban á estrenarse dentro de pocas horas. Del mismo modo el portero limpiaba entrada y escalera, y el hinchado mayordo-

mo D. Lorenzo Olona recorría todas las salas y rincones, sin exceptuar cocina, cochera, ni entrada, y como general en jefe, daba órdenes y disposiciones, haciendo mover rápidamente toda aquella máquina de hombres, caballos, muebles y objetos.

No había ménos animacion en las habitaciones de sus excelencias, de donde se retiraba el peluquero para dar paso al sastre, éste á las modistas, las que tropezaban con las doncellas, trayendo el uno añadidos y postizos de acá para allá, cruzando las otras grandes canastas, con riquísimos trajes recargados de blondas y lazos, convertidas aquellas en locomotoras á gran velocidad, iban y volvían, abrían, cerraban, se encaramaban, enadro en fin para atolondrar al cerebro mejor organizado.

Nuestros lectores se explicarán al punto esta especie de delirio que reinaba en casa del excelentísimo baron del Monte.

A las nueve debía llegar á la corte la poderosa millonaria, la excelentísima duquesa de Claroudon, y aquella gente que

se había levantado al rayar el sol, en aquel momento acababa los últimos preparativos para recibirla.

Salieran al fin de sus respectivas habitaciones los barones y sus hijos ricamente ataviados, y bajaron la escalera, á cuyo pié esperaban tres lujosos carruajes, tirado el primero por cuatro magníficos caballos ingleses, y por fogosos andaluces los restantes, pues con no poco disgusto del baron, los árabes no habían llegado todavía. Entraron las tres señoras en el primero, siendo ocupado el segundo por el baron y su hijo, el cual iba arreglando en su imaginacion la mejor y más estudiada manera de presentarse á la que él ya tenía por su futura novia.

Un gentío inmenso llenaba la estacion del Mediodia, esperando el tren-correo, cuando pararon ante ella los tres carruajes del baron del Monte, llamando extraordinariamente la atencion, por lo mismo que se conocian acababan de estrenarse, y viniendo á ser objeto de todas las conver-



saciones la entrada de nuestros personajes en el salón de espera, ostentando trajes y atavíos impropios del sitio y de la hora.

No se dignaron sus excelencias tomar asiento entre las muchas personas que, como ellos, esperaban á los viajeros, sin duda porque se veían mezcladas todas las clases de la sociedad, y así determinaron pasear por el andén. Esto no era tan cómodo, pero más aristocrático.

Paseaba como ellos, aunque en dirección inversa, de manera que á cada vuelta que daban, encontrábanse de frente, un jóven como de veintiseis años de edad, cuyo aspecto era la antítesis de sus excelencias. Vestía traje negro, pero de ese negro que á fuerza de frotarle el cepillo perdió para siempre su primitivo nombre, quedando en su lugar una rojiza sombra de lo que fué. Calzaba bota de becerro, y cubría su lustrosa y bien peinada cabeza un sombrero de los llamados de castor, que al igual del traje, entraba en la edad madura, si bien su mucha limpieza descubría la ex-

rema pulcritud del que lo llevaba. Tenía sus bien dibujadas facciones interesante palidez, á las que daban más atractivo dos negros ojos rasgados y brillantes, cuya mirada despedía ciertos rayos de inteligencia y nobleza de alma, que con solo verlos una vez cautivaban dulcemente los corazones capaces de estimar estas dos cualidades en lo que valen. Paseábase ensimismado, sosteniendo en su mano izquierda un cuaderno, y en su derecha un lápiz, que de vez en cuando hacía correr velozmente sobre aquel.

No se dignaron nuestros personajes descender sus ojos hasta el paseante, á pesar de la frecuencia con que se presentaba ante ellos, ni es probable que lo hicieran, si un pequeño incidente no los hubiese puesto por un momento en comunicación. Sucedió que, habiéndose alejado el baron y su hijo para hablar algunas palabras con el director, dióle á un perrillo la gana de pasar al lado de las tres señoras y el simpático incógnito, y como le llamara la aten-

cion el ruido que hacian los trajes de seda arrastrando por el suelo, antojósele jugar con ellos, y sin decir allá voy, empezó a ladrar y saltar, tomándolos con la boca y haciendo mil perrunas monerías que excitaron la bñis de las tres señoras. Procuraron éstas ahuyentarle con los manguitos, optaron luego por recoger las faldas, mas como arrastraban tambien las enaguas produciendo igual ruido por efecto del almidon, eutusiasmóse más y más el gracioso perro, acabando por amedrentar á sus excelencias.

Visto tal apuro por el jóven que junto á ellas paseaba, cerró el cuaderno, y acercándose con desembarazo, cogió el perro por la nuca, tiróle á regular distancia, de modo que le hizo dar más de un quejido, y preguntó á las tres damas con suma galantería:

—¿Se han asustado ustedes?

—Mucho, respondió Lola; empezaba á temer si estaria rabioso.

—No ha sido nada, interrumpió severa

la mamá; damos á usted un millon de gracias.

—Señora, no mereco....

Lo campana de la estacion, anunciando la llegada del tren, los repetidos silbidos de la locomotora y la aparicion del Baron y Luis, cambiaron la escena por completo. Sin pensar en otra cosa que en mover los piés todo lo aprisa posible, volvieron nuestros personajes la espalda al jóven.

No es fácil explicar lo que sentian en aquel momento los corazones de las cinco personas que nos ocupan. Rápidas sus miradas pasaban de un wagon á otro, mostrándose en ellas la alegría, la impaciencia, el deseo, la curiosidad y mil encontrados sentimientos, más fáciles de comprender que de describir.

Paró majestoso el tren, abriéronse las portezuelas de sus respectivos coches, descendiendo por ellas los numerosos y empolvados viajeros. Frente al wagon reservado se estacionaron los del Monte, por haberles advertido que en él iria la duque-

sa, advertencia necesaria por lo mismo que no la concian. Los reservados eran dos, pues la duquesa quiso uno exclusivamente para ella, y como había uno vacío, no cabía duda de que en él otro venía la millonaria.

Agrupados frente de él estaban nuestros personajes, cuando abrieron las portezuelas, precipitándose el baron y su hijo á ofrecer sus respetos á la ilustre viajera. Primeramente echó pié á tierra una jóven rubia, en cuyo matizado rostro brillaban dos ojos azules y lánguidos, parecidos al pedazo de cielo que se asoma entre albas nubes. A ésta siguió otra jóven también, aunque de algunos más años que la primera, no tan rubia ni tan blanca, pero verdadero tipo inglés lo mismo que aquella. Luego, y más pausadamente, bajó una señora ya anciana, de graves á la par que dulces facciones, cuyo sombrero, metido hasta la frente, dejaba ver apenas el nacimiento de su cabello completamente cano. Vestían todas riguroso luto, llevando

cada una en sus manos una pequeña bolsa de viaje. Antes de dar tiempo á que bajara la señora que faltaba, que debía ser precisamente la tan esperada y nombrada duquesa, apresuráronse padre é hijo á ofrecerle de nuevo sus agasajos y bienvenidas, metido medio cuerpo dentro del wagon y apretándose uno con otro. Despues de estos preliminares, que fueron contestados con benévolas frases y afectuosas sonrisas por parte de la jóven viajera, bajó ésta, ó mejor, la bajaron, siendo recibida en los brazos de las tres señoras, que se disputaban á porfía demostrarle sus afectos besándola y estrujándola.

Calmados los primeros ímpetus, y viéndose la duquesa libre de sus acciones, miró en torno suyo como persona que procura reconocer el sitio en que se encuentra, y muy pronto divisó á dos caballeros de mediana edad, decentemente vestidos de viaje, que estaban de pié á respetuosa distancia. Hízoles una imperceptible seña con la mano, acercáronse éstos, y despues de

cruzar con ellos algunas palabras en inglés, dirigióse á su tío diciéndole en buen español:

—Tenga usted la bondad de dar un guía á mis administradores para que les acompañe luego, pues se quedan al cuidado de los equipajes.

—Todo está previsto, contestó el baron; ahí tienen dos criados á sus órdenes.

—Los cuales dejaremos, prosiguió la baronesa, regresando nosotras á casa sin pérdida de momento, pues necesitarás descanso, añadió, besando á su sobrina.

—Sí, sí, vamos, dijeron Lola y Aurora. Y rodeando con sus brazos la cintura de su prima, lleváronse hacia los carruajes que afuera esperaban; subiendo las cuatro damas en el primero, la señora anciana y las dos jóvenes inglesas en el segundo, y en el otro el baron y su hijo, cuya exaltada imaginación iba forjando mil quimeras.

Al cerrar el lacayo la portezuela del primer coche se presentó el joven que, paseando en la estación, las había librado de

las impertinentes y caninas caricias, y dijo saludándolas cortesmente:

—Dispensen ustedes mi importunidad; mas al dirigirse ustedes al tren despues del incidente del perrillo, ví brillar un objeto en el suelo, encontrándome con este brazalete, que sin duda pertenecerá á alguna de ustedes. Mirárouse apresuradamente las señoras sus respectivos brazos, exclamando Lola:

—Mio es; sin duda se me cayó cuando forcé por deshacerme del perrillo.

Entregó el joven con mucha finura el brazalete á su dueña, y al punto la baronesa, haciéndole una seña para que separara, sacó de su bolsillo un rico portamonedas, y de él una pieza de cuarenta reales que presentó al joven. Palideció éste mortalmente, mirando la moneda y á quien se la daba, y pudo apenas balbucear con voz reconcentrada y temblorosa:

—Señora! . . .

Pero instantáneamente, viendo á un men-

digo que allí cerca había, le llamó para decirle:

—Esta señora quiere dar á usted una limosna.

Y tomando la moneda de manos de la del Monte, púsola en las del mendigo, que reía y lloraba de contento, y con un «beso á usted los piés» saludó á las cuatro damas, bajando los ojos ante la abrasadora mirada de Adriana, que estaba fija en su rostro.

—¡Pobre y orgulloso! murmuró la baronesa en cuanto el jóven hubo desaparecido. Lleva la miseria pintada en su figura y quiere echárselas de delicado.

—Tal vez le ha parecido mezquina la gratificación, respondió Aurora sonriendo.

Los ojos de Adriana se fijaron en su tía, y luego en su prima, con la misma insistencia que en el jóven, si bien con muy distinta expresion.

Sin entender el baron y su hijo de todo esto mas que la parte mimica, rodaron los carruajes, miéntras la baronesa y sus hijas

asediaban á la ilustre viajera con solícitas preguntas, extremosos ofrecimientos y agasajos salpicados de besos y ternezas demasiado vivos para ser verdaderos.

La duquesa aceptaba las exajeradas demostraciones de sus parientas con una impasibilidad capaz de desorientar á otras que no fueran las señoras del Monte, que tenian á bien achacar á cortedad las frias sonrisas con que Adriana contestaba á los extremos de su cariño, complaciéndose en ello por considerarse muy superiores á la americana en arte de mundo.

Entraron al fin los carruajes en el espacioso portal de la casa del baron, apresurándose Luis á ofrecer el brazo á su prima, y juntos subieron la escalera seguidos de los barones, sus hijas y las tres recién llegadas con la duquesa, á quienes sus excelencias no se dignaron mirar siquiera.

Colocada en los tramos de la escalera la servidumbre del baron, iba saludando y ofreciendo sus respetos á la millonaria, que contestaba con afable sonrisa, captán-

dose desde el primer momento las simpatías de toda la gente de la casa.

Atravesaron el primer vestíbulo, luego algunas habitaciones, y encontráronse en un salón adornado con más lujo que gusto, en cuyos divanes de terciopelo naranja tomaron asiento. Apenas la duquesa se dejó caer en uno de ellos, volvió la cabeza hacia la anciana y las dos jóvenes que trajo consigo, y entregándoles su sombrerito de castor, les dijo dulcemente:

— Sentaos.

Dicha esta expresión en inglés, no fué comprendida por las del Monte, que, cuando vieron tomar asiento á las tres extranjeras en otro diván igual al que ellas ocupaban, miráronse mutuamente como escandalizadas de aquella falta de respeto, exclamando la baronesa sin poder contenerse:

— Junto á tus habitaciones están las de tu servidumbre, y pueden tus camareras ocuparlas desde este momento.

Seguidamente fué á tirar del cordón de la campanilla, mas detúvola Adriana sua-

vemente la mano, contestando con tranquilidad:

— No, mi buena tia, que no he traído servidumbre conmigo. La señora mayor, que usted vé, es mi nodriza, mi segunda madre, pues habiéndome privado Dios de la mia en mis primeros años, he consagrado á ésta todo el amor filial que á aquella debía. La dos jóvenes que la acompañan son hijas de un honrado comerciante inglés, que habiendo quebrado por un engaño de que fué víctima, vino á New-York y se puso á trabajar como el más infeliz obrero para pagar á sus acreedores. Su cuerpo, no acostumbrado á tan duras faenas, sucumbió al poco tiempo, dejando á sus hijas por única herencia el encargo de trabajar sin descanso hasta satisfacer lo que á él no le fué posible, encargo que ellas cumplían religiosamente aun á costa de su salud, que iba deteriorándose de dia en dia. La Providencia me dispensó la gracia de conocer estos tipos de virtud y de honradez, y la alta merced de rodearme de ellos. Estas

son las personas que me acompañan y deseo en torno mio, porque su virtuoso aliento embalsama la atmósfera que respiro, y su planta honra el suelo que yo toco.

Sonrió la duquesa dulcemente, y el carmin asomó á los rostros de sus parientes, sin encontrar á las palabras que acababan de oír mas que algunas exensas.

—Sublime Adriana, dijo Luis, no en vano te soñaba física y moralmente el modelo de las perfecciones, y te admiraba de léjos como te admiro en este momento.

Clavó la jóven los ojos en su primo, y sin darle contestacion, volviólos á la baronesa diciendo:

—Quisiera limpiarme el polvo del camino.

—Al momento, hija, al momento; pasemos á tu tocador, donde hallarás todas las comodidades necesarias.

Levantóse Adriana, y como si todos esperasen esta señal, pusiéronse en pié, apresurándose Luis á ofrecerla el brazo.

Despues de cruzar algunas habitaciones,

levantó la baronesa una riquísima cortina de terciopelo grabado bordado en oro, y dijo á su sobrina, apartándose á un lado para darla paso:

—Este es tu tocador.

Desprendióse la duquesa del brazo de su primo, diciéndole:

—En él no entró jamas otro hombre que mi padre.

—Pero soy tu primo carnal.... balbuceó Luis.

—Ni entrará otro que mi esposo si algun dia le tengo, continuó la jóven entrando en el aposento.

Sonrió Luis maliciosamente diciendo para sí:

—¡Magnífico!... Esto quiere decir que entraré el dia que sea su esposo.... ¡Oh, divina mujer! Acabas de llegar, me conoces apénas, y me das ya una esperanza que equivale á cuatrocientos millones. Bien, bien, muy bien.

Y frotándose las manos con alegría, dirigióse á la biblioteca para dar á su padre

la fausta nueva, miéntras la baronesa enseñaba á su sobrina las habitaciones que le habian destinado, la cual andaba incómodamente apretada entre los brazos de Lola y Aurora.

Despues de ver el tocador, que estaba amueblado con una docena de sillones dorados con respaldo y asiento de terciopelo granate, largas colgaduras de lo mismo guarnecidas con flecos y borlas de oro, un magnífico espejo de Venecia con marco dorado, á cuyos lados dos hermosas figuras de plata oxidada sostenian otros tantos candelabros, pasaron al cuarto del baño, verdadero nido de paloma; de él á un hermoso recibimiento, con divanes y sillones de raso de color de rosa salpicado de ramos cenicientos, y por fin al dormitorio de la duquesa, cuyo dorado lecho estaba cubierto con una rica colcha de terciopelo blanco tachonada de flores de plata, á la que correspondian los sillones, colgaduras, espejos y alfombra.

La baronesa y sus hijas miraban cons-

tantemente el rostro de la duquesa para leer en él los afectos que su espíritu sintiera; mas el bello rostro permanecia impassible, mirando con la mayor indiferencia todo aquel boato.

Una vez en la cámara, dijo la del Monte, indicando una disimulada puerta que se abria en una de las paredes de la alcoba:

—Esta puerta abre comunicacion con los aposentos de tus doncellas, que comunican con el jardin. Ahora díinos ingenuamente qué te parece tu nueva morada, y si algo echas de ménos en ella.

—Efectivamente, tía, lo primero que esperaba ver es lo único que me falta.

—¡Oh! ¿Qué es ello? Dílo, dílo, exclamaron las tres parientas.

—Entre tanta plata y oro, ¿no hubiera sido posible arreglar un pequeño oratorio donde pudiera hacer cómodamente mis oraciones?

—No está lejos de tus aposentos el de la casa.

—En la soledad es como mejor eleva-



mos nuestro espíritu al Altísimo. Pero ya que el oratorio no es posible, ¿no podría traérseme algún crucifijo?

— ¡Oh, sí!... murmuró la baronesa desconcertada; pero de pronto....

— ¿No hay quizás ninguno en la casa?...

— No.... mas se comprará....

— ¿Dónde quieres colocarlo? preguntó Aurora.

— En mi alcoba.

En aquel instante oyóse la voz de una doncella que decía á través de una puerta:

— Señora baronesa, están aquí los equipajes.

Abrió resueltamente la del Monte aquella, diciendo:

— Que los éntren por el jardín á las habitaciones de la servidumbre de su excelencia. Y volviéndose á su sobrina, continuó. Ya tienes aquí los equipajes, por lo que te dejamos para que te dediques á tu *toilette* con entera libertad.

Salieron las del Monte de las habitacio-

nes de la recién llegada, y en cuanto no pudieron ser oídas, exclamó la mamá:

— Pero ¿esa muchacha es tonta ó hipócrita?

— Me parece que de todo tiene, dijo Lola.

— Si le da por hacerse la santurrona, nos divierte, contestó Aurora.

— Pero si no puede ser, objetó la baronesa; tendrá apenas veinticinco años, y á esa edad solo se piensa en devaneos.

— Pues ya ves cómo se hace la mojígata.

— Tal vez cree que en España le son las mujeres.

— Pues ya la desvanecerémos esta idea.

## CAPÍTULO IV.

ADRIANA.

Adriana de Wolsey, duquesa de Clarendon, era una jóven de mediana estatura, proporcionadas carnes, en la cual estaban reunidas todas las bellezas físicas y morales que pueden exigir la más superlativa hermosura y las más acrisoladas virtudes cristianas. Era blanco el color de su rostro, ligeramente teñido por sonrosadas tintas; su nariz pequeña, recta y afilada; negros sus ojos, brillaban á través de espesas y largas pestañas de finísima seda, bajo dos graciosos arcos de lustroso ébano, y de cuya despejada frente nacía abundantísimo pelo castaño, ondeado y brillante, peinado en blondos y espesos bucles. Su

bien dibujada boca, pequeña, encendida y expresiva, sonreía con bondadosa dulzura, dejando entrever dos hileras de fino y esmaltado marfil, completando la hermosura de su rostro un imperceptible hoyo en medio de su redonda barba.

Educada por su piadosa madre la condesa del Villar en la religion católica, y á los quince años instruida por su padre en la protestante, dejándola libre la eleccion, la jóven optó por la primera, por ser la de su madre; aquella religion con que sus labios pronunciaron las oraciones de la infancia, y la que más con sus sentimientos se avenia. Educada en los mejores colegios de Inglaterra y Alemania, reunia una instruccion poco comun, que ayudada por su natural talento y piadoso corazon, hacian de nuestra heroína una mujer verdaderamente notable, á quien solo podian comprender almas elevadas á su altura, y de ninguna manera las pequeñas, ruines y materialistas como las de sus parientes los barones del Monte, y en general toda la

sociedad que á éstos rodeaba. Al primer aspecto, por la primera acción que en ellos vió, pudo juzgarles Adriana, pesándole en el acto del largo viaje que acababa de hacer para conocerles; mas como el arrepentimiento era tardío, sobrepúsose á él su elevada inteligencia, y disimulando discretamente la mala impresion recibida, mostróse afable y complaciente, reservándose no olvidar aquella prueba del modo de ser de sus excelentísimos tios. Cuando la baronesa y sus hijas hubieron desaparecido dejando á la duquesa en compañía de su nodriza y de las dos huérfanas, exclamaron éstas:

—¡Cuán buena sois, señora, y cuánto os debemos!

—¿A qué os referís? preguntó sencillamente Adriana.

—A la manera con que habeis hablado de nosotras con vuestros señores tios, pues no merecemos...

—¿He faltado á la verdad?

—Mas la verdad la adornais....

—No, no, la verdad no admite adornos, interrumpió la duquesa; la verdad no es más que una, ni es más que de una manera.

—Pero conceded á lo ménos que no todas las personas harian lo que vos.

—No hablemos más de esto; recordad que os tengo prohibido hacer de mis acciones elogio alguno; si os parecen bien mis obras, aplaudidlas secretamente en vuestra conciencia; si mal, advertídmelo, que os quedaré agradecida.

Un tierno beso en su frente y una lágrima ardiente en su rostro fué el sello que puso la anciana á las palabras de la jóven.

—¡Querida Ana! murmuró ésta conmovida por aquellas cariñosas demostraciones.

—¡Ay, hija mía, que las personas de quienes os habeis rodeado no llegarán jamas á comprenderos, y os harán sufrir tal vez lo que nunca habeis sufrido!

—No, Ana; esta ventaja me conceden los millones. Si necesitara de mis parientes, me harian mártir, no lo dudo; mas como necesitan de mí, aplaudirán mis deseos y

aun se anticiparán á ellos; me adularán en mi presencia y desacreditarán fuera de ella. Quiera Dios que me equivoque en mi juicio, Ana, pues lo he formado muy desagradable de mis tíos y sus hijos.

Así diciendo, desnudóse la ropa que llevaba puesta, tomó un delicioso baño, y concluido el aseo de su persona, peinó las largas y brillantes madejas de su ondulado pelo y envolvióse en una bata de negro cachemir con botonadura de azabache. Momentos despues entró Lola á buscarla para ir al comedor, donde se servia el almuerzo.

Cogidas del brazo, salieron de su habitación las dos primas; mas apénas salvaron el umbral de la puerta, presentóseles Luis, y poniéndose entre las dos, dijo separando á su hermana y enlazando el brazo de la duquesa al suyo:

—Permíteme que te separe, Lola, pues á mí me corresponde este honor y no debes usurpármelo.

—¿Y por qué á tí? preguntó Adriana.

—Porque los hombres deben ser el apoyo de las mujeres, y soy el único que aquí puede ofrecértelo. Esto aparte de que, apoyándote en mi brazo, se dilata mi corazón hasta lo infinito y me hace sentir inmensa felicidad jamás sentida, y algunas veces soñada.

—¿En tres horas? . . . marmuró su prima con una sonrisa imperceptible.

—En segundos; al primer contacto de tu brazo con el mio.

—Muy impresionable eres.

—Esto consiste en la persona que la impresión produce.

Miróle fijamente Adriana, sonrió Luis con malicia, hizo Lola un significativo gesto á su hermano, y penetraron los tres en el comedor, donde esperaba el resto de la familia.

Almorzóse sin ningún particular incidente, y una vez de sobremesa, dijo Aurea á su prima:

—¿Vendrás deseosa de conocer las bellezas de esta corte?

—No hay duda que lo deseo, pues es fama que Madrid encierra muchas y de distinto género de las que he tenido ocasion de ver en mi largo viaje.

—¿Y por qué has rodeado por la Habana en vez de venir por Liverpool? preguntó Luis.

—En la Habana está el sepulcro de mi adorada madre, y he querido visitarlo y orar en él ántes de abandonar el nuevo mundo.

—Accion piadosa, dijo el baron fingiendo enternecerse.

—Mas llegas aún á tiempo de oír á Tamberlik, que se despide mañana con la *Lucía*, dijo Lola variando de conversacion.

—Aunque soy entusiasta por la música, por solo complaceros asistiré mañana á la opera, pues mis deseos serian no frecuentar diversion alguna hasta pasado el segundo aniversario de la muerte de mi padre.

—Deja esas aprensiones, dijo la baronesa; aquí nadie sabe si ha pasado ó no.

—No acostumbro á obrar segun la con-

ciencia ajena, sino segun la mia propia. Que á los demas les parezca bien, no puedo satisfacerme si yo creo que obro mal.

—¿Pero acaso harás ú obrarás mal yendo al teatro? objetó Luis.

—Porque no lo creo así, iré, respondió Adriana.

—Como quieras.

—Me permitirán ustedes que, con la franqueza que debe reinar en familia, les declare que no por estar en España pienso alterar mis costumbres.

—Bien hecho, respondió el baron.

—Por lo mismo aquí, como allá, las noches que no salga de casa dedicaréme al estudio ó lectura de buenos libros, pues tengo la ociosidad por uno de los vicios más perjudiciales; así que no estoy ménos divertida que en el teatro si hallo en mi compañía buenos autores que solacen agradablemente mi imaginacion, ó alguna primor que entretenga mis manos.

—Pues ya hallarás en mi biblioteca con qué entretenerte. Pasan de mil los volúme-

nes que contiene, salidos de la pluma de los más célebres escritores, así españoles como extranjeros.

Terminado el almuerzo, abandonaron el comedor pasando al salón naranja, donde por primera vez se sentó la duquesa en casa de sus tíos.

La conversacion rodó sobre el viaje que aquella acababa de hacer, en la cual estuvo muy animada, describiéndoles las costumbres inglesas, americanas y hasta indígenas, pues había recorrido todo el nuevo continente y era persona á quien instruían los viajes, no como las muchas para quienes un viaje es sencillamente trasladarse de un punto á otro.

Escuchaban las descripciones de la duquesa: el barón con gusto; la baronesa y su hijo con indiferencia, y las dos elegantes pollas con sin igual fastidio.

Quando aquella dió por terminadas sus narraciones, aúimóse el semblante de sus dos primas, exclamando Lola:

—Si gustais de oír algunas variaciones

modernas sobre motivos de la *Norma*, me ofrezco á ejecutarlas.

—Con sumo placer, contestó la duquesa. ¿Tocais las dos?

—Los tres, respondió Luis.

—Pues no faltaba más, repuso la mamá; esta circunstancia es indispensable en toda persona bien educada.

—Y, sobre todo, replicó el barón, en lo que mis hijos son tres notabilidades es en el canto; ya verás, Adriana, ya verás: ¡son tres ruiseñores!

—Papá.... murmuró Lola sonriendo.

—Aquí estamos en familia y puede decirse la verdad. Vaya, empezad, y juzgue Adriana, que es inteligente en música. ¿Tocas también?

—Algo, repuso aquella.

—Pues pronto, que seguirá vuestra prima. Sentáronse frente al piano Lola y Aurora, y ejecutaron á cuatro manos unas bonitas variaciones sobre la *Norma*, y en tanto que los barones escuchaban ó fingían escuchar, aprovechábase Luis para envolver á

su prima en apasionadísimas miradas y requiebrarla con débil voz y sentidas frases, que ella oía con marcada indiferencia, atenta siempre á los melodiosos acordes que salían de los afilados dedos de las dos hermanas. La ejecución fué regular, si bien carecía algo de limpieza, y en total de sentimiento; si embargo, la duquesa aplaudió y se mostró complacida de ver que sus primas sabían hacer, si no de provecho, alguna cosa agradable.

Invitaron las dos jóvenes á su hermano á que tocase algo en el piano, mas él, con relamidas palabras y romántico acento, excusábase diciendo que su espíritu sufría y el pulso le temblaba, lo que fué contestado con una singular mirada de su prima y una satisfactoria sonrisa del baron, quien se apresuró á decir:

—Puesto que Luis no puede mostrar hoy sus habilidades, cantad vosotras algo.

—¿Tampoco puede Luisito cantar? preguntó Lola con ironía.

—¿Cantar!... balbuceó éste sin dejar su romanticismo

—Vaya, hombre, esfuérzate, continuó Aurora.

—¿Quieres cantar un duo conmigo? preguntó Luis á su prima?

—No estoy en voz, cántalo con una de tus hermanas y apreciaré tu gusto del mismo modo.

Levantóse el baroncito haciendo un gesto de resignacion; sentóse frente al piano y cantó con Lola el amoroso duo del segundo acto de *Maria Delorme*, al que procuró dar toda la intencion posible, y que, sin embargo, no hizo mejor efecto que sus anteriores demostraciones.

Acabóse el duo y preguntó Aurora á su prima:

—¿Qué te ha parecido?

—Bien, repuso Adriana; únicamente he observado que Luis, sin duda por el estado de su espíritu, desafina un poco.

Mordióse el aludido los labios, lanzándose padre ó hijo una significativa mirada.

—¿Será ocasion de que oigamos las hermosas melodías que tus dedos ejecutan? preguntó la baronesa á su sobrina.

—No seré, por cierto, ménos complaciente que mis primos, repuso ésta.

Y levantándose resueltamente se puso al piano, y tocó con notable limpieza, maestría, exquisito gusto y sentimiento, un trozo de *Los Hugonotes*, dejando confusos á los del Monte, que no pudieron ménos de admirar el gusto artístico de su parienta.

Al vibrar la última nota fué calurosamente victoreada por el pequeño auditorio, á cuyos extremos contestó Adriana con una fria sonrisa, pues como ya ha dejado comprender, era acérrima enemiga de la adulacion, y en su concepto no merecia una cosa tan frívola los exagerados elogios que la prodigaban.

—Ahora hablaremos de otra cosa, dijo la baronesa á su sobrina despues de sentada de nuevo en un divan. Toda la nobleza española, ó por lo ménos la madrileña, arde

en deseos de conocerte, y será regular que empiece mañana á visitarte.

—Tendré á gran honor recibir sus visitas, repuso la jóven.

—No es esto todo, continuó su tia. Mereceríamos la más desfavorable censura; nos pondríamos en el colmo del ridículo, si en celebridad de tu feliz llegada no diéramos una fiesta en casa, ya sea baile ó concierto, donde la alta sociedad pueda apreciar las bellas cualidades, y en la cual debes presentarte como reina del lujo y de la moda, pues ten entendido que todas procurarán eclipsarte con su fausto; y como á tí te sobran millones para eclipsarlas á todas, debes poner en esto particular esmero si quieres verte agasajada de los hombres y envidiada de las mujeres que equivale á decir enaltecida.

—¿Y para esto basta un traje lujoso? preguntó Adriana.

—Claro: las personas se distinguen por la ropa; vístelas á todas iguales, y no dife-



renciará el noble opulento del miserable plebeyo.

— ¡Qué teorías! murmuró la duquesa cerrando los ojos.

— ¿No las juzgas ciertas?

— ¿Cree usted que todos los que tienen títulos y riquezas son nobles y opulentos?

— Toma, ¿pues qué son?

— Son lo que sus obras les hacen ser. Rico hay más miserable que el haraposo mendigo á quien desprecia; noble más villano que el delincuente á quien la ley castiga; así como hay otros cuyas virtudes ennoblecen sus escudos, y plebeyos cuyos vicios los igualan á los irracionales. Ya ve usted cómo no es necesario el traje para distinguir las personas; yo sabría distinguir las sin él.

— Es posible . . . dijo la baronesa, por carecer de armas con qué luchar con su sobrina; de todos modos deseo que fijas el día de la recepción para anunciarla anticipadamente.

— No puede ser ésta ántes de tres meses.

— ¿Lo dices de véras? clamaron asustados sus parientes.

— Faltan dos para el segundo aniversario de la muerte de mi amado padre, y entretanto, como ustedes comprenderán, no debo asistir á ninguna fiesta de ese género.

— ¡Con buena oportunidad celebraremos tu llegada! repuso su tía con despacho.

— ¡Oh! no le dé á usted esto pena alguna: mi llegada la celebraré desde mañana como acostumbro á celebrar todos los actos de mi vida.

— Lo achacarán á excentricidades tuyas.

— No por ellas dejarán de adularme, si, como usted ha dicho, me presento cubierta de oro y pedrería.

— Cierto, mas . . .

Un criado, anunciando que estaba servida la comida, cortó la conversacion. Inmediatamente dejaron el asiento, y apresurándose Luis á ofrecer el brazo á la duquesa, pasaron todos al comedor, procurando el baroncito entretenerse, á fin de

que se adelantaran los demas, que iban murmurando entre dientes:

—Esta chica es capaz, con sus extravagancias, de hacernos caer en el más espantoso ridículo...

En tanto, aprovechándose Luis para decir á su prima, envuelto en suspiros y acompañado de amorosas y abrasadoras miradas:

—¿Vas á hacerme un favor, Adriana?

—¿Cuál? preguntó la jóven.

—No admitir baile alguno en casa, y rehusar ir á los que te propongan.

—¿Por qué?

—Si te lo digo vas á reírte de mí; solo te suplico que me otorgues esta gracia, si no quieres aniquilar un corazón que tu hermosura está taladrando.

—Te advierto, repuso Adriana, que tengo veinticinco años, diez más de los necesarios para que hagan tus palabras el efecto que te propones.

—Puesto que lo adivinas, ¿á qué ocultarlo por más tiempo? Te amo desde que

te ví, y tiemblo ante el amor que por tí siento.

—Pues has dado el paso en falso para que crea en él.

—¿Por qué?

—Porque el hombre de talento desecha las primeras impresiones de amor, hasta sentir las arraigar en su pecho y convenirse de que es digno de él el sér que las inspira; y cuando está firmemente convencido de que es amor lo que su pecho siente, amor digno de él y del objeto amado, no se lo declara como si disparara un tiro á boca de jarro, pues las primeras declaraciones de amor son mudas y las adivina la mujer sin necesidad de palabras, al paso que la ofenden esas declaraciones románticas y estudiadas, propias solo para embobesar incultas niñas ó mujeres estúpidas.

—Será todo lo que quieras, Adriana, pero yo no sé expresar el amor mas que de una manera.

—Pues yo á mi vez te aconsejo que de-

jes tu improvisado amor aparte, si quieres que preste atención á tus palabras.

—¿De modo que me desahucias?

—El amor se inspira, Luis: de que te escuches ó deje de escucharte, nada redundará en tu favor si no me siento inspirada del mismo sentimiento que tú.

—¿Esto quiere decir que aun me queda la esperanza de podértelo inspirar?

—Esto no quiere decir mas que lo que dice.

—Una palabra, y te ruego por Dios que sea sincera.

—No sé decirlas de otro modo.

—¿Sientes amor por algun hombre?

—No lo siento.

—¡Oh! gracias, gracias; yo quiero inspirarte este amor, y á él consagro entera mi vida.

Sonrióse bondadosamente la jóven, y penetraron en el comedor, donde encontraron el resto de la demas familia sentada en derredor de la mesa. Murmuró Luis algunas excusas y comióse espléndida y

alegremente, pasando luego al salon contiguo, en el cual les fué servido el café, y despues de breve rato de frívola conversacion, pidió Adriana á su tio que le escogiese algun libro.

—¿Quieres leer una preciosa novela que ayer me regalaron? dijo Lola.

—¿Cómo se titula?

—*El hijo de Venus.*

—No me satisface el título, contestó sonriendo la duquesa.

—Mejor será que vayamos á la biblioteca y escojas tú misma el que mejor te parezca, repuso el baron.

—Pues vamos allá, exclamaron todos.

—De seguro que va á cojer la *Biblia* ó el *Catecismo*, murmuró Aurora al oido de su hermana.

—¿Qué atrasada está! continuó ésta.

Una vez en la biblioteca, abrió el baron todos los estantes diciendo:

—Escoje, ¿quieres el *Quijote*?

—Precisamente he concluido de leerlo, por vigésima vez durante mi viaje.

— Alcánzale las poesías de Espronceda, que le gustarán, dijo Luis.

— He leído algunas.

— ¿Y no te gustaron?

— Sí; mas... quisiera alguna otra....

— Aquí está *La Dama de las Camelias*, la quieres?

— No, esa no.

— Es de Dumas....

— Sí; mas... es *La Dama de las Camelias*.

— Escoje, pues: estos tres estantes son novelas francesas.

— Prefiero libros españoles.

— ¿Quieres las poesías de Quevedo?

— No.

— ¿Quieres las de Zorrilla?

— No... no quisiera poesías.

— Aquí están las obras de Fr. Luis de Leon.

— Deme usted alguna.

Miráronse la baronesa y sus hijas, exclamando Lola sin poderse contener:

— ¿No lo dije?

Fué á sacar el baron el grueso volúmen del estante, y al hacerlo, cayó otro de menor volúmen que aquel, yendo á parar á los piés de la duquesa. Cogiólo ésta ántes que otro lo hiciera, y buscando el título, leyó en alta voz:

— *El Buen criterio y el Siglo XIX*, por Enrique de Velaseo.

— Tira eso, dijo Luis con desprecio.

— ¿Lo has leído? preguntó Adriana.

— No empleo tan mal el tiempo.

— ¿Conoces á su autor?

— Tampoco. Dicen que es un pedantillo de tres al cuarto de los muchos que emborronan papel en la córte.

— ¿Cómo diablos ha venido este libro á mi biblioteca? preguntó amoscado el baron.

— Distráidamente lo pondria yo aquí en vez de arrojarlo á la chimenea.

— Pues ya que distráidamente vino á parar aquí, y por casualidad ha caido á mis piés, voy á leerlo.

— Pero teniendo tantos libros de auto:

res célebres, ¿vas á dedicarte á ese novel y desconocido uscritorcillo?

—Que puede andando el tiempo ser tan célebre autor como éstos cuyos nombres están esculpidos en la inmortalidad.

—Toma, toma . . .

—Sí, tío, ¿cree usted que la tierra que ha producido esos genios no puede producir otros? Cada siglo renueva sus celebridades, como cada primavera sus flores.

—En fin, ¿quieres á Fr. Luis de Leon ó no?

—Si usted me lo permite, lo leeré concluido éste.

—Como quieras.

Salieron todos de la biblioteca, pidiendo Adriana permiso para retirarse á sus habitaciones, á las cuales la acompañaron sus galantes parientes, volviendo á reunirse de nuevo en el salón.

Apénas solos los del Monte, soltó la carcajada Lola, comunicando su hilaridad á sus hermanos, en la que acabaron por tomar parte sus mismos padres.

—Me va divirtiendo la primita, pudo apénas articular.

—Pues si sigue así, ¡medrados estamos!

—He pasado el día completamente aburrido, exclamó Lius.

—¿Y qué has adelantado?

—Poca cosa; en cambio he perdido los buenos ratos que me proporcionan mis amigos, y sobre todo, mis amigas.

—Y nosotras nos hemos perdido el paseo y el teatro.

—Pero habeis oido filosofar á vuestra prima.

—Mejor dirás desbarrar. ¡Jesus, qué empalagosa es.

Miéntas así hablaban sus cariñosos parientes, entró Adriana en su dormitorio, agitó una campanilla de plata, á cuyo sonido entraron por la puerta exensada Ana y las dos jóvenes, adelantándose hácia su señora con la sonrisa en los labios.

—¿Qué mandais? preguntó la más jovencita.

—Mi buena Dori, avisa á James y á

Fernando para que mañana á las diez esperen en mi salon.

—Al instante.

Salió la jóven, y Adriana continuó dirigiéndose á su nodriza y á Méri:

—Podeis desde este momento retiraros á descansar, pues pienso leer un rato y desnudarme sola cuando me acose el sueño.

—Esperaremos...

—No: retiraos ahora, y entrad mañana á la salida del sol, haciendo preparar de antemano una berlina con un solo caballo, pues es aventurado ir á pié desconociendo las calles. Acercadme esa mesa, colocad en ella la luz y retiraos.

Hicieron las dos mujeres lo que la duquesa iba ordenando; terminado lo cual, agregóseles Meri diciendo:

—Queda James avisado: ¿teneis más que mandar?

—No, hijas, hasta mañana.

Besó la anciana la frente de la duquesa, presentaron á ésta la suya las dos jóvenes, en las cuales recibieron un ósculo amisto-

so, y retiráronse las tres por la misma puerta de la alcoba, dejando á su señora sentada en una butaca, á cuyo lado colocaron un pequeño velador chinesco y encima una luz, conforme la duquesa les indicara.

Sola ya nuestra heroína, abrió el libro, que aún no tenia cortadas las hojas, leyó de nuevo el título y el nombre de su autor, y empezó decididamente á leer el primer capítulo. A medida que leía, engolfábase más en su lectura, sus ojos no pestañeaban siquiera, sus encendidos y delgados labios, ligeramente entreabiertos, agitábanse de vez en cuando como siguiendo el curso de su pensamiento, y en esta actitud y con creciente interes volvió hojas y más hojas, hasta que concluido el primer capítulo levantó la vista del libro, y apoyó la cabeza en la palma de la mano, permaneciendo así breves segundos. Luego volvió á leer con más afán que al empezar, hasta que doce campanadas resonaron en su oído para advertirla que debía dar á su cuerpo

el reposo necesario. Al oirlas, dejó la lectura, asomando á sus labios una sonrisa de satisfaccion, y murmuró entre dientes:

— Mis primos no leerán este libro, porque si lo abrieran lo tirarian al terminar la primera página. Su autor habla á la inteligencia y al corazon, y son ellos la negacion de ambos. En él revela raro ingenio y delicadísimos sentimientos: mas ¡ay, pobre Enrique de Velasco, si has menester el producto de tu libro! Aquí se olvidaron de arrojarlo á la chimenea; otros tendrán más memoria, y la generalidad lo dejará en los estantes del librero: primero, porque no te conocen, y segundo, porque segun voy aprendiendo, el buen criterio es el enemigo comun del presente siglo, á quien asustas con el solo nombre. Ea, basta por hoy.

Levantóse resueltamente de su asiento, y penetrando en su alcoba, arrodillóse ante la imagen del Redentor, permaneciendo algunos minutos en oracion, y desapareció despues tras las cortinas de su lecho.

## CAPÍTULO V.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Adriana durmió poco; desagradablemente impresionado su espíritu al ver cuán diferentes eran sus parientes de lo que ella creyera, no pudo encontrar reposo en el sueño; así que, apénas los primeros albores de la naciente aurora disiparon las espesas sombras de la noche, abandonó la cama, y envolviendo su cuerpo en un largo traje de mañana, arrodillóse ante la imagen del Crucificado, y despues de elevar á Él su corazon, salió de la alcoba, siendo el primer objeto con que sus ojos tropezaron el libro que tanto la embelesara la noche anterior. Sin distraerse en cosa alguna, dejóse caer en el mismo sillón que horas an-

el reposo necesario. Al oirlas, dejó la lectura, asomando á sus labios una sonrisa de satisfaccion, y murmuró entre dientes:

— Mis primos no leerán este libro, porque si lo abrieran lo tirarian al terminar la primera página. Su autor habla á la inteligencia y al corazon, y son ellos la negacion de ambos. En él revela raro ingenio y delicadísimos sentimientos: mas ¡ay, pobre Enrique de Velasco, si has menester el producto de tu libro! Aquí se olvidaron de arrojarlo á la chimenea; otros tendrán más memoria, y la generalidad lo dejará en los estantes del librero: primero, porque no te conocen, y segundo, porque segun voy aprendiendo, el buen criterio es el enemigo comun del presente siglo, á quien asustas con el solo nombre. Ea, basta por hoy.

Levantóse resueltamente de su asiento, y penetrando en su alcoba, arrodillóse ante la imagen del Redentor, permaneciendo algunos minutos en oracion, y desapareció despues tras las cortinas de su lecho.

## CAPÍTULO V.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Adriana durmió poco; desagradablemente impresionado su espíritu al ver cuán diferentes eran sus parientes de lo que ella creyera, no pudo encontrar reposo en el sueño; así que, apénas los primeros albores de la naciente aurora disiparon las espesas sombras de la noche, abandonó la cama, y envolviendo su cuerpo en un largo traje de mañana, arrodillóse ante la imagen del Crucificado, y despues de elevar á Él su corazon, salió de la alcoba, siendo el primer objeto con que sus ojos tropezaron el libro que tanto la embelesara la noche anterior. Sin distraerse en cosa alguna, dejóse caer en el mismo sillón que horas an-



tes abandonara, y leyó de nuevo las bien escritas páginas de *El Buen Criterio* y el *Siglo XIX*.

En tal estado, hirióla de lleno el primer rayo de sol que brilló en Oriente.

Cuando entró su nodriza en el aposento, cerró Adriana el libro, quedóse pensativa algunos instantes, exclamando luego:

— ¡Este libro me embelesa! ¡Cuánta verdad! ¡Cuánta elocuencia! ¡Cuánto sentimiento revela su autor! ¡Oh, yo admiro esos talentos privilegiados que tales obras producen! Una novela, cualquiera la escribe; todo consiste en tener mejor ó peor inventiva; mas esta clase de libros, que tanto profundizan el corazón humano, en los que cada lector halla algún rasgo del suyo, hijos son de talentos no comunes.

— Señora . . . murmuró la nodriza acercándose á ella; mucho habeis madrugado.

— Es, Ana, que no he dormido.

— ¿Habeis estado indispuesta? preguntó Ana con dolor y afán.

— Ningun motivo justificado ha privado

mi sueño; apoderóse de mí el insomnio, y con él me ha sorprendido la aurora.

— ¿Teneis algo que mandar?

— Deseo visitar una iglesia cualquiera antes de hacer cosa alguna.

— ¿Quereis salir pronto?

— Ahora mismo. Dí á Dori y á Meri que entren á vestirme, y encarga que esté pronto el carruaje.

Salió la anciana, presentándose inmediatamente las dos jóvenes inglesas.

Vistióse la duquesa un negro traje de casimir, abrigó su linda cabeza con un sombrerito de castor, dejando caer un largo velo sobre su rostro; metió sus nacaradas manos en un manguito de piel de chinchilla, y acompañada de su nodriza y de las dos jóvenes, salió de sus aposentos en direccion á la escalera, al pié de la cual esperaba un carruaje tirado por un solo caballo, conforme ella habia dispuesto.

A las diez regresó á su casa, despues de visitar el templo y los asilos de caridad, y

supo por el estirado mayordomo, que sus parientes no acostumbraban á levantarse ántes de las doce del dia. Inmediatamente hizo avisar á sus administradores, ante los cuales no tardó ella en presentarse.

Despues de preguntarla aquellos por el estado de su salud y de cumplir con las leyes de la cortesía, dijo Adriana:

—Me consta, por habérmelo dicho mi señor padre poco ántes de morir, que las rentas de mi tío el señor baron del Monte, ademas ser escasas, no están en corriente; y siendo el principal objeto de mi venida á España pagar todas las deudas que haya podido contraer el hermano de mi querida madre, y evitar que contraiga otras, deseo que tengais con él una entrevista, en la cual procureis informaros de cuánto se debe, para que dentro de tres dias quede todo pagado. Pondreis asimismo en su conocimiento que desde hoy percibirán dos mil pesos mensuales, con los cuales y sus rentas tienen lo suficiente para no contraer nuevas deudas; ademas les advertireis que

toda cuestion de intereses deben tratarla con vosotros, pues yo no me ocupo de ellos.

—Muy bien, señora, dijo el anciano James tomando la palabra. Permitireis os diga ahora que las deudas del excelentísimo señor baron del Monte deben ser algo crecidas, segun me ha dicho uno que dice ser mayordomo desde la llegada de vucencia, y al cual se le deben seis años de haberes, sin que ninguno de los sirvientes más modernos haya percibido todavía un maravedí. Hemos sabido tambien que para recibir á vucencia se ha restaurado la casa, se ha triplicado el servicio de ella, se han comprado caballos y carruajes, todo á expensas de vucencia, pues se adeuda todo, por lo que os suplico me digais si debemos tocar esta cuestion con vuestro excelentísimo tío.

—Mucho me pesa de ello; mas si por las cuentas que éste presente, comprendeis que es necesario, os autorizo para hacerlo, bastando con darle á entender que deben reducir su presupuesto á sus haberes; por-

que si bien ahora pagaré todas sus deudas, por crecidas que sean, no así las que contraigan de nuevo, pues el dinero que se tira es el patrimonio del pobre.

—De modo que, sean cuales fueren, ¿pagaremos todas las deudas?

—Exactamente.

—¿Manda vucencia otra cosa?

—Ignoro los fondos que tiene Ana; de todos modos, le entregareis tres mil pesos.

Inclináronse profundamente los dos administradores y salieron de la habitación. Entró de nuevo la duquesa á su dormitorio y volvió á abrir el libro de Enrique de Velasco.

Cerca de las doce serian cuando fué interrumpida en su lectura por la baronesa y sus hijas, que le renovaron sus besos, abrazos y protestas de cariño, llevándose-la al salon de confianza, donde fué recibida con igual ovacion por el baron y su hijo. No tardó en servirse el almuerzo, des-pues del cual la duquesa mostró deseos de salir á disfrutar de la hermosura del dia.

—¿Hoy? balucearon sus parientas.

—Sí... Lo preguntais de una manera...

—Es que hoy recibimos, contestó la baronesa y ya ves que no estaría bien dar un desaire á muchas personas que vendrán á visitarte.

—Cierto; mas ¿á qué hora es la recepción?

—En este tiempo, de tres á seis.

—Es la una, dijo Adriana mirando un hermoso reloj que sobre la chimenea habia; tenemos aún dos horas.

—Sí, pero vendrá el peluquero.... Además, Adriana, tú no sabes los usos de Madrid, y debemos advertirte que es altamente ridiculo ir á pasear á estas horas.

—Mucho lo deseaba, y no por el paseo; mas es fuerza no separarse de la corriente de las costumbres; así, será preciso dejarlo para otra ocasion.

—¿Descarás visitas las muchas cosas notables que tiene Madrid?

Sonrió la duquesa haciendo una señal afirmativa.

— ¡Oh! es lo más fácil, dijo Luis; considera que tengo la villa medida á palmos, libre entrada en todas partes, desde el palacio real al del último título; á mi nombre se abren todas las puertas.

— ¡Toma! objetó Lola. Tratamos á todo Madrid, figurámonos en todas las reuniones y nada de particular tiene que conozcamos una por una todas las personas de la corte.

— Mucho me place, contestó Adriana con alegría, pues conociendo á todo Madrid no ignorareis dónde se ocultan las muchas familias indigente que devoran sus lágrimas en miseras guardillas, guardando como reliquia una raída levita ó una mantilla mugrienta, con las cuales se presentan en público, procurando ocultar la miseria que su traje revela. ¿Tendréis á bien indicarme alguno de estos sitios ántes de visitar los palacios?

Miráronse extrañados los del Monte, y Adriana continuó:

— ¿No quereis acompañarme á algún asilo de dolor de los que en medio de vues-

tras diversiones debeis visitar para que yo contribuya con vosotros á enjugar las lágrimas del que llora?

— Ignoro quien podrá darnos razon de lo que deseas, murmuró Luis desconcertado.

— ¿No sabeis ninguno? dijo Adriana sorprendida.

— ¿Cómo quieres que lo sepamos? repuso la baronesa.

— Creí . . . baluceó Adriana, bajando los ojos y haciendo un gesto de resignacion.

Para cortar una conversacion que les empalagaba, dirigiéronse las del Monte á sus respectivas habitaciones, ávidas de arreglar su *toilette*, despues de acompañar á la duquesa hasta su tocador, la que cambió su bata de casimir por una de terciopelo sin más adorno que unos valencienas en la garganta y puños, dirigiéndose luego al salon, que empezaba á verse favorecido, quizás por la vez primera, por lo más selecto de la sociedad española.

Fácil de imaginar es cómo fué recibida la poseedora de cuatrocientos millones en cuanto tocó su leve planta la alfombra del salón, do de acudían á visitarla la nobleza, la banca y la alta diplomacia de la corte. Adriana, siempre atenta, invariable y discreta siempre, recibía el incienso de la adulación con el tacto exquisito que tanto la distinguía, contestando con dulzura y amabilidad, y confundiendo no pocas veces á la reunión que la escuchaba.

Retiráronse sucesivamente todos los visitantes, llevándose cada uno un recuerdo más ó ménos vivo de Adriana de Wosley, unos de despecho, de simpatía otros, y de envidia muchas.

Terminada la recepción, sentáronse á la mesa sus excelencias, y para complacer á sus parientes, asistió la duquesa aquella noche al teatro Real, donde los ojos de la mitad de los espectadores estuvieron fijos en ella y no ménos en su galante primo Luis, que sin separarse un segundo de su lado procuraba dar á entender que era el

elegido por la suerte para unirse con indisolubles lazos á los cuatrocientos millones de la duquesa de Clarendon. Excusado es decir que su palco estuvo toda la noche lleno de finos aduladores que hicieron las delicias de los barones y sus hijos, pues encontrábanse de pleno en su elemento.

Terminada la *Lucía*, retiráronse sus excelencias á su casa, y despues de despedirse de sus tíos y primos, entró Adriana en su dormitorio, donde la esperaban su nodriza y las dos jóvenes. Desnudáronla del elegante traje de luto, vistiéronla una bata de noche, y despues de ser despedidas por la duquesa del modo que tenía por costumbre y que hemos visto en anteriores páginas, retiráronse las tres mujeres, dejando á su señora sentada ante un velador y engolfada en la lectura del libro titulado: *El buen criterio y el Siglo XIX.*

## CAPÍTULO VI.

## LA GUARDILLA.

Ocho días despues de la llegada de la duquesa de Clarendon á la capital de España, salió radiante el sol, llenando de inocente alegría á la soñolienta naturaleza que, fresca, despertaba al calor de sus dorados rayos, saludándola unánime con armonioso y festivo concierto. Todo dormía en el interior de las ciudades; sonreía todo con encantador bullicio en los bosques, los prados y las selvas. La humanidad es la postrera en alabar á su Criador.

En la casa del baron del Monte un solo sér formaba coro con la creacion: era Adriana de Wosley, que apénas la rubia aurora levantaba las cortinas del nuevo

dia, corría tambien las de su lecho y alimentaba su alma con la primera oracion de la mañana.

Despues de su breve y ferviente comunicacion con el Padre celestial, sentóse en una butaca próxima al balcon, abrió el libro que tanto la interesaba, y leyólo con avidez hasta concluirlo. Algunas horas despues dirigióse á do estaban sus parientes, contra su costumbre, reunidos en familia, quizás para saber el resultado de la entrevista del baron con el administrador de la duquesa, que poco debió complacerles, pues murmuraba la baronesa:

— ¡Lástima de millones para quien no sabe hacer uso de ellos!

Presentóse la jóven, trayendo en sus manos el libro que con tanto afan habia leído, y sentándose entre ellos, dijo á su tío:

— Devuelvo á usted este libro, y le suplico me proporcione usted otro.

— ¿Es el librote aquel que te empeñaste en leer? preguntóla su primo.

Clavó en él sus negros ojos Adriana, y

contestó moviendo ligeramente la cabeza en señal afirmativa.

—¿Y has tenido suficiente paciencia para concluirlo? prosiguió el baron.

—Quedándome con el sentimiento de que ésta sea la única obra que haya publicado Velasco, pues me tarda leer las que de nuevo broten de su pluma.

Miráronse todos recíprocamente, mordiendo los labios por contener la risa; Adriana continuó:

—Suplico á usted que guarde el libro en los estantes de su biblioteca, pues aun cuando hoy lo crea usted un borron que ha caido en ellos, quizás llegue día que le parezca á usted una brillante estrella que confunda sus fulgores con las muchas que alumbran al mundo, y sea, como ellas, imperecedera.

—Buena fortuna le auguras á ese novel escritorcillo.

—Todos los grandes genios han empezado por ser noveles escritores.

—¿Qué libro deseas ahora? preguntó su tío deseando variar de conversacion.

—Si no me equivoco, tenia en la mano una obra de Fray Luis de Leon cuando la casualidad arrojó este libro á mis piés.

—¿Y vas á encerrarte de nuevo en tus aposentos para engolfar tu imaginacion en la lectura, mi bella Adriana? preguntóla Luis.

—Hoy dedico el dia á escribir mis recuerdos á los buenos amigos que he dejado allende los mares.

—¿Y no nos acompañarás á la Castellana?

—Con mucho gusto lo hiciera á permítmelo el breve tiempo que queda para que las cartas salgan con el próximo correo.

—¿Pero no faltarás esta noche al estreno de *Guillermo*?

—¡Oh, no, no faltaré, pues no me cause de admirar las bellezas de Rossini.

A las nueve de la noche salió un lujoso carruaje de casa de la del Monte, conduciendo á sus excelencias al teatro Real; mas al llegar á la Puerta del Sol, el triste y miste-

rioso tañido de una campanilla anunció á los vecinos y transeúntes el paso del Señor, que iba á visitar un alma próxima á abandonar las mundanas miserias para unirse de nuevo á su Criador. Paró instantáneamente el coche de las del Monte; abriéronse las portezuelas, á una pequeña indicación de la duquesa; descendieron precipitadamente sus excelencias, y postrándose en tierra, rogó al santo ministro que se dignara aceptar su coche. Subió á él con su acólito el digno sacerdote, colocáronse á ambos lados de las portezuelas los dos monaguillos que alumbraban el paso del Todopoderoso, y tañendo de nuevo la triste campanilla, rodó el carruaje hácia la calle de Correos. Detras de él empezó á andar la duquesa, acompañada de su tía y de sus primos, que con solo mirarlos los semblantes, comprendia cualquiera el placer que aquel espectáculo les causaba.

Entró el coche en un callejón, por el que apenas podían virar los caballos, y paró ante la casa señalada con el número 4.

Cuando el Señor hubo pasado sus umbrales, y viendo que la duquesa se disponía á seguirle, acercósele violentamente su tía, exclamando con voz algo más fuerte de la que el caso requería:

—¿Vas á subir?

—Sí, señora, contestó Adriana sin detenerse.

—Pero . . .

—Si el Señor hubiese entrado en un palacio, despues de acompañarle hasta sus puertas, me hubiese retirado; mas el aspecto de esta casa revela pobreza. Quién sabe lo que puede encerrar!

Y siguió subiendo los ennegrecidos pedáños de una escalera que bien podia llamarse de caracol, en la cual, y en cada descanso, veíanse dos desvencijadas y pequeñas puertas que, abiertas de par en par, daban paso á otras tantas personas que con lágrimas en los ojos y luces en las manos alumbraban el paso del Señor.

Con el mayor despecho subieron las del Monte tras la duquesa, recogiendo cuida-



dosamente sus ricos vestidos por temor de ensuciarlos. Así pasaron cuatro pisos y llegaron á las guardillas, en una de las cuales entró el Viático, y tras él la caritativa duquesa con sus parientes.

Triste por demas, y en extremo conmovedor para almas ménos sensibles que la de nuestra heroína, fué el cuadro que se presentó á su vista. En una alcoba poco distante de la puerta de entrada, tendida en un jergon sobre el mísero suelo, veíase á una infeliz mujer, cuyas amoratadas facciones revelaban la cercanía del tránsito de la muerte. A pesar de su excesiva demacracion y del triste aspecto de su cadavérico semblante, conocíase que aquella mujer era jóven y había sido hermosa. Medio incorporada en su miserable lecho, sosteníala una señora como de sesenta años de edad, cuyas graves facciones, bañadas á la sazón por abundosas lágrimas, tenían cierto tinte de nobleza y austera dignidad, que al mirarla infundían respeto, y secretamente decían que, aunque envuelta en

un raído traje de lana negra, no había nacido en una guardilla. Completaba el triste cuadro una hermosa niña de siete á ocho años, que estrechando entre sus rosadas manecitas la descarnada diestra de la enferma, tenía fijos sus celestes ojos con indefinible expresion, mezclada de espanto y ternura, en los agonizantes y cristalizados de la moribunda. Tal cuadro se ofreció á la vista de la hermosa duquesa cuando detrás del Santo Viático entró en la pobre guardilla. Echó rápidamente y llena de interés una mirada en derredor, y las gruesas lágrimas que brotaron de sus ojos demostraban la impresion que su sensible pecho recibiera. Sin proferir palabra, sin mirar ya más, dobló sus rodillas cerca de los piés de la cama, acción que fué imitada por los del Monte y por todos los vecinos que tras ellos entraron.

No trazaré, por cierto, mi desaliñada pluma el acto supremo en que una infeliz criatura, próxima á romper los lazos que con el mundo la unen, prepara su alma á

presentarse ante el Supremo Juez, que no le es dado narrarlo.

¡Tanta es su sublime grandeza!

Inclinémonos, pues, profundamente ante Él . . . .

Cuando los tristes ecos de la santa campanilla dejaron de oirse en la habitacion, levantáronse los asistentes, y solo entonces cambiaron un silencioso saludo, fijándose todas las miradas en las elegantes señoras que habian acompañado al santo Viático.

La primera en romper el silencio fué la duquesa, que dirigiéndose pausadamente á su tia y primas, las dijo á media voz:

—Suplico á ustedes que no se molesten por mí; pueden ir al Real desde luego, si gustan.

—¿Y tú? se apresuró á preguntar la baronesa.

—Creo que puedo ser útil aquí, y me quedo.

—Pero . . . .

—Acabada la funcion pueden ustedes

venir por mí, y si no soy necesaria en esta casa, me retiraré con ustedes.

Hubo un momento de estupor, al que siguieron algunos cuchicheos.

—Me permitirás á lo ménos que me quede acompañándote, repuso Luis.

—Como comprenderán ustedes, no es la ocasion para discusiones, repuso Adriana. Ustedes harán lo que tengan por conveniente.

—Luis, dijo la baronesa con imperio, acompañanos al Real, y luego eres libre de volver ó quedarte con nosotras.

Murmurando todos y saludando apénas, salieron las del Monte de la misera guardilla, donde tenian su asiento la miseria, las lágrimas, el infortunio, toda la pobreza y pequenez de la vida, para asistir al regio coliseo, ántes que templo del arte, de la vanidad, de la locura de este engañoso mundo, del lujo, de la moda, de la crítica ó de la sátira; teatro en fin, mentira todo.

Acercóse Adriana al lecho de la mori-

bauda, y viendo que ésta tenía cerrados los ojos y plegadas las manos como si quisiera reconcentrar en sí misma la poca vida que la quedaba, dirigióse á la señora anciana, que de pié á la cabecera de la enferma enjugaba su abundante llanto, diciéndola con voz conmovida:

— Me ha tomado la libertad de quedarme en esta casa, por si mi presencia puede ser útil en ella. Ya que no me es dado evitar esa desgracia, ¿podré aliviarla en algo?

— Señora... balbuceó apenas la anciana clavando sus bendadosos ojos en el conmovido semblante de la duquesa.

— Creo que mis palabras no pueden tener mas que una interpretacion, continuó aquella. Si yo supiera mentir, diria á usted que pertenezco á alguna sociedad de beneficencia de las que sin duda habrá en la capital de España; sin embargo, á ninguna pertenezco, ni sé cuáles existen. Dios nos manda consolar al desgraciado, y para cumplir tan sublime precepto me basto

sola, sin asociarme á nadie. Aliviar las desgracias de mis hermanos es para mí un verdadero placer, del cual hace algun tiempo estoy privada, pues extranjera en esta tierra, me es forzoso indagar mucho para saber dónde se oculta la desgracia. Hoy el Señor me ha indicado este asile de dolor, y mi corazon me dice que no es la muerte solo lo que aquí se llora.

Apretó la anciana señora entre las suyas la mano de la duquesa, y viendo que la enferma conservaba la misma postura y al parecer respiraba tranquilamente, dijo á la niña á media voz y con tiernísimo acento:

— Isabelita, vigila cuidadosamente á tu pobre mamá, y al menor movimiento que en ella adviertas, avísame. Y haciendo sentar á la duquesa en una vieja silla de pino, y despues de hacer ella lo propio á su lado, continuó. No dudo, señora, que es usted uno de esos ángeles que Dios manda á la tierra para consuelo de los afligidos. Como usted ha dicho muy bien, no es la

muerte lo único que aquí se llora; es la pérdida de una virtuosa y desgraciada mujer, ocasionada por una serie no interrumpida de lágrimas, dolores y miserias; es la orfandad de una pobre niña, sin más amparo que Dios del cielo. . . .

Y la buena señora sintió interrumpidas sus palabras por las frecuentes y dolorosas lágrimas que brotaban de sus ojos.

—No se moleste usted en relatarme una historia que puede traerle fatales recuerdos; basta para mi objeto saber que aquí hay miseria é infortunio, pues ya que no me es dado evitar este último, puedo desde luego destruir la primera.

—Sé por experiencia, señora, cuán grato es al alma practicar una buena acción para que intente privar á usted del placer que ahora siente; además, ¿á qué negarlo? La larga enfermedad de esta desgraciada ha acabado con todos los recursos de que podíamos disponer; no tenemos ya con qué socorrerla ni con qué dar á su cuerpo la debida sepultura cuando el alma haya vo-

lado á su Criador. Luego, esa pobre niña. . . De nuevo embargaron las lágrimas las palabras de la anciana.

—No se apesadumbre usted, señora; la suerte de esta niña está asegurada. Levantó la anciana sus ojos al cielo y solo pudo exclamar:

—¡Bendito seais, Dios mío!

—¿Es usted acaso madre de esa infeliza?

—No, señora, ningún lazo de parentesco nos une, si bien digo mal, pues los desgraciados formamos en este mundo una sola familia, aislada completamente de la sociedad, que huye de nosotros como si tuviéramos grabada en nuestro semblante la marca del réprobo. Hace seis años que somos vecinas, y mutuamente nos hemos ayudado en nuestras penalidades; ella trabajando día y noche porque no le faltara el pan á su hija; yo, incapaz de trabajar, cuidando al hijo de mis entrañas, que se desvive porque de nada carece su pobre madre. ¡Ah, señora! perdone usted las lágrimas que brotan de mis ojos al recuer-

do de mi querido hijo. Joven, de veintiseis años, se halla sin carrera alguna, porque no he podido costeársela; muy al contrario, á costa de mi salud he sostenido por espacio de muchos años un trabajo superior á mis fuerzas para mantener y educar modestamente á mi hijo, hasta que los años y las fatigas han rendido mi débil cuerpo. Ahora él me sostiene á mí, sabe Dios con cuántas privaciones de su parte; Dios se lo premiará; así lo espero.

—¿Y la pobre enferma?

—¡Ah, señora! la infeliz Isabel es harta más desgraciada que yo. Hija de una acomodada familia americana, contra la voluntad de sus padres contrajo matrimonio con el hombre á quien adoraba; vino con él á España, y aquí empezó su martirio. Después de hacerla pasar todos los tormentos por que puede pasar una mujer, desapareció de su lado, llevándose consigo el poco capital que le quedaba, y dejando á su infeliz esposa y á esta niña, que entonces contaba dos años, en el más completo

abandono. En tal estado vinieron á habitar esta guardilla, y desde entónces formamos una sola familia.

—¿Sabe usted por casualidad de qué parte de América es hija esa pobre señora? preguntó la duquesa con una ansiedad que no trató de ocultar desde que la anciana empezó su relato.

—De la América del Norte.

—¿De New-York?

—Allí creo que vivió hasta su casamiento.

—¿Será posible, Dios mio? murmuró Adriana levantando los ojos al cielo; luego continuó: ¿se llama Isabel de...

—Isabel del Castillo y Armendáriz; su padre era español, su madre, mexicana.

—Sí, sí; ¡es ella! ¡Infeliz! ¡En qué estado te encuentro!

—¿Cómo? ¿la conoce usted acaso? preguntó con vivo interés la buena anciana.

—¡Y tanto, señora! Juntas hemos pasado las horas más dulces de la vida; en mi

pecho desahogó las primeras lágrimas que su insensata pasión la hizo verter.

—Sin embargo, parece mucho mayor que usted.

—Solo me lleva tres años; pero las vicisitudes por que habrá pasado la han envejecido treinta. ¡Pobre Isabel, qué aciaga suerte la tuya!

Y el dolor que sentía su corazón por el infortunio de su amiga convirtió en dos fuentes sus preciosos ojos.

—Señor, ¿quién duda de tu misericordia? exclamó la anciana enjugándose los suyos.

—¿Y nada ha sabido esta infeliz de su esposo? prosiguió la duquesa.

—Supo hace poco que acababa de morir en Francia en un desafío, y ese golpe fué mortal para ella; pues su virtuoso corazón alimentaba la firme esperanza de que su esposo volvería á arrojarle en sus brazos arrepentido de sus pasados errores, y en tal convicción perdonábale con

toda su alma y con una abnegación digna de mejor suerte.

—¡Desgraciada!

—La desastrosa muerte de su esposo, á quien no podía dejar de amar, y el sentimiento de no haberle dado el postrer abrazo, la han precipitado al sepulcro. Hay corazones, señora, que por agravios y desengaños que reciban, no pueden agriarse ni dejar de ser sublimes.

—Cierto; así como hay otros á los cuales la vista de las desgracias ajenas causa hastío, y los grandes sentimientos, risa.

La conversacion entre la señora anciana y Adriana de Wolsey fué interrumpida por una tos apagada y seca que dejó oír el quebrantado pecho de la enferma, y casi al mismo tiempo una argentina voz exclamando:

—Mamá.

Levantáronse de nuevo las dos interlocutoras como movidas por un mismo resorte, y acercándose á la enferma, que con un beso de sus frios labios acababa de dar un

pedazo de su alma á su adorada hija. Al ver á las dos señoras, tendió una mano á la más anciana, fijando en ella una apagada é interrogadora mirada que comprendería aquella, pues se apresuró á decir:

—Isabel, la misericordia de Dios no abandona jamás á sus criaturas. Esta señora ha llegado hasta aquí guiada por el mismo Dios para tender su protectora mano hácia tí y tu pobre hija.

Quiso incorporarse la moribunda, mas impidióselo la duquesa, diciéndola:

—Isabel, Dios me manda á tu lado para consolarte en tu desgracia; muchas lágrimas has vertido sobre mi pecho; derrámalas hoy de nuevo, que nadie pueda comprenderte mejor que tu amiga de la infancia; tu hermana si quieres, que bien podemos darnos este dulce título.

Fijó la enferma los ojos en Adriana con tal expresion de ansiedad, que parecia que toda su vida afluía á su mirada.

—¿No me conoces? prosiguió la duquesa.

¿No conoces á tu mejor amiga Adriana de Wolsey?

—¡¡Adriana!!!

—¡Isabel!!

Y cayeron una en brazos de la otra, confundiendo sus besos y sus lágrimas.

—Adriana, murmuró la enferma con voz débil y entrecortada por los sollozos, Dios te manda á mi lado en mi última hora porque no muera desesperada... mi pobre hija...

No pudo continuar, el dolor le anudó la voz en la garganta.

—Tranquilízate. ¡Pobre Isabel! La misericordia de Dios no la privará de su madre en edad tan temprana.

—¡Oh! sí, sí; yo muero; el frío de la muerte penetra por mis venas, dijo la moribunda. ¡Si á lo ménos me fuera dado llevarme conmigo á mi hija!... Mas esto no es posible, y yo no puedo resignarme á morir dejando á la prenda de mis entrañas huérfana y sola en el mundo.

—Si Dios tal desgracia dispusiera, dijo

la duquesa con voz solemne, yo juro amparar la orfandad de esta pobre niña.

—Sí, sí, tú lo harás, interrumpió la enferma, porque tú eres el ángel de consuelo con quien há poco yo he soñado y á quien encargaba la custodia de mi hija. Mírala, Adriana, ¡mira cuán hermosa es! Solo tiene ocho años; nació en ricos pañales y se ha criado en la miseria. Que no mal diga el nombre de su padre. ¡Fué un desgraciado! . . . Ricardo. . . ¡Pobre Ricardo mió! . . . Un fuerte ataque de tos cortó las palabras de la enferma sobresaltando á las que la rodeaban, y sobre todo á la pobre niña, que gritó asustada:

—Doña Cármen, mi mamá se muere. ¡Mamita . . . mamita miá! . . .

La anciana cogió á la inocente criatura en sus brazos consolándola lo mejor que pudo, mientras la duquesa prodigaba los mayores cuidados á la enferma, logrando al poco rato tranquilizar á ambas, á cuya conmovedora escena sucedió un religioso silencio, que ni doña Cármen ni Adriana

se atrevían á interrumpir. Hubiérase prolongado sin duda, si la repentina aparición de un hombre nó lo hubiese brevemente alterado.

A los primeros pasos que de él se oyeron, exclamó doña Cármen levantándose de su asiento:

—Mi hijo.

Efectivamente, un jóven modesto, aunque decentemente vestido, entró en la habitación; abrazó á su anciana madre, que le salía al paso, y al hallarse frente á frente de Adriana . . . miráronse ambos con la misma insistencia sin acertar á saludarse; no era la primera vez que sus ojos se encontraban. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo se habían visto? Pasado el primer momento de sorpresa cambiaron un saludo ceremonioso, y despues de enterarse el recién llegado de la situación de la enferma, tomó asiento cerca de su madre, y seguidamente corrió Isabelita hácia él, que besándola cariñosamente, la sentó sobre sus rodillas.

—Es mi hijo, exclamó doña Cármen pre-



sentando el joven á duquesa; es el hijo del cual hace poco he hablado á usted. Y volviéndose á éste, continuó:

—La señora...

—Soy una amiga de la enferma, interrumpió vivamente Adriana.

—En mala ocasion ha venido usted á verla, dijo el joven sin poder apartar los ojos de la duquesa.

—En la mejor, caballero, pues aunque le sea sensible á mi corazon encontrar á mi amiga en tan triste estado, siente en cambio el consuelo de poderla cerrar los ojos.

—¿La habrá usted conocido en mejores tiempos?

—Efectivamente; la conocí cuando le sonreía la fortuna. Ocho años he estado separada de ella sin saber su paradero; la infeliz ha debido sufrir tanto, que difícil se me ha hecho hoy reconocerla. ¡Ojalá hubiera venido ántes á España! ¡Quizá habría llegado á tiempo de salvarla.

—¿Usted no es española?

—Lo soy, caballero, mas á los meses de

mi nacimiento abandonaron mis padres la Península, y hasta hace poco no he vuelto á ella.

—Dispense usted, señora. ¿Usted ha llegado por la línea del Mediodía?

—Efectivamente.

—¿Hará casa de ocho dias?

—Poco más ó ménos.

—Perdone usted mi indiscrecion, dijo el joven con respetuosa galantería.

—¡Oh! no hay tal, caballero, sus preguntas, léjos de ser indiscretas, tendrán sin duda su motivo.

—Las motiva el deseo de tener la seguridad de que es usted á quien tuve el honor de ver descender del tren y subir al carruaje con unas señoras que salieron á recibirla.

Clavó Adriana sus negros ojos en el joven, y no tardó en bajarlos murmurando:

—Lo reconozco á usted, caballero; usted fué el que tan justa leccion dió á mi orgullosa tia en la cuestion del brazalete...

—Señora, interrumpió vivamente el jó

van, si indiscreto he estado en recordar aquel día, sabe Dios que no há sido por sacar á relucir tan desagradable escena, puede usted creerlo.

Bajó los ojos Adriana; bajólos también el jóven, quedando fijos en ambas los de doña Carmen, que sin darse razon del por qué, palideció mortalmente.

La llegada de un nuevo personaje puso fin á este diálogo, ó mejor dicho, al silencio que á él sucediera. Era el baron, que, colándose de golpe en la estancia, sin saludar siquiera á doña Carmen y á su hijo, dirigióse resneltamente á Adriana, diciéndola:

—Abajo espera el coche por si quieres aprovechar dos actos del *Guillermo*.

—Levantó la duquesa los ojos, y despues de reflexionar un rato, preguntó á doña Carmen:

—¿Quién vela esta noche á la enferma?

—Mi hijo, señora.

—¿Y no podria relevarle yo de ese cargo?

—Dispense usted, señorita, contestó el

jóven; la vida de la infeliz Isabel puede prolongarse pocas horas, y no debo permitir que se encuentre usted sola con ella en su postrer momento.

Comprendió desde luego la duquesa que no podria conseguir la dejasen velar sola á su amiga, y su delicadeza no la permitia velarla en compañía de un desconocido; así que, acomodándose á las circunstancias, se contentó con responder:

—Sea hoy como ustedes quieren; mañana se arreglará todo.

Envolvióse en el abrigo que le presentó su almibarado tio; acercóse á la enferma, que continuaba, si no dormida, aletargada, y temiendo turbar su aparente reposo, apartóse silenciosamente del lecho, diciendo á doña Carmen:

—No quiero importunarla, pues parece estar tranquila. Si pregunta por mí, dígame usted que á las primeras heras de mañana estaré á su lado. Luego tomó á la pequeña Isabel en sus brazos, la besó tiernamente, y llevándosela aparte, le dijo po-

niéndola un rico portamoneda en la mano: Tómalo; en él encontrarás con qué atender á las necesidades de la pobre mamá; que nada le falte; mañana tempranito estaré de vuelta.

Por toda respuesta rompió la niña en tierno llanto, apretando entre sus manos el presente de la duquesa.

Besóla ésta repetidas veces, prodigándole mil consoladoras palabras de cariño, y luego tendió la mano á doña Carmen, diciéndola:

—Hasta mañana, señora; si durante la noche su estado se agravase, espero que no permitirán ustedes que muera mi amiga sin volverme á ver. Para esto y para todo lo que á ustedes pueda ofrecérseles, les dejo una tarjeta. Y dejó una sobre la pequeña mesita.

—Nada valgo ya, señora; sin embargo, disponga usted de esta pobre anciana en cuerpo y alma, dijo doña Carmen conteniendo apenas las lágrimas.

—Lo mismo que mi madre repite á us-

ted; aunque soy un pobre diablo, Enrique de Velasco está siempre á los pies de usted para cumplir sus menores deseos.

Dió un paso atrás el baron al oír este nombre, y midió al jóven con una desdenosa mirada.

—¿Cómo? . . . exclamó Adriana sin ser dueña de sí misma; mas repouñéndose inmediatamente, continuó: Gracias, caballero. . . hasta mañana.

Aceptó el brazo que su tío la ofrecía, el que sin tomarse la molestia de descubrirse ante las canas de doña Carmen, saludó distraídamente con una ligera inclinación de cabeza, bajando ambos la negruzca escalera. No tardó en oírse desde la pobre guardilla rodar el carruaje hacia el teatro Real.

Apénas Adriana abandonó la estancia, cogió Enrique la tarjeta que aquella dejara, y acercándose á la luz, vió que decía sencillamente: «Adriana de Wolsey y de Peñarrosa, Espoz y Mina, 8.» Quedó algunos segundos pensativo, luego sacó de su bolsillo un pequeño libro de memorias, y

la encerró cuidadosamente en él. Ninguna de estas acciones pasó desaperebida para doña Odrmen, por más que la distraía la pequeña Isabel enseñándole el tesoro que aquella hermosa señora la entregara.

Los comentarios á que dió lugar la cristiana accion de Adriana de Wolsey son fáciles de suponer, atendido el modo de ser de sus parientes los barones del Monte. Sin embargo, la duquesa tenía suficiente talento para sobreponerse á tales mezquindades, de modo que desde el primer momento que entró en el palco, resignóse á contestar con monosílabos á las intencionadas preguntas que la dirigian. ¿Por qué hablarles de lo que no podian comprender? Luis, exageradamente galante y sobrado pródigo en manifestaciones de amor, fué aquella noche más antipático, si cabe, que los dias anteriores. Escuchó el final del *Guillermo* con una distraccion no acostumbrada en ella, y salió del teatro contestando con exquisita finura, aunque con fria reserva, al bullicioso emjambre de adora-

dores que se ponian constantemente á sus piés, atraídos por el brillo de su fabulosa fortuna, que no por los sentimientos que les inspirara, pues la mayoría solo habian cambiado con ella saludos de mera etiqueta.

Una vez en su casa y al dar las buenas noches á sus tíos, participóles Adriana que al dia siguiente acudiría á la cabecera de la moribunda, en la que habia encontrado una antigua amiga, y que permanecería á su lado miéntras ésta existiera.

—¿Y si no muere mañana? la interrumpió la baronesa.

—Tanto mejor, contestó Adriana; tendré el consuelo de prodigarla más tiempo mis cuidados.

—Pero eso . . .

—Ana y Dori permanecerán constantemente á mi lado, y no habrá necesidad de que ustedes se mortifiquen en acompañarme.

—Pero, hija, mañana recibimos: ¿cómo vamos á excusar tu ausencia?

—Procuraré estar en casa á la hora de la recepcion para no caer en falta con el mundo.

Y dando las buenas noches, penetró en sus habitaciones.

Una vez en su cámara y despues de despedir á sus doncellas, exclamó dejando caer su hermosa cabeza sobre la almohada:

—¡Enrique de Velasco! ¿Será el autor de aquel delicioso libro?

## CAPÍTULO VII

### ARRANCADA AL SEPULCRO.

¡Tristel! ¡muy triste es una noche de invierno pasada á la cabecera de un moribundo!... Nuestro simpático jóven, despues de despedirse cariñosamente de su anciana madre y de prodigar mil festivas caricias á la pequeña Isabel, tomó asiento junto á una mesa sobre la cual estaban revueltos multitud de papeles; un viejo tintero con dos plumas; dos ó tres botellas conteniendo otras tantas medicinas; un plato con una cuchara de palo y una taza; un candelero de laton sosteniendo una bujía de sebo que débilmente alumbraba la pobre estancia, y dos ó tres cachivaches medio rotos que servian de juguets á la tier-

—Procuraré estar en casa á la hora de la recepcion para no caer en falta con el mundo.

Y dando las buenas noches, penetró en sus habitaciones.

Una vez en su cámara y despues de despedir á sus doncellas, exclamó dejando caer su hermosa cabeza sobre la almohada:

—¡Enrique de Velasco! ¿Será el autor de aquel delicioso libro?

## CAPÍTULO VII

### ARRANCADA AL SEPULCRO.

¡Tristel! ¡muy triste es una noche de invierno pasada á la cabecera de un moribundo!... Nuestro simpático jóven, despues de despedirse cariñosamente de su anciana madre y de prodigar mil festivas caricias á la pequeña Isabel, tomó asiento junto á una mesa sobre la cual estaban revueltos multitud de papeles; un viejo tintero con dos plumas; dos ó tres botellas conteniendo otras tantas medicinas; un plato con una cuchara de palo y una taza; un candelero de laton sosteniendo una bujía de sebo que débilmente alumbraba la pobre estancia, y dos ó tres cachivaches medio rotos que servian de juguets á la tier-

na niña. Con un codo apoyado en la mesa y la cabeza en la palma de la mano, oía Enrique dar confusamente las horas en el reloj del ministerio de la gobernacion y el acompasado tic-tac de otro vecino, cual si fueran los mesurados pasos del tiempo que, avanzando siempre, anunciaran nuestro irrecusable fin más ó ménos próximo. De vez en cuando, y en los plazos fijados por el médico, acercábase el jóven á la moribunda, ya presentándole las medicinas que aquel ordenara, ya contentándose con tomarla el pulso, atento siempre á la menor variacion que el estado de la enferma presentase.

Pasáronse así largos ratos, interrumpiendo de vez en cuando su silencio las frías campanadas del reloj, ó la lúgubre voz del sereno que monótonamente cantaba la hora.

De pronto el pecho de la enferma dejó escapar un suspiro, y luego un nombre.

—Adriana, dijo.

Al oír el cual palideció Enrique, saltan-

do de su asiento como herido por una saeta; y acercándose á la enferma, murmuró:

—¿Qué se le ofrece á usted, Isabel?

—Adriana... ¿dónde está mi querida Adriana?

—Han venido á buscarla, pero prometió volver á las primeras horas de la mañana.

—¡Dios mio, puedo morir sin estar ella á mi lado!

—¡Por Dios, Isabel! no se entregue usted á tristes pensamientos que solo consiguieren perjudicarla. Convencida su amiga de usted de que el caso no era grave, retiróse con la esperanza de pasar luego algunas horas en su compañía.

—¡Cuánto tarda en volver! ¿La conoce usted, Enrique?

—Sí, señora, tengo ese honor.

—No, usted no la conoce; para conocer á Adriana es preciso tratarla, es preciso más; es preciso sufrir, ser desgraciado. ¡Ay, Enrique! corazones como el suyo no existen en la tierra.

—Lo creo, murmuró el jóven.

—Su presencia aquí, ya que no sea posible devolverme la salud, devuelve la paz á mi alma. Yo bien sé que mi hija hubiera encontrado en ustedes unos segundos padres; pero como no ignoro la triste situación en que ustedes se encuentran, y que mi enfermedad ha hecho más precaria, lloraba por los tres. Hoy muero tranquila; la presencia de Adriana es un feliz augurio.

—No se fatigue usted, Isabel, exclamó Enrique admirado de la vivacidad con que la enferma hablaba, y por cortar una conversacion que hacia en su pecho el efecto de una centella caída en medio de la pólvora.

—No, Enrique, nada tema usted; la visita de mi amiga ha sido un soplo vivificador que Dios me ha mandado para reanimar mis agotadas fuerzas y dejar este mundo con toda la resignacion, con todo el valor de una alma cristiana. Necesito verla, Enrique; sé por experiencia de lo que es

ta sublime mujer es capaz; mi padre debió al suyo toda su fortuna; yo le debo á ella toda la felicidad que he sentido en mi vida; ¡desoí sus consejos y he sido desgraciada!.... ¡Mi hija!.... ¡Oh, cuánto le deberá mi hija!

Sonrió la enferma como si delante de sus ojos se extendiera el feliz porvenir que á su querida hija auguraba. Enrique, pálido y agitado, recogia las palabras de la moribunda con un interes y un afan como si de ellas dependiera su propia felicidad.

—Enrique, continuó aquella, solo un hombre como usted, que dado tenga rival en la tierra, puede comprender los sentimientos de Adriana; y apagándose la voz continuó: ¡hé aquí dos almas dignas una de otra!.... ¡Oh, qué lástima!.... ¡qué lástima!....

La voz de la enferma fué extinguiéndose hasta quedar en el mismo letargo de que despertara momentos ántes. A pesar del intenso frio que se dejaba sentir en aquella desmantelada habitacion, sacó Enrique



el pañuelo de su bolsillo y enjugóse el sudor que bañaba su frente, murmurando entre dientes:

—Es innegable que próximos al sepulcro tenemos algo de profético! Esta desgraciada acaba de leer en mi corazón como en un libro. ¡Oh, que no sepa yo aspirar más que á imposibles!! . . .

Y dejándose caer en la misma silla de que se levantara, apoyó de nuevo la cabeza en la palma de la mano, trascurriendo así algunas horas más. Poco á poco disipáronse las sembras de la noche, y la tibia luz de la aurora penetró por los cristales de la pequeña ventana, alumbrando débilmente los objetos.

No habia aún brillado el primer rayo del sol, cuando se presentó en la habitación doña Cármen, y despues de abrazar á su hijo se acercó pausadamente al lecho de la enferma, que, con las manos cruzadas sobre el pecho y abiertos los ojos, sin fijarlos en objeto alguno, parecia ya cadáver.

—Isabel, exclamó.

La moribunda volvió los ojos en todas direcciones y alargó una mano como buscando á la persona á quien no veia.

—Soy yo, Isabel, ¿no me conoces?

—Sí . . . doña Cármen . . . mi hija . . . Adriana . . .

Con los ojos arrasados en lágrimas salió la anciana de la alcoba diciendo á su hijo:

—Enrique, Isabel se nos muere; tal vez seria conveniente avisar á su generosa amiga; ella nos lo encargó, y ademas Isabel la pide.

—Cuantas veces desplega sus labios, es para pronunciar su nombre, murmuró el jóven. ¡Cuán gratos recuerdos debe tener de ella!

—¿Qué hacemos, pues?

—Ofreció estar aquí á las primeras horas de la mañana; son las siete . . .

—¿Y si se nos muere ántes que llegue?

—Es verdad . . . y he de ser yo quien vaya á buscarla! murmuró el jóven consigo mismo.

Doña Cármen no comprendió las palabras, pero adivinó lo que su hijo sentía, y se apresuró á contestar:

— Esperémes un rato; atendido al solícito interés que mostró por su desgraciada amiga, es probable que no tarde.

Nada contestó Enrique, contentándose con sentarse en la misma silla donde había pasado la noche.

Doña Cármen puso en órden la habitación, é inmediatamente apareció la pequeña Isabel, corriendo hácia el lecho de su madre, mas detúvola la anciana diciéndola:

— No le digas nada á la pobre mamá.

— ¿Duerme? exclamó la niña.

— Sí: luego, cuando llegue la señora que vino anoche, la despertaremos; y dirigiéndose á su hijo, continuó: entreténla un poco, Enrique, pues si ahora la vé su madre, se conmovirá, pedirá de nuevo á su amiga ¡y quién sabe si la apresuraremos la muerte!

Iba la pequeña á sentarse en las rodillas del jóven, cuando se oyó un apagado golpe en la puerta de la habitación.

— ¡Es ella! exclamó doña Cármen animándosela el rostro.

De pálido que estaba el jóven tornóse en lívido, púsose en pié paseando la estancia á grandes pasos, mientras Isabelita corría hácia la puerta, no tardando en verse en los brazos de la simpática duquesa, que, besándola cariñosamente, la preguntó:

— ¿Cómo sigue mamá?

— Duerme, contestó la niña con infantil contento.

Entró Adriana acompañada de su nodriza y de la mayor de las dos huérfanas, apretó cordialmente la mano á doña Cármen, hizo lo mismo con el jóven, mirándole apénas, y sin que éste encontrara, por su parte, una palabra que decirla. Seguidamente se acercó á la enferma.

— ¡Cielos! exclamó al verla, y volviéndose á doña Cármen, esto va mal.

— ¡Lo mismo creo!

Dirigióse la duquesa á la nodriza, diciéndola:

— ¿Qué han dicho los médicos? . . .

—Que estarian aquí dentro de cinco minutos, contestó Ana.

—¿Qué médico la asiste? preguntó Adriana á doña Cármen.

—Un tal don Tadeo Roca.

—¿A qué hora acostumbra visitarla?

—¡Ah, señora! no puede ocultársele al médico el precario estado de la enferma, y por lo mismo no menudea sus visitas. Vino ayer, porque mi hijo fué en su busca; dió órden para que se le administraran los Santos Sacramentos, y es probable que hoy no vuelva.

—No tardarán en llegar dos facultativos y se le dará toda la asistencia que necesite. Y acercándose á la enferma:

—Isabel, murmuró.

Sonrió ésta al oír tan dulce acento, y alargó una mano á su amiga.

—Yo soy, querida, dijo aquella, ya me tienes á tu lado dispuesta á no separarme de tí en muchas horas.

—¿Y mi hija?

—Aquí estoy, mamá, repuso ésta.

Dos lágrimas asomaron á los ojos de la moribunda mientras su hija la besaba en ambas manos. Seguidamente oyóse la voz de Dori que decia:

—Los médicos.

Dos ancianos, de venerable continente y plateadas cabezas, penetraron en la estancia, y despues de los indispensables saludos, pasaron al exámen de la enferma, la cual, sin darse cuenta de lo que veia, movia los ojos en todas direcciones, fijándolos con insistencia, ya en Adriana, ya en su hija.

Despues de enterarse concienzudamente de la enfermedad y de las causas que la habian motivado, salieron ambos médicos de la alcoba, rodeándoles Adriana, doña Cármen y Enrique, el cual preguntó:

—¿Qué opinan ustedes?

—El caso es grave y en estos momentos parece ser desesperado, mas estamos en el deber de agotar todos los recursos de la ciencia.

—¿Abrigan ustedes alguna esperanza? repuso Adriana.

—En este momento, ninguna, señora; sin embargo, Dios sobre todo.

—¿Podría, preguntó la duquesa, trasladarse á otra cama más cómoda?

—No, señora, contestó uno de los médicos, si dentro de veinticuatro horas no ha muerto, tal vez trascurridos algunos dias sea posible acomodarla como usted desea.

Después de disponer los medicamentos que á la enferma debían administrarse, retiráronse los discípulos de Esculapio, dejando entrever un rayo de esperanza á las tres personas que por aquella se interesaban.

Una vecina se encargó de ir por lo recetado, y viendo Enrique que su presencia no era necesaria allí, pidió permiso para atender á sus ocupaciones. Concediósele Adriana, y cuando aquel hubo desaparecido, preguntó á doña Cármel:

—¿Está su hijo de usted empleado?

—¡Ab, señora! en España no puede pre-

tender empleos un hombre pobremente vestido. Para alcanzar alguno, hay que presentarse con mucho boato, mentir muy finamente y llevar altas recomendaciones; las prendas personales nada valen hoy; la equidad y la honradez son dos palabras huecas sin significacion alguna. Encopetados amigos de mi difunto esposo existen en la corte que mucho podrian hacer en favor de mi hijo; mas éste, que conoce el mundo porque la experiencia se lo ha dado á conocer, no humilla su orgullo pidiendo un empleo como una limosna, pues el mismo estado triste y precario en que se encuentra, sería poderoso motivo para no concedérselo.

—¿Pero esos señores que tanto pueden?...

—Creerian rebajarse protegiendo á un infeliz que no tiene qué comer. Además, el pombre de Velasco fué muy conocido mientras el que lo llevaba vivió en la opulencia; pero ahora que se oculta en estrecha buhardilla, ¿quién ha de conocerlo ó recordarlo?

—Entonces, y dispénsame usted si soy indiscreta, ¿En qué se ocupa ese joven?

—En lo más intrincado, en lo que más escollos y espinas tiene; en escribir para el público.

—¿Es escritor? preguntó Adriana.

—Señora . . . es un mártir; hé aquí la verdadera palabra. Los editores, que en su aspecto leen su pobreza, especulan cruelmente con ella, y se atarea mi hijo día y noche para llevarse un pedazo de pan á la boca, mientras otros refuerzan sus arcas con lo que él trabaja, dándole de vez en cuando unos centenares de reales, como el señor que enriqueciéndose con el sudor de su esclavo, le arroja, despues que él ha comido, los mendrugos de su mesa.

—¿Y tal consiente?

—¡Ah, señora! el hambre es un monstruo formidable cuyas garras horripilan. Para librar de él á mi hijo vendí mis trajes, mis joyas y mi muebles; trabajé día y noche desesperadamente, acostándome noches sin haber cenado, amaneciendo días

sin haber dormido! Hoy, quebrantada mi salud y mis fuerzas agotadas, por librar-me de él, trabaja mi hijo sin descanso, exprimiendo hasta el zumo de su imaginacion, y cuando ésta, cansada, extenuada ya, se niega á verter más ideas, como pasatiempo, distraccion y regalo, se entretiene mi Enrique en copiar música.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Adriana, ¿esta es aquí la suerte de un escritor?

—De casi todos los que no contando con otro recurso que su pluma, llevan un nombre oscuro en el mundo literario.

—¿Y qué medios háy para dar á conocer su nombre?

—Sin dinero, ninguno, como no sea el capricho de la suerte.

—¡Pero eso es tristísimo!

—¡Ah, señora! lo es todo lo que al pobre rodeal . . .

—¿Y tiene alguna obra publicada?

—Una cuya propiedad vendió por una miseria.

—¿Cómo se titula?

—Por aquí creo que anda un ejemplar, dijo doña Carmen, y acercándose á la mesita, tomó de ella un libro en rústica y lo presentó á la jóven. Sin separarlo ésta de las manos de la anciana, leyó en su cubierta:

—*El Buen Criterio y el Siglo XIX.* Excelente título, dijo.

—Señora, yo no soy voto, respondió doña Carmen, lo he leído, y para mí es el mejor que se ha publicado en el mundo, como que lo ha escrito mi hijo.

—¿Escribirá algún otro?

—Pocos días hace lo ha terminado; mucho más voluminoso que éste, y según él dice, mejor; mas con serlo no encuentra quien se lo compre, pues quien compró el primero alega que aun no ha agotado la primera edición de él, y otros al oír un autor desconocido ni siquiera toman el libro para hojearlo, de modo que me temo mucho que su segunda obra le dé dobles pesadumbres que la primera.

La conversacion fué interrumpida por

la mujer que apareció en la estancia trayendo los medicamentos recetados.

—Inmediatamente, entre doña Carmen y Adriana, les dieron su debida aplicacion, colocándose desde aquel momento una á cada lado de la enferma para no perder ninguna de las variaciones que ésta presentara, á fin de dar á los facultativos relacion detallada de ellas.

—Pascurrieron así algunos dias; la duquesa, acompañada siempre de su nodriza, no se apartaba de la cabecera de la enferma. Enrique, constantemente ocupado durante el dia, pasaba las largas veladas en compañía de su madre y Adriana. Los encopetados barones del Monte y sus elegantes hijos no se dignaron subir la estrecha escalera para visitar á la desgraciada amiga de su sobrina y prima; ni se tomaron la molestia de preguntar por su estado una vez siquiera. Unicamente Luis, que no perdía ocasion de requebrar á la que miraba como á su novia, entre suspiros y quejas, la pedía que robase algunas horas

á la enferma, para concederlas á los que vivian contemplando su hermosura. Rara vez contestaba Adriana á estas y otras sandeces que en tropel salian de los labios de su primo, y si alguna le hacia, era con pocas palabras, capaces de confundir al ánimo más sereno, que si bien lograban desorientar por un momento al petulante amante, no impedian que al volver á verla reiterara sus protestas y juramentos, alcanzando siempre el mismo resultado.

Algunos dias despues de aquel en que á la duquesa acompañó el Señor á la pobre buhardilla donde debía encontrar á su amiga, y gracias á los grandes recursos é inagotables cuidados que la prodigaron, presentaba ésta los síntomas más halagüeños de completa mejoría. Todos los pechos que se alborozaban por tan feliz suceso, sentian escapar de su corazon un nombre.

¡Adriana! . . .  
Nombre querido, que unánimes pronunciaban como una palabra mágica.

A Adriana debía Isabel su vida, á Adria-

na debía que no quedara huérfana su hija, y la esperanza de verla crecer, desarrollarse, enseñarla á bendecir el nombre de su padre, y todas las que pueda tener una madre al volver del borde del sepulcro y abrazar de nuevo á su hija, de quien para siempre se creía separada. Lo mismo que su madre, y más si cabe, debía la pequeña Isabel á Adriana; por ella tenía quien enjugara su llanto, quien suspirara y sonriera con ella, quien sus pensamientos adivinara y en la niña de sus ojos leyera sus menores deseos. Teniendo madre podía arrostrar el infortunio y la miseria, el desprecio de los poderosos y la envidia de sus iguales; mirar con faz serena los vaivenes del mundo, pues al ser arastrada por ellos, se encontraría firmemente sostenida por las atléticas é inagotables fuerzas de una madre. La tierna niña no podía comprender todo esto, y sin embargo, cuando la decian:

—Mamá está fuera de peligro; mamá, Dios mediante, vivirá, arrojábase en los

brazos de la duquesa, besábala en ambas mejillas y con angelical acento la decía:

— Yo siempre te querré mucho, muchacho.

Doña Carmen debía á Adriana discretísimas razones con que procuraba consolarla en su triste posición, y animaba sus esperanzas para el porvenir; debíala así mismo la vida de una amiga á quien se había acostumbrado á querer como á una hija, con quien hacia algunos años formaban una sola familia y mutuamente se comunicaban sus desgracias y placeres. Enrique... difícil sería decir lo que Enrique debía á Adriana. Juzgando por la apariencia, debíala una melancolía profunda é intensa que devoraba su ardiente corazón, sin que bastara á ocultarla toda la fuerza de voluntad que la Providencia le dotara. Sus labios, antes sonrientes, desplegábase ahora raras veces, y del color de la amapola descendían al de la cera cuando por casualidad cambiaban sus ojos una mirada con los bellísimos de la duquesa. El trabajo le ocupaba, si cabe, más que antes, y llenan-

do páginas y más páginas, vertía á raudales las ideas, aliviando así su cerebro, ya que su corazón no le era posible.

Adriana sentíase satisfecha por el alivio de su amiga, y aunque no se creyera ella la causa, daba gracias á Dios desde el fondo de su alma por haberla guiado hácia aquella morada; y sin embargo del placer que sentía en su corazón, oprimíasele hasta el extremo de lanzar algunos suspiros que ahogaba en el fondo de su pecho antes que llegaran á sus labios.



## CAPÍTULO IV.

## LAS DOS AMIGAS.

Así las cosas, llegó el feliz día en que la enferma pudo abandonar el lecho, y en brazos de su buena amiga ser conducida á un sillón que ésta le preparara cerca de la única ventana que en la habitación había. Una vez sentada, hizo lo mismo Adriana á su lado, y tomando á la pequeña Isabel de la mano, retiróse doña Carmen con la anciana nodriza, so pretexto de despachar sus quehaceres, pero en realidad para dar un rato de expansion á las dos amigas.

En cuanto estuvieron solas, arrojóse Isabel en los brazos de Adriana; y apoyando su pálida frente en el palpitante seno de aquella, dió libre curso á sus lágrimas.

—No llores, Isabel, pudo apenas murmurar la duquesa, estrechando á su amiga contra su corazón.

—Ocho años hace que en tu leal corazón derramé también lágrimas... ¡por cuán diferente causa vertidas! Aquellas eran de amor hoy, son de desesperacion por los resultados de mi desvarío.

—No permita Dios que á ella te entregues, amiga mía; la desesperacion, además de ser agena á las almas grandes, es ofensiva á Dios, á quien siempre deben volverse nuestros ojos como al único puerto de salvacion, en medio de este mar borrascoso. Desesperarse es no tener la segunda de las virtudes, sin las cuales no podemos dignamente llamarnos hijos del Divino Padre; es hacer caso omiso del Sér que todo lo puede; es casi negar su omnipotencia y su amor.

—¡Es verdad, Adriana! Dios todo lo puede. Él tiene en su mano los destinos del mundo y de los frágiles séres que en él ha-

bitamos; sin embargo, no me devolverá á mi Ricardo.

—¿Al unírte á él pensaste por un momento que fuese inmortal? Miró tu esposo como muere todo el que nace, y si bien concedo que la llores, no así que te desesperes y se extravíe tu razon hasta el extremo de pretender del innegable poder del Criador, que trastornando las leyes de la naturaleza, vaya á resucitar á tu esposo para que muera de nuevo dentro de algunos años, ó meses quizás.

—Calla, calla; ¡perdon, Dios mio, soy una insensata! Mas ¡ay, Adriana! me falta la grandeza de alma que tú tienes para sobrellevar mi desgracia con la resignacion debida. ¡Oh! ¿Por qué Dios no dispuso de mí antes que de él? y me hubiera evitado este cruento martirio para el cual me faltan fuerzas.

—Egoísta! . . . Por ahorrarte algunas lágrimas, por no sentir lacerado tu corazón, prefirieras dejar á tu hija sin madre, sola en el mundo, ó á lo más, al lado de un

padre calavera y vicioso, que sobre no darla ejemplo bueno, hubiera tal vez . . .

—¡Basta, basta . . . tienes razon! . . . ¡mi hija . . . mi pobre hijal . . . ¡Oh, me da horror pensarlo! dijo Isabel cubriéndose el rostro con entrambas manos. Luego continuó: Sí, Adriana, las disposiciones del Altísimo son siempre justas y piadosas; sin embargo, que nunca sepa mi Isabel los desvaríos de su padre: nuestras lágrimas y nuestras oraciones alcancen perdón para él en la otra vida; fué más desgraciado que criminal; yo le perdono con toda mi alma, que al fin era mi esposo.

—Bien, Isabel, ahora te reconozco; así debe obrar la buena cristiana, buena esposa y buena madre; inclínate ante la voluntad de Dios; perdona los agravios del que fué tu marido, y enséñaselo á bendecir á tu inocente hija.

—Sí, sí.

—Sepamos ahora: ¿cómo ha llegado hasta tí la noticia de su muerte?

—La casualidad . . . murmuró Isabel.

—¿Hace mucho tiempo?

—Desde mi enfermedad; ignoro lo que ésta ha durado.

—¿Cómo fué?

—Atravesaba yo la Puerta del Sol en dirección á la calle de Alcalá, donde está la tienda que me da trabajo, y delante de mí andaban dos franceses hablando de un desafío que había levantado gran polvareda en París por la dama que lo motivara. Indiferente oía yo la conversacion, acelerando el paso para llegar cuanto ántes á la tienda, cuando al estar cerca de ella vibraron claramente en mis oídos estas terribles palabras, que bien pudiera ser sorda para evitarme entenderlas:

—¿Y murió Ortiz?

—En el acto.

Adriana, lo que pasó por mí en aquel momento, solo tú, que sabes cómo amaba á mi Ricardo, puedes comprenderlo. Sin reflexionar, sin darme cuenta de lo que hacia, sin verme dado hacer otra cosa, cerré el paso á los dos extranjeros, y cui-

dándome poco de disimular el estado en que me habían puesto el alma, exclamé:

—Dispensen ustedes, caballeros, la libertad que me tomo; mas he oído las últimas palabras que acaban ustedes de pronunciar, y les ruego por caridad que aclaren mis dudas. Este Ortiz que ha muerto en un desafío ¿era español?

—Americano, contestaron ellos.

—¿Su nombre?

—Ricardo, dijeron.

No oí más . . . no ví más . . . Al recordar el sentido me encontré en la tienda adonde yo me dirigía, que, según me dijeron, los franceses me habían trasladado á ella al caer exánime á sus piés, y en la que dejaron una tarjeta con las señas de su habitación por si podían serme útiles. Cuando estuve algo recobrada, me trajeron aquí; ha sufrido las consecuencias de aquella herida, y temo sufrirlas peores, pues siento aún manar sangre de ella.

—¿Has vuelto á ver á los franceses?

—No me ha sido á mí posible; mas En-

rique fué inmediatamente á informarse de la verdad del hecho, y no me ha desmentido su muerte... ¿Qué más necesito saber?

—¿Y no habeis escrito ni dado paso alguno para adquirir más pormenores? ¿Qué fué de su cadáver? ¿Si ha dejado algo que pertenezca á su hija... si quiera una memoria?

—No.

—¿No sabes tampoco la posición que Ortiz ocupaba en Francia?

—Nada, Adriana; á la segunda visita que Enrique hizo á los extranjeros, habian marchado á Cataluña. Luego mi enfermedad, las constantes ocupaciones del pobre Enrique, y sobre todo, Adriana, la carencia de recursos en que ellos y yo nos encontrábamos, nos han impedido dar paso alguno. Nada conserva mi hija de su pobre padre; ni un recuerdo si quiera! Dado, atendido el modo de ser de mi Ricardo, que poseyera gran cosa, y... ¿lo creerás? A pesar de la miseria en que me he vis-

to sumida, ni un momento me he ocupado de esto; sus restos queridos ambiciono solamente; sus restos, ante los cuales pudiésemos llorar mi hija y yo. ¡Ay! por darle sepultura en España, por serme dado decir á mi hija: «Aquí está la tumba de tu padre, llora y reza sobre ella,» daría la mitad de mi vida. ¡Oh, Dios mio! ¿Qué habrá sido de su cadáver? Oculto en tierra extranjera ó ignorada sepultura, será pisado y escarnecido tal vez por la misma mujer que su muerte ha ocasionado.

—Basta, Isabel, interrumpió Adriana. No te entregues al dolor con tal exceso; vuelve en tí; piensa en tu hija.

—¡Ay, Adriana! Esta idea me volverá loca.

—No, Isabel, pues tu amiga hará lo que tú no puedes.

—¿Qué?... ¿Qué?... ¡Oh!... Acaba...

—Dentro de poco tiempo sabrémos todas las circunstancias de la muerte de tu esposo, y...

—¡Oh! Acaba, por Dios, amiga mia.

—Si se puede dar con sus restos, serán trasladados á España.

—¡¡¡Oh!!!

Los brazos de la pobre convaleciente cayeron sobre el cuello de la duquesa, y por algunos momentos solo se oyeron los sollozos de ambas. Por fin Adriana serenó su semblante, enjugó con su propio pañuelo las lágrimas de su amiga, y besándola en los ojos, la dijo:

—Basta ahora de llanto; mitiga tu dolor, que amengua tu existencia, pues hoy no te pertences; tu hija necesita de tí, y debes conservar tu vida para ella.

—Sí, Adriana, mi ángel bueno: yo haré lo que tú quieras; yo viviré; yo quiero vivir para agradecerte lo que por mí haces.

—Isabel, dijo gravemente la duquesa, si algo crees deberme, empieza por no ofenderme recordándomelo. ¿No harías tú lo mismo en mi lugar?

—¡Oh! sí, sí.

—Si las riquezas solo sirvieran para el oropel y no para enjugar las lágrimas del

que llora, deberíamos rechazarlas como cosa maldita. Dios, al darme una fortuna, dióme asimismo un precepto: «Ama al prójimo como á tí mismo,» dijo, y estas palabras encierran todas las bellezas de la caridad. Si logro cumplir con lo que nuestro Padre comun nos ha ordenado, cumplo con mi deber y nada más.

—¡Oh! Adriana, no ames nunca, repuso Isabel.

—¿Por qué?

—Porque no encontrarás quien te comprenda.

—No digas eso; como pienso yo, piensan muchos.

—No, Adriana; en este momento abunda el egoismo y el orgullo.

• —¡Cierto! exclamó la duquesa con amargura. Sin embargo, existen, si no en mayoría, muchos seres que no pueden ver lágrimas en las pupilas de sus semejantes sin mezclar con ellas las propias.

—De esos solo un hombre he conocido en el trascurso de mi vida.

—¿Lo ves? Pues hay otros, no lo dudes.

—Uno solo, Adriana; es otro tú.

—¿Quién es?

—Enrique.

Palideció mortalmente la duquesa, sin encontrar una frase que contestar á su amiga.

—¡Oh, sí! Os parecéis como dos gotas de agua, continuó Isabel sin fijarse en la alteracion que aquella sufría.

—No hablemos más de esto, dijo Adriana reponiéndose.

—No hablemos más de tí, si así lo quieres; mas es justo que te diga lo mucho que debo á este jóven y á su bondadosa madre; sin ellos, créelo, querida, hoy no estrecharías en tus brazos á tu amiga, no te sería dado devolver la felicidad á una madre y á una hija.

—Variando de conversacion, vienes siempre á dar en la misma...

—¡Oh, Adrianal! Deja que te dé á conocer á mis bienhechores desde hace seis

años; sería una ingratitud si en silencio pasara lo que por mí han hecho.

—Bueno... otro día...

—Hoy, amiga mia, hoy; despues prometo complacerte en todo; tú los tratas y no los conoces, y yo quiero dártelos á conocer.

La duquesa hizo un gesto de resignacion y difícilmente ahogó un suspiro. Isabel continuó:

—Seis años hace vivía yo en la opulencia al lado de mi marido y de mi pequeña hija; y aunque no se secaba el llanto de mis ojos, era hasta cierto punto feliz en medio de mis quebrantos; vivía al lado de mi Ricardo; mi hija tenía pudre.

—Creo que te apartas de la cuestion, interrumpió Adriana, y no consentiré, por cierto, que te engolfes en esos recuerdos.

—¡Es verdad!... Pasaré por alto la vida que llevaba en compañía de mi esposo, y solo te diré de la manera cruel que me ví abandonada. Mi Ricardo acostumbraba retirarse cuando el sol empezaba á salir, y esperándole pasaba yo la noche al pie de

la cuna de mi hija. Cuando llegaba, generalmente taciturno y melancólico, apresurábame á servirle por mí misma lo que se le antojaba, sin que ni un reproche ni una queja saliera de mis labios. . . . ¿Qué más podía hacer? ¿En qué merecí que tan desapiadadamente me abandonara?

—Al grano, querida, al grano, dijo con dulzura la duquesa.

—Tienes razon . . . ¡Amaneció el día más aciago que pudiera en mi vida; amaneció y erró sin que mi esposo volviera á su hogar! . . . Procurando disimular con los criados y parecer serena á cuantos me hablaban, sentí correr las horas contando sus segundos por las violentas y dolorosas sacudidas de mi corazón . . . ¡Pasó la noche; amaneció otro día, brilló el sol, y no pareció Ricardo! . . . No pudiendo resistir ya más la ansiedad que me devoraba, apenas volvió á oscurecer, dormí á mi hija, dejándola al cuidado de una doncella, y desesperada, loca, me lancé á la calle. Mas ¿dónde había de buscarle? ¿Quién me

daria noticias suyas, si no hacia dos años que vivíamos en este enredado laberinto, y de nadie éramos conocidos? Diríjme al ministerio de Ultramar, pues con frecuencia iba á él Ricardo, y empezando por los porteros, pregunté á cuantas personas encontré á mi paso, sin que uno solo conociera al hombre por quien preguntaba. Por fin, y cuando ya perdida toda esperanza de adquirir la menor noticia, iba á retirarme, divisé á un jóven á quien habia visto algunas veces en compañía de mi esposo. Lleguéme á él, y me pareció que se inmutaba al verme; expúsele lo que me pasaba, y contestóme embarazosamente que hacia algunos días que no habia visto á Ortiz, y que ignoraba completamente lo que pudiera sucederle. Sabió de punto mi desesperacion, y él, sin duda compadeciéndose de mí, olvidó la reserva en que se habia encerrado, y para consolarme, sin darse á sí mismo cuenta de lo que decia, dejó escapar estas palabras, que fueron como un rayo caido sobre mi cabeza.

—No se desespere usted, señora; tal vez su ausencia no sea mas que de algunos dias.

—¿Cómo? exclamé. ¿Usted sabe que mi esposo se ha ausentado?... Entónces... ¿por qué no lo sé yo?... Quiso el jóven retirar sus palabras, mas era tarde; un infierno se habia apoderado de mi corazon.... No sé lo que le dije ni lo que me dijo; despues de esto, precipitéme á la escalera como una demente, y sin cuidar de responder al susodicho, que tras de mí bajaba, metíme en el primer carruaje que salió á mi paso, llegando á mi casa en el estado que puedes imaginarte.

—¡Desgraciada! exclamó la duquesa. Mas deja estos recuerdos que te perjudican, y...

—No, no, amiga mía; quiero que sepas, ya que no todo lo que he sufrido, de la manera que vine á parar aquí.

—Pero si...

—Seré breve, Adriana.... Una vez en mi casa, corrí á los aposentos de mi espo-

so, por si en ellos encontraba algun indicio que me aclarara el enigma; nada hallé de pronto que me diera luz alguna. Busqué en su tocador; nada tampoco; abrí su secreter.... ¡Oh, Adriana! ni un billete, ni un papel, ni una moneda encontré del escaso capital que nos quedaba. Buscando y buscando, tropezaron mis ojos con una cosa blanca; cogíla temblando.... era un papel descuidadamente doblado.

—¿Y qué contenia? interrumpió con vivo interes Adriana.

—¡Ay, amiga mía, mi sentencia de muerte! Aquí lo guardo como cosa sagrada; té-malo, y juzga.

Y sacando de su seno un papel, lo entregó á la duquesa. Abriólo ésta con trémula mano, y vió que decia:

«Parto para siempre; olvida á quien no te merece.

RICARDO.»

—¡Que le olvide me decia, sabiendo que yo vivia para amarle! Partió.... ¡ay! llevándose el pau de su hija; dejándonos á



las dos sumidas en la más espantosa miseria, sin acordarse de la pobre niña, á quien habia dado el sér, y de la esposa á quien arrancó de su patria, del seno de su familia, llamando quizás sobre ella la maldición paterna... Mas ¿qué digo?... ¡Oh! ¡perdon, Ricardo! ¡Yo ofendo tu memoria!... Adriana, perdonémosle... era mi esposo, el padre de mi hija... Sí, sí, perdonémosle para que Dios le perdone... Y al decir esto, un torrente de lágrimas ahogaba la voz de la afligida enferma.

—Basta, por Dios, Isabel, exclamó Adriana; cambiemos de conversacion. Quede sentado que tu esposo te abandonó de una manera incalificable, y veniste á habitar con tu hija esta pobre guardilla; ¿no es aquí donde empieza lo que pretendias relatarme?...

—Sí, Adriana, sí; y enjugándose las lágrimas, continuó: Instalada en esta humilde habitacion, que me proporcionó mi doncella, si bien no contaba con un céntimo, pues la enfermedad que me ocasionó tan

terrible golpe, agotó los pocos recursos que me quedaron, forzándome á vender casi todos mis muebles, restábanme, sin embargo, algunas alhajas, todas para mí queridas, entre ellas un medallon con el retrato de mi infortunado esposo, primer obsequio que de él recibí. Una vez en mi nueva morada, visitóme esta noble y bondadosa anciana, viuda de un alto funcionario del Estado, que con serlo, estaba acosada por una miseria semejante á la mia. Los que sufren, simpatizan fácilmente. Aquel dia recibí las primeras palabras de consuelo de que desde que me faltaban las tuyas carecia. Al dia siguiente volvieron á visitarme madre é hijo; este jóven, cuya intachable honradez, cuya nobleza de sentimientos y grandeza de alma solo contigo pueden compararse. Adriana bajó los ojos por no encontrarse con los de su amiga, la cual continuó:

—Consolidóse nuestra amistad con una mútua confesion de nuestros pesares; ambos éramos desgraciados, y mitigábamos

nuestros dolores confundiendo nuestras lágrimas. Enrique contaba entonces veinte años: durante el día copiaba música, escribía por las noches en una imprenta, y los días festivos estudiaba. Enterado, sin duda, de mi aciaga historia por su buena madre, ya que ningún consuelo érale dado prodigarme, manifestó, sin embargo, toda la angélica bondad de su corazón en mi pequeña hija. ¡Oh, Adriana! ha sido un verdadero padre para ella y un hermano para mí. Desde luego fué preciso ocuparse en los medios de buscar mi subsistencia y la de mi pobre niña, á cuyo efecto doña Carmen me presentó á una tienda para la que ella hasta entonces había trabajado, y por sus muchas recomendaciones proporcionaronme labor. Bajo su dirección empecé á trabajar, y con su ayuda, á cumplir los muchos encargos que en la tienda me hacían, pues yo sólo sabía hacer estos frívolos primores que para nuestro entretenimiento nos enseñan. Del mismo modo que la buena anciana me en-

señó á ganar el pan, tomó Enrique bajo su cuidado la educación de mi pobre hija. Con una paciencia superior á todo encomio, con una asiduidad y un cariño, solo al mío comparables, enseñó las primeras letras á mi Isabel, comunicó la primera luz á su naciente inteligencia.... No sé, querida Adriana, el efecto que á tí te harán los rasgos que de este jóven muy superficialmente te describo, comprendo que para apreciarlos en todo lo que valen es necesario ser madre.

—Continúa, amiga mía, contestó la duquesa; si crees en mi amistad, no debes dudar del efecto que me harán esos rasgos que tanto bien te han hecho.

—El tiempo que empleaba en la educación de mi hija robábalo á su descanso, y al suplicarle yo, como era mi deber, que atendiera más á sí mismo, pues no podría soportar tanto desvelo, solía contestarme:

—Mucho le debo á mi buena madre, señora, pero lo que nunca podré agradecerle bastante es la educación que á costa de

tantos sacrificios me ha dado. La educación, que no la fortuna ni los blasones, hace la persona decente. Deje usted que instruya á esa pobre niña, ya que no tengo otra cosa que darla; sé que en el día no alivio su desgracia, pero quizás influya en su porvenir. . . . Solo me era lícito expresar al jóven mi sincero agradecimiento; pero en mi interior hubiera besado las manos que tan delicadamente marcaban las primeras letras á mi inocente hija.

Restábame aún mucho que padecer en este mundo, y como si no fuera bastante lo hasta allí sufrido, agobiada por un trabajo, superior á mis fuerzas, caí gravemente enferma. Tú ya comprenderás lo que era una enfermedad para mí en tales circunstancias. Mis manos era nuestro sustento, si éstas cesaban de trabajar, ¿de qué comería mi hija? ¿De qué pagaría yo una medicina para mi quebrantada salud? Solo un recurso quedaba, ¡extremo por cierto! Vender las dos únicas alhajas que aun conservaba, dos joyas guardadas como dos

preciosos talismanes; era la una el medallón que encerraba el retrato de mi esposo; la otra, una pequeña taza de oro, en la que dieron el primer alimento á mi hija, único presente que ésta recibió de su padre. Acosada por la necesidad, entreguéla á Enrique para que la vendiera, y solo despues de esperar inútilmente algunos días un alivio á mi enfermedad, durante los cuales su buena madre estuvo cosiendo á la cabecera de mi cama, ganando para mí y para mi hija lo que á mí no me era posible, y cuidándonos á ambos con la solicitud de una madre, fué vendida la alhaja. Gracias á los desvelos de ambos, restablecíme al poco tiempo, emprendiendo de nuevo mi trabajo, y entre privaciones y sufrimientos corrieron los días, sin otro consuelo que el de ver crecer á mi hija, y á la par de su cuerpo, desarrollarse su inteligencia, gracias al tierno cuidado y solícito interes de su jóven profesor. Hará como cosa de dos años, otra enfermedad más grave, más terrible que la primera, puso en inminente pe-

ligro mi existencia y á dura prueba la amistad de estos dos magnánimos séres cuya abnegacion no tiene ejemplo. Terminando estaba Enrique su primer libro, libro cuyas últimas páginas fueron escritas velando á una mujer moribunda. ¡Ah! ¡no, no, Adriana, yo no podré olvidar nunca lo que debo á esta virtuosa familia! Con la niña sentada sobre las rodillas, acallando su llanto y prodigándole palabras de consuelo, mientras su buena madre andaba ocupada en sus continuos quehaceres, triplicados con mi enfermedad, llenaba Enrique las últimas páginas de su obra con un afán, con una vehemencia imposible de describir. Cuando su madre le pedía que diese algun descanso á su fatigada imaginacion, solia contestarla:

— ¡Ay madre mia! si no vendo pronto el libro, ¿qué va á ser de la enferma y de nosotros? Y para venderlo es preciso concluirlo.

Habia yo propuesto algunas veces que se vendiera el medallon, única alhaja que

conservaba, reliquia santa que hubiera querido darla por sagrario mi propia alma; mas comprendiendo ellos el agudo dolor que yo habia de sentir al desprenderme de prenda tan querida, rechazaban mi proposicion, agotando todos los recursos para sostenernos á mí y á mi hija, valiéndose de todos los medios que su magnánimo corazon y desinteresado afecto les dictaba. Mas llegó un dia en que se quedaron sin pan y faltos de todo recurso, entónces fué preciso consumir el sacrificio. Empeñóse la alhaja; mi enfermedad se agravó, y al poco tiempo nos hallábamos otra vez careciendo de todo y sin esperanzas; sin embargo, no por esto se quedó sin comer mi pobre hija. Al primer grito de hambre que ésta dió, saltó la pluma de las manos de Enrique, y tomando su capa, precipitóse á la calle, con la celeridad del rayo, volviendo á los pocos instantes tiritando de frio, sí, mas trayendo envuelto en un pañuelo lo más necesario para apagar el hambre. ¡Habia empeñado la capa para dar de comer

á mi hija! . . . Adriana, juzga á este hombre, y dime si hablé mal al decir vale tanto como tú.

—¡Oh, Isabel! ¡qué pequeña soy yo á su lado. . . . Yo doy lo que no he menester, lo que me sobra, una vez satisfechos mis caprichos; él se despoja de su propio vestido para dar de comer al hambriento. . . . Y añadió entre dientes como si meditara arrobada: ¡Oh, Dios mío! . . . qué miserables son las riquezas que nos impiden ser tan grandes! ¡Oh, Enrique, dichosa la mujer á quien entregues los inmensos é inimitables tesoros que tu corazón encierra!

—¿Qué! exclamó Isabel.

—Sigue, amiga mía, sigue con tu relato, y no extrañes mi admiración y mi entusiasmo ante tanta grandeza.

Quedóse Isabel mirando fijamente á su amiga, y luego continuó:

—Mientras comía mi hija, y en tanto que él preparaba la medicina que aliviaba mi dolencia, repuso como contestando á las

grimas que asemaban á los ojos de su madre y á los míos.

—Nosotros hubiéramos esperado á comer mañana, en que cobraré lo concertado con el editor si esta noche concuyo el libro; pero esta inocente no hubiera podido esperar, y los gritos de hambre de la hija hubieran sido la muerte de la madre.

No era posible contestar á tanta abnegación, mas no paró aquí todo. Una vez vendida su obra, pudo presentarse decentemente y hacer las gestiones necesarias para alcanzar algún empleo; y gracias á su libro, fué aceptado en la redacción de un periódico nacido de un cambio político, y muerto al poco tiempo por lo mismo que le dió vida, empezando á escribir desde luego la obra que ahora ha terminado. Desde el momento que entró en la redacción, pudo ya contar con un sueldo fijo, que si bien no era muy crecido, con la economía á que estaban acostumbrados les bastaba para sufragar todos sus gastos. Al poco tiempo de esto entró un día doña Carmen

en mi habitacion más risueño el semblante que de costumbre, y sentando á mi hija sobre sus rodillas, colocó en su garganta el medallon que con tanto dolor de mi alma habia sido fuerza llevar al Monte de Piedad. Excusado es decirte lo que sintió mi corazon al ver este nuevo rasgo de la sublime bondad de mis amigos. Rehusé, como era mi deber, tamaño sacrificio, mas contestóme la buena anciana con estas palabras:

—En nada nos perjudica, Isabel, pues desde el momento en que mi hijo entró en la redaccion, hizo el firme propósito de no gastar un cuarto para sí hasta recobrar esta alhaja que tantos suspiros cuesta. Con sus ahorros particulares lo ha conseguido, y por mis manos se la entrega á usted para que tengan ustedes ambas un recuerdo del esposo y del padre.

—¿Que más, amiga mía, podré decirte del corazon de Enrique y de su excelente madre? ... Tres meses hacia cuando la Providencia te encaminó á mi casa, que

nos mantenian á mi Isabelita y á mí, escaseándose hasta el alimento porque no careciese de él mi hija, y contrayendo crecidas deudas para sostener mi enfermedad despues de haber echado mano de cuanto podia convertirse en dinero, las que tendrá que satisfacer cuando venda su segundo libro. Este es Enrique de Velasco, Adriana querida; ésta su madre. He querido que los conocieras, porque siendo tu corazon como el de ambos, unais los tres en amistoso lazo, legándote como única herencia, en caso de mi muerte, que les agradezcas por mí lo que yo no puedo.

—¡Oh, Isabel, esas son deudas que solo el corazon puede pagarlas! Yo, desde luego, te confieso sentir el mio conmovido y humillado ante tanta abnegacion y tanta grandeza. ¡Ah, qué bien le juzgué al leer su libro! ¿y cómo no? si cada página de aquel es un reflejo de su sublime corazon y clara inteligencia.

—¿Cómo? exclamó Isabel: ¿tú has leído su obra?

—Sí, amiga mía, la casualidad puso en mis manos la primera que ha salido de las de ese sér privilegiado. No le conocía, y, sin embargo, mi admiración hácia él data del momento que leí la primera página de aquella.

—¿Y la de él hácia tí? preguntó la enferma, esforzándose en dibujar en sus labios una sonrisa.

—¿Qué quieres decir? respondió la duquesa bajando los ojos.

—Que no ménos te admira á tí Enrique, tal vez porque su talento privilegiado alcanza á leer en el libro de tu corazón, y lo ve tan bello como es.

—¡Oh! calla, calla . . . le interrumpió Adriana.

—He tenido más de una ocasión en las que he podido apreciar hasta qué grado te admira; sin embargo, callaré porque percibo sus pasos.

Efectivamente, Enrique de Velasco entró en el aposento, y detras de él la anciana nodriza llevando de la mano á la pe-

queña Isabel, que se precipitó en los brazos de su madre, enseñándola un juguete que aquella acababa de comprarla.

Adriana estrechó la mano que el jóven la presentaba, á cuyo contacto palidecieron ambos; y queriendo apartar la vista uno de otro, acabaron por confundir sus almas en una mirada . . .

Momentos despues, acompañada de su nodriza, atravesaba la duquesa la Puerta del Sol en dirección á su casa, tan engolfada en sus pensamientos, que apenas contestaba á las palabras que la dirigia la anciana.

Al entrar en casa de los barones del Monte se dibujó en sus labios una sonrisa de desden que encerraba un poema.

## CAPÍTULO IX.

## MADRE É HIJO.

No cabe duda, que despues de esas terribles tempestades, en las que parece que los elementos reñidos chocan y se disputan entre sí la triste tarea de desmoronar el mundo; en que los prados barridos por furioso huracan se agitan violentamente como temblando ante el aspecto terrible de los espesos y negros nubarrones que amenazan arrasarlos, palidecen las flores cerrando sus perfumados pétalos para librarlos del furor de la tormenta, y se refugian los pájaros en sus nidos, pidiendo proteccion al árbol, cuyas ramas se inclinan profundamente ante la superioridad de los fuertes aquilones que, rugiendo de-

sapiadados, les despojan de sus hojas primerizas, y en que la naturaleza entera parece cubierta con fúnebres érespones; el primer rayo de sol que rasga las nubes es más brillante que el último que éstas nos ocultaron; su luz es mucho más viva; mayor su hermosura, y lo recibimos regocijados como un bien nuevo á inesperado. Así la buena Isabel, sobre cuyo corazon descargara tan terrible tormenta, al recibir en sus brazos á su adorable amiga, que era el rayo de sol que alejaba á aquella, sintióse recobrar la salud, su corazon se reanimaba y su espíritu fortalecia. Miraba á su hija con semblante risueño, y el porvenir con tranquilidad. En una palabra; abria su pecho á la santa esperanza, que es el alimento con que se nutre toda alma cristiana. ¡Esperar!... Hé aquí una palabra que desespera á veces, y que, sin embargo, nos acogemos á ella en medio de las más grandes vicisitudes de la vida. Esperamos sin saber qué ni en qué; pero esperamos, pues la infinita misericordia, que



jamás aparta de nosotros sus propicias miradas, como bálsamo á nuestros mayores quebrantos, nos ha dado la esperanza de tiempos mejores; que por más que no tengamos en qué fundarla, nos queda siempre el sublime: ¡Dios sobre todo!

Isabel, además de esperar en Dios, esperaba con harta razón en su excelente amiga. Conocía el corazón de ésta; recordaba que siempre la había querido como hermana, y la recibió en medio de su desgracia como un emisario de la Providencia, pues como tal supo encontrar un bálsamo consolador para cada una de sus heridas. No temía ya la miseria, porque desde que su amiga visitó la guardilla había huido insensiblemente por la pródiga mano de aquella, en términos que no solamente podía satisfacer todas sus necesidades, sino muy holgadamente las de sus buenos amigos doña Carmen y su hijo; no la muerte, porque caso de que tal aconteciera, su querida hija encontraría una segunda madre. Pensaba en su esposo con tristeza,

sí, pero no con desesperación; tenía presentes cada momento las palabras de Adriana, y abrigaba la esperanza de que todavía le sería dado depositar un beso en los fríos restos de aquel. La fé, la esperanza y el amor rejuvenecían su corazón, poco ántes desesperado, y la dulce tranquilidad que empezaba á sentir en su pecho, quería, como hiciera con sus penas, comunicarla á sus queridos vecinos; mas ¡ay! que mientras renacía la calma en su angustiado corazón, la perdían los del hijo y de la madre; el del hijo, porque estaba herido de muerte; el de la madre, porque creía adivinar la herida de su hijo. En efecto, Enrique de Velasco sufría, sufría mucho más de lo que su madre pensara, pues tenía el doble sufrimiento de padecer y callar. Sobrehumanos esfuerzos le costaba sostener un disimulo para el cual era necesaria una fuerza de voluntad superior á toda prueba; así que, cuando se creía libre de la penetrante mirada de su madre, mirada que parecía querer profundizarle el alma, se

abandonaba con entera libertad á aque-  
sentimiento que le enloquecía, conducién-  
dole muchas veces á la desesperacion, y  
casi siempre al delirio. No nos será difícil  
sorprenderle en uno de estos momentos, si  
penetramos en el reducido y humilde apo-  
sento que ocupa en la guardilla. Con las  
manos metidas en los bolsillos de su pan-  
talon, la cabeza inclinada sobre el pecho  
y la vista fija sin saber dónde, iba pasean-  
do á grandes pasos la corta distancia que  
separaba la puerta de la mesa en que es-  
cribía. Pálido y ojeroso, mordíase de vez  
en cuando el labio inferior; parábase, di-  
lataba sus pupilas como si delante tuviera  
algun objeto que absorbiera toda su aten-  
cion, y luego murmuraba consigo mismo.

—¿Por qué no?... querer es poder....  
yo podré, porque quiero. No tengo talen-  
to, mas no me falta ingenio; con él y mi  
corazon, con este corazon que hoy se sien-  
te capaz de acometer las más árduas em-  
presas, conseguiré lo que deseo, lo que ne-  
cesito. ¡Conquistarme un nombre!... sí...

el nombre me dará la fortuna... dado el  
primer paso, lo demas se consigue fácil-  
mente, ¡Oh! este paso necesito darlo pron-  
to, muy pronto.... mas.... ¿cómo?....  
Y volvió á pasearse con mayor agitacion  
y sin interrumpir el agradable sueño á que  
estaba entregado, continuó con un gesto  
de desagrado y como contestando á su pro-  
pio pensamiento. ¡Oh! no, el camino de la  
política es demasiado escabroso, y mi pe-  
cho sobrado leal para enredarme en él....  
¡Si yo pudiese escribir una obra que con-  
siguiera llamar la atencion general... que  
abrazara todas las clases de la sociedad,  
que sin ser política, ni filosófica, ni seria, ni  
jocosa, lo fuese todo!... Instantáneame-  
te dióse una palmada en la frente; dejóse  
caer con violencia en una silla, á trueque  
de romperla, exclamando: La obra está  
hecha.... ¡Oh, sí!.... la he escrito en  
medio del mayor infortunio, sin saber que  
la escribía.... sí, ella; ella me ha de dar  
lo que ambiciono. Ó yo deliro y no entien-  
do de literatura, ó mi *Mundo á vista de pá-*

tu mejor consejera? ¡Me preguntas qué quiero! Quiero tu tranquilidad á costa de la mia, la paz de tu corazon en cambio de mi vida.

Asió el jóven las manos de su madre, estampó en ellas un tierno beso, serenó su semblante, sonrió de la manera más natural que le fué posible, sonrisa en la que doña Cármen vió toda la amargura que él trataba de ocultarla, y luego dijo:

—Es verdad que sufro, madre mia, mas no en el extremo que usted cree; su maternal cariño le exagera mis pesares, que en realidad no tienen nada de extraordinario. Acuérdesse usted de los malos ratos que pasé al vender mi primera obra; hoy vendo la segunda, en la cual cifro todas mis esperanzas; se acerca el momento de verlas realizadas ó desvanecidas, y estoy como el reo que espera su sentencia.

—Sin embargo, prosiguió doña Cármen, desde que empezaste á escribir tu libro, te resignaste á venderlo como el primero; tus esperanzas se limitaban á cobrar en

ADRIANA.

Tomo I. -16

jaro ha de conmover al mundo.... Sí, sí; él me dará nombre, éste fortuna, y entonces.... ¡Oh, Adriana, Adriana!... y dejó caer la cabeza entre sus dos manos.

La guardilla era reducida, y la habitacion de la madre, contigua á la del hijo, que á medida de su entusiasmo levantaba la voz hasta pasar del imperceptible murmullo á exclamaciones y voces que destrozaron el corazon de la anciana, pues ellos la decian el delirante estado de su hijo; así que, no pudiendo resistir lo que oia, precipitóse á la habitacion del jóven, y rodeándole el cuello con sus brazos, exclamó:

—¡Hijo del alma, cuánto sufres!

Como si despertara de un sueño, levantó Enrique la cabeza, y miró á su madre con ojos despavoridos diciéndola:

—¿Qué quiere usted?

—¿Qué quiero!.... ¿y me lo preguntas?... ¿no sabes que adivino, que veo en tu corazon cuanto en él se encierra? Enrique, tú sufres; ¡sufres, hijo mio, y me lo ocultas! ¿Olvidas que soy tu madre, tu mejor amiga,

cambio de él lo que la necesidad te obliga a aceptar . . . .

—Es cierto, dijo Enrique desconcertado por las palabras de su madre, eso decía yo, y á eso me resignaba; mas era porque no había llegado aún el momento de la prueba. Hoy es diferente; sé lo que vale mi libro, sé que él puede darme un nombre, y tengo ambicion de gloria, porque el primer laurel que se me conceda ha de ser el primer eslabon de mi fortuna.

—¡Oh, hijo mío! exclamó la anciana, no te entregues á semejantes sueños, que luego te será la realidad más terrible y desconsoladora.

—Déjeme usted soñar, madre mía. ¿qué quiere usted? soy ambicioso, y aunque no sea mas que en sueños, déjeme usted ver mi ambicion satisfecha.

—¿Y desde cuando? ¿Por qué? ¿Por quién eres ambicioso? preguntó doña Carmen clavando sus penetrantes ojos en su hijo, que bajó los suyos como si no pudiera resistir la luz de aquella mirada.

Hubo un momento de silencio que á los dos se les hacia difícil interrumpir. Doña Carmen, porque esperaba que su hijo contestara, queria tener el placer de que él fuera el primero: sabia que su Enrique era incapaz de mentir, y estaba segura de que al contestarla, desahogaria en ella su corazón: ¡es tan dulce para una madre poseer todos los secretos de su hijo! Enrique callaba, porque le faltaban palabras que responder á la sencilla pregunta que su madre le dirigiera, pregunta que le había vuelto en sí y ante la cual sentíase humillado. En efecto, ¿por quién era ambicioso? ¿Éralo acaso por su madre, que tantos sacrificios había hecho, que tantas penalidades había sufrido para darle una regular instruccion? ¿Por su madre, que al quedar viuda en la flor de su edad, renunció á todo porvenir que otro hombre pudiera ofrecerla por no dar padrastro á su hijo? ¿Por su madre, que empezó despojándose de sus joyas y sus trajes, y acabó por carecer del sustento necesario para

que de nada careciera su adorado Enrique? ¿Ambicionaba una fortuna para colocar á aquella que le dió el sér en la esfera que habia nacido, y de la que la habia separado el entrañable cariño que á su hijo profesaba? Forzoso le era confesarse á sí mismo que la idea de su madre no era la culminante en sus miras ambiciosas; así que, confuso al verse descubierto y comprendiendo lo descabellado de sus pensamientos, arrojóse al cuello de la anciana, y estrechándola en sus brazos, exclamó:

—¡Perdon, madre mia; soy un loco, soy un insensato.

—¡Pobre Enrique! . . . murmuró aquella, y haciéndole sentar á su lado, continuó: á toda enfermedad hay que aplicar pronto el remedio: yo sé la que te aqueja, y es preciso curarla cuanto antes.

Enrique tembló; sentía que le mataba la enfermedad de su corazón, y huía de todo remedio. Amaba un imposible, y comprendiéndolo así, quería seguir amándole, pues sentíase sin fuerzas para curar aquella pa-

sion que era su felicidad y su mayor tormento. Así que, alarmado por las palabras de su madre, trató de tranquilizarla en estos términos:

—Dice usted bien, mas no se inquiete usted: el remedio yo lo pondré desde hoy. Conoce usted mi fuerza de voluntad nunca desmentida; con ella, con sus consejos y su cariño, me curaré. Esto ha sido un extravío de mi imaginación; mejor dicho, un sueño de poeta. Corria tras de mi ideal sin ver que un abismo nos separaba, la voz de usted me ha despertado, su querida mano enseñado este abismo. Gracias, madre del alma, soy hombre fuerte y me haré superior á todo.

—No, Enrique, este es un sueño tan temible como el otro. Se olvida á un sér vulgar, pero no á uno dotado de tan raras cualidades como el que tienes grabado en tu corazón.

—Sin embargo . . . balbuceó el jóven por decir algo, pues comprendia toda la

verdad que encerraban la palabras de su madre.

— Enrique, continuó ésta, preciso es emplear un remedio pronto y eficaz, pues mi pecho se desgarrá al verte sufrir por un imposible.

— ¿Cree usted, madre mía, que hay algo en el mundo que tenga más dominio sobre mí que mi misma voluntad?

— Sí.

— Usted, balbuceó Enrique con la cabeza baja.

— No, ella.

Cerró el joven los ojos, y un estremecimiento corrió por todo su sér. Cierta: su solo recuerdo, la sola palabra «ella», le heló la sangre en las venas, agolpándola á su corazón, como dando un mentís á la fuerza de voluntad de que blasonara. Su madre continuó:

— Sí, hijo mio, tus mejores propósitos, toda la energía de que te crees dotado, serán derrotados y vencidos ante su presen-

cia, y una sola de sus miradas bastará para sumergirte de nuevo en lo que tú llamas sueño, y yo, dándole su verdadero nombre, llamo delirio. No será suficiente que la razón te diga: «Desecha esa quimera, esa locura, lo que tú piensas es tan insensatamente imposible, como unir la tierra al cielo, como llegar hasta el sol, como abrazarse el pequeño jilguero al águila arrogante;» porque la efervescencia de tu corazón le responderá: «¿Porqué no? el mundo es mio; Dios, al crearlo, púsole bajo el dominio del hombre; así que echaré mano de...» todo cuanto tu desvarío te ponga por delante; y de sueño en sueño, de ilusión en ilusión, llegarás hasta lo infinito; mas al despertar y caer de pronto en esta guardilla, sentado ante esta mesa, donde está palpitante la horrible realidad de tu pequeñez y de tu impotencia, aumentará tu desesperación, de la cual yo quiero librar-te á costa de todo. No, hijo mio, no basta tu fuerza de voluntad; es necesario algo más.

— ¿Qué? hable usted, dijo el joven des-

concertado y sin tener razones con qué combatir las de su madre.

—Lo primero y principal es evitar verla; más claro, no verla más.

—¿Qué dice usted? exclamó Enrique palideciendo; cual si hubiese sentido penetrar en su corazón la aguda punta de un puñal.

—Hé aquí tu firme voluntad puesta á prueba; el medio más sencillo te parece un imposible; el camino más llano, escabroso y sembrado de espinas. ¡Oh, Enrique! ¿preferies conducirte por tí mismo á la desesperacion y verme morir de pena, á seguir mis buenos consejos? ¿Qué interés crees que los dicta! ¿será acaso mi egoismo?

—Cese usted, madre querida; no me hiera usted con sus justas reconvenciones; no es ingrato su hijo; no, mas... lo que usted me dice me hace daño, porque...

—¿Por qué? acaba, prosiguió la anciana.

—Porque... la amo con toda mi alma; ¡tenga usted piedad de mí... balbucó el jóven dejando caer la cabeza sobre el hombro de su madre.

—Dios la tenga de ambos, hijo mio, prosiguió ésta sin poder contener sus lágrimas.

Los repetidos sollozos de la madre llegaron al corazón del hijo, que echando atrás la cabeza y pasándose la mano por la frente como despertando de un letargo, púsose en pié, y tomándola ámbas manos:

—No, madre mia, dijo, no será Enrique quien la haga llorar; disponga usted lo que quiera, y sumiso seguiré sus consejos. Tiene usted razón; es preciso hacer frente á este loco desvarío que se ha apoderado de todo mi sér; soy hombre y sabré hacerme superior á todo. ¿Qué quiere usted de mí?

—La paz de tu corazón, hijo de mis entrañas.

—¿Cómo ha de encontrarla?

—Poniendo los medios.

—¿Cuáles? diga usted.

—Primero, acudiendo á tu buen criterio, que no dejará de hacerte ver lo descabellado de tu funesto amor.

—Segundo...

—Dejar de verla para siempre, hacerte

cargo que ha muerto, pues tal ha de ser para tí.

—¿Y cómo conseguirlo? Para esto sería preciso dejar de ver á Isabel, separarnos de ella, pues sabe usted que las dos son cuerpo y alma; y ¿cómo tal separacion sin dar un golpe mortal en el corazon de nuestra amiga? Ella, que vé en usted una madre y en mí un hermano, con los que parte sus penas y sus glorias; ella, que por no separarse de nosotros no ha querido abandonar su guardilla renunciando á todas las comodidades con que su amiga la brindaba, ¿cómo habia de tomar un hecho tan brusco y fuera de razon? Piénselo usted bien, madre mia, no merece Isabel que tal hagamos.

Quedóse doña Cármen un momento pensativa, y luego, como si una idea acudiera á su mente, exclamó:

—Hay medio de conciliarlo todo.

—¿Cuál?

—Hablarle yo á Isabel, decirle lo que

ocurre, y ella, cual yo, comprenderá la necesidad de tal paso.

Hizo Enrique un gesto de desagrado, al que sucedió una benévola sonrisa, diciendo luego con enérgico acento:

—Madre mia, usted me quiere con toda su alma.

—¿Puedes dudarlo?

—Jamás: no se lo pregunto á usted; tengo esta seguridad: pues bien; por el inmenso cariño que usted me tiene, le suplico que deje las cosas tal como están. No dé usted un paso, no diga usted una palabra, que me haría caer en el más espantoso ridículo; no con su excesivo amor hiera usted mi amor propio; soy hombre y sabré serlo. A las borrascas de mi corazon yo solo debo hacerlas frente; le he confesado lo que él encierra, porque es usted mi madre; aconséjeme usted cuanto quiera, yo siempre atenderé sus palabras, pero déjeme usted obrar como debe hacerlo un hombre.

—¿Y quieres que yo imposible te vea



sufrir? ¡Oh! Esto es pedir más de lo que puede dar de sí á mi corazón.

—Entonces me obligará usted á que le oculte todo lo que pueda hacerme padecer, y en vez de buscar sus consuelos, tendré la doble pena de sufrir y callar.

—¡Oh! no, no; en el pecho de tu madre es donde debes depositar tus pesares.

—Pues bien, tranquilícese usted; yo me haré superior á este sentimiento que se ha apoderado de mi corazón.

—¿Y si él se hace superior á tí?

—Evitaré que llegue este caso; mas si tal sucediera, buscaré consuelo en su cariño. Por de pronto, vea yo risueño su semblante, que así se alegrará el mio.

—A lo ménos, evita verla en cuanto te sea posible.

—Se lo prometo á usted . . . no hablemos más de esto. Ahora me es fuerza dejarla á usted, pues á las ocho me espera el editor, y faltan los diez minutos necesarios para llegar allá.

—¿Hoy debeis cerrar el trato?

—Hoy veré en cuánto estima mi obra.

—Valor, Enrique mio.

—Sé lo que ha de decirme, y estoy preparado á todo. Adios.

Y dando un beso en la frente de su madre, precipitóse á la escalera, salvando en segundos los ciento doce escalones que le separaban de la calle. Una vez en ella, respiró fuertemente como si algun peso le agobiara el pecho, y embozándose en su capa, echó á andar, murmurando entre dientes:

—¡He mentido! . . . no estoy á todo preparado . . . Mi orgullo y mi corazón se sublevan al verme precisado á aceptar las dádivas con que Isabel muy delicadamente, y por mano de ella, socorre nuestras necesidades, que solo con la venta de mi libro me será dable rehusar. Éste vale algo, vale mucho, es toda mi esperanza, y no consentiré, por cierto, que el editor se burle de mí abusando cruelmente de mi posición. Según sus condiciones, le arranco el libro de las manos y . . .

¿qué haré, Dios mío, qué haré? . . . . Mi madre . . . . las deudas que hemos contraído . . . . verémos. Y apretó resueltamente el paso hácia la calle Mayor.

En tanto, doña Cármen, postrada de rodillas ante una imagen de Nuestra Señora del Carmelo, cruzadas las manos sobre el pecho y arrasados en lágrimas los ojos, rogaba á la Divina Madre por el hijo de sus entrañas.

## CAPÍTULO X.

## LA VISITA.

Desengáñate, Luis, estás perdiendo un tiempo precioso; dos meses hace que está Adriana entre nosotros y nos encontramos como el primer día.

— Ya: ¿tú crees fácil la conquista de la primita? Pues yo te digo que es tarea más árdua de lo que á simple vista parece.

— No veo la razón; ¿deja Adriana de ser mujer? Podrá tener el carácter más ó ménos excéntrico, pero al fin es una hija de Eva como todas sus hermanas.

— Y como á tal hay que estudiarla mucho para conocerla, cosa en ella algo difícililla por más que á tu madura experiencia le parezca mentira.

¿qué haré, Dios mío, qué haré? . . . . Mi madre . . . . las deudas que hemos contraído . . . . veremos. Y apretó resueltamente el paso hacia la calle Mayor.

En tanto, doña Carmen, postrada de rodillas ante una imagen de Nuestra Señora del Carmelo, cruzadas las manos sobre el pecho y arrasados en lágrimas los ojos, rogaba a la Divina Madre por el hijo de sus entrañas.

## CAPÍTULO X.

## LA VISITA.

Desengáñate, Luis, estás perdiendo un tiempo precioso; dos meses hace que está Adriana entre nosotros y nos encontramos como el primer día.

—Ya: ¿tú crees fácil la conquista de la primita? Pues yo te digo que es tarea más árdua de lo que á simple vista parece.

—No veo la razón; ¿deja Adriana de ser mujer? Podrá tener el carácter más ó mé nos excéntrico, pero al fin es una hija de Eva como todas sus hermanas.

—Y como á tal hay que estudiarla mucho para conocerla, cosa en ella algo difícililla por más que á tu madura experiencia le parezca mentira.

Así hablaban el baron del Monte y su hijo Luis, sentados ambos en un confidente y saboreando dos legítimos habanos de la Vuelta de Abajo, conversacion que fué interrumpida por la llegada de la Baronesa, á cuya presencia levantóse Luis con la doble intencion de ofrecerla el asiento y retirarse; mas adivinólo su señora mamá, y sentándose al lado de su esposo; hizole un ademan que comprenderia fácilmente el jóven, pues desandando lo andado, dirigióse á aquella diciéndola:

—¿Qué me quieres?

—Siéntate y escucha.

—Acercó el baroncito una butaca, y tumbándose en ella con la mayor indolencia, contestó:

—Aquí me tienes; suplicote que seas breve, pues me esperan en el Suizo.

—Tu papá te habrá hablado de la cuestion . . .

—Precisamente nos has interrumpido en ella, contestó el baron despidiendo una bocanada de humo.

—Que me place, porque así la continuáremos los tres, pues preciso es que sepais que el caso es más grave de lo que pensábamos.

—Explicate, dijo Luis arrellanándose en la butaca y cruzando sus piernas.

—El conde del Redil, que ademas de ser conde, posee la friolera de dos millones de renta, y que, como no ignorais, estaba perdidamente enamorado de nuestra hija Lola, anda ahora sobrado distraido con ella y muy atento con su prima, constándome que se ha permitido decir que entre la hija del baron del Monte ó la millonaria Adriana de Wolsey, no es dudosa la eleccion.

—¡Demonio! exclamó Luis tirando léjos de sí el cigarro y cambiando bruscamente de posicion.

—De modo, continuó su padre, que si no andas listo te birlan bonitamente la novia; y tú, el favorecido, el mimado por las mujeres, caerás de tu pedestal, teniendo el consuelo de mirar desde tu caida cómo

otro sin tus méritos se enlaza alegremente con los cuatrocientos millones, que tú, con toda tranquilidad y sin que te costara más trabajo que echar mano de ese arte con que con la Providencia tan pródigamente te ha dotado, podías meter en tu bolsillo.

—¡Oh, jamás! exclamó el joven levantándose y dando algunos pasos por el aposento.

—Y lo más trascendental del caso, continuó la baronesa, es que de dos partidos tan brillantes no conseguiremos ninguno, al paso que realizando tu boda con Adriana, apresurárase el conde á dar su mano á Lola, por ser hermana del primer personaje de la corte, que tal será el que posea tan pingüe fortuna. ¡Y si vierais nuestra pobre niña qué triste está desde que vé el proceder de su novio!

—¿Pero ella le amaba? preguntó el baron.

—¡Vaya una pregunta! ¿Cómo no ha de amar á un hombre de sus condiciones? ¿á

un hombre que cuenta con dos millones anuales?

Esta razon debió parecerles irrefragable á padre é hijo, pues ambos hicieron un movimiento de cabeza que queria decir:

—Cierto, ciertísimo.

La baronesa continuó.

—Ademas de esto, y como no podía menos de suceder, Adriana se está poniendo de moda en términos que no se habla de otra persona en la corte. Se ensalza su belleza hasta los serafines; sus virtudes, hasta el mismo Dios; de modo, que si su fama se echa á volar por esos mundos, que si lo hará, porque el sonido del oro es capaz de poner en véloz movimiento al mismo sol, no será extraño que de la noche á la mañana nos encontremos con que un príncipe extranjero nos la arrebatara, dejándonos á nosotros con todas nuestras esperanzas convertidas en humo.

—¡Por los cielos! gritó Luis; habeis creído acaso que soy algun títere de carton que basta un ligero soplo para derribarlo?

—No es el caso evitar que te derriben, sino que lo intenten. El caso es anunciar oficialmente tu enlace con ella; este es el golpe de Estado que desarma á todos los partidos.

—Pues os doy palabra de que así sucederá.

—Es preciso que te anuncie ella misma.

—Lo hará, contestó el jóven con energía y brillando en su mirada todo el ardor con que se preparaba á la conquista. ¿Dónde está Adriana?

—En el salon naranja, en compañía de tus hermanas, pues se ha empeñado en aburrirlas enseñándolas á hacer un encaje.

—No deja de ser ocurrencia, contestó el baron.

—Como suya, murmuró su esposa.

—Voy á que me anuncien ahora mismo.

—Cuidado, Luis, repuso su padre; no olvides que la oportunidad es la clave de los mayores sucesos.

—Descuida, contestó el jóven.

Precipitose al corredor en direccion al

salon naranja, donde ántes que él encontráramos á la duquesa sentada entre sus dos primas, y sosteniendo en sus rodillas un pequeño bastidor, en el que sus delicados dedos tejian un precioso encaje, al par que decia mostrándoles la labor, que ellas no miraban:

—¿Veis? terminado este calado y sin tocarle del bastidor, se recortan con mucho tiento las ondillas y está el encaje concluido. Puede hacerse más complicado, si se quiere, pero yo he preferido enseñaros esta muestra sencilla, porque siendo tan fácil, es probable que la hagais, ¿no es cierto?

—Sí, contestó Aurora llevándose el pañuelo á la boca para disimular un bostezo.

Lola siguió jugando con un rizo que le caía sobre el pecho, y la duquesa, como si no entendiera el bostezo de la una y la indiferencia de la otra, continuó:

—¡Aprendí á hacer esta labor en días más felices!

—Cualquiera diria que no eres feliz aho-

ra, contestó Aurora por decir algo; y animada al ver que la labor de la prima tocaba á su término.

—Me falta mi padre para mi felicidad; á su lado aprendí este trabajo; enseñómelo á hacer una amiga muy querida. ¡Qué ratos tan deliciosos pasábamos las dos!....

—Mucho te echará ahora de ménos, contestó maquinalmente Aurora, disimulando otro bostezo.

—Dices bien; mucho ha sentido mi ausencia, mas no así en adelante, pues mi amiga está en España.

—¿En España?

—En Madrid.

—¿De véras? ¿Y nada nos habias dicho? Entónces, ¿por qué no viene á verte?

—No ha podido hasta ahora por hallarse enferma; mas no tardará en hacerlo, porque ya está completamente restablecida.

Soltó Lola el rizo con el que jugaban sus dedos, y cambiando de posición con la mayor indolencia, murmuró:

—Recibirémos gran placer en conocerla, y no ménos honor en compartir contigo su amistad.

Sonrió irónicamente Adriana, diciendo: —Igual honor y placer sentirá ella, pues es muy grato á los desgraciados tener amigos que les presten sus consuelos.

—¿Cómo se llama?

—Isabel del Castillo; vosotras la habeis visto, pero es probable que no la recordéis.

Hicieron las dos hermanas un gesto de sorpresa, é iban á formular una pregunta; mas fueron interrumpidas por la voz de un criado que dejó oír estas palabras:

—El señorito pide permiso....

—Que pase, contestó resueltamente Lola levantándose de su asiento para poner de lado una figurita que estaba de frente.

Entró Luis, y despues de saludar cortemente á su prima, acomodóse en el asiento que su hermana dejara al lado de ésta, la que, despues de corresponder al saludo

del joven, emprendió de nuevo la labor que estaba terminando.

—¡Divino trabajo! murmuró Luis.

—¿Te gusta? contestó la duquesa sin levantar los ojos del bastidor.

—¿Cómo no? Es obra tuya, y para mí, aunque no tuviera otro mérito, éste es suficiente para admirarlo.

—He hecho esta muestra para tus hermanas, pues es labor fácil y les gustará hacerla.

—No, prima mía; mis hermanitas no la harán.

—¿Por qué preguntó Aurora yendo á juntarse con su hermana, que estaba hojeando un álbum de personajes, como ellas decían, el cual lo encabezaba el retrato del emperador de Rusia, y luego, como escalafon, seguían todos los emperadores y reyes de la cristiandad, príncipes reales de todas las sectas; renombradas personas de las cinco partes del mundo; tres ó cuatro compañías, de ópera, se entiende; los cantantes de *primo cartello*; una docena de ce-

lebridades en el arte de Terpsícore, en diferentes posiciones, y todas á cual mejor, cerrando tan peregrino álbum el retrato de un monó sabio que hacia poco tiempo habia estado en la corte y llamado la atencion con sus monadas y lindezas, que eran un prodigio. Ya se vé, era una celebridad, y creyeron del caso poner su bella efigie en el álbum de los personajes, nombre que le cuajaba como á mí el de turco, pues en verdad, no creo que una bailarina sea un personaje, por más que con una pirueta se remonte á las estrellas; sin embargo, á ellos les pareció bien esta miscelánea, y mezclaron á las personas reales con los reyes de comedia y éstos con las boleras y monos.

—No lo hareis, dijo Luis contestando á las palabras de su hermana, porque no sois Adriana.

—¿Qué quieres decir? preguntó ésta.

—Que el trabajo es una virtud que jamas han tenido mis hermanas; tú la tienes, porque no te falta ninguna.



—¡Oh! ¡Qué más quisiera yo! dijo la duquesa.

—Sin embargo, murmuró Lola, ya que nunca lleguemos á ser como ella, podemos, no obstante, imitarla en algo. A su lado hemos aprendido cosas muy buenas; ¿por qué no podemos aprender ésta?

—Dejemos tal conversacion, murmuró Adriana con desagrado; la adulacion es propia de las almas vulgares; no hagais nunca uso de ella, os lo suplico.

Mordiéronse sus primas los labios, y volviendo la hoja, fijaron su atencion en una Norma en actitud de golpear el bronce sagrado.

—¿Crees que mis hermanas han exajerado? murmuró Luis al oido de su prima.

—Sí.

—¿Crearás que exajero si te digo que desde que honró tu presencia esta casa me estoy volviendo otro hombre?

Dirigióle Adriana una mirada indefinible; su primo continuó:

—Créelo, vida mia; todos los hombres

serian perfectos con una Adriana de Wolsey al lado. Yo, que ántes solo me ocupaba de frivolidades, comprendo y me siento ahora capaz de todo lo bueno y lo bello; mi corazon me arrastra hácia el bien, porque me arrastra hácia tí.

—¡Magnífico! exclamó la duquesa soltando la aguja; concluí ya mi tarea. ¿Quereis recortarlo?

—Como quieras, murmuraron sus primas.

—Como tengo más práctica en ello, lo haré yo más fácilmente.

Y tomando unas tijeras muy finas, empezó á desprender el encaje del bastidor.

—Adriana, repuso el jóven, lo que haces conmigo no es propio de tu angélico corazon. ¿Qué mal te ha hecho? ¿En qué te he faltado para que tan duramente correspondas al vivo amor que en mi corazon has encendido?

—No te acerques tanto, Luis, porque puedes hacerme cortar un hilo por otro y echar á perder todo mi trabajo.

—Si no te conociera; si no supiera que

eres el dechado de toda las virtudes, te creeria coqueta.

Asomó á los labios de la duquesa una desdeñosa sonrisa, y murmuró:

—Pero no lo crees, ¿verdad?

—No me es posible, porque se trata de tí.

—Gracias; me haces justicia.

—Pero ya que no coqueta, llegaré á pensar que eres cruel.

—Lo que no quiere decir que seas infalible.

—No me desesperes, por piedad, Adriana; te amó con toda mi alma, y me siento capaz de todo. Estoy ciego, créelo.

No habia acabado de pronunciar las últimas palabras, cuando de nuevo oyóse la voz del criado, que decia:

—La señora doña Isabel del Castillo espera en el recibimiento de la señora duquesa.

—¡Oh, es ella! exclamó Adriana levantándose precipitadamente.

—¡Maldita! murmuró Luis entre dien-

tes, sin poder disimular la contrariedad que sufría, exclamacion que no escapó al fino oído de su prima.

—¿Es tu amiga? preguntaron las dos hijas del baron cerrando el álbum.

—Sí, contestó Adriana dirigiéndose á la puerta.

—¿Tendrás algun inconveniente en presentarnos á ella? repuso Aurora.

—¡Oh! ninguno; venid conmigo.

—¿Y no puedo participar de ese honor? dijo Luis.

—Tiempo habrá para ello; no es cosa tan urgente, respondió la duquesa saliendo de la habitacion acompañada de sus primas.

El recibimiento de la duquesa era un hermoso saloncito adornado con todo el lujo de que sus señores tíos pudieron echar mano. Alfombras de Persia, ricas tapicerías de la India, venecianos espejos, jarrones de la china, magníficas figuras de bronce dorado, mármoles, nácar, plata, oro, todo lo que puede haber de más rico es-

taba confusamente reunido en aquella sala, donde recibía Adriana á sus administradores, pues careciendo de amigos en España, no tenía visitas particulares. La primera de éstas fué Isabel, acompañada de su hija; era, pues, un acontecimiento que los barones del Monte no debían mirar con indiferencia, estando tan interesados en la suerte de su millonaria parienta. ¿Quién era su amiga? ¿De dónde había salido? Recien llegada precisamente había de ser, pues en los círculos del buen tono no se conocía tal nombre. ¿Qué podía ser el vivo interés que la duquesa mostraba por esa amiga llovida del cielo? Preciso era averiguarlo. Por lo mismo Lola y Aurora, que estaban interesadas como el que más en la suerte de su prima, por creerla íntimamente ligada con la de su hermano y relativamente con la suya propia, apresuráronse á conocer á la visitante, pues sin saber por qué, las alarmaba.

Ajena Isabel á las dudas y temores que su presencia en aquella casa inspiraba,

había tomado asiento en una butaca, y su hija, que por vez primera veía todo aquel boato, iba recorriendo con la boca abierta los cuatro extremos de la habitación, fijándose ya en un objeto, ya en otro, y corriendo muy á menudo hácia su madre para obligarla á mirarlo que ella deseaba no ver, porque le recordaba sus tiempos felices y su pasada prosperidad, oprimiéndola tristemente el corazón, pues nada hay más doloroso que el recuerdo de un bien perdido.

La voz de la duquesa pronunciando su nombre, al tiempo que un criado levantaba el rico tapiz de la puerta, distrájola de su triste meditacion, y dejando el asiento, corrió hácia ella, arrojándose una en brazos de otra. Dejó también la niña cuanto miraba, y corrió á cogerse al vestido de Adriana, exclamando:

— Dame un beso...

— Sí, niña mía, dijo ésta desprendiéndose de los brazos de Isabel y tomando en los suyos á su hija, la que se abrazó á ella

dispuesta á no soltarla tan fácilmente si su madre, comprendiendo que tan vivas caricias debian molestar á su amiga, no la habiera hecho sentar en un tabureta á los piés de ésta.

En tanto, echaban las del Monte una mirada inquisitorial sobre el humilde vestido de tosca lana, el pañuelo á él correspondiente y la modesta mantilla de tul, con que iba engalanada la íntima amiga de la duquesa de Clarendon, y no pudieron menos de reirse interiormente de tal amiga, de su prima y aun de ellas mismas, que por un momento la temieran. Su traje bastó á tranquilizarlas, pues indicaba la clase de la mujer que lo vestia; así que, despues de una inclinacion de cabeza y sin dignarse descender sus ojos hasta la pequeña Isabel, que las miraba sonriéndose y como esperando una de esas caricias á que los niños están acostumbrados, tomaron majestuosamente asiento tan cerca de la duquesa como les fué posible.

A los primeros saludos siguieron las pre-

sentaciones, y luego una conversacion insustancial y fria, en la que cada una ponía de manifiesto su aburrimiento; pues como sus ideas se rechazaban, no podian entablar conversacion sin fastidiarse las unas á las otras; así que, despues de hablar de que el dia es más claro que la noche, y de que generalmente no llueve cuando está sereno, y advirtiéndole Adriana lo violentas que estaban sus primas, repuso:

— Despues del gusto que en conoceros ha tenido mi buena amiga, os dispensará si, dejándoos de cumplidos, seguís en vuestras ocupaciones, pues sobrade sabe ella que las mujeres no solemos estar ociosas.

Respiraron libremente las hijas del baron del Monte al oír las palabras de su prima, que equivalian á un pasaporte para sus habitaciones, donde podian reír y hablar á su gusto con quien las entendiera; pues por temor de que la duquesa lo tomara á mal, no se habian retirado ántes. Levantáronse, pues, y terminados los indis-

pensables saludos, olvidándose ambas de ofrecerse á la amiga de su prima, salieron del salon; y para respirar más el aire libre encamináronse al jardin, donde las dejáremos riéndose á sus anchas para reunirnos á las dos amigas que, como si las hubieran desatado la lengua, entablaron animada conversacion.

—Perdona mi impaciencia, decía Isabel, y hazle cargo de lo que sufriré cuando así te estoy importunando.

—No, querida, léjos de eso refrescas mi memoria y avivas mi interes, que por grande que sea, jamas igualará al tuyo. Hoy mismo volveré á escribir al cónsul español para que me diga á qué altura está en sus investigaciones, pues no dudo que él espera escribirme cuando sepa á qué atenerse, conforme me dijo al acusarme recibo de la mia.

—¡Oh! si me fuera dable ir yo misma, del centro de la tierra arrancaría el cadáver de mi esposo; los demias, por mucho

que quieran servirte, les falta lo que yo siento.

—¡Calla! . . . exclamó Adriana, acabas de sugerirme una idea. . . . tienes razon, por mucho que quieran servirme, jamas le harán como deseamos.

—¿Qué intentas, pues?

—Mandar á Paris á Fernando en persona; su carácter activo me hace asegurar que en quince dias quedará el asunto terminado.

—¿Quién es Fernando?

—Uno de mis administradores, persona muy inteligente, que conoce á Paris á palmos, y ademas reúne un carácter á propósito para esta clase de comisiones.

—Dios te lo premie, Adriana, no sabea el bien que me haces.

—Vaya, déjate de lágrimas; ¿qué más quieres de mí?

—Solo deseo que te persuadas de lo mucho que mi corazon te agradece cuanto estás haciendo.

—Algo más deseas, no has venido á mi casa para esto solamente. Habla, ¿qué te detiene? Si usas reticencias conmigo, si no puedo leer en tu pecho como tú en el mío, dudaré de tu amistad, me creeré sola en el mundo como me creía antes de encontrarte.

—Oh, no, Adriana! yo seré siempre tu amiga, tu hermana; yo no puedo ocultarte nada porque tú eres mi Providencia.

—Vaya, habla, dijo la duquesa rodeando con su brazo el cuello de su amiga, mientras la pequeña Isabelita, usando menos cumplidos que su madre, había echado mano á un magnífico álbum que contenía grandes copias de los sitios más notables de la América del Norte, grabadas en acero y detalladamente explicadas en inglés, por lo que la criatura se volvía toda ojos; pues deseando saber lo que eran aquellos paisajes, deletreaba algunas palabras, encontrándose al fin con que no decían nada: así á ella le parecía.

—¿Qué te diré? repuso Isabel. Hay sentimientos que no podemos explicárnosles á nosotros mismos, cuanto ménos á los demás.

—Acaso sientes algo que no te explicas.

Tal vez.

Isabel.

—¿Qué quieres, querida mía? ciertos corazones no se ven satisfechos nunca, el mío es uno de ellos.

—Mas qué desea tu corazón? ¡Oh! habla.

—Sonrió Isabel bondadosamente, y murmuró:

—¿Me crees egoísta?

—No tal, querida, ¿por qué me lo preguntas?

—Si no me crees egoísta, ¿piensas acaso que puedo ser feliz al ver sufrir á los que me rodean?

Palideció visiblemente la Duquesa, y bajando los ojos y procurando dar á su acento toda la seguridad posible, murmuró.

—¡Sufren! ¿por qué?

— Lo ignoro; solo sé que antes, en medio de su pobreza, la madre sonreía á su hijo por no desesperarle; el hijo sonreía á la madre para inspirarla el valor que á veces á él le faltaba. Ahora que, cumpliendo escrupulosamente tu mayor deseo, procuro que de nada carezcan, no se secan las lágrimas en los ojos de la una, y la sonrisa se ha apagado en los labios del otro; que pálido como un cadáver y devorado por una tristeza que no puede disminuir, se pasa horas enteras encerrado en su habitación, huyendo de su madre, de mí y aun de mi hija, que antes constituía toda su distracción.

— Y no has podido saber...

— Inútilmente pregunto, pues ambos esquivan esta conversación, ó lo más alegan el pretexto de las pesadumbres que le da á Enrique la venta de su obra; mas no es esto, estoy segura.

— ¿Qué crees, pues?

— ¡Me lo preguntas, Adriana! es que En-

rique ama con ese sentimiento reconcentrado de un amor imposible y que constituye toda su existencia.

Esta vez palideció la duquesa hasta apagarse el color de sus labios, y con trémula y ahogada voz, repuso:

— ¿Tú crees eso?

— Y tú también. ¡Oh, cuán cierto es que mientras el sol sale para unos, se pone para otros!

— ¿Qué quieres decir?

— Tu venida á España fué el sol que ahogó la tormenta de mi corazón, para...

Iba á decir él, pero evitólo su amiga, interrumpiéndola con estas palabras:

— ¿Y vende, por fin, la obra?

— Nos comprendemos perfectamente, murmuró Isabel, apretando la mano de la duquesa.

— Sí, querida, balbuceó ésta, hay cosas tan delicadas que no deben nunca tocarse.

— Y ambos sois así desgraciados!

—Esto te probará cuán mentido es el poder que al oro se atribuye.

—Y no hay duda que Dios ha formado vuestras almas una para otra.

—Si Dios así lo ha hecho, no dejará sin concluir su obra. Hé aquí mi esperanza.

—¡Es verdad! ¡Oh, si yo pudiese inspirarle á él estas santas ideas! Mas ¡cuán distinta es su situación!

—¿Y ese libro que ahora ha acabado?...

—Es su última esperanza desvanecida. Según él, el libro vale mucho; pero el editor pretende especular con este como con el otro.

—¡Oh, eso es muy sensible!

—¿Qué quieres? ... por más que su obra valga, un hombre oscuro no tiene valor ninguno.

—¡Es verdad, exclamó la duquesa; y haciendo una pequeña pausa, continuó: Hace días que me ocupo en la mejor manera de cambiar la posición de esa virtuosa familia sin herir su dignidad; no es solución fácil

de resolver, mas espero con la ayuda de Dios, llevarla á cabo. Cuento con tu discrecion, y espero que no aventurarás una pregunta sobre lo que jamás revelarán mis labios.

Un rayo de alegría brilló en los ojos de Isabel, haciéndola exclamar:

—¡Oh, Adriana, cuánto vales!

—No me elogies, Isabel, ahora ménos que nunca los merezco.

—¿Por qué?

—No me hagas repetir lo que en este momento estás pensando.

—Adios, pues, dijo aquella abrazándola, nada más te digo: ¡cómo igualar mi interés al tuyo!

Después de besar á su amiga y á su hija, quiso Adriana acompañarlas por sí misma hasta la puerta del jardín para evitarlas pasar por entre la multitud de lacayos destinados únicamente á levantar los ricos tapices que cubrían las puertas, pues con el tacto exquisito que tanto la distinguía,



comprendió desde luego que su amiga preferiría andar por la arena y entre flores.

Apénas acabaron de bajar la escalinata de mármol, divisó Adriana á sus primos paseando á la sombra de unas acacias, é inmediatamente, y con mucho disimulo, cambió de direccion, mas era tarde; habíala visto el baroncito, y dejando á sus hermanas corrió á su encuentro. Saludó friamente á Isabel y á su hija despues de cular sobre ellas una investigadora mirada, y como si ya hubiera hecho todo lo que se merecian, púsose resueltamente al lado de su prima, murmurando:

— Si no estorbo.

Comprendió la duquesa que aquel llevaba intencion de no abandonarlas, y contestó:

— Nunca estorbas, Luis, mas déjate de etiquetas con nosotras; Isabel, más que mi amiga, es mi hermana; por lo tanto, puedes excusar los cumplidos y seguir acompañando á las tuyas.

Ante tal indirecta, y temiendo caer en desagrado de la que á toda costa se habia propuesto agradar, murmuró alguna galantería, repitió sus saludos y agregóse de nuevo á sus hermanas, que, en cuanto le divisaron, echáronse á reir exclamando:

— ¿Qué te parece la amiga?

— ¿No habeis acertado quién es? dijo el joven.

— No, ¿la conoces acaso?

— ¿Recordais aquella buhardilla donde nos hizo subir acompañando al Vistigo?

— Demasiado, repuso Aurora, pero...

— Pues esa es la enferma que estaba tendida sobre aquel sucio jergón.

— Es posible? murmuraron las dos hermanas.

— No lo dudéis, á ella me hubiera sido difícil reconocerla, mas la picarresca cara de la niña no se ha desmintado de mi memoria.

— Calla... ahora recuerdo que efectivamente habia una niña cerca de la enferma.

—Pues ellas son, ¿no? —  
—¡Esto solo nos faltaba!

—Pero esa muchacha está loca?  
—¡Rebajar así su dignidad!

—El mejor día presenta en nuestros salones á los pobres de San Bernardino.

—¡Jal jal jal jal ¡vaya una prima extravagante!

Mientras así se reían los hijos del barón del Monte, separábanse las dos amigas con un tierno abrazo.

—Adios, decía la duquesa, no olvidaré ni una de tus palabras.

—Adios, mi ángel bueno, decía Isabel, y una vez en la calle, murmuró para sí: Si yo puedo darte la felicidad que tú me devuelves, quedará mi ambición satisfecha.

Para evitar todo encuentro con sus primos, encaminóse Adriana á sus habitaciones por una estrecha vereda oculta entre arbustos, y una vez en su dormitorio, agitó una campanilla, á cuyo sonido acudió Dori.

—Hija mía, díjole la duquesa, avisa á James y á Fernando para que se presenten cuanto antes.

Apénas desapareció la jóven, dejóse caer de rodillas ante la imágen del Redentor, diciendo:

—«Que no sepa tu izquierda lo que hace tu diestra;» estas fueron tus palabras, Dios mio: ayúdame á cumplir tan santo precepto.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DE BIBLIOTECAS

## DE WOLSEY.

## INDICE DEL TOMO PRIMERO.

	PÁGS.
CAPÍTULO I.—El futuro mayordomo...	23
— II.—Tal para cual.....	42
— III.—La llegada.....	69
— IV.—Adriana.....	90
— V.—Continuacion del anterior.....	117
— VI.—La guardilla.....	128
— VII.—Arrancada al sepulcro.....	159
— VIII.—Las dos amigas....	180
— IX.—Madre ó hijo.....	210
— X.—La visita.....	231

BIBLIOTECA DEL SIGLO DIEZ Y NUEVE



051  
052  
053  
054  
055  
056  
057  
058  
059  
060  
061  
062  
063  
064  
065  
066  
067  
068  
069  
070

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADRIANA

# DE WOLSEY.

ORIGINAL DE

**VENTURA HIDALGO.**

TOMO II

MEXICO

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO,

Calle de los Rebeldes, núm. 2.

1880.



CAPÍTULO I.

DON CRECENCIO REDONDILLA.

Treinta palmos de largo por veinte de ancho tenía la tienda ó administracion donde expendia sus impresos la casa editorial de don Crencencio Redondilla, situada en el centro de la calle Mayor.

Miles de libros de todos tamaños, profusion de papeles, infinidad de tinteros con abundancia de plumas, era lo primero que se echaba de ver al penetrar en ella, y volviendo la vista hacia la izquierda, un sér parecido á un hombre, de manera que por tal lo tomara el más experto si no echase de ver que carecia de la cualidad que más distingue al hombre de los demas anima-

les; esto es, de la risa. Aquel hombre que no se reía ni había reído jamás, nadie tampoco veía abrir aquella boca, aun cuando bostezara, por cubrirla un espeso bigote blanco desde las mismas narices hasta la punta de la barba. En cambio fruncía el ceño muy á menudo y abría desmesuradamente los ojos cada segundo, y váyase lo uno por lo otro.

Lo demas de su figura no tenia nada de particular, sobrábale de ancho lo que le faltaba de largo, y punto concluido. Su conversacion tampoco destacaba por ningun concepto, porque no la tenia; contestaba á las preguntas que se le dirigian con un no, ó un sí; cuando habia algun asunto sério de qué tratar, concluíalo con solo extender su brazo izquierdo señalando una puerta oculta detras de una cortina verde, como diciendo:

— Ahí se aclaran las dudas.

Esto, y poner constantemente en orden libros y papeles, era toda la ocupacion á que estaba dedicado el semi-hombre que

acabo de presentar á mis pacientísimos lectores.

En el momento que hacemos conocimiento con él, abria los ojos más que lo hiciera en toda su vida, y fijábalos en un hombre que, parado en la calle, colocaba con mucha calma unos quevedos de oro sobre su larga nariz, á través de los cuales leía el rótulo que coronaba la tienda. Debió acomodarle el tal, pues penetró en ella, y despues de pasear sus ojos por cuanto ante ellos se ofrecia, fijólos en nuestro hombre, que, á haber podido abrir más los suyos, sin duda alguna lo hiciera. Despues de ese choque de miradas, repuso el recién llegado en pésimo español:

— ¿Es usted el editor don Crencencio Redondilla?

— No, señor.

— Pues no podemos entendernos: necesito verle á él.

Extendió el interpelado su brazo izquierdo en direccion á la cortina verde, y el ex-

tranjero, sin pedir más explicaciones, salvó aquella puerta, encontrándose desde luego en un aposento cuadrilongo, amueblado con algunas sillas ni muy lujosas ni muy nuevas, una mesa repleta de papeles, y detras de ella, sepultada en un vetusto sillón, una figura humana, á juzgar por la nariz, que era lo primero que se echaba de ver en ella.

Este hombre era la antítesis del primero. Figúresele el lector, algo alto, muy alto, más alto que el más irregular; flaco, tan flaco, que con solo despojarle de las prendas de paño en que iba envuelto, podía figurar dignamente en un gabinete de Anatomía. Calvo desde los ojos hasta el cogote, y sin pelo de barba su rostro, semejaba su cabeza, mirada de frente, una cruz mal hecha, cuyos brazos formábanlos sus orejas, tan anchas y tiesas eran ellas. Mirado de perfil, podía apreciarse mejor toda la extensión de su colorada y puntiaguna nariz, que no llegaba á cuarta y media, sobre la que tenia puestos unos espe-

juelos de crecidas dimensiones, con tal seguridad, que parecían formar parte de su misma persona. Su boca, abierta más de lo regular, no por su culpa, sino por haberla habituado á una constante sonrisa, bajo la cual disimulaba nuestro hombre todas sus impresiones, sonrisa que permitia ver las verdi-negras ruinas de la que en otro tiempo fué su dentadura, por entre cuyas grietas y boquetes salianle las palabras que pronunciaba atropelladamente, unas veces á medias, otras silbando, y casi siempre acompañadas de un roeío pegajoso, con el que ponía la cara de su interlocutor, que era una bendición de Dios. Tal era don Crecencio Redondilla, editor muy conocido en Madrid, ante el cual se presentó nuestro extranjero, que con solo decir que era inglés, queda hecho su retrato. Alto, lleno de carnes, mofletes colorados, rubio y sério. Este fué el que hizo levantar á don Crecencio de su poltrona, y despues de una profunda reverencia, de ofrecerle oficiosamente un asiento y mirar-

le de alto á bajo dos ó tres veces consecutivas, preguntó:

—¿En qué puedo tener el honor de servir á usted?

—¿Creo estar hablando con el editor don Crecencio Redondilla?

—Muy servidor de usted, contestó éste inclinándose profundamente.

Movió el inglés ligeramente la cabeza y continuó:

—Vengo á pedirle á usted un favor.

Esta última palabra, á ser posible, hubiera bastado por sí sola á apagar la sonrisa en los labios del editor, que con menos amabilidad y fijando sus ojos en un manuscrito, continuó:

—Explíquese usted.

—Deseo llegar hasta un autor que usted conoce.

—¿Su nombre?

—Enrique de Velasco.

Fijáronse los ojos del editor en el extranjero de manera que hicieron exclamar á éste:

—No creo equivocarme; el señor Redondilla es el editor que ha publicado el libro titulado *El Buen Criterio y el Siglo XIX*, original de Enrique de Velasco; luego si usted es el editor, no debe serle desconocida la persona por quien pregunto.

—Cierto; ¿y se reduce el favor que usted me pide á que le indique la habitacion del señor de Velasco?

—Segun y conforme,

—¡Ah! . . .

—Me explicaré; ha llegado á mis oidos que dicho señor ha terminado su segunda obra, y deseo leerla. . .

—No se ha publicado todavía.

—A eso voy; deseo leerla, no solamente antes que se publique ni se dé á la imprenta, sino antes que usted la compre.

Movióse el señor Redondilla en su butaca como si hubiese alfileres en ella, y contestó:

—Ha llegado usted tarde; la obra está en mi poder.



—Sin embargo, no es propiedad de usted todavía.

—Ya está extendido el contrato, y falta solo firmarlo.

—Que es el sér ó no sér; contestó el inglés con su inalterable calma. Antes de firmar ese contrato, es la obra propiedad de su autor; despues de firmado, pasará á serlo de usted, ¿no es esto?

—Esto es, mas . . .

—Pues bien, ántes de firmarlo, necesito yo leer la obra.

—Pero ¿no comprende usted que es absurdo lo que pide?

—No, señor.

—¿Cree usted que habrá editor en el mundo que acceda á tal proposicion?

—Me basta con que acceda usted.

—Pues yo, aun cuando sienta no complacerle, debo decirle que es imposible lo que usted desea.

—Ignoro dónde vive su autor, prosiguió el inglés sin desconcertarse, y aunque me seria fácil saberlo, me he dirigido á usted

ántes que á él, porque en poder de usted está el original, y para que pase de sus manos á las mías, es el camino más corto. Mas puesto que usted se niega á complacerme, obtendrá de su verdadero dueño que me conceda de balde el favor que estaba dispuesto á pagarle á usted en cuanto usted lo estimase.

Abrió desmesuradamente los ojos el señor Redondilla; cerrólos y volviolos á abrir, como si tuviera en sus párpados algo que le impidiera ver claro, y exclamó, tartamudeando por primera vez en su vida:

—Pero, caballero, ¿qué más le da á usted leer la obra impresa, á leerla manuscrita?

—Un impreso lo lee cualquiera, y un manuscrito no; por ese deseo leer el original.

—¿De modo que es solamente capricho?

—Tómelo usted como quiera.

—Mas debe usted calcular que yo soy responsable de esta obra.

—Yo le daré, en cambio de ella, todas

las garantías que usted quiera. ¿En cuánto la compra usted?

—Ma dispensará usted.... murmuró el editor poniéndose colorado como un pavo; no hemos cerrado el contrato todavía.... Además....

—No importa. ¿Le parece á usted que puedo leerla dejándole en rehenes tres mil pesos?

Tan violento salto dió el editor en su poltrona, que se le oyeron crujir los huesos, pudiendo solo balbucear:

—¡Oh! caballero....

—¿Le parece á usted poco? prosiguió el inalterable inglés. Pues bien; doblo la cantidad, con la condicion de que usted me devolverá el dinero al entregarle yo la obra, reservándose lo que crea conveniente por los perjuicios que le haya podido ocasionar mi capricho ó como usted lo llame.

El editor no podia estarse quieto: bailábase los piés; restregábase las manos por debajo de la mesa, y no acertaba qué contestar á aquel delicioso extranjero que

iba á su casa á pedirle el favor de que aceptara seis mil duros en cambio de un manuscrito, del cual estaba seguro que tendria su autor una copia. Bien es verdad que podria darle algun disgustillo la desaparicion de tal; mas en caso apurado, con indemnizar al señor de Velasco hasta taparle la boca, salia dignamente del paso.

Esto y algo más, permitióle reflexionar el opulento inglés ántes de preguntarle:

—¿Le conviene á usted mi proposicion?

—A grandes disgustos me expongo al acceder á ella; no obstante, el deseo de complacer á usted, me hace pasar todo, y acepto, suplicándole me devuelva la obra cuanto ántes.

—¡Oh! desengude usted; esto corre de mi cuenta, pues creo que cuantos menos dias la tenga en mi poder, ménos tendré que indemnizarle por ella.

—Corriente. ¿Ahora querrá usted extender un contrato?....

—Para qué? Usted no me negará mi dinero al devolverle yo la obra, por la cuenta

que le tiene; yo no me quedaré con ella, por la que me tiene á mí; por lo que todo contrato es inútil.

Comprendió el editor con quién se las había, y encogiéndose de hombros, abrió uno de los estantes de la librería, colocada detras de su poltrona, y sacó de él un voluminoso legajo atado con una cinta verde diciendo:

—Aquí tiene usted la segunda obra de Enrique de Velasco, titulada: *El Mundo á vista de pájaro*.

Desabrochóse su gaban el inglés y sacó de uno de sus bolsillos interiores una cartera repleta de billetes de Banco, arregló con ellos la cantidad ofrecida, que entregó al señor Redondilla, diciendo:

—Aquí tiene usted seis mil duros en billetes del Banco de España.

Contólos el editor y despues de mirarlos y remirarlos por todos lados y á todas lueces para probar su legitimidad.

—Perfectamente, dijo.

Y sin más ceremonia, guardólos bajo lla-

ve en un cajon de la mesa que tenia delante.

Cogió el inglés el legajo, y despues de leer la cubierta, tendió la mano al editor, saliendo inmediatamente en direccion á la calle, miéntras aquel murmuraba restregándose las manos con la mayor satisfacion:

—¡Soberbio, soberbio negocio! No puede negarse que valen mucho los ingleses.

Al salir nuestro extranjero de la librería, entraba en ella un jóven, embozado en una raida capa. El segundo no paró mientes en el primero, á pesar de codearse con él, más éste se detuvo hasta que el recién llegado desapareció tras la verde cortina, y y murmuró entre dientes:

—¿Será este mi hombre? ... Fuerza es saberlo.

Bajo la impresion del singular suceso que acababa de ocurrirle, recibió el editor á su nuevo visitante, que sentándose en la misma silla que el inglés dejara, y sin fijarse en la turbacion que el señor Re-

dondilla procuraba en vano disimular, preguntó:

—Y bien, ¿será cosa de que nos entendamos?

—Así lo espero, contestó el preguntado parapetándose en su constante sonrisa. Su segunda obra vale algo más que la primera, como tuve el honor de decir á usted, por lo que es muy justo poner el precio al nivel del mérito.

—Mucho tendríamos que hablar sobre eso, mas no está mi cabeza para discusiones. Mi primer libro, más que venta fué un regalo que á usted hice; mi segundo es mi porvenir, y estoy poco dispuesto á cederlo como hice con el primero.

—¡Oh, oh! no tanto, señor de Velasco; hé ahí cómo el demasiado amor propio es la perdición de muchos escritores.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que su primera obra no valia lo que le dí por ella, si he de juzgar por lo que en su publicacion he perdido. Su segunda reúne mejores condiciones y verdades co-

mo temlos; mas esta clase de obras son las que tienen ménos salida, esté usted seguro; porque ¿quién quiere usted que las lea? ¿Nuestra moderna sociedad? O la conoce usted muy poco, ó debe usted comprender que no abruma su imaginacion con tales lecturas, la mayor parte, porque no las comprende; la otra, porque le disgusta verse retratada tan á lo vivo, y hay de quien la echa en cara sus defectos. Los viejos, hartos de saber lo que usted en su libro les dice, prefieren á él cuatro mentiras alegres y relamidas, cuatro sátiras punzantes que logren hacerles olvidar, aunque momentáneamente, lo que recuerda cada página de su obra.

—¿De modo que todo mi trabajo, todo mi afán y desvelos son perdidos?

—No tanto; siempre habrá algún curioso que lo lea, pero son los ménos, no le quepa á usted duda, señor de Velasco. ¿Por qué en vez de esa clase de obras no se dedica usted á la novela?

—¿Yo escribir novelas?

— Parece sorprenderle. . . . ¿Por qué no?

— Serian demasiado amargas, señor Redondilla; tampoco encontrarían quien las leyera; además; mi númen no es para mentiras. Dejemos, pues, esta cuestion, que á nada conduce, y hablemos de mi libro. Que es bueno, yo lo sé; que es malo, usted lo dice. Yo sé que es bueno, porque sé lo que en él he escrito; usted pretende ponerle todos los defectos, porque va á comprarlo. Acabemos, pues, este negocio, ántes que acabe mi paciencia. ¿En cuánto estima usted mi obra?

— En doble que la primera. . . . Me parece. . . .

— ¡Cuatro mil reales! exclamó el jóven.

— No se puede dar más por ella.

— ¡Dos años de trabajo, de insomnios y sufrimientos por cuatro mil reales! . . . ¿Qué hago con esa cantidad?

— Si no considerara la mala situacion en que usted se encuentra, no fuera yo tan pródigo, pues. . . .

— Basta, basta; interrumpió el autor con un movimiento desesperado.

Hubo un momento de silencio, en el que don Creencio tuvo fijos los ojos en el agitado jóven, mientras éste, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, parecia engolfado en sus reflexiones; más levantándose luego, con un brusco movimiento, repuso:

— Deme usted la obra.

— ¿Qué va usted á hacer de ella? murmuró el editor palideciendo.

— Romperla, quemarla. . . . ¿qué sé yo? Deme usted la obra.

— En este momento me es imposible, repuso el señor Redondilla sin poder ocultar su turbacion, que á estar el jóven más en sí, debiera haber extrañado.

— ¿Por qué?

— La tengo en mi casa. . . . y hasta mañana. . . . ya ve usted, son las diez de la noche. . . .

— Está bien; mañana vendré por ella.

— Cállese usted, señor de Velasco, y

medite con sangre fría lo que va á hacer. No son tan despreciables cuatro mil reales en estos malos tiempos, para tirarlos así como se quiera.

—¡Oh, bien se conoce que no ha escrito usted en su vida! Es mucho más fácil vender un libro que componerlo.

—Cierto, mas....

—Basta, señor de Redondilla, ó me da usted diez mil reales por la propiedad de mi obra ó la quemo.

—Imposible, imposible, caballero.

—Está bien, mañana me la entregará usted, aunque tenga que ir á su casa por ella.

—Como usted guste.... mas piénselo bien.

Salió nuestro heroe de la librería, en tanto que el editor decia para sí:

—Es muy capaz de exigirme los diez mil reales. ¡Caramba, qué humillos va poniendo!.... Bien es verdad que más tendría si comprendiera lo que vale.

Una vez en la calle el jóven escritor,

echó á andar precipitadamente, y sin cuidarse de si podrian oirle, murmuraba:

—¡Mi última esperanza desvanecida! ¡Oh, es imposible salir de mi oscuridad!...

Dobló la esquina de la calle de Correos, metióse en el callejon donde estaba su vivienda, y hubieron de llamarle la atencion unos pasos tan precipitados como los suyos, oidos siempre á igual distancia. Detúrose ante la puerta de su casa, y mientras la abria, divisó á un hombre que, parándose á pocos pasos de él, miróle fijamente y prosiguió su camino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPÍTULO II.

## UN SUEÑO QUE PARECE REALIDAD.

Sucede casi siempre, ó con bastante frecuencia, que al conciliar el sueño después de alguna de esas impresiones que afectan vivamente nuestro cerebro y nuestro corazón, mil imágenes celestiales ó diabólicas vienen á reproducirnos de un modo más terrible ó halagüeño aquello mismo que tanto nos afectara. No es de extrañar, pues, que en cuanto nuestro simpático escritor cerró los ojos en brazos de Morfeo, después de dar mil vueltas en la cama, mientras le daba en su imaginación otras tantas la idea de salir de su oscuridad, se encontrase rápidamente instalado ante un elegante bufete provisto de varios efectos

de escritorio, algunos de gran valor, y en el cual había desordenadamente esparcidos multitud de pliegos manuscritos y emborrionados. Como es consiguiente, trató nuestro jóven de reunirlos y ordenarlos, mas á medida que los iba cogiendo, una invisible mano los arrancaba de las suyas haciéndolos volar todos en la misma dirección, cual numerosa bandada de palomas, sin que una sola hoja se desprendiera de ellos. Desesperábase Enrique, y de buena gana volara tras el último arrebatado á sus manos, cuando vió aparecer una luz en la misma dirección que habían tomado los papeles. Acercóse á ella, que, avivándose á medida de sus pasos, obligóle á cerrar los ojos deslumbrándole con sus fulgores, en tanto que una diminuta mano blanca y sonrosada, cuya tersura evidiara el mismo nácar, iba juntando varios pliegos de papel, mayores que los perdidos y diferentes de aquellos en que éstos eran impresos, formándose al fin un grueso volumen, sobre el cual, de gran ta-

maño, resplandecian unas letras de oro. Con la avidez del sediento ante cuyos ojos brotara un manantial, precipitose Enrique hácia el libro, ávido de leer aquellos caracteres, y aunque con alguna dificultad, por herirle en los ojos los rayos de luz que de ellos emanaban, vió que decian: «*El Mundo á vista de pajaro*, por Enrique de Velasco.» Trémulo de alegría y esperanza, intentó coger el libro, mas fuéle imposible, tan exorbitante era su peso, que no consiguió moverlo siquiera. Probó, sin embargo á abrirlo por las primeras páginas, haciendo uso de toda la fuerza que le daba el veheméntísimo deseo que de leer en ellas tenia; mas ¡oh, admiracion! habíase convertido el papel en oro, cada hoja del libro era una plancha de este precioso metal, y no sin dificultad se leian las palabras en él bruñidas. De pronto, un movimiento en ascension hizole ver que se alzaba del suelo, cogióse maquinalmente al libro por temor de perderlo; inútil precaucion, el libro ascendia con él.

—Puedo juraros que no le conozco; si alguna vez mis ojos descienden hasta él, es por la antipatía que me causa, y aun se me figura que esa mala facha y esa cara de hambre la habré visto alguna vez en mis pesadillas, pues que en otra parte no puede ser.

—¿Y por qué te mira él á tí?

—Sin duda porque estará cansado de vivir en este mundo y desea que le dé pasaporte para el otro.

—Brava accion harias mandándole á San Pedro tan escuálida estampa, que por no tener valor, ni siquiera la pena merece de ocuparnos de él.

—Tienes razon, Rodolfo; volvamos á tu buena estrella, que hoy como nunca brilla con todos sus fulgores. ¿Cuándo es la boda?

—No se ha fijado todavía, pues mi deliciosa prima ha heredado algunas excen-  
tricidades del lord su padre, y parece quererme exponer á todas las pruebas ántes de entregarme su hermosísima mano; mas



yo que conozco á las mujeres mejor que ellas mismas, me resigno á todas sus exigencias, pues ellas me prueban su amor y esto me basta.

—¿Y no temes que las tales se conviertan en despotismo despues de la bendicion?

—¡Ca! mal conocéis á las mujeres si así las juzgais; el dia que Adriana sea mi esposa, la pongo más suave que un guante.

El ruido que produce al romperse una botella hizo volver el rostro á nuestros interlocutores, y hubieron de fijarse en el jóven de quien con tanto desprecio habian hablado, que de pie, con los ojos encendidos y cárdenos los labios, forzaba á salir de ellos una amarga sonrisa mientras decía:

—No... no ha sido nada... una botella que se me cayó de la mano.

Un hábil observador no hubiera dejado de comprender el estado de excitacion en que aquel hombre se encontraba. Con la vista fija en el baroncito, su crispada mano apretaba convulsivamente la silla en que antes se sentara, dándole tal actitud un as-

pecto amenazador, y por lo mismo risible para quien no podia comprender lo que pasaba en aquel pecho. No es, pues, de extrañar que algunas risotadas contestaran más que á sus palabras, á su actitud, las que sin duda hicieron volver en sí á nuestro jóven, pues dejándose caer de nuevo y con el mayor abatimiento sobre su silla, murmuró para sí y como contestando á sus propios pensamientos:

—¡Necio de mí!... ¿con qué derecho?...

—Este hombre se ha escapado de Logañés, exclamó el llamado Rodolfo.

—¿Qué diablos vendrá á buscar entre esa caterva de escritoreillos y gacetilleros?

—Una poca del hambre que á los tales sobra.

—¿Será algun confeccionador de mantiras?

—Algun pedante con pretensiones de literato; su facha lo dice bien claro.

—A propósito de pedantes, exclamó el del Monte. ¿Conoce alguno de vosotros é

ha oído hablar de un librote titulado *El Buen Criterio y el Siglo XIX?*

—¿Qué demonios hemos de conocer? respondieron varios.

—Hombre, sí, contestó uno, en la tertulia de mi señor padre se celebra mucho ese libro, que es cuanto se puede decir en contra, no porque mi padre y sus amigos no entiendan las bellas letras, sino porque no andan con la civilización y están reñidos con la literatura moderna.

Si alguien hubiese preguntado al tal hablador qué entendía por literatura moderna, hubiera oído cosas buenas; pero nadie se lo preguntó, y el verdadero pedante quedó satisfecho de su oratoria.

—Pues, chico, daría un premio al que se encargara de quemar la edición del tal librito, repuso Luis.

—¿A tí qué te importa?

—Mucho, porque le sucede á mi primo lo que á tu padre.

—¡Hola! ¿También se las echa de literata?

—Se las echa de excéntrica, y porque no lo lee nadie, lo ha leído ella, y porque es malo, se le antoja bueno, en términos, que espero que concluya por segunda vez su lectura para arrojarlo á la chimenea.

—Pues con quemarlo sales del paso.

—No, por cierto, porque según dice, está deseando que su autor publique otra obra para entusiasmarse con ella como con la primera, y me disgusta que la dé por esta clase de libros, pues así pervierte su gusto literario.

—Entonces, lo más conveniente es quemar al autor.

—¡Oh, caramba! mejor le quemaría á él que al libro.

—Nada más fácil, caballero, respondió adelantándose hácia el baroncito el modesto joven que tanto les diera que reír. Yo soy Enrique de Velasco, autor del libro en cuestión, y de otro próximo á publicarse, con que puede usted satisfacer su deseo cuando guste.

No era por cierto el valor la cualidad

predominaba en el primogénito de los barones del Monte: verdad que se le tenía por un espadachín de primera, gracias á los muchos desafíos que habia tenido, los cuales terminaron la mayor parte en casa de Lardhy, y como es uso y costumbre entre los jóvenes bien educados, y los más graves habian sido á primera sangre, como se ha dado en llamar, los cuales concluyen generalmente con un leve rasguño y un apretón de manos; de modo que al ponerse delante el ofendido joven con una serenidad incomprensible en el qué momentos antes dominara tan fuerte agitación, no pudo ménos de sorprender al baroncito; mas reaciéndose instantáneamente, quiso imponérsele con los alardes de valor que tantos triunfos le diera, y contestó sonriéndose desdeñosamente:

— Quien escucha lo que no debe, suele oír lo que no quiere; esto le ha pasado á usted.

— Y toda maligna lengua suele encontrar su merecido; esto le pasará á usted.

— Cuidadito con la suya, si quiere conservarla en su sitio, repuso Luis con altanería. ¿Acaso ignoraba usted al publicar su libro, que cada lector era un juez que habia de fallarlo?

— No pretendo hablar del libro, porque desprecio el juicio que de él hagan personas como usted, y me resigno gustoso al fallo de las sensatas. Se trata de que desea usted quemarme, y yo, cual otro Isaac, acepto el sacrificio; mas para quemarme á mí, va usted á servir de combustible.

— No acostumbro á tolerar que ningún majadero, y ménos de la ralea de usted, se me insolente, con que bástele á usted mi desprecio si no quiere que ahora mismo le parta la cabeza de un silletazo.

A las bravatas del miserable baroncito, contesta Enrique de Velasco así:

Y uniendo la acción á la palabra, cogió el cuello de una botella en ademán de estrellarla contra su interlocutor; mas una mano de hierro asió fuertemente su muñe-

ca, y obligándole á abrir los dedos, estrellóse la botella en el pavimento.

Los numerosos espectadores de esta escena que ya se las prometían felices para sacar de ella el partido que á cada cual conviniera, apiñáronse para ver quién era el intruso, y se encontraron con un hombre alto, lleno de carnes, largas patillas rubias, elegantemente vestido, y con unos quevedos montados en oro sobre su bien cortada nariz, que sujetando al ofendido autor, le decia en mal español y puro acento inglés:

—Perdone usted, caballero, si le ruego que no dé tanta importancia á esa bagatela, y me preste atencion algunos momentos para tratar asuntos de mayor monta.

Aprovecharon este incidente los amigos del baroncito para tranquilizarle (lo que en honor de la verdad, no les fué difícil), mientras que algo repuesto de la sorpresa que debian causarle la accion y palabras del inglés, preguntaba el jóven escritor heroe de aquel melodrama:

—¿Y quién es usted para mezclarse en mis acciones?

—Vuelvo á rogarle que perdone usted mi atrevimiento; hace algunos dias que ando en busca de usted, y ahora que la casualidad me ha hecho oír tan cerca su nombre, he corrido hácia usted para cortar un altercado que podia, cuando ménos, retardar nuestro negocio.

—¿Puede saberse qué es lo que quiere usted de mí?

—Deseo hablarle de sus obras literarias, si tiene usted la amabilidad de escucharme.

—En ese caso, contestó Enrique, sin poder ocultar su turbacion, podemos ir á mi casa ó donde usted quiera.

—Aquí mismo, si á usted le parece, sobre no ser nada secreto, creo que nos entenderemos fácilmente.

—Como usted guste, dijo el jóven.

Volvió á tomar asiento despues de ofrecer otro al inglés, entre los escritores y periodistas, los cuales aguzaban disimula-

damente su oído por no perder una palabra de las que el inglés dijera. Y después de dirigir una singular mirada al baroncito, que fué contestada con otra de desdenosa altanería, continuó dirigiéndose al extranjero:

—Estoy á sus órdenes.

—Deseo saber si es usted propietario de su obra titulada *El Buen Criterio y el Siglo XIX*.

—No, señor.

—¿Cometería usted la imprudencia de vender la propiedad?

—Sí, por cierto; ¿le interesa á usted acaso?

—Precisamente, pues como representante de la casa editorial de Eliot y Win Mül, de Inglaterra, estoy autorizado para comprar á cualquier precio el derecho de traducirla.

—En ese caso nada hay perdido, pues me reservé el derecho de traducción.

—Perfectamente, dispénsame usted otra

pregunta: ¿ha vendido usted la propiedad del segundo libro, que, según noticias, va usted á publicar?

—Estoy en tratos para venderla.

—Pues bien, caballero; yo se la compro á usted en la cantidad que la estime.

Enrique de Velasco, pálido, demacrado y humildemente vestido, iba tomando proporciones de gigante; nadie se reía ya. Tanto los escritores que le rodeaban, como los aristócratas á él vecinos, tenían fijas en él sus miradas, revelando distintos sentimientos é igual admiración. El mismo Enrique no podía darse cuenta de lo que por él pasaba. Zumbabanle en los oídos las palabras del inglés como los ecos de lejána música que el viento nos trae en sus alas, y á cuyos suaves acordes suspendemos hasta el aliento por no perder una nota, y seguimos oyéndola aún después que se ha extinguido. Así Velasco nada contestó á las palabras del extranjero, porque continuaba escuchando lo que ya no oía; éste prosiguió:

—He tenido el honor de decir á usted que estoy dispuesto á satisfacer por su obra la cantidad que usted indique.

—La verdad, caballero, respondió turbado Enrique, y sin acertar con las palabras: soy español, y se resiente mi amor patrio de que un libro escrito para mi país pase á ser propiedad del extranjero.

Un murmullo de aprobacion dejóse oír entre los oyentes.

—Reflexione usted, continuó el inglés sin desconcertarse, cómo ha sido acogida su primera obra en España, y ya que no es posible por ésta, por la segunda le dará la Inglaterra lo que no le dará su país.

—¡Eso lo veremos! gritó una voz salida de un cuerpo trasparente, y cuya cabeza, subiendo sobre el nivel de las demas, se adelantaba hácia nuestros interlocutores.

—Lo veremos, repuso el extranjero con la mayor sangre fria.

—Estoy dispuesto á comprarla en la cantidad que el señor de Velasco me indique.

—Yo estoy dispuesto á doblar la cantidad que cualquiera dé por ella.

La explosion de una bomba no hubiera producido sensacion más honda que estas últimas palabras. Por espacio de algunos minutos oyóse un sordo murmullo, parecido al del fiero vendaval azotando las ramas de los árboles, pues cada cual comentaba á su manera lo que había oído, repitiéndose los cuchicheos en todas las mesas vecinas. Enrique de Velasco hacia esfuerzos supremos por parecer sereno, temiendo á cada instante que iba á perder el juicio. Calmóse algun tanto tan fuerte agitacion, y el afortunado autor exclamó dirigiéndose al editor español:

—Comprendo, señor Redondilla, que ahora le interesa á usted hacerse con mi libro, así que estoy dispuesto á cedérselo siempre que sus condiciones sean aceptables.

—Señor de Velasco, despues de lo ofrecido por el inglés, ninguna proposicion que yo haga puede serle á usted admisible.

— Caballero, murmuró un anciano de rostro venerable y plateada cabeza casi a oído de Velasco, escuche usted un consejo de padre. Presente usted el libro á la Real Academia y conserve su propiedad, pues con él se le abre á usted hoy una mina de oro, que puede explotar por su cuenta.

— Gracias, caballero, contestó Enrique apretándole cordialmente la mano; seguiré su consejo, pues le juzgo muy acertado; y dirigiéndose á los editores continuó: señores, he resuelto ser el propietario de mi obra.

— Muy bien, dijo el impassible inglés, me venderá usted el permiso para traducir las dos?

— Quedóse Enrique breves segundos pensativo, procurando no dejar traslucir la fiera lucha que sostenían su orgullo y su pobreza, y contestó luego:

— Concedo á usted el permiso que de mí solicita.

— Inclínose profundamente al inglés y repuso:

— No me ha comprendido usted; que le dé usted permiso á mi país para que la traduzca, y se lo dé usted mañana á otra nación, no nos tiene cuenta.

— Entonces...

— Se trata de que por lo ménos en algunos años seámos nosotros los únicos extranjeros autorizados para traducirla; es un negocio como otro cualquiera, que creo nos conviene á entrambos.

— En ese caso, me permitirá usted que lo medite.

— ¿Cuándo podré saber su contestacion?

— Dentro de tres dias sírvase usted pasar por mi casa, díjole el jóven entregándole una tarjeta.

Correspondióle con otra el inglés, diciéndole:

— Esta es la suya, por si ántes desea usted verme:

Separóse el extranjero; los espectadores de aquella escena quedaron haciendo mil comentarios sobre lo que acababan de oír, y el afortunado escritor, despues de salu-

dar á sus compañeros de mesa, dirigió al confundido baroncito estas palabras:

—No tengo fama de espadachin, ni busco jamas rencillas, mas si llega el caso, ni mi pié retrocede, ni mi pulso tiembla.

—Eso lo veremos.

—No creo llegada la ocasion de ponernos frente á frente, y le juzgo sobrado sensato para provocar un lance á tontas y á locas, con lo que solo se consigue rebajar nuestra buena opinion ante la sociedad. He hecho á usted esta advertencia para que en todo tiempo y ocasion me considere un adversario digno de usted.

Y salió dignamente del café sin dar tiempo á que le contestara.

A medida de su elevacion, crecian las voces y clamores que empezaron por murmullos al aparecer el precioso volúmen, y procurando indagar de do salian, vió apiñada á sus piés elegante muchedumbre compuesta de todos aquellos que le miraban por encima del hombro y se reían de él á hurtadillas, vitorearle ahora frenéticamente agitando en el aire sus sombreros y pañuelos, levantarse sobre la punta de los piés para tenderle la mano y disputarse acaloradamente los derechos que cada uno tenia para llamarse con más razon su amigo. Apartó con repugnancia la vista de tan mezquino cuadro, tropezando con un segundo más bello y halagador para otro que no fuera nuestro heroe. Semejante á un provisto invernáculo de irguieran sus frescos tallos las más lindas flores de la creacion, habia reunidas infinidad de mujeres, todas jóvenes, todas bellas, cuyos ojos vivos ó lánguidos, azules ó negros, estaban fijos en él, y sus diminutas y alabastrinas manos le aplaudian con el mayor entusiasmo, dán-



dole á entender con sus coqueternas unas, y sus significativas miradas otras, que era el objeto de su predileccion; mas cuando tan seductor solo consiguió del jóven un triste suspiro, mientras de él apartaba los ojos elevándolos al cielo como buscando otra clase de belleza de la que ante ellos se ofrecia, y hubo de fijarlos estático en un sér de diáfana blancura que hacía él iba descendiendo, y cuyo velo ligero y transparente, flotaba á merced de perfumada brisa. Levantó Enrique los brazos para ayudarla en su descension, mas detúyose el hermoso fantasma á la altura de ellos. Dejólos caer con desaliento, juntó las manos en actitud suplicante, y la aérea figura siguió majestuosamente su descenso hasta el jóven, y sacando de entre los pliegües de su blanca túnica una brillante corona de laurel, se la ciñó en las sienes.

Cayó Enrique de rodillas, palpitando el corazón cual si quisiese saltarsele del pecho, y unos torneados brazos le estrecharon suavemente contra un blando seno, en

el que sintió unos latidos tan violentos como los suyos, y una voz dulce como la primera brisa de una mañana de Mayo, murmuró en sus oídos:

—¡Te amo!

Delirante y ciego de felicidad, osó levantar la punta del velo en que la figura se recataba, y un agudo grito mezclado con un nombre salió de sus labios, encontrándose de pronto en los brazos de su madre que le decia:

—Despierta, hijo de mi alma, despierta.

Todo habia desaparecido; Enrique estaba en su modesta cama, agitado y calenturiento; su buena madre, á su lado, apretábale con la suya su convulsa mano, mientras con la otra le secaba el sudor que corría por su frente.

—Madre mía, pudo balbucear el jóven.

—¡Pobre Enrique! ¿es posible que ni en el sueño puedas encontrar reposo?

—¡Oh, no diga usted eso, si supiera usted cuán feliz ha sido!

—¿Porque la has soñado?... ¡pobre hijo mio!

—Sí, era ella, era Adriana la que, estrechándome contra su corazón, me ha dicho «yo te amo.»

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró la infeliz madre, en mala hora conocimos á esa mujer; ¡cuántas desazones va á costarnos!...

—Basta, querida madre, dijo el jóven recobrando su firmeza, no hablemos de eso. Ahora, si usted me lo permite, me levantaré, pues presumo que he dormido más de lo acostumbrado.

—Efectivamente, contestó doña Cármen.

—Serénese usted, madre de mi alma; ha sido un sueño desvanecido por la realidad, ante la cual estoy frente á frente y con la que tengo que luchar á brazo partido. Seque usted sus ojos, abráceme, y tenga la bondad de prepararme el desayuno, pues me espera el editor ántes de ir á la imprenta.

—Estrechó doña Cármen á su hijo con-

tra su corazón, depositó un tierno beso en su frente y salió de la alcoba.

—¡Ha sido un sueño! ... murmuró Enrique en cuanto se vió solo; ¿por qué me ha despertado mi madre? era tan feliz soñando en la realidad de todas mis aspiraciones, que por no volver á la de mis desdichas, hubiase querido no despertar jamas.... ¡Oh, perdon, madre mia, ¿qué seria de tí sin tu hijo?

Y sacudiendo la cabeza cual si quisiese alejar de ella todos sus pensamientos, empezó á vestirse.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DE BIBLIOTECAS

## CAPÍTULO III.

UNA REALIDAD QUE PARECE SUEÑO.

—La lucha ha empezado ya, y promete ser encarnizada.

—Yo estoy dispuesto á jugar me la vida ántes que ceder una pulgada de terreno.

—Pues la perderás.

—¿Por qué?

—Porque sin contar con que los pretendientes son muchos, y los caprichos de la mujer más, tienes dos adversarios terribles.

—Sepamos.

—El primito y el conde del Redil. El primo, porque es primo, y como tal, tiene derecho á rozarse continuamente con ella sin dejarla á sol ni á sombra; además, hom-

bre afortunado con el bello sexo, si los hay, que por poco que tenga ella de sensible ó de romántica, se prenda de él sin remedio.

—¿Y creéis que el baroncito es el único hombre capaz de enamorar á una mujer de tales condiciones?

—Quita allá; creo que todos somos capaces de todo; lo que nos falta es la ocasión que á él le sobra, y figúrate si el niño la aprovechará. Si, por el contrario, es mujer de más cabeza que corazón, se lleva el premio el del Redil.

—¿Por qué?

—Porque además de su posición social, es el hombre más acaudalado en Madrid, el único que puede afembar con millones los pies de la millonaria.

Tal conversación tenía lugar entre varios jóvenes de la aristocracia, sentados en derredor de una mesa del café Suizo, entre los vapores del ponche y el humo de los cigarrillos; conversación que se fué animando con la llegada del rubio baroncito del Monte, si bien tomando distinto rumbo.

Momentos despues, y cuando rebosaba la gente en el café, un jóven pálido y ojeroso, modestamente vestido, cruzó por delante de los bulliciosos aristócratas, dirigiéndose á una mesa contigua á ellos, á cuyo derredor, apiñados y agrupados entre sí, habia triples personas de las que cogian, hablando acaloradamente, unos, de política; de literatura otros; algunos, de teatros; de noticias frescas los más, y razonablemente, ninguno.

Tomó asiento entre ellos el recién llegado, entablado desde luego conversacion con un viejo regordete, de ojos grises y pequeños, que al parecer contestaba á las palabras del jóven con cierta risita inculficable entre la burla y el desden.

—¿Qué diablos tienes que ver con ese pajarraco que hace algunos dias observo que cuando entra te mira de un modo particular? preguntó al baroncito del Monte uno de sus compañeros, refiriéndose al jóven que acababa de tomar asiento cerca de la mesa vecina á ellos.

## CAPÍTULO IV.

## DONDE EMPIEZA Á RECOGERSE LA COSECHA DEL BIEN SEMBRADO.

Prendiéndose el último bucle de su ondeado pelo, sentada ante el espejo de su tocador encontraremos á Adriana de Wolsley, la simpática heroina de este mal pergeñado libro, cuyo rostro pálido y ojeroso revelaba una fatigosa noche de insomnio. Contemplábala, cruzada de brazos, su buena nodriza con tal atencion, que parecia estudiar en todas las líneas de su rostro, hasta que exclamó meneando tristemente la cabeza:

— Vos sufrís, hija mia; sufrís más de lo que me dejais entrever.

— Es cierto, mi buena Ana; tú, que tan-

to me conoces, puedes comprender el efecto que ha de causarme el suponerme una acción inoble y egoísta. Jamás podría amar al conde del Redil, pero aun cuando este hombre fuese mi bello ideal, ¿crees que no sacrificaría todas mis ilusiones á la felicidad de mi prima? ¿Por qué, en vez de tener confianza en mí y abrirme su corazón, me envenena con sus sarcasmos, atribuyéndome una acción indigna ó infame, despojada de todo sentimiento humano?

—Vuestra conciencia está tranquila, hija mía.

—Sí, mas no mi corazón; porque mi prima sufre, y yo no puedo permanecer indiferente ante un sufrimiento del que, aunque involuntariamente, yo soy la causa.

El sufrimiento de vuestra prima difiere mucho del vuestro, contestó la nodriza, pues en ella sufre su orgullo, su egoísmo, su codicia. Se le figura que le arrebatáis los millones del conde del Redil, que ya tenía por suyos, y su mezquino pecho no

puede disimular la hiel que contra vos respira.

—No, Ana, no juzgues con tanta severidad, Mi prima tiene veintiun años, y á esta edad no es el corazón tan egoísta; lo bueno y lo bello tienen en él cabida. Es cierto que la mala educación que mis primas han recibido ha hecho de ambas dos mujeres inadmisibles para todo hombre sensato, para todo hombre que quiera en su esposa una buena madre de familia, no una heroína de novela; sin embargo, si ellas realmente amaran, si llegaran á impresionarse con las bellezas y alegrías que trae en sí el cumplimiento de los deberes que Dios ha impuesto á la mujer, podrían aún ser felices.

—Eso es imposible.

—No, el corazón es susceptible de bien y de mal. Amen ellas verdaderamente, y oigan del hombre amado otra doctrina de las á que están acostumbradas, y su corazón, aunque no sea más que por egoísmo, se impresionará con ellas paulatinamente

como el ciego de nacimiento al abrir los ojos á la luz del sol no podria de pronto resistirla, pero que al acostumbrarse á ella, cada momento tendria nuevas bellezas que admirar, y más dulces impresiones que sentir. Mas ¡ay, si su amor rocae en un hombre de sus mismas ideas!... ¡vale más no pensarlo! Afortunadamente Lola ama al conde, y este amor puede conducirle á abrazar todas las virtudes, áun las que hoy más excitan su burla y su desprecio.

—¿Tal pensais?

—¡Oh, sí! y tal espero.

Meneó Ana la cabeza como protestando silenciosamente contra las palabras de la duquesa, la que continuó diciendo:

—Y es lo peor del caso que ambos sufren porque se aman y no se comprenden.

—¿Lo creéis vos así?

—No me cabe duda.

—Entonces, ¿cómo el conde os pretendia á vos?

—El conde ama á mi prima; mas com-

prende que no ruine las circunstancias que él desea, sin las cuales es imposible la santa paz del hogar; á mi no me ama, pero me ha juzgado con sobrada benevolencia, hé aquí todo.

—¿Y vos?...

—Mi corazón jamás podria amarle, pero le aprecio en lo que vale; así que he procurado hacerle mi amigo en vez de esquivarle, porque deseo tenerle en continua comunicacion con mi prima; he ido captándome su confianza y sondeando su corazón, hasta hacerle confesar que amaba á Lola con toda su alma. Anoche, sin ir más lejos, me decia mirándola con ese arrobamiento peculiar al enamorado:—¡¡Si esa mujer comprendiera lo que debe ser la mujer!!—Por esta exclamacion conocerás la verdad de lo que te digo.

—Muchas desazones temo que os va á costar vuestra venida á España, mi buena hija.

—Dios lo sabe, Ana, pues si bien muchas he sufrido, hanlas compensado ratos

de verdadera felicidad, que no creo terminados, de Dios debemos esperarlos todo bueno.

La conversacion fué interrumpida por la entrada de Meri, presentando á la duquesa un pliego de periódicos y una carta. Tomólos Adriana, y despues que con su característica amabilidad hubo apartado á las dos mujeres del aposento, sentóse en una butaca, y sin cuidarse de la carta, con mal disimulada agitacion, empezó á hojear los periódicos.

No tardó en brillar en sus ojos el fuego del entusiasmo; soltó un periódico, tomó otro, luego otro, devoró con delirio un trozo de cada uno de ellos, y terminando el último, exclamó:

—¡Oh, Enrique! ¡Al fin ha roto tu genio las cadenas que le aprisionaban! Desde hoy tuya es la gloria y la admiracion del mundo. ¿Qué más quieres? Tu talento, tu valía te darán blasones y riquezas; éstos son los mejores, los adquiridos por tales merecimientos, no por el solo hecho de

haber nacido. ¡Oh! ¡Sé feliz cual yo deseo, pues mucho mereces serlo!

Despues de breve silencio, durante el que parecia contener las sacudidas de su corazon, tomó maquinalmente la carta que permanecia cerrada; miró el sobre, y murmuró con abandono:

—Es de Fernando. ¿Habrá algo bueno para mi pobre Isabel?

Luego de empezada su lectura, pintóse en su semblante la alegría y el asombro que produce una noticia grata é inesperada. Concluida aquella, abrazóse á los piés del Crucifijo que tenia en su alcoba, exclamando con toda la efusion de su alma:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Soy indigna de tanta bondad!...

Media hora despues llamaba la duquesa en la guardilla habitada por su amiga Isabel, la que, al estrecharla contra su corazon, preguntóla:

—¿Qué significa la expresion de tu semblante? ¿Es que sabes lo sucedido?

—Tantas cosas sé, querida, que no puedo comprender á cuál de ellas te refieres.

Isabel por toda contestacion clavó en la duquesa sus azulados ojos, interrogándola con una sonrisa, y murmuró:

—Si has leído los periódicos habrás encontrado un nombre que no nos es desconocido....

—Creo adivinar á dónde vas, y excuso decirte lo mucho que me alegro.... Sea tan feliz y tal su superioridad cual yo se la deseo.

—Su felicidad está en tu mano, Adriana.

—No, Isabel, en la Dios.

—¡Oh, sí! mas los dos sufrís en el silencio, los dos vivís muriendo....

—Seria en mí una falta imperdonable si tratara de ocultarte lo que estás leyendo en mi pecho; pues bien; tú, como yo, comprenderás que solo Dios puede salvar esta situacion.

—Cierto, mas....

—Hablemos de tí, interrumpió la duquesa deseando variar de conversacion.

—¿De mí?

—Si, cuando nuestro Divino Padre pone á prueba nuestra fé y confianza en Él no es para dejarnos olvidados con estas virtudes, sino para premiarnos tarde ó temprano por ellas.

—La prueba de esta verdad está en Enrique.

—Y en tí lo mismo que en él.

—¿Qué quieres decir? preguntó Isabel más con los ojos que con las palabras.

—Que mientras Dios ponía á prueba tus virtudes, mandándote toda clase de tribulaciones, preparaba el premio que queria dar á aquellas.

—Estás incomprendible, Adriana; ¿qué puede sucederme que te obligue á decirme lo con tanto rodeo? Habla.

—Aguza tu imaginacion; piensa qué es lo que más grande alegría podria darte.... por inverosímil que te parezca.

—Gran Dios!.... Casi me asustas....

—A contrario, querida, se trata de un



suceso tal, que estoy cierta ha de hacerte sentir el gozo mayor que has sentido en tu vida.

— Pero . . . ¿qué puede ser? . . .

— Medita . . .

— Por Dios, Adriana, no me atormentes; ¿qué bien será ese que temes me haga tanto daño?

— Eso digo yo . . . vamos á ver, ¿cuál ha sido el sentimiento mayor de tu vida?

— La muerte de mi Ricardo, cuyo dolor solo tú has podido mitigar, sin que por esto deje de roerme el corazón.

— Pues suponte una alegría, por descahellada que te parezca, tan grande como ese dolor.

Palideció Isabel; chispearonle los ojos, y cogió con entrambas manos las de su amiga, exclamando:

— Habla, Adriana, por mi hija, por el el mismo Dios te lo pido. Tú has recibido noticias de París: ¿qué hay de mi infortunado esposo? Habla, habla por piedad, que me matas.

— Puesto que estás preparada á recibir la impresión más fuerte que recibirse puede, entérate de esta carta, que poco á poco te conducirá á do yo no podría con una sola palabra. Entre tanto, abrazaré á tu hija. ¿Dónde está?

— La llamaré, pues hace rato doña Carmen la llevó consigo.

— Lee sin interrumpirte, que Ana irá por ella, pues tan pronto como tú, debe participar de tu alegría.

Con mano trémula cogió Isabel la carta que la duquesa la presentaba, y con ávido anhelo empezó su lectura. Entre tanto Adriana despedía á su nodriza en busca de la afortunada niña, quedando ella siguiendo los ojos, y aun podría decirse, con el corazón, todos los movimientos de su amiga. El rostro de ésta pasó de la palidez al color de la amapola; creció su agitación; humeneciéronse sus ojos hasta empapar el papel en sus lágrimas; sus labios, cárdenos y trémulos al principio, acabaron por pro-

nunciar palabras incoherentes; por fin, un agudo grito escapó de su pecho en el momento que entraba su hija, conducido de la mano de Enrique de Velasco. Abalanzóse á ella como una demente, exclamando:

— ¡No eres huérfana, vida mía! . . . ¡Oh! ¡vível! ¡vível! . . .

Y abandonáronla las fuerzas en términos, que tuvo que ser sostenida por el joven y la duquesa, que pálidos ambos, é igualmente conmovidos, no acertaban á hablar palabra. Sentáronla en el pequeño confidente, y separaron á su hija de sus brazos, que lloraba desesperadamente al ver el estado de su madre; Enrique estaba atónito con las palabras de Isabel, y ciego con la presencia de Adriana; ésta, procurando ocultar el estado de su alma, y balbuceando con voz en la que se traslucía toda su emoción:

— ¡Dios premia tus sufrimientos!

— ¡Tú, tú eres mi salvación; tú eres mi Dios.

— ¡Isabel! . . . no blasfemes.

— Todos, sí, todos te deberémos la felicidad.

— Calla por Dios . . .

— ¡Ella! ¡Siempre ella! . . . murmuró Enrique entre dientes. ¡Oh, no hay duda que esta mujer es algun emisario de la Providencia!

## CAPÍTULO XV.

TIA Y PRIMA.

Pálida, ojerosa y calenturienta, la hija mayor de los barones del Monte penteró en las habitaciones de la duquesa de Clarendon, donde ésta esperaba, al parecer, tranquilamente. Entró Lola sin anunciarse, y fué recibida en los brazos de Adriana, que la condujo á un sofá, y sentándose ella á su lado, empezó de esta manera:

—El orgullo, Lola, puede considerarse como otro enemigo de nuestra alma, pues si bien no siempre nos impele al mal, con frecuencia nos corta ciertas acciones, de las cuales podría resultar mucho bien, y sobre todo, nos impide practicar la humildad, una de las virtudes más agradables á Dios.

Esta consideracion me ha hecho deponer mi, orgullo y suplicarte me concedieras algunos momentos para tranquilidad de ambas.

—No comprendo.... balbuceó la del Monte.

—Escucha, Lola; si yo te creyese mujer sin corazon, hubiéra escusado este paso por inútil; mas léjos de esto, creo que le tienes susceptible de los más grandes sentimientos, y por esto te he llamado.

—¿Puede saberse con qué objeto?

—El corazon por sí sólo suele hacer los mayores desatinos; ayudado de la razon, las más bellas acciones; por lo mismo deseo en tí hablar á ambos.

—No acierto á dónde vés á parar con tanto preambulo, respondió Lola sin dignarse mirar á su prima.

—Estamos completamente solas y puedo desde luego explicarme sin rodeos. Tú amas al conde del Redil.

Dirigió Lola una mirada llena de veneno á la duquesa, contestando:

—¿Te conviene explorar mi corazón?  
¡Oh, no temas! No hay mujer que en el mundo que pueda hacerte sombra; ¿quién se atrevería á mirar siquiera al hombre que tú has elegido?

Sonrió Adriana bondadosamente, diciendo:

—¡Siento en el alma, el concepto que de mí habeis formado! ¡Vine á España en busca de vosotros, creyendo encontrar mi familia.... ¡Cuanto me he engañado!

—¡Oh! eso.... murmuró Lola confundida.

—¡No formarían peor juicio de mí mis mayores enemigos!.... Sin embargo, no dejaré de llevar á cabo lo que me he propuesto.

—¿Y puedes suponer acaso, que sabiendo tu.... benevolencia con el conde, había de atreverme?.... sé feliz enhorabuena. ¿No te ama? ¿no te da todas las pruebas que deseas? Por ventura, ¿no sientes toda la felicidad de un amor correspondido? ¿Qué más quieres?

—¡Oh! calla, calla.... interrumpió Adriana llevándose maquinalmente la mano al corazón; mas reponiéndose luego, continuó: Tus sarcásticas palabras no producen en mí el efecto que te propones; ellas me atestiguan tu amor al conde y muestran tu ceguedad que tanto deploro. Pues bien, sépalo de una vez y acabe ese mezquino lenguaje indigno de toda alma noble. El conde te ama tanto ó más que tú á él, y yo deseo acortar la distancia que os separa. ¿Me entiendes ahora?

Bajó los ojos la del Monte, sin poder ocultar la turbación producida por estas palabras, y murmuró confusamente:

—Ahora lo entiendo ménos.

—Me explicaré, continuó Adriana; mas quede sentado cuanto vamos á hablar sobre la base de que yo jamás, en ninguna circunstancia, podría amar al conde del Redil. ®

—¿Qué dices? exclamó Lola mirando á su prima entre la duda y la sorpresa.

—Al poco tiempo de estar en vuestra

compañía, continuó la duquesa, adiviné sin gran esfuerzo la inclinacion del conde hácia tí, á la que tú correspondias favorablemente; eché de ver luego que os separaban obstáculos fáciles de salvar, si tú los comprendias; mas no fué así; éstos pasaron á ser imposibles, y acabó el conde por ahogar sus sentimientos y desvanecer sus esperanzas respecto á tí, buscando en un nuevo amor lo que á él le parecia no ser posible encontrar en el primero. Por fortuna, encaminó sus pretensiones hácia mí; digo por fortuna, porque á haber sido con otra, debias renunciar para siempre á tus esperanzas. Yo no desairé al conde, no le equivé, no le aparté de mi lado; muy al contrario, escuché sus palabras, estudié aquel corazón cuan profundamente pude, y despues de comprender lo que en él pasaba, procuré que se conociera á sí mismo. Día tras día, cada rato de conversacion que pasaba conmigo, mientras tú y tu hermano me devorabais con vuestras miradas, si no ofensivas, inconvenientes, procuraba yo

Palidécio la del Monte y balbuceó apenas:  
—¿Te lo ha dicho él? . . .

—Ha querido que lo comprendiera; mas yo, que te juzgo de muy distinto modo, tal vez con más justicia, me he propuesto desmentirle. Este es el objeto de nuestra entrevista.

—¿Y en qué se funda suponerme incapaz de hacerle feliz? repuso Lola procurando contener las lágrimas que brillaban ya en sus ojos.

—¡Ah, Lola! No basta que una mujer sea buena, virtuosa, incapaz, no de una accion, ni de un pensamiento que pueda ofender su decero y la estimacion que se debe á sí misma; esto no se exaltece, porque es tan natural, tan propio de su sér, como el vuelo á los pájaros, como el perfume á las flores; ántes bien, la que carece de esa cualidad esencial en la mujer, se la rechaza y desprecia como un sér vil y abyecto. Es preciso que la mujer destinada por el mismo Dios á contribuir, si no á labrar la felicidad de la familia, reúna algunas cir-

cunstancias con las que á todas nos ha dotado el Criador, y que luego poseemos ó no, segun como han sido cultivadas desde nuestra infancia. Cierto es que la mujer, segun la altura en que se halla colocada en la sociedad, no puede desprenderse de ciertos hábitos, costumbres y necesidades que la sociedad la impone; mas no deben ejercer en ella tal ascendiente, que solo viva por ellos y para ellos hasta olvidarse del principal fin para que Dios la ha creado. Una mujer cuyo nombre y fortuna la colocan en el primer grado de la sociedad, justo es que se presente con la decencia y hasta con el lujo debido á su rango, mas no haciendo vano alarde ni insultando con él á quien no puede igualarla, sino tomándolo como una necesidad de su posicion social, del que carecerá el dia que un reves de fortuna la haga descender de su altura; lo que es tan fácil, como ver el cielo azul y trasparente iluminado por el brillante sol de Mayo, cubrirse al pronto de espesos y negros nubarrones, y sustituir á

los rayos de aquel copioso y frio granizo. Si en medio de la opulencia emplea las sobras de su riqueza en sembrar el bien con la caridad, enjugando lágrimas, mitigando dolores, evitando quizás hasta crímenes, el dia que la desgracia la muestra su atribulado rostro, recoge la cosecha del bien que ha sembrado, familiarizada con los dolores de sus semejantes, parécete el suyo más soportable, y le acoge con la fortaleza y resignacion debidas, cuyo ejemplo es muchas veces en la familia la tabla de salvacion, sin la cual naufragará. No, Lola, Dios no ha creado á la mujer para que arrastre blondas, se cubra de pedrería, y levantara sobre un pedestal de oro, se mofe insolentemente de las lágrimas y quebrantos de la humanidad; por el contrario, cuanto más alta su alcurnia, cuanto mayor su riqueza, más compasiva debe mostrarse con la indigencia, pues aquella, como todos los dones, emana de Dios, la cual deposita en nuestras manos para algun dia pedirnos de ella estrecha cuenta. De este modo

de obrar, no lo dudes, Lola, se originan una porción de circunstancias, capaces por sí solas de labrar la felicidad de nuestra vida. La mujer que así piensa, contribuye tanto como su esposo al lustre y esplendor de su casa, conservando y aun aumentando sus bienes; cual experimentado y hábil piloto dirige á su familia hácia el puerto de la verdadera felicidad, la que sabe encontrar en el cumplimiento de sus deberes y no entre engañosos placeres y locas vanidades; por último, la mujer que así piensa es la buena esposa, es la buena madre de familia, es la digna compañera de un hombre como el conde del Redil.

— ¡Oh, Dios mío! Él me cree á mi incapaz de... balbuceó Lola sin cuidarse de disimular el dolor que sentía.

— El conde, continuó Adriana, te ha juzgado por meras apariencias, sin comprenderte ni cuidarse de profundizar tus sentimientos; tú tampoco has apreciado lo que él vale, ni de lo que es capaz tu corazón, y te has dejado arrastrar por la vanidad y la

tontería, sin pensar que no le basta á la mujer una hermosa apariencia, cual si fuese una pintura ú otro objeto de arte; es preciso que sea hermoso su fondo, sus obras, sus acciones, pues estas aprovechan y son respetadas, y enaltecidas, pasando la fama de ellas á su posteridad, á la cual sirve de saludable ejemplo; á aquella una ráfaga de viento la destruye, y ya que no haya quien la maldiga, ninguna bendición trae consigo. Comprendeos, pues, que ambos podeis aún ser felices. Ma has entendido al fin?

— Sí... murmuró Lola bajando los ojos.

Hubo un momento de silencio parecido al que se guarda velando á un enfermo en su terrible crisis, de la cual se espera la vida ó la muerte; Lola derramando copioso llanto, contemplándola la duquesa con angelical sonrisa, al fin repuso aquella arrojándose en los brazos de su prima:

— ¡Oh! perdon, Adriana; me avergüenzo al pensar cómo te he ofendido!

—No, querida mía, mal puede ofenderme quien como tú vierte lágrimas en mis brazos.

—Gracias . . . gracias: tus palabras quedan esculpidas en mi corazón, no haya miedo que las olvide, dijo Lola levantándose resueltamente. Dios te ha hecho su mensajero para darme este aviso: gracias mil veces, ya que el conde no ha sabido comprenderme, tendré al menos la satisfacción de que se arrepienta . . . ¡ay, cuando será ya tarde!

—Puesto que tienes fé en Dios, ¿por qué no esperanzas?

—¡Es verdad: bendito sea ese acento que así suavisa los dolores del alma! . . . Te dejo, Adriana, necesito estar un rato á solas conmigo misma.

—¿Espero no te habrán ofendido mis palabras?

—Mis hechos te lo dirán.

—Adios, pues; yo voy al lado de tu mamá, mi buena tía, que según me ha hecho anunciar, desea hablarme.

—¡Por Dios! nada le digas de nuestra conversacion, pues solo conseguirias excitar su risa.

Separáronse con un beso las dos primas haciéndose Adriana anunciar inmediatamente á la baronesa. Recibióla ésta con ceremoniosa arrogancia, despues de indicarla un asiento en el sofá, repuso:

—Presumo habrás comprendido que solo un asunto muy grave podia obligarme á pedirte una entrevista.

—Mi tía puede hablarme siempre y cuando le plazca, segura de ser atendida como se merece y le es debido.

—Por primera vez abuso de tu amabilidad, y quizás nunca lo hiciera si las circunstancias no me obligaran á ello, pues al ver tu retraimiento . . .

—¿Mio, señora? . . . replicó la duquesa sorprendida.

—Sí tuyo . . . Yo esperaba en tí más que una sobrina, una hija con quien compartir los desvelos y cuidados que me absorben los míos . . . Cerró la duquesa los



ojos á estas últimas palabras; su tía continuó: Lejos de esto, evitas todo lo que puedes nuestra compañía, y el roce con la sociedad que nos favorece, logrando con tu raro proceder ponernos en evidencia y casi en ridículo ante el gran mundo, á cuya mirada de águila no pasa desapercibido que mientras á nosotras se nos vé en los teatros, en los paseos ó en los salones de nuestras amigas; tú, acompañada de tu nodriza, divagas casi de incógnito por ciertos barrios donde jamas debias sentar tu planta.

—Estoy pronta á remediar mi falta, siempre que mi tía me indique dónde voy que no deba ir.

—Las costumbres democráticas serán muy buenas en teoría; pero en la práctica rebajan siempre algunos quilates de nuestra dignidad. Sonrió la duquesa imperceptiblemente; la del Monte continuó: ¿Qué efecto puede producir en la sociedad del buen tono, ver que toda una duquesa de Clarendon se pasa dias enteros frecuen-

tando guardillas y entrando y saliendo de sucias callejuelas?

—Ignoro el efecto que le produce á la alta sociedad cuando usted acaba de decirme, ni dónde está el mal en hacerlo; pero sí sé que doy á la sociedad lo que es suyo, frecuentando teatros, paseos y reuniones, visitando alguna vez á las personas que me honran con su amistad; en una palabra, desempeñando mi cometido en el papel que me cabe en la comedia humana; mas como esto no ha de ser á todas horas, no veo inconveniente en reservarme algunas para emplearlas en actos más útiles á la humanidad y á mi conciencia, sin pararme en si la calle está sucia, ni en si es calle ó callejuela, ni en si es guardilla, sotabanco ó principal.

—No era mi ánimo entablar tal cuestión contigo, porque ya presumia que poco ó ningun provecho podria sacar de ella; el objeto de nuestra entrevista es otro que nos atañe más de cerca.

—Estoy á sus órdenes.

—Seré, por cierto, muy concisa, pues es peligroso entrar contigo en discusiones. Se trata de mis hijos: tú, que según parece, te ocupas tanto del bien de la humanidad, debías fijarte algo más en el de tu propia familia.

Clavó la duquesa sus rasgados ojos en su tía, y sin comprender dónde iría á parar, dejó que continuara. Hizolo aquella así, diciendo:

—Verdad es que, gracias á tu generosidad, hemos salvado nuestro crédito....

—Señora.... interrumpió Adriana sin disimular su desagrado, esa cuestion no puede suscitarse sin ofender la dignidad de ambas: ruego á usted encarecidamente que la retire.

—Héla suscitado con el objeto de que veas que no paso por alto lo que te debemos, al exponerte lo que en el dia sufrimos,

—Suplico á usted con todo mi corazon que suprima reticencias y diga de una vez lo que tenga á bien decirme.

—La cuestion es algo delicada, y no sé

en qué términos abordarla para no herir tu susceptibilidad, pues sentiria fuese motivo de disgusto entre ambas.

—Creo que es usted sobrado razonable y que no me hace usted la ofensa de suponerme á mí ménos; para que cualquiera que sea la cuestion, ocasione entre nosotras un disgusto: así, excuse usted los preámbulos.

—Deseo hablarte de mi hijo y de mi hija Lola.

—Prosiga usted.

—Luis sufre porque te ama; y despues de concebir las más lisonjeras esperanzas respecto á su amor, las ve de pronto desvanecidas, recibiendo con tal desengaño el más cruel de los martirios.

Sonrió la duquesa haciendo un ligero movimiento de cabeza; su tía continuó:

—Mi pobre hija ama tambien; su felicidad y su porvenir los cifra en un hombre que era para ella el solo objeto de todas sus ilusiones, la realizacion de todas sus esperanzas. Excusado es decirte el rudo

golpe que ha recibido su corazón al verlas desvanecerse una á una, sin quedarle más consuelo que el de ver disfrutar á otra la felicidad que para ella creía reservada.

—Continué usted, tía, pues hasta ahora nada he comprendido.

—Permítame que me extrañe, porque hablándote de tu prima Lola, no puedes ignorar que me refiero al conde del Redil.

—¿Y qué?

—Tú no ignoras que el conde pretendía á Lola.

—No, por cierto.

—Que Lola ama al conde.

—Estoy persuadida.

La baronesa clavó una venenosa mirada en su sobrina; la impasibilidad de ésta la irritaba.

—Por lo mismo, debes comprenderme, y las palabras son casi inútiles, prosiguió haciendo poderosos esfuerzos para ocultar su enojo.

—Al contrario, tía, creo que debemos hablar con toda claridad, porque si bien

comprendo que habla usted de Lola y del conde, no así tan bien el asunto, pues lo expone usted de una manera bastante vaga.

—En este caso, no te ofendas si lo expongo con toda la claridad que tú desees.

—De ninguna manera.

—Pues bien; mi hija es desgraciada porque ama al conde, y cifrando en él todas sus esperanzas, pierde de pronto tan halagüeño porvenir volviéndolo aquel la espalda atraído por el brillo de tus millones.

—Señora . . .

—¡Oh! no, no te culpo; nada tiene de particular que él haya fijado en tí sus miradas y que tú le hayas correspondido, porque es muy natural que unais vuestras colosales fortunas; pero si te ruego que puesto que ha de ser, verifiques tu enlace cuanto antes, pues la vista de vuestra felicidad es un tormento para mis hijos. Es cuanto deseaba decirte.

—Respecto á su hijo, mi primo Luis, contestó Adriana, ignoro que me ame; mejor dicho, no me dá su amor cuidado, ca-

so de que tal intentara, pues debe estar completamente convencido de que no nos convenimos uno á otro; más, creo que no lo ha meditado siquiera. Si alguna vez me ha hablado de amores, ha sido para añadir un nombre al largo catálogo de mujeres á las que ha tendido su red amorosa, porque no quede una sin honrarse con tal distinción. Es mi primo, á quien quiero como tal, y no le supongo torcidas intenciones de sus esperanzas. . . . se suceden unas á otras con tanta rapidez, que no se dan lugar á que quede huella de ellas. Puede usted por este lado estar tranquila; su cariño maternal le abulta los hechos en términos que, si el mismo Luis la oyera, no dejara de reirse de su candor y ver en él al mismo tiempo toda la solicitud de la madre.

Mordióse los labios la del Monte al verse cogida en sus propias redes, y solo pudo balbucear:

— ¡Oh, que así lo juzgues cuando tanto por tí sufrel

La duquesa prosiguió haciendo caso omiso de esta exclamación:

— La cuestión de Lola, mi querida prima, es de otro género. Ella ama verdaderamente al conde; le ama por lo que él vale, no por lo que posee; le ama hoy como le amaría mañana si un revés de fortuna le despojara de sus cuantiosos bienes...

— Cómo . . . ¿conoces ese amor en tu prima, y . . . ?

— Porque así le creo, sincero, desinteresado, exento de todo pensamiento egoísta, espero asistir al enlace de ambos.

Quedóse la baronesa mirando á Adriana sin saber en qué sentido debía tomar sus últimas palabras. ¿Hablaba con sinceridad? ¿Se burlaba de ella y de su hija? . . . En las imaginaciones del temple de la del Monte, más cabida tiene la última suposición que la primera; así que, revistiéndose de toda su autoridad, contestó con acento no muy dulce:

— Espero no olvidarás que hablas á una madre y á una tia tuya.

— Por lo mismo, repuso Adriana tomando un tono jovial, suplico á ésta que ántes de formar algun juicio, estudie bien los hechos y ruegue á Dios que prepare para su hija Aurora el feliz porvenir que espera á su hija Lola.

— ¿Pero qué laberinto es ese? ... ¿Hablas con formalidad?

Nada más puedo decir á usted de lo que llevo dicho, el conde y Lola se aman, y...

— Pero tú no amas al...

— Yo, yo... interrumpió Adriana pali-deciendo. Créame usted, tía, tan graves cuestiones solo la mano de Dios sabe arreglarlas; pídale usted su ayuda, que ésta no faltará.

— Meneó la del Monte la cabeza, y la voz de un criado anunciando que estaba servida la comida evitó la contestacion que iba á salir de sus lábios. Ofrecióle la duquesa el brazo, y así penetraron al comedor, donde no tardó en agregárseles Lola con visibles señales de haber llorado. Mi-

ráronse todos recíprocamente, mientras ésta y Adriana cambiaban una dulce sonrisa

A la mañana siguiente, tres mujeres envueltas en largos abrigos, y oculto su rostro bajo un tupido velo, entraban en la calle de Toledo, penetrando en un viejo caseron que más que casa parecia las ruinas de ella. Un hombre embozado hasta los ojos las seguia á respetuosa distancia.

## CAPÍTULO VI.

## UN NUEVO PERSONAJE.

En una elegante habitacion de la calle de Atocha encontraremos al simpático conde del Redil, con quien nos es forzoso trabar conocimiento. Era de estatura más bien alta que baja, y su edad no pasaba de los treinta; franco y expresivo su rostro, estaba ligeramente tostado por los rayos del sol tropical, dando á su fisonomia cierta severidad su barba negra y lustrosa, al par que sus rasgados ojos, cuya penetrante mirada parecia querer profundizar el fondo de las almas. Hallámosle acompañado de su secretario, el cual leia en alta voz cuanto el conde le iba indicando, mientras éste paseaba el gabinete cruzadas las ma-

nos á la espalda y la mirada fija en la alfombra, sin, al parecer, cuidarse de la lectura. De pronto exclamó parándose frente al lector:

—A ver, repita usted ese párrafo, pues no sé por qué me interesa cuanto á ese joven atañe.

El secretario leyó de nuevo uno del periódico que tenia en la mano, el cual decia así:

•El libro del Sr. de Velasco, titulado *El Mundo á vista de pájaro*, del cual hace algunos dias viene ocupándose la prensa, no solamente ha sido aprobado por la Real Academia Española, sino que ésta, se ha ofrecido á costear la impresion en beneficio de su autor. Segun noticias fidedignas, cada ejemplar costará doscientos reales; se imprimen diez mil ejemplares y son tantos los pedidos, que se cree habrá que hacer muy pronto una segunda edicion. Por esta vez el talento da gloria y fortuna. El Sr. de Velasco ha tenido la galantería de conceder autorizacion para traducir su

obra, á Inglaterra, Francia ó Italia. Saludamos con el mayor entusiasmo al insigne ingenio.»

—No se le olvide á usted traerme dos ejemplares para mi biblioteca, repuso el conde una vez terminada la lectura.

—Está bien, señor conde.

—Tengo vehementísimos deseos conocer á ese jóven, y no he de cejar hasta conseguirlo, pues me han hablado de él en tales términos que por honrado puede tenerse quien consiga estrechar su mano.

—Le conozco, aunque no le he tratado.

—¿Usted?

—Sí, señor conde; estaba yo en el café Suizo cuando ocurrió el pequeño altercado entre él y el baroncito del Monte, que dió por resultado la escena con el inglés.

—¿Cómo?... ¿Usted fué testigo del hecho?

—Sí, señor.

—Hombre, sírvase usted referírmelo, dijo el conde arrellanándose en una butaca:

pues si bien lo leí en los periódicos, no merecen el crédito que usted.

—Con mucho gusto, contestó el secretario. Y contó lo sucedido en el café Suizo, tal como mis lectores lo presenciaron, cuyo verídico relato hizo fruncir más de una vez el ceño al conde del Radil, y acabado el cual, repuso:

—¿Y el baroncito osa provocar altercados con personas de tal valía?

—Osa más, señor conde, osa mofarse de él por el mero hecho de vestir modestamente.

—¡Oh! ¡Todos lo mismo!... ¡Es herencia de familia! Vanidosos, frívolos, necios, llena de humo la cabeza y seco el corazón... Suspiró el conde, y dirigiéndose á su secretario, continuó: —Puede usted retirarse, Larrosa, y no olvide mis encargos.

Saludó este respetuosamente, y acto continuo agitó el conde el cordón de la campanilla no tardando en presentarse su ayuda de cámara. Este era un hombre entrado en años, el que se vanagloriaba de haber

sostenido en sus brazos al conde en su niñez, por lo que se permitía con él cierta familiaridad, que era acogida con la mayor benevolencia, pues más que á un sirviente, veía en él al hombre que aguantaba sus impertinencias desde su infancia.

—Preparáme un traje cualquiera y la capa, díjole.

—Advierta el señor conde que no hace pizeca de frío, objetó el anciano.

—Lo sé, Rafael, mas traéla por si lo hiciera.

Salió éste si replicar palabra, y murmuró para sí el conde dando una rápida ojeada á un hermoso reloj que sobre la chimenea habja: Las nueve; aunque no siempre sale á las mismas horas, esta es la que con más frecuencia acostumbra á ejercer sus actos de caridad, porque está segura de no ser vista por quien la conoce. ¡Oh, sublime mujer! . . . Si ella la igualara. . . La asemejara siquiera! . . . Seguidamente pasó á su tocador, donde esperaba el ayuda de cámara despues de preparar

las prenda que el conde pidiera. Vistiólas éste sin proferir una palabra, haciendo caso omiso de las significativas miradas del llamado Rafael, que reventaba por hablar, más por husmear dónde podría ir el conde tan de mañana y embozado, y con igual silencio saliera, si aquel no exclamara temiendo le ahogaran las palabras que tenía recogidas:

—¿El señor conde tiene alguna órden que darme?

—Ninguna.

—¿El señor conde almorzará á la hora de costumbre?

—El señor conde almorzará cuando esté de vuelta.

—¡Hum! . . . murmuró para sí el sirviente: ¡qué borrascoso está el tiempo!

Embozado hasta los ojos examinóse el del Redil á la calle de Espoz y Mina, y tomando todas las precauciones para no ser visto, empezó á rondar un ancho portal, no desconocido del lector. No hubo de rondarlo mucho, pues á los pocos minutos



salieron de él tres mujeres, envueltas en espesos velos, por entre los cuales era imposible distinguir sus facciones, y salvaron su dintel, dirigiéndose con precipitado paso hácia la plazuela del Ángel. Cuando estuvieron á regular distancia salió el conde de su escondite, y tomó la misma direccion que ellas, murmurando entre dientes:

— ¡Tres! . . . otra vez tres . . . ¿quién será la tercera? . . . La duquesa tiene una amiga . . . Mas, ¿saldrian juntas de la casa? . . . ¿Por qué no? ¡Oh! no cabe duda; hoy me afirmo más en lo que hace días voy sospechando. ¿No podria tambien ser una de las inglesas? . . . ¿Mas por qué tanto acompañamiento? ¡Oh, por mi vida que no he de regresar á mi casa sin haber descubierto la incógnita!

Así, haciéndose el pro y el contra, y siguiendo á las tres tapadas, empezó á enredarse por callejuelas contiguas á la calle de Atocha, yendo á parar á un callejon sin salida, á cuya última puerta, pintarrajeada de azul y negro, entraron una á una

las tres damas, por serles imposible entrar dos de frente. Tras ellas, con la mayor cautela, siguió el del Redil, y favorecido por la oscuridad de la escalera, encaramóse por ella, y despues de subir ciento tres escalones, atravesó un húmedo y pestilente corredor, á cuyo extremo adivinábase mejor que se veía, una negruzca puerta ligeramente entornada, que salvaron las tres señoras, y seguidamente el conde, procurando desde luego ocultarse en una especie de recodo que formaba aquella, desde donde podia ver sin ser visto, y en caso de necesidad tomar fácilmente la retirada. Cuando sus ojos fueron acostumbrándose á la opaca luz que tímidamente entraba por los sucios papales y negras telarañas que hacían veces de cristales á una pequeña ventanilla, hubo de cerrarlos dolosamente ante el cuadro que á ellos se presentaba. Tendido en un rincón veíase, ante todo, á un hombre, cuyo asqueroso aspecto bastaba á aterrorizar á la mujer ménos miedosa. Sacando medio desnudo su único brazo por

la que en algún tiempo tendría forma de levita, cubierto en parte su pecho, si cubrir pueden algunos jirones de tela pendientes de un cuello de camisa, largo y erizado el cabello, en desórden la caosa barba, y tapado un ojo con un pañuelo, en el cual había gruesas manchas de sangre, que se reproducían en toda su persona, aunque en ménos cantidad y tamaño.

Tres escuálidos muchachos, agrupados en derredor de él, de los cuales el mayor contaría apénas once años, que con los ojos desmesuradamente abiertos, y dando diente con diente, arrimábanse cada vez más á aquel hombre, como buscando un calor que él no sentía. A poca distancia lloraba una niña de unos siete años, cuyos demacrados brazos sostenían una tierna criaturita, ó mejor dicho, el esqueleto de tal; destacando en medio de tanto infortunio un lienzo pintado al óleo, reproduciendo á una mujer joven y hermosa, rica y elegantemente vestida, cuya serena mirada fijaba en aquel cuadro desgarrador, del cual parecía mo-

farse con una desdenosa sonrisa. Al entrar nuestros personajes en tan tétrico apesanto oyóse una triste vocecita que exclamaba:

—Papá . . . ¡que se muere Antoñito!

—Dichoso él, hija mia, así muriésemos todos.

La presencia de las tres damas hizo levantar del suelo á aquel hombre, á cuyo horrible aspecto una de ellas retrocedió algunos pasos, acción que no escapó á la mirada del conde, é hizo que con mayor insistencia esperase el momento en que levantara el velo que la ocultaba á sus ojos. No tardó en quedar descubierto el noble semblante de la duquesa, la que, indicando con un ademán, que nadie se moviera, paseó sus ojos por tan triste cuadro, y repuso:

—¿Todos son hijos de usted?

El hombre hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¡Infeliz! . . . prosiguió Adriana; este

horrible cuadro disculpa su atentado de anoche.

—No, jamás, señora; yo iba á ser ladrón á legar la deshonra á mis hijos; no hay perdón para mí. . . .

—Pero no lo fué usted, Dios le detuvo en su horrible camino.

—¡Sí, fué Él!... ¡reconozco que fué Él!... Salí con ánimo decidido de robar un pan con que apagar la devoradora hambre de estos infelices, y encarándome con el primer transeunte que me deparó la suerte, pedíle tamblando el dinero que llevase; mas su respnesta fué descargar su puño sobre mi rostro, inúndándole de sangre la pérdida de este ojo. Yo ví en tan terrible golpe el castigo del cielo, y oí el grito de mis honrados padres que dejaban sus tumbas para maldecirme; y trémulo, pidiéndome sostener apóuas por la pérdida de la sangre que manaba de mi herida, caí á los pies de aquel hombre pidiéndole perdón. Él, léjos de abandonarme á mi suerte, ayudóme á sostener, diciéndome:

—Tú no eres ladrón.

Estas palabras vibraron en mis oídos cual música celeste; penetraron en mi pecho cual bálsamo suave que mitigaba la herida que en él habia abierto la idea del crimen, y lloré. . . . sí, señora, lloré como lloro ahora. . . . ¡yo ladrón! . . . ¡hijos de mi alma! ¡ladrón vuestro padre! . . .

Un coro de lágrimas contestó á las palabras de aquel desgraciado; la duquesa continuó, secándose las suyas:

—Aquel hombre le acompañó á usted hasta aquí, contempló el cuadro que yo contemplo, y. . . .

—Poniéndome una moneda de oro en la mano, me dijo, despues de pedirme perdón por el daño que hiciera en mi rostro: Valor, mañana cambiará su suerte de usted y la de sus hijos. . . . Aquel hombre era un enviado de Dios para detenerme en el camino del crimen; ustedes, tres ángeles que vienen á contemplar su obra. . . . hijos míos, besadles las manos.

—Basta, exclamó la duquesa haciendo

ademan á los niños de que no se movieran y prosiguió: Aunque nada puede juzgarse del aspecto de usted, una voz secreta me dice que habrá usted tenido una regular posicion.

—Se lo dice á usted esta pintura, dijo el infeliz señalando el lienzo; este alegre semblante que parece insultar nuestros quebrantos. Sí, ambos somos culpables de nuestra ruina, de nuestra miseria de nuestro crimen; ella por vana y caprichosa, ¡or condescendiente yo. ¡Ay de la mujer cuya corazon no encierra más que vanidad y orgullo, cuya cabeza solo se ocupa de galas y placeres! ¡Ay del marido que la posee! ¡Ay de los hijos que la llaman madre!... El marido acaba por ser ladron, los hijos...

Un abogado sollozo interrumpió las palabras de aquel pobre hombre, que hizo fijar todos las miradas en la señora que aun permanecia con el velo echado sobre su rostro, pues de su pecho salia, á la que tomó Adriana por la mano, murmurando en voz baja:

—Sí, querida, ésta es la verdad y continuó dirigiéndose á aquel desgraciado. No más, su infortunio de usted es grande y necesita pronto remedio: bendiga usted á la Provincia y pídale algunos años de vida para poder guiar á sus hijos por el camino de la virtud.

Un agudo grito siguió á las palabras de la duquesa. Era que la niña habíase asustado al aspecto y estremecimientos de su pobre hermanito. Acudió Adriana á consolarla, y en tanto que la anciana nodriza procuraba hacer entrar en calor á los tres muchachos, la compañera de la duquesa tomó en sus brazos al tierno infante que perecia de hambre y frio, y poniéndole al calor de su agitado pecho y acercándolo al suyo su rostro, procuraba devolverle la vida con su aliento. Mirábala Adriana con una especie de éxtasis, como mira una madre las primeras habilidades de su hijo; luego repuso dirigiéndose al desgraciado padre:

—Este niño ¿ha terminado su lactancia?

—No, señora; su desgraciada madre, esta señora que vé usted aquí adornada de perlas, continuó señalando el cuadro, murió de hambre hace ocho días con esta criatura pegada á su pecho, seco cual un leño; desde entónces vive este angelito por pura misericordia de Dios.

—Pronto, Ana, exclamó la duquesa; ve sin perder momento, á buscar un ama para ese niño; quizás aun sea tiempo de salvarle.

—Sí, Adriana, sí, repuso con alegría, la que lo tenía en sus brazos; yo siento latir su corazón y percibo su débil aliento. Mira, mirale, ya abre sus ojitos; qué hermosos son! Y estampó un sonoro beso en su frente.

—¿Me llevo el niño ó vuelvo con la nodriza? preguntó Ana.

—No, Adriana, prosiguió su compañera; que no se lleven al niño: ¡está ahora tan abrigadito! Mira, mira, levanta sus bracitos como si quisiera abrazarme. ¡Oh, qué monísimo es!

Un débil lloro salido de aquel tierno pecho que la caridad había vuelto á la vida, pintó la alegría en todos los semblantes, ménos en el del infortunado manco, que tan afectado le tenía cuanto pasaba en su derredor, que parecía un autómeta.

A los lloros del niño empezó su bienhechora á mecerlo en sus brazos, y viendo que no se consolaba, probó á pasearlo por el aposento mientras esperaba la vuelta de Ana; mas al acercarse á la puerta detúvola una voz, salida al parecer, de las mismas paredes:

—¡Lola! dijo, ¡es Lola!... ¡la he visto bien!

Retrocedió ésta asustada, pareciéndole ver que una negra sombra huía hácia la escalera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DE BIBLIOTECAS

## CAPÍTULO VII.

## GLORIA Y FORTUNA.

Si, como dice Chateaubriand, la Providencia ha encerrado en límites estrechos los triunfos que no tienen su origen en el bien, á aquellos cuya única raíz es la virtud no ha puesto límites, tasa ni medida. Lo que nace del bien, produce bien, y su fin es la eternidad.

Los desvelos de la virtuosa jóven y desvalida madre, cuidando la infancia del hijo á quien dió el sér; huyendo de toda ocasion que le apartara del angosto camino de la virtud, por donde con paso firme le dirigia; levantado su corazon á Dios y solo en Él esperando; el virtuoso jóven que siguiendo sumiso el camino trazado por su

madre, apenas brilló el sol de su juventud, con el laudable propósito de crearse una posicion desahogada y como único medio de llegar á ella sin abrumar su conciencia, dedicóse con incansable celo al trabajo, echando mano de los recursos con que la sábia Providencia le dotára, tarde ó temprano habian de alcanzar sus triunfos, triunfos grandes é impercederos porque tenían su origen en la virtud.

El libro escrito en la miseria é inspirado por el infórtunio fué un verdadero acontecimiento en el mundo literario; llamó á sí á la veleidosa fortuna, é inmortalizó el nombre de su autor. Estos bienes fueron acogidos en la modesta guardilla con lágrimas de ternura y un voto de gracias á Dios; la madre, no viendo más que el brillante porvenir que á su querido hijo se ofrecia; éste, contento por la dichosa vejez que á su buena madre esperaba, si bien su pensamiento entero lo absorbía un sér para el cual eran su corazon y su vida; sus ojos no veían más que á él; sus oidos no percibian

otra voz que la suya; encaminábase insensiblemente su planta á do pudiese hallarle. La hermosa luz de la aurora; la galanura de las flores; el canto de las aves, le recordaban su mirada, su talle, su acento. Quanto de bello encierra la naturaleza, era para el jóven pálida pintura de la belleza que él idolatraba, y recogia con avidez los laureles que el mundo ofrecia á su talento para depositarlos á los piés de su ídolo. Este amor tan intenso como firme, no era ya un secreto, si bien, jamás de él se habia hablado; adivinólo su madre, no se lo ocultó á su amiga, y comprendiólo el mismo ser que lo inspiraba; sin embargo, respetábase como cosa santa; nadie se atrevia á aventurar sobre él una palabra por temor de profanarlo.

El rápido cambio de posicion que nuestro héroe experimentara habíale precisado á cambiar totalmente su vida, pues la sociedad nos impone los deberes para con ella segun el puesto que nos señala; así que habia empezado por proporcionarse una de-

cente habitacion en la calle del Carmen, con el objeto de estar lo más cerca posible de aquella pobre guardilla en la que con tanto trabajo habia labrado su fortuna. Mas ¿é Isabel? aquella amiga, aquella hermana con la cual partieran sus lágrimas y pesares? ¿Era acaso posible vivir léjos de ella? Esta era la cuestion entablada continuamente entre ellos, y de difícil solucion. Decíale la madre:

—¿Pero qué inconveniente, qué escúpulo tienes en venirme con á nuestro lado? ¿Cómo hemos de vivir léjos de tí, de la cariñosa hija que Dios me envió para mi consuelo, de la solícita hermana de mi Enrique?

—Isabel, decia este, ¿querrá usted que al tenderme la fortuna su mano, tenga yo que maldecirla por privarme de la mitad de mi familia, pues tales son para mí usted y su hija?

—Y yo, decia Isabel, ¿puedo acaso abandonar este sitio en el que Dios vino á visitarme trayéndome á la mejor de las ami-

gas? ¿Cuántas veces Adriana se ha hecho la enojada porque no he querido adherirme á sus deseos, los mismos que hoy tienen ustedes? ¿Puedo acceder ahora á lo que la he negado á ella ántes?

—Más motivaba tu negativa el sentimiento que habias de sentir al separarte de de nuestro lado; hoy se truecan los papeles: ¿querrás que hagamos lo que tú no hiciste? ¿Sapones inferior al tuyo nuestro cariño?

—¡Oh! nunca, no es eso, doña Carmen, no, madre mia, exclamó Isabel echándola los brazos al cuello: hay de por medio otro motivo.

—¿Qué puede ser?

—Olvida usted la visita que ha dos dias me hizo mi amiga, la carta que todos leímos, el último párrafo de aquella?

—¡Es verdad!...

—¡Oh! lo tengo grabado en mi imaginacion con letras de fuego, decia: «De lo explicado podrá inferir vneencia que el señor Ortiz no consta en el libro de defunciones, y que todas las probabilidades son

de que sea el herido que encontré en el hospital, pues si bien está inscrito en él con el nombre de Artis, no seria extraño una equivocacion al escribir un frances un nombre español.» Esto decia la carta, y mi corazon me dice más, me dice que vive mi Ricardo, y donde me llevó su ausencia me ha de encontrar su regreso, pues yo espero en Dios que al conservarle la vida no será para tenerle eternamente separado de nuestro lado. Este es el verdadero motivo que, justo ó no, me detiene en este pobre albergue.

—Está bien, contestó Enrique; yo prometo no solamente respetarlo, sino no separarnos de su lado hasta saber á qué aternos respecto de usted. Enrique de Velasco puede vivir para la sociedad en su nueva habitacion, mas en realidad seguirá en su modesta guardilla. Pronto sabremos lo que haya de cierto en la muerte de su esposo, y ó la dejaremos en brazos de él, ó seguirá usted en los de su madre y hermano.



— ¡Buen amigo!... murmuró Isabel enjugándose las lágrimas que la gratitud agolpaba á sus ojos.

Escenas de esta naturaleza repetíanse diariamente, pues todos á cual más procuraban rivalizar en rasgos de cariño y abnegacion. Unicamente al visitar la duquesa aquella casa enmudecian todos, sin atreverse á poner de manifiesto los generosos sentimientos de su pecho ante aquella sublime mujer, símbolo de todas las bellezas humanas, espejo de todas las virtudes con que Dios dotara á la criatura. ¿Y cómo oponer sus deseos á los de aquella, si de ellos resultaba siempre la mayor ventura? Por esto Enrique, que veia con la doble vista del entendimiento y del corazon, comprendió que no disgustaba á Adriana que su amiga permaneciese en la guardilla, y quedóse él tambien, no solo por no separarse de la que miraba como hermana, sino por otro motivo que no es menester ser muy ladino para adivinarlo. En esta buena accion habia su parte de

egoismo, mas, ¡tan disculpable!... Y bien mirado, ¿qué acto de nuestra vida, por bueno, por desinteresado y santo que sea, no encierra algo de este sentimiento que solo nos mueve en provecho propio? La accion más generosa, el acto más grande de abnegacion tiene su parte de egoismo, pues hay siempre la imponderable satisfaccion que el corazon siente y el placer de agradar á Dios. El egoismo de Enrique era más mundano, pero noble y puro, como solo su pecho pudiera sentirlo.

## CAPÍTULO VIII.

## ALARMA.

No sintieron susto mayor ni tanto se alarmaron los primeros habitantes del mundo al ver desatadas sobre sí las aguas del diluvio, ni más se sorprendieron y admiraron los sencillos indígenas al ver arribar á sus vírgenes playas las naves del gran Colon, como susto y alarma cundió entre la familia del Monte al saber que uno de sus miembros abandonaba el lecho á las primeras horas de la mañana, y sin cuidarse de su atavío, oculta en el más riguroso incógnito, osaba pisar las calles de Madrid, y ¡qué calles! aquellas cuyo solo nombre horripilaba á sus excelencias. Ella, Lola, tan elegante, tan hermosa, la que pa-

saba dos horas en el tocador prendiéndose un lazo ó sujetándose un rizo; la que necesitaba toda la atmósfera de los salones para respirar libremente; en los que con tanta ventaja lucía sus grandes dotes en las artes de Euterpe y Terpsícore; ella, requebrada por los hombres, envidiada de las mujeres y solicitada por todo un conde del Redil. ¡Horror! ¡Horror! ¿Qué diría la alta sociedad? ¿Qué el gran mundo? ¿Qué pensarían de ella sus adoradores? ¿Qué el mismo conde? . . . que éste era el blanco donde con avidez dirigian sus tiros. ¿Cómo habia de mirar siquiera á una mujer que así humillaba la nobleza de su cuna? . . . ¡Qué escándalo! . . . ¡Qué vergüenza! . . . La baronesa tenia crispados los nervios; no probaba bocado ni conciliaba el sueño; su esposo andaba todo mohino, sin darse cuenta de lo que le pasaba, pues era la primera vez que creía ver un suceso grave en su familia. Acostumbrado á reírse de todo, incluso de sus acreedores y de los pocos ó ningún recurso que

tenia para satisfacerles (que es de cuanto puede reirse un hombre), espantábale la idea de que uno de sus hijos pudiese empañar el brillo de sus blasones hasta descender á mezclarse con la plebe, raza que él creía muy distinta de la suya, y de cuyos harapos huía todo lo posible por temor de que su contacto dejara una mancha en su nobleza, la que él veía brillar hasta por entre las costuras de sus vestidos. ¿Y habia de ser su hija Lola la que departiera mano á mano con un asqueroso mendigo? ¿Tan humillado debia verse su nombre? ¡Jamás, jamás! Por otra parte, escandalizábanse Aurora y Luis de su misma hermana, ó instaban á sus padres á que tomaran alguna saludable determinación contra aquella especie de locura, pues no de otra manera podia calificarse el proceder de Lola.

Ocurriósele á Luis que tal vez un largo viaje la desvaneceria de su monomanía, devolviéndola sus antiguos hábitos, mas rechazóse tal idea por perjudicial. ¿Y el

conde? Si ahora que la veia con tanta frecuencia andaba tan distraído, permitiéndose requebrar á la duquesa en su presencia misma, ¿qué sucederia si Lola abandonaba la corte? ¡Imposible! Ante ánimos tan agitados, presentóse tranquila y risueña la susodicha, sentándose negligentemente al lado de su hermana, la que le preguntó con marcado desden:

—¿De dónde vienes?

—De dar un paseo con Adriana y su nodriza.

—¿Y dónde habeis estado? repuso la baronessa, más como juez que interroga á un criminal, que como madre que pregunta á su hija.

—¡Oh! en muchos sitios.

—Sitios donde no volverá á sentar su planta la hija del baron del Monte, repuso enfático el baron.

—No digas eso, papá; tu hija puede ir donde va la duquesa de Clarendon.

—Tu prima es loca y tonta al mismo tiempo; escudada con sus millones, se cree

anorizada para faltar á todos los deberes que su alta alcurnia le impone, y pretende distinguirse de los de su clase, poniéndose en ridículo ante ella, sin comprender que, atraídos por su riqueza, la adulan en su presencia y escarnecen á hurtadillas.

—No serán, por cierto, las muchas personas á quienes su protectora mano salva del infortunio.

—Es la sociedad con quien vive; y ya que no puedo evitar que tal suceda á mi sobrina, evitarélo á mi hija, usando de todos los derechos de padre.

—No parece sino que todos estais enojados conmigo; segun os expresais. Vamos á ver, ¿qué he hecho yo que merezca esa especie de reprension? Tú nos tienes señalada á cada uno de los tres una cantidad no despreciable para nuestros gastos particulares, cantidad que hasta ahora he tirado muy bonitamente por la ventana, sin considerar que lo que yo tiraba podía socorrer á los necesitados, en quienes no tenia por costumbre pensar; mas Dios qui-

so que comprendiese y abjurase mi error, y desde luego destiné la mitad de mis haberes para el desvalido, haciendo frente con la otra mitad á todas las exigencias de la moda y del boato. En esto no podrás tener queja. ¿He gravado acaso tu erario? ¿He dejado de ser envidiada en los salones por mi elegante tocado? Pues ¿qué perjuicio te causo?

—Aunque así fuera, repuse la baronesa, si te da la manía por destinar una cantidad para los pobres, generosos de sobra son tus padres para hacerte merced de ella, mas entregándola á una persona que cuida de repartirla, no yendo por tu pié á esos lugares inmundos, ni olvidándote de quién eres hasta el extremo de correr tras de un sucio mendigo.

—¡Por Dios, mamá, no hables así! interrumpió Lola coloreándose sus mejillas. Advierte primero que los desgraciados á quienes Adriana socorre, no son esos mendigos repugnantes y asquerosos que, bajo la capa de la mendicidad, ocultan general-

mente sus vicios, cuando no sus crímenes. á estos no hay que buscarlos, pues nos acosan por doquier, sino á los infelices que, perteneciendo á una clase acomodada, se ven lanzados de ella por la desgracia, y, sumidos en la más horrible miseria, muérense de hambre ántes que pasar la vergüenza de pedir un pedazo de pan á sus hermanos. A éstos, como dice muy bien Adriana, hay que buscarlos por caridad y por egoísmo. Un capricho de la suerte les privó de sus bienes, sumiéndoles en la miseria, á lo cual estamos expuestos todos; otro capricho de aquella puede de la miseria levantarlos á la opulencia. ¿No podría suceder que nosotros ó nuestros descendientes tuviésemos que ser socorridos por los mismos á quienes socorrimos?

—Calla, calla, murmuró la baronesa; empiezo á creer que la locura de tu prima es contagiosa.

—Sin embargo, si ella hubiese dado oídos á las palabras de Luis.... murmuró Lola sonriendo.

—Basta, gritó la del Monte; desde hoy no te permitirás dar un paso sin mi consentimiento ó el de tu papá.

—Mamá mia, tú no me negarás que yo salga en compañía de Adriana....

—No solo te niego esto, sino que te prohíbo que te pases los ratos á solas con ella, como has dado en hacer, pues me desagravan sus doctrinas.

—Por Dios, mamá, sé condescendiente, dijo Lola abrazándose al cuello de su madre, primeras caricias que recibía ésta de sus hijos, y que, sin embargo, no hicieron mella en su corazón, pues cuando éste está poseído del demonio del orgullo, difícilmente cabe en él otro sentimiento.

—Son inútiles tus ruegos; estoy obligada, como madre, á mirar por tu provecho, y debo por lo mismo apartarte de cuanto pueda serte perjudicial.

—Papá, aboga en mi favor, prosiguió Lola tomando una mano del barón.

—Tu mamá sabe muy bien lo que se hace, y no ignorais que siempre he acata-

do y acateré sus disposiciones, tartamdeó aquel, que, más débil que su esposa, no acertaba razones que, oponer á los ruegos de su hija.

—¿De modo que el practicar la caridad es un delito? dijo ésta.

—La practicarás si es tu deseo, mas será desde tu casa y con el decoro y la dignidad que debes.

—¿Y cómo?

—Repartiendo la cantidad que destines entre los asilos de beneficencia.

—Eso es, y que al día siguiente se lea en los periódicos: «La señorita doña Dolores de Peñarrosa, hija de los barones del Monte, ha entregado tal y tal suma para este ó aquel asilo.» Esto, más que un acto de caridad, lo es de vanidad.

—¿Y qué mal hay en que lo digan? Solo deben ocultarse las malas acciones; á las buenas, debe darse toda la publicidad posible para que sirvan de provechoso ejemplo.

—Estoy obligada á obedecer las órdenes

de mis padres, pero no debeis extrañar si desde hoy vierten lágrimas mis ojos. Esperaba aún hallar felicidad y hoy la veo huir de mí... ¡no por mi culpa! ¡Pero niña! interrumpió la baronesa verdaderamente alarmada por las palabras de su hija: ¿qué tiene qué ver tu felicidad con tu locura.

—No me comprenderias por más que me explicara. La felicidad que yo siento de algun tiempo á esta parte al ser estrechada mi mano entre las demacradas de la madre desvalida; al oír al pobre anciano que, con los ojos llenos de lágrimas, llama sobre mí la bendicion del cielo, y ver sonreír sobre mis rodillas al tierno huérfano y rodear con sus bracitos mi garganta, no es para expresarla, solo es para sentirla. Yo tambien me reia de esto, y Dios, en castigo, me ha dejado disfrutar de tanto bien para que mejor pueda llorar su pérdida.

—Pero Lola....

—Sí, mamá, déjame al menos que vuelva á ver á aquel rubio niño que tomé bajo mi

protección; deja que le dé un beso de despedida, y yo misma le vista el trajecito que para él mis propias manos han confeccionado.....

El baron y su esposa cruzaron una mirada de inteligencia, murmurando aquella:

— Quizas sea preciso lo del viaje: quizas todo esto estaba previsto y ha abusado del candor de esta criatura para apartarla de sí.... Qué no discurrirá su cabeza!

No perdió Lola una palabra de lo que en voz baja hablaba su madre, y comprendiendo la horrible calumnia que contra su prima levantaba, prorumpió en copioso llanto exclamando:

— ¡Querida Adriana, solo yo te conozco!

Levantóse la cortina y apareció un lacayo con un paquete y una carta, diciendo:

— Un criado del señor conde del Redil trae esto para su excelencia la señorita Lola.

— ¿Espera contestacion?

— No, señora.

— Esta bien, vete.

Palideció Lola mortalmente; pintóse la curiosidad en todos los semblantes, y la baronesa desdobló con avidez la carta, en que rápidamente escritas con lápiz habia estas palabras:

«Ruego á mi simpática y piadosa amiga Lola que se digne repartir la adjunta cantidad por su mano y en mi nombre entre algunos desgraciados.

«Anticipándola las más expresivas gracias, se repite siempre suyo afectísimo,

CÁRLOS DE CISNEROS,  
Conde del Redil.»

— ¿Qué es esto? exclamó la baronesa.

— Mamá de mi alma, déjame que le conceda el primer favor que el conde me pide, dijo Lola cayendo á los piés de su madre y besándola entrambas manos.

— Levantóse el baron en direccion á la puerta, como diciendo: «Allá se las compongan.» Tras él siguió Aurora, murmurando por lo bajo, mientras daba una rápida ojeada al espejo:

—Espero verlos reunidos en Leganés.  
Al mismo tiempo exclamó Luis mirando su reloj y dejando el asiento:

—¡Las doce, y me esperan á almorzar en casa de Lhardyl...

Solas quedaron madre é hija, procurando ésta convencer á aquella, y explicándola la noble conducta de la duquesa; la madre, haciendo caso omiso de las palabras y sollozos de la jóven, preocupada con aquel rasgo del conde, que no sabia cómo calificar.

## CAPÍTULO IX.

## UN DIA APROVECHADO.

—Yo, que acostumbro á ver la sábia mano de la Providencia en cuanto bueno me sucede, no dudo un momento de que allí me guió para hacerme oír las palabras de Lola, despnes de haber visto sus obras, pues era necesario esto para que yo pudiese creer en tan inesperado cambio: decia el conde del Redil á la duquesa de Clarendon, que estaba bordando en compañía de su nodriza.

—Porque usted suele juzgar á la humanidad mucho peor de lo que es.

—Y suelo engañarme poco.

—Pues por esta vez, amigo, el engaño



—Espero verlos reunidos en Leganés.  
Al mismo tiempo exclamó Luis mirando su reloj y dejando el asiento:

—¡Las doce, y me esperan á almorzar en casa de Lhardyl!...

Solas quedaron madre é hija, procurando ésta convencer á aquella, y explicándola la noble conducta de la duquesa; la madre, haciendo caso omiso de las palabras y sollozos de la jóven, preocupada con aquel rasgo del conde, que no sabia cómo calificar.

## CAPÍTULO IX.

## UN DIA APROVECHADO.

—Yo, que acostumbro á ver la sábia mano de la Providencia en cuanto bueno me sucede, no dudo un momento de que allí me guió para hacerme oír las palabras de Lola, despnes de haber visto sus obras, pues era necesario esto para que yo pudiese creer en tan inesperado cambio: decia el conde del Redil á la duquesa de Clarendon, que estaba bordando en compañía de su nodriza.

—Porque usted suele juzgar á la humanidad mucho peor de lo que es.

—Y suelo engañarme poco.

—Pues por esta vez, amigo, el engaño

ha sido grande y el triunfo completamente mío.

— Usted no puede dejar de triunfar siempre, pues emplea armas contra las cuales no hay defensa posible.

— Este es otro error, conde; mis armas, como usted las llama, son la persuasión, cuando comprendo que la persona á quien me dirijo es fácil de persuadir, y en esto no está el mérito en mí, sino en ella. Usted formó de Lola una opinion equivocada; yo profundicé más su corazón y anduve más certera en mi juicio; corazón que verdaderamente ama no puede ser malo; el amor puro y desinteresado es un destello del mismo Dios, que embellece nuestras almas haciéndolas susceptibles de todo lo bueno. Dirá usted que toda criatura ama, es verdad; mas no del mismo modo, y lo que me atreví á esperar de Lola, no esperaba por cierto de sus hermanos... pero dejemos esto, conde. ¿Qué hizo usted al oír aquella violenta escena?

— Francamente, duquesa, creí inopor-

tuna mi visita en aquel momento, y evité que me anunciaran; mas para dar una prueba á Lola de que mi alma estaba de acuerdo con la suya, y confundir al mismo tiempo á su familia, saqué de mi cartera algunos billetes de banco y se los remití juntos con una esquelita que escribí en la misma antesala, en la que pedía que repartiera aquella cantidad entre los pobres por su mano y en mi nombre.

— ¿Y esperó usted el resultado?

— No, por cierto; hice prometer al lacayo no hacer mención de mi visita, y salí apresuradamente por temor á un compromiso. Yo esperaba que usted habría hablado á Lola y se dignaría decirme lo que resultó de aquella escena.

— Lo ignoro, conde; en el almuerzo la he visto con visibles señales de haber llorado, mas ni una palabra cruzamos las dos. La conversacion general ha sido, como de costumbre, una serie no interrumpida de tonterías en las que he fijado poca atencion.

—Ruego á usted encarecidamente, prosiguió el conde levantándose, que si el paso que dí merece alguna inculpacion por parte de Lola, se digne usted disculparme en atencion al buen deseo de que fué acompañado.

—¿Y por qué no se disculpa usted mismo?

—Entre Lola y yo no puede haber mas que una explicacion, pero decisiva.

—¡Incrédulo!! . . . .

—No, duquesa, prudente. Creo que Lola es la mujer que conviene á mi corazon; pero . . . . no estará de más que lo crea dos veces.

Sonrió bondadosamente la duquesa, y el conde hizo ademan de retirarse, mas detúvole aquella con estas palabras:

—Espero no olvidará usted mi recomendacion.

—Voy á firmar el nombramiento y dentro de media hora lo tendrá usted en su poder.

—Por el que doy á usted anticipadamente las más expresivas gracias.

Saludó el del Redil y salió de la estancia tropezando en la puerta con la jóven Dori, que se dirigió á su ama diciéndola:

—Esta caja para vuecercia.

—¿De parte de quién?

—Del señor de Velasco.

—¡Oh!! exclamó Adriana ahogando un grito que partia de su alma. Y levantándose precipitadamente, tomó la caja de manos de la jóven inglesa, abrióla y vió que contenia un ejemplar del libro *El Mundo á vista de pájaro*, elegantemente impreso y cuya encuadernacion era de concha orillada de oro, brillando en el centro de su cubierta las iniciales de la duquesa. Al lado del libro habia un papel doblado en forma de carta, que leído con avidez por Adriana, vió que decia:

«Aunque de ningun valor el libro, es el esfuerzo de mi oscura inteligencia, y el grito de mi pobre corazon en él encerrados, lo que me atravó á ofrecer á usted. ¿Me cabrá la honra de que sean admitidos? . . . . ¡Oh, señoral es usted incapaz de

causar el daño que su negativa me produciría. Acéptelo usted, pues, segura de hacer una obra de caridad á su más respetuoso admirador Q. B. S. P.

ENRIQUE.»

Después de leer dos ó tres veces tan sentido escrito, penetró en su dormitorio y escribió rápidamente:

«Gracias, Enrique, por tan inestimable joya: doy á usted las gracias con todo mi corazón; su afectísima,

ADRIANA.»

Seguidamente agitó el cordón de una campanilla y entregó el billete á Dori. Una vez fuera ésta del aposento, y libre ya de testigos, releyó el papel que acompañaba la obra, estampando en él una ardiente lágrima y un tiernísimo beso, luego hojeó el libro. En la primera página, antes de la Introducción, había escrito «A Ella;» seguían algunos renglones de puntos suspensivos y luego: «El Autor.» Sonrió Adriana á tal lectura exclamando:

—¡A Ella!... ¡Oh, qué elocuente es esa dedicatorial!... ¡A Ella, á mí!... ¿Qué me dirá en esos renglones en blanco?... querrá expresar lo que su alma siente y no le es posible... ¡por eso quiere que yo lo adivine! ¡Ay Enrique! ¿Cómo adivinar todo el amor que puede encerrar tu corazón?... ¿Puede acaso apreciarse el agua que contiene un manantial?

Murmurando estas últimas palabras sorprendióla Ana, que entró en el dormitorio, diciendo:

—Hija mía, acaba de llegar don Fernando y pide que tengais la bondad de recibirle cuanto antes.

—¿Qué dicas, Ana, don Fernando aquí.

—Así es la verdad.

—¿Cómo puede ser eso?... ¿Ha venido solo?

—Lo ignoró: al oír anunciarle, he salido á su encuentro no ménos sorprendida que vos y me ha suplicado os dijera que le dispenseis el honor de recibirle.

—¡Oh, Ana querida, hoy debe ser un

gran día para mí . . . Pronto, introduce á don Fernando en el salon, que voy allá al momento.

Salió la nodriza; Adriana cerró cuidadosamente el estuche que encerraba el libro; guardó en su secreter la carta, no sin besarla ántes y dirigióse al salon donde esperaba el recién llegado.

—Fernando, ¿cómo aquí tan pronto? exclamó la duquesa, indicándole un asiento y tomándolo ella en el sofá.

—Ha sido preciso adelantar dos dias nuestro viaje, señora duquesa, pues era tal la impaciencia de ese caballero, que llegó á inspirarme temor . . .

—¿De modo que ha venido con usted?

—Creí de este modo complacer á la señora duquesa.

—¡Y tanto, Fernando, no sabe usted el servicio que con esto me ha prestado! . . . ¿Dónde está?

—He hecho que descansara en mi aposento mientras venia á presentarme á vuestra presencia.

—Y bien, usted que tantos años poseyó la confianza de mi padre, que hoy posee por entero la mia, no me engañará. ¿En qué estado de ánimo juzga usted á Ortiz?

—En el del Hijo Pródigo al llamar á la casa paterna.

—¡Ah! . . . ¿será cierto, Dios mio? . . . exclamó Adriana juntando las manos y levantando los ojos al cielo, reflejándose en ellos todo el placer que su corazón sentia.

—Su deseo de venirse conmigo sin esperar su completo restablecimiento, cuando no el hecho mismo de haber venido, lo indican bastante.

—¡Es verdad! es verdad! . . . ¡Oh, Fernando, cuán agradecida le quedo por este servicio!

—Señora . . .

—¡No sabe usted el bien que de él se original! . . . mas luego con calma, me explicará usted todos los detalles, ahora sírvase usted introducir á Ortiz, pues debe serle enojosa mi tardanza en recibirle. Al mismo tiempo dispénseme usted el obsequio

de hacer que se retiren los criados que haya en la antesala.

Inclinóse respetuosamente el administrador y salió del aposento.

—Ana, exclamó alegre la duquesa, no me he equivocado; hoy es para mí un gran día; devuelvo el esposo á la esposa; el padre á la hija, y á la sociedad honrada y virtuosa el sér que de ella se alejara. ¡Oh, gracias, Dios mio! Cuán feliz me siento al considerar toda la felicidad de ellos!

¡Pobre hija mia! Vos vivís de los gozes ajenos sin pensar jamas en los vuestros.

Selló nuestra heroína con un beso los labios de su nodriza, murmurando casi á su oído:

—Calla, de mí se ocupará mi Divino Padre mejor que yo misma. Ahora me parece prudente que te retires á mi cuarto por evitarle á Ortiz la pena de encontrarse con testigos.

—Teneis razon.

Retirada Ana al dormitorio de la duquesa, por estar pronta si la necesitaba, no tar-

dó en presentarse el hombre tan esperado, tan llorado y tan querido, á quien sin duda deseaban conocer nuestros lectores. Era de estatura alta, algo enjuto de carnes, debido sin duda á las muchas vicisitudes que sufriera; su rostro pálido y demacrado hacia destacar más su negra y lustrosa barba, á la par que su rizado pelo, sobre cuya despejada frente caian algunas sortijillas. Sus ojos azules, de mirada lánguida é interesante, presentaban singular contraste con su color tostado y el aire varonil que se desprendia de toda su figura; acabando de darle cierto fantástico aspecto su traje raído y no muy en armonía con la moda reinante. Penetró en el salon con desembarazo: mas al hallarse frente á Adriana, detúvose súbitamente, como si algun genio misterioso le hubiese clavado en la alfombra, interponiéndose entre él y ella, entre el vicio y la virtud.

—Ortiz! . . . balbuceó la duquesa, tendiéndole la mano.

Inclinóse aquel profundamente, mas sin

corresponder á la amistosa acción de Adriana, la que continuó:

—¿Ha olvidado usted á su amiga, ó es que no quiere usted reconocerme por tal?

—Estrecharé esa mano cuando sea digno de estrecharla, señora, que no pueden enlazarse la luz y las tinieblas.

—Suplico á usted que corramos un velo á lo pasado; el presente y el porvenir deben de hoy más ocupar á usted, y de ellos solo debemos hablar ahora.

—¡Oh! no, quiero hablar de lo pasado, se lo ruego á usted. . . . ante cuya presencia me siento humillado y confuso, como podria en la presencia de Dios; á usted, á quien me atreví á aborrecer en mi delirio, como aborrece el espíritu del abismo al Supremo Bien, á la Divina Luz que la ani- quila.

—¡Por Dios, amigo!...

—Tiene usted razon; todo esto á nada conduce; con la expiación se alcanza el perdon de las culpas, ya que no se consigue borrarlas; expiémoslas, pues.

—Harto expiadas las tiene usted!... mas dejemos esto, se lo suplico; ¿no me pregunta usted por...?

—¿Mis víctimas?... ¡Oh! no me atrevo á nombrarlas!... Su recuerdo hace afluir toda la sangre á mi corazon, que parece querer estallar dentro de mi pecho, murmuró el desgraciado chispeándole los ojos.

—¡Ortiz! prosiguió la duquesa; es usted esposo y padre!...

—¡Oh, no!

—Sí, lo'es usted, y las faltas que como tal haya podido cometer, está usted aún á tiempo de repararlas; la esposa y la hija necesitan ahora como nunca del esposo y del padre; cumpla usted desde hoy con tan santos deberes, y borrará el bien presente el mal pasado

—¿Puede acaso olvidar la víctima á su verdugo?

—Cuando ésta es la buena, la amante esposa, que palpitante el corazon y arrasados en lágrimas los ojos los levanta al Supremo Juez, implorando misericordia

para el pobre extraviado á quien va unida su suerte, y él, el esposo que conociendo sus errores y arrepentido de ellos se arroja en los brazos de aquella, no es necesario gran esfuerzo para olvidar, pues se olvida aun sin quererlo.

— ¡Oh, sí!... á haber tenido una esposa como yo, no habria para mí expiación posible; hoy su virtud es mi remordimiento.... sí, la mano de Dios en todo; Él ha querido que yo deba la vida, y con ella la felicidad y el perdon de mis extravíos, á la única mujer que he aborrecido.

— ¿Es posible, Ortiz?.... ¿En qué he sido acreedora á su aborrecimiento?

— En procurar el bien de aquella á quien yo debía hacer la más desgraciada de las criaturas, en querer interponerse en el camino de mis crímenes. Intentaba usted evitar tan funesto enlace para la pobre mártir, y mi corazón depravado la aborrecía á usted, por lo mismo que habia usted profundizado en él..... ¡Perdon, señora! El sér más grande y perfecto tiene quien

le aborrece, el mismo Dios no carece de enemigos.

— Sin embargo, doime por satisfecha si todos los míos son como usted, Ortiz; como usted, cuya presencia abunda de gozo mi corazón. ¡Oh, si usted supiera con el anhelo que es esperado! ¡Si viera usted á aquella esposa contar minuto por minuto las horas que van trascurriendo, invocando siempre la que ha de devolverle á su idolatrado Ricardo! ¡Si viera usted aquella tierna niña doblar sus rodillas y juntar sus manecitas ante la imagen del Crucificado pidiéndole el pronto y feliz regreso de su querido papá!....

— ¡Por piedad, Adriana, que me esté usted taladrando el alma! exclamó Ortiz sin poder ocultar dos gruesas lágrimas que se desprendían de sus pupilas.

Hubo un momento de pausa con el cual quiso Adriana dar tiempo á su amigo para reponerse de su emoción, y luego prosiguió aquel:

— Era preciso que algun ángel velara



por mí para que tanta misericordia usara Dios conmigo.

—La misericordia de Dios alcanza á todas las criaturas.

—Yo era indigno de ella, créalo usted, Adriana. Si no temiera lastimar sus castos oídos, le contaría todos los pormenores de mi vida, desde que cual otro Lucifer me rebelé contra Dios, faltando á mis más sagrados deberes, hollando sacrílegamente todas las virtudes. Le referiré, sin embargo, cómo fuí á parar en el miserable hospital del que su benéfica mano me ha sacado.

—Vuelvo á rogar á usted que olvidemos lo sucedido, ya . . .

—No, buena amiga; permita que le dé una rápida ojeada desde el dintel de mi felicidad . . . y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, prosiguió. No crea usted que le vaya á contar mi historia durante este tiempo, no tendría usted valor para escucharla. La pobre mártir, á quien no me creo digno de nombrar, ya habrá á us-

ted dicho del modo que cometí la más vil de las infamias, el crimen más infeno, al que las leyes humanas no castigan, porque son leyes dictadas por los hombres, injustas y egoistas como ellos mismos. El genio del mal que en figura de mujer me arrastraba consigo, arrojóme en aquel tenebroso caos llamado Paris, donde se hace almoneda vil de todas las virtudes, de los más sagrados deberes; mi vida allá era una bacanal continua . . . Perdon, Adriana; mas es fuerza que sucintamente le exponga todo lo infame y asqueroso de mi pasada conducta, para que mejor pueda usted comprender cuánto la debo.

—No es necesario; yo en cambio deberé á usted la felicidad de mi amiga, y estaremos compensados.

—Comprendo que mi relato debe serle á usted repugnante; así, no deteniéndome en más digresiones, solo diré á usted: que sobre el tapete verde ví desaparecer hasta mi último maravedí, no porque el vicio del juego me dominara, sino porque sién-

dome necesario mucho dinero para hacer frente á mis desvarios, solo el juego podia proporcionármelo. Despues de mi fortuna, digo mal, de la robada á la infeliz criatura á quien di el sér; perdí mi crédito, y como es consiguiente, mi reputacion, que hasta entónces habia dorado con dinero. Abandonáronme desde aquel momento todos mis amigos y amigas, excepto un hombre á quien habia bajamente ofendido, hecho desgraciado, robándole la paz de su hogar, envenenándole el corazon, matándole todas sus ilusiones, el cual vino á pedirme la vida en cambio de tanta ofensa. Poco era en verdad; mas se la cedí gustoso; preferí darla en pago de deudas á quitármela yo mismo.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Y no pensaba usted en su hija?

— Si alguna vez queria asaltarme tal idea, huia de ella con horror, como huiria el asesino al presentársele delante la sombra de sus ensangrentadas víctimas. Acudí con alegría al sitio donde debia tener

lugar el duelo, porque allí debian acabar para siempre mis sinsabores, pues estaba resuelto á dejarme matar por mi adversario, á cuyo objeto habíale suplicado que fuese sin testigos, y si bien quiso negarse, convenciéronle al fin mis razones, y más que éstas, el interes que por su parte tenia en ocultar el lance. Allí caí, no sé más; lo probable es que me dejara creyéndome muerto, y fuese luego recogido por algun piadoso transeunte. A juzgar por lo que por mí ha pasado, diria que morí realmente, que Dios trasformó mi alma de ciego, dejándome el triste recuerdo de mis infamias, y devolvióme luego al mundo para expiarlas. Resucité, pues, que tal ha sido para mí el abrir los ojos en un hospital, y me encontré rodeado de todos los cuidados que prodiga la familia á un sér querido. Un hombre, hablando mi idioma, velaba á la cabecera de mi cama, llegándome al fondo del corazon su dulce y cariñoso lenguaje; hablóme de mi patria, de usted, Adriana, á cuyo solo nombre sentí

toda la ponzoña del remordimiento; hablóme luego.... ¿las nombraré?... de mi esposa y de mi hija.... ¡Oh, creí volverme loco!!... Ellas venían á buscarme en un mísero hospital con palabras de ternura y de consuelo, despues de haberlas yo abandonado, robándoles hasta el sustento; precipitándolas en espantoso abismo. ¿Qué más?... recibí su carta de usted, en la que benigna y cariñosamente me ofrecía su mano para levantarme del fango en que yacía, y dentro de aquella, una de mi desventurada hija, pidiéndome mi bendición... el corazón se me hizo pedazos, y lloré, Adriana, lloré como un niño, y reí como un loco.... Yo, expulsado vergonzosamente de la más disoluta sociedad, sin tener un rincón donde albergarme, era tiernamente llamado al seno de la virtud, me tendía la inocencia su mano llamándome padre.... ¡Pobre hija mía!.... ¡Infeliz Isabell!....

El desventurado no pudo contener los sollozos que se escapaban de su oprimido pecho. La duquesa, sin disimular sus lá-

grimas le tendió una mano, que él estrechó entre las suyas, y díjole:

—No más, Ortiz; hora es ya de que se vea usted en los brazos de su esposa, de que reciba usted las primeras caricias de su hija....

—No, Adriana, todavía no.

—¿Por qué?

—Antes quiero con el sudor de mi frente recobrar siquiera lo que les he robado. Yo trabajaré día y noche, aunque sea en el más humilde oficio, para ganar el sustento á mi pobre esposa y á mi tierna hija.

—Y en tanto que usted recobra lo perdido, ¿quiere usted verlas perecer de dolor por tan prolongada ausencia? ¿Cómo, no estrechándole contra su pecho, crearán que usted vive? Y si lo creen, ¿cómo persuadirles de que usted se acuerde de ellas si no corre á arrojarle en sus brazos?

—¡Oh, Dios mío!

—Todo está previsto, Ortiz; trabajando á su lado mantendrá usted á su familia, pues al presentarse á ella no debía ser con

la desesperacion de no contar con qué sostenerla. Preparado tiene usted un destino; el trabajo es el primer escalon de la fortuna; empiece usted á subirlo.

—Oh, Adriana, mujer incomparable! exclamó Ortiz haciendo accion de arrojarse á sus piés, y que impidió la duquesa; ¿cómo pagar á usted tantos beneficios?

—Siendo todos tan felices como desgraciados han sido.

—Oh! sí... sí.

Levantóse Adriana en direccion á la antesala, y no tardó en volver trayendo en su mano un pliego de papel por el que pasó rápidamente la vista, y entregándolo á Ortiz, díjole:

—Aquí tiene usted el nombramiento de administrador general del conde del Redil; no es destino que pueda halagar su orgullo, mas he creído que su amor propio preferiría ganarse con sus méritos más elevado puesto, á que le colocáran en él los favores de sus amigos.

—Me confunde usted, señora... balbu-

ceó Ortiz tomando el nombramiento con trémula mano.

—Ahora, continuó la joven, no me negará usted la satisfaccion de acompañarle hasta los brazos de su esposa, de mi querida amiga.

—Usted lo quiere.... sea; mas inspíreme usted el valor que á mi corazon le falta.

Agitó la duquesa una campanilla, é inmediatamente presentóse su nodriza.

—Querida Ana, díjole, prepárame un abrigo y te servirás acompañarme hasta casa de Isabel. Y volviéndose á Ortiz, continuó: Es mi nodriza, mi segunda madre, y la discrecion misma. Siento llevar este testigo, mas nunca salgo de casa sin su compañía.

—El hombre que no se avergonzó de tener testigos de sus infamias, ¿puede avergonzarse de tenerlos de su arrepentimiento?

De nuevo apareció Ana con el abrigo que la duquesa la pidiera, la que envolviéndose en él y cubriendo su cabeza con una espesa blonda, dijo á Ortiz:

— Cuando usted guste...

Palideció éste mortalmente sin, al parecer, tener fuerzas para levantarse, lo que visto por la duquesa, acercósele diciendo:

— Valor, amigo mío.

— Oh, Adriana, esto es superior á mis fuerzas.

— Y, sin embargo, si viera usted á lo lejos á la hermosa Isabelita que le llamaba tendiéndole los brazos, como un niño echaría usted á correr hasta alcanzarla.

— Sí, sí, sí... vamos.

## CAPÍTULO X.

## CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Subamos á la guardilla habitada por la amiga de nuestra heroína, y detengámonos un momento ante la escena que se ofrece á nuestra vista. Sentada junto á la ventana estaba la madre del premiado escritor haciendo rodar por sus blancos dedos una fina calceta, mientras sus ojos se fijaban tiernamente en su querido hijo, que colocado en frente de ella, daba algunas lecciones á la pequeña Isabel, la que rodeaba con su brazo izquierdo el cuello del jóven, prestando la mayor atención á sus palabras. A poca distancia cosía su jóven madre, escuchando embobada á la tierna niña, si bien de vez en cuando tomaba su semblante un aspecto

— Cuando usted guste...

Palideció éste mortalmente sin, al parecer, tener fuerzas para levantarse, lo que visto por la duquesa, acercósele diciendo:

— Valor, amigo mío.

— Oh, Adriana, esto es superior á mis fuerzas.

— Y, sin embargo, si viera usted á lo lejos á la hermosa Isabelita que le llamaba tendiéndole los brazos, como un niño echaría usted á correr hasta alcanzarla.

— Sí, sí, sí... vamos.

## CAPÍTULO X.

## CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Subamos á la guardilla habitada por la amiga de nuestra heroína, y detengámonos un momento ante la escena que se ofrece á nuestra vista. Sentada junto á la ventana estaba la madre del premiado escritor haciendo rodar por sus blancos dedos una fina calceta, mientras sus ojos se fijaban tiernamente en su querido hijo, que colocado en frente de ella, daba algunas lecciones á la pequeña Isabel, la que rodeaba con su brazo izquierdo el cuello del jóven, prestando la mayor atención á sus palabras. A poca distancia cosía su jóven madre, escuchando embobada á la tierna niña, si bien de vez en cuando tomaba su semblante un aspecto

sombrío, debido á los negros pensamientos que por su mente cruzaban.

— Bien, querida, exclamó el jóven; eres una discípula que honra á su maestro.

— ¿Y cuándo me traerás el mapa grande que me tienes ofrecido? preguntó graciosa-mente la niña; con éste tan chiquito y tan feo no veo mas que líneas y medios puntos que me confunden y jamas encuentro lo que busco.

— Mañana lo tendrás.

— Es que hace muchos dias que me dices mañana.... mañana, y ya no te creo.

— ¿No ves que le tengo en la otra casa y se me olvida, á pesar mio?

— Pues, mira, te ataré un cordoncito en el dedo; pero tan estrecho, que habrás de acordarte aunque no quieras.

— No hay necesidad; mañana tendrás el mapa.

— ¿No me engañas?

— Te lo prometo.

— Entonces sí que estudiaré; verás como encuentro lo que busco.

— Vaya, dime, ¿qué es lo que deseas ver en el mapa? Indícamelo, que yo lo encontraré en éste que tanto te disgusta.

— ¿Sí?...

— Desde luego.

— Pues, toma: ¿á ver si encuentras dónde está Paris?

— Paris!... murmuró su madre palideciendo. ¿Por qué deseas saberlo?

— ¿Pues no dices que allá vive mi papá?

— ¿Y por esto lo buscas, vida mia? preguntó Isabel dándole un beso.

— Pues...

— Aquí está, dijo Enrique.

— ¿Aquí?... objetó la niña poniendo su dedito donde le indicaba el de su maestro. Si esto no es mas que un punto negro donde no se vé nada.... ¡Ay, qué triste debe ser!... Escribele que se venga pronto, mamá.

— ¿Por qué, hija mia? preguntó Isabel enjugándose una lágrima.

—Porque aquí estará más contento que debe estar en ese sitio tan feo.

—¡Oh, buen Dios! haced que las palabras de este ángel sean una profecía.

—¡Toma!... ya lloras, continuó la niña besando á su madre; no se puede hablar de papá sin llantos: cuando venga se lo he de decir. Mira, continuó sentándose en sus rodillas; hoy he soñado que un ángel se me acercaba, no de estos chiquitos y regordetes, sino uno muy grande con unas alas tan anchas que me cubrían toda. Yo no sé cómo fué, sin duda el ángel las ha esparcido; pero es el caso que me he encontrado toda rodeada de flores, he cogido una tan hermosa, como no has visto otra en tu vida, y al verla tan bonita se me ha ocurrido darla al ángel; ¿verdad que he hecho bien?

—Sí, querida, muy bien, contestó la madre no pudiendo dejar de sonreirse al oír las candorosas palabras de la inocente.

—Pues verás: el ángel ha tomado la rosa y la ha besado; luego bajóse hácia mí para

darme otro beso, y yo me he cogido á su cuello y le he devuelto á él muchos: entonces se ha echado á llorar y me ha dicho como me dices tú siempre: «¡Hija de mi alma!...» le he mirado bien y he visto que aquel ángel era mi papá.

—¡Oh! calla, calla, exclamó Isabel estrechando á la niña contra su corazón.

—¿Y cómo sabes que era tu papá, preguntó Enrique.

—Porque cuando me ha dicho esto, iba vestido como tú, y ya no tenía alas, sino una barba muy negra, y yo le he dicho á él: ¡papá, papá mío!... ya ves si lo era.

Sonrió bondadosamente el jóven ante la lógica de la niña, diciendo:

—Tus razones no dejan duda.

—Sí, Isabelita, sí; tu papá era, repuso doña Carmen, tu papá, que vendrá pronto para no separarse jamas de tu lado.

—¡Oh, doña Carmen! murmuró Isabel. ¡Dios lo quiera!

—¿Tan animosa hace algunos dias, y tan abatida ahora?...



—Es que nada hemos sabido desde que le escribió mi hija ¡y esto me aterra! ¿Qué efecto le habrá hecho su carta?

—Si antes de que la recibiera se supo que estaba dispuesto á regresar á España; despues de recibida, regresará.

—Eso creo yo tambien, continuó Enrique.

—¡Así sea!

Oyóse en aquel instante llamar á la puerta, y seguidamente entró una jóven sirvienta diciendo:

—Señorito, aquí está José.

Levantóse súbitamente el jóven y salió de la habitacion acompañado de las miradas de su madre, que exclamó tristemente:

—Al solo nombre de José ha palidecido hasta faltar el color á sus labios, porque José viene de allá... ¡Ay, mi pobre hijo lleva la muerte en el corazón!

—No, doña Cármen, la llevan ambos, replicó Isabel.

José era un bondadoso anciano que en sus brazos habia mecido al esclarecido va-

te en sus tiempos de esplendor, del que apenas tenia aquel memoria, á quien quiso de nuevo á su lado cuando volvió á sonreírle la fortuna, y á quien queria y cuidaba como una antigua joya de la casa. Hízole entrar en la otra guardilla, que aún podia llamarse su morada, y una vez allí, preguntóle:

—¿No la has visto, verdad?

—No, señor, contestó respetuosamente el anciano.

—Lo presumia... ¿á quién entregaste la caja?

—A una jóven extranjera.

—Dime todo lo que has visto, lo que has dicho, lo que te han dicho á tí... cuéntame todo sin omitir palabra.

Refirióle José lo que habia hablado con la inglesa, su rato de espera en la antecala y cómo le habian entregado el billete que entónces presentó al jóven.

—¡Oh, un billete!... dame, dame pronto; por ahí debias haber empezado.

—Si el señorito no me dió tiempo...

— ¡Es verdad!... perdona, mi buen José... no sé lo que me digo.

Desdobló el papel, leyólo rápidamente y llevólo á sus labios con delirio.

— Me da las gracias con todo su corazón, exclamó ebrio de felicidad ¡ay! su corazón con todas las gracias es lo que yo quiero, lo que yo necesito.... ¡Insensato de mí!... ¡si no podría resistir la dicha de poseerlo!

— ¿Qué tiene que mandarme el señorito? se atrevió á preguntar el anciano.

— ¿Estás tú aquí? respondió el joven como despertando de un sueño; ¿qué importa? fuiste testigo de las locuras del niño, bien puedes serlo de las del hombre. ¡Ah, José! me has traído con este papel un talisman que nunca se apartará de mi pecho.

— ¡Quiera Dios que tan grande amor sea correspondido como se merece!

— No, José, no lo deseas, porque me mataría la felicidad si es que lo resistía mi juicio.

— Es ésta mucho más llevadera que la

desgracia, y la ha arrostrado el señorito con faz serena.

— Sí... mas no hablemos de esto; hazte cuenta que nada has visto, que nada has oído, que nada te he dicho: hay cosas que no puede profundizar la mirada del hombre sin profanarlas....

Inclinóse profundamente el anciano.

Enrique continuó:

— Llégate á casa del señor Redondilla, y dile, que si aun es tiempo, tire mil ejemplares más de mi obra.

Tomó José la escalera con toda la ligereza que le permitian sus sesenta y pico; de nuevo besó el billete el apasionado joven, guardándolo luego sobre su corazón, y serenando su semblante lo mejor que pudo, reunióse á su madre y amigas que con ansia le esperaban, fijando ambas una mirada llena de interes en su demudado semblante, sin que ninguna de las dos se atreviera á aventurar palabra; y cruzando entre sí otra de inteligencia, la madre bajó los ojos hácia su calceta, Isabel empen-

dió de nuevo su costura, y el agitado joven trazó algunos guarismos presentándolos á la niña para que los sumara.

De pronto llamóles la atención el ruido de un carruaje que frente su casa paraba, el cual hizo soltar la labor á Isabel y prestar atento oído, hasta que oyeron llamar reciamente á la puerta, á cuyo golpe exclamaron todos:

— ¡Adriana!...

Levantóse ligera Isabel, pero Enrique fué más diligente y abrió por sí mismo la puerta. Entró la duquesa, saludando al joven con una cariñosa sonrisa, mientras enlazaban sus manos tan estrechamente como si jamás debieran separarse, diciéndose con aquel apretón mucho más de lo que se atrevieran sus labios; luego abrazó cordialmente á su amiga, prodigó mil caricias á la pequeña Isabel, estrechó la mano á doña Carmen, y sentándose entre ellos repuso:

— Dispénsame, querida, si mis muchas ocupaciones me han privado de visitarte

estos días, si bien son preferibles pocas visitas productivas á muchas inútiles.

— No digas eso, Adriana, tus visitas siempre son un gran bien para cuantos aquí estamos, y para mi pobre corazón un rayo de alegría y esperanza que sin tí jamás sintiera.

— ¡Hoy sí que estoy casi segura de traértela completa!

— ¿De veras? . . . ¿qué ocurre, Adriana? ¿has tenido por fortuna noticias de París?

— Esta loca no piensa mas que en París, respondió la duquesa con tono jovial, dirigiéndose á doña Carmen y á su hijo que estaba extasiado mirándola á ella.

— Es tan natural.... repuso doña Carmen.

Contestóle Enrique con una mirada, en la que iba envuelta su alma, la que pagó Adriana con otra no menos significativa, y continuó diciendo:

— Vamos á ver; ¿erees formalmente que solo pueden alegrarte las noticias de París?

— Únicamente lo que esté relacionado

con tu felicidad y la de mi hermano Enrique.

Púsose la duquesa encendida como una amapola, contrajéronse las facciones del jóven, y una lágrima escapó de los ojos de la anciana.

—Pues nada de eso me trae á tu lado, y sin embargo, pienso hacerte feliz, repuso la duquesa aparentando no entender.

—Nada has sabido de mi Ricardo y dices que voy á alegrarme? preguntó Isabel alarmada.

—Ninguna carta ha llegado á mis manos, te lo juro, pero . . . no hace falta.

—Por Dios, Adriana, ¿qué misterio es ese? ¿Es que tienes que hacerme alguna gran revelación y deseas prepararme? Si es así, son inútiles tus precauciones, pues mucho tiempo hace que estoy preparada á todo lo malo ó bueno que pueda sucederme. Dime: ¿ha llegado nuestro acento al corazón de mi esposo? ¿vuelve á los brazos de su pobre Isabel? ¿renuncia á ella para siempre? ¿negóse acaso á leer la car-

ta de su hija? . . . Ya ves que nada puede sorprenderme; habla, Adriana, habla, díjole Isabel cogiéndola en ambas manos.

—¡Jesus! ¿cómo es posible mientras tú lo hagas con tal vehemencia? . . . Ante todo, ¿está aquí tu criada?

—Sí: ¿por qué?

—Porque está demas: mándala en seguida á cualquier parte con tal que tarde en volver.

Levantóse Isabel precipitadamente para dar órdenes á su sirvienta, y apenas hubo salido del aposento, murmuró Adriana dirigiéndose á su nodriza:

—Pronto, Ana.

Acercóse luego á doña Cármen, diciéndola en voz baja:

—En el carruaje está Ortiz esperando...

—¡Cielos! . . . ¿qué dice usted, señora?

—No he querido que sabiera conmigo, para, además de prepararla, evitar que hubiese en tal escena testigos que no deben.

—¡Discreta y previsora en todo! murmuró la anciana.

—Pues qué, ¿está ya aquí? baluceó el joven comprendiendo.

—Sí, Enrique, contestó Adriana.

—¡Gran Dios!... y después de un momento de reflexion, continuó: ¿le parece á usted que nos retiremos, á lo ménos yo?

—¿Por qué, Enrique? el solícito hermano de la abandonada esposa, el generoso protector de la inocente hija, que empeñó su propio vestido para darla de comer, debe huir del esposo y del padre?

—¡Oh! no me ha comprendido usted...

De nuevo entró Isabel en el aposento, y cogiéndose al cuello de la duquesa con febril agitacion, repuso:

—Ya está fuera Aniceta, ya puedes hablar libremente, ¿qué me traes? pronto, pronto, Adriana.

—Te traigo la felicidad.

—¿Cómo! ¿en qué?... acaba... por Dios, acaba.

—Repórtate ó lo echamos todo á perder, pues ahora más que nunca necesitas de toda tu serenidad y sangre fría.

—Sí, Adriana, estoy serena, estoy tranquila... habla.

Un golpecito dado en la puerta separó á Isabel de los brazos de la duquesa, la que corrió á abrirla, dando paso á Ana acompañada del hombre que ya conocemos, la cual dijo en voz baja:

—Ánimo, Ortiz, que es la última prueba.

Avanzó éste, y después de saludar en general, clavó los ojos en Isabel, murmurando tristemente.

—¡Cuán demudada!

Fijó ésta los suyos en el cadavérico semblante de Ortiz, é instantáneamente púsose lívido su semblante, extendió los brazos arrojando un agudo grito, enlazándo los fuertemente al cuello de su esposo:

—¡Sí... car... del... pudo decir apenas.

Otro grito no ménos conmovedor siguió al primero.

—¡Papá mio! exclamó la niña cogiéndose á sus piernas.

Tendió Ortiz una mano á su hija y ahogó sus sollozos en el seno de su esposa.

Hubo un momento de silencio en el que las lágrimas que copiosamente brotaban de todos los ojos, decían con más elocuencia que las palabras, el estado de aquellos corazones.

La primera que lo interrumpió fué Isabel, exclamando:

— ¡Ricardo de mi alma!... ¡Al fin vuelves á mis brazos!... ¡Oh, bendito, bendito seas!

— ¡Isabel mial pudo apenas bulbucear Ortiz: ¿soy acaso digno de tu perdon?

— ¡Oh, calla... calla, por Dios! Este supremo instante recompensa todo lo que he sufrido... Ni una palabra que amargue nuestra felicidad, Ricardo; tú eres bueno, tu corazón no podía permanecer en su desvarío, yo esperaba en él y no he esperado en vano!

— ¡Ah, cuán infame he sidol

— Calla, que está delante tu hija... dijo Isabel á media voz y tapándole la boca con su rostro.

— ¡Mi hijal gritó Ortiz tomándola en sus brazos: ¡hija de mi alma!

— ¡Papá mío! exclamó la niña cubriéndole el rostro de besos: ¡si supieras que ganas tenía de verte!... ¿No es cierto que en París estabas triste?

— Sí, ángel mío, sí.

— Eso decía yo, en cuanto venga, se pondrá contento... ¡Todos te queremos tanto!

— ¡Oh, basta!... basta, por Dios, exclamó el infeliz padre arrojándose en una silla con su hija en brazos.

— ¿Qué tienes, papá?

— La alegría de verte, la alegría de oírte contestó con arrobamiento: ¿no lo comprendes, alma de mi alma?

— Sí, y como ahora me verás y oirás siempre; siempre estarás contento; ¿verdad?

— Sí, sí...

— Pues yo también, continuó la niña abrazándole y manoseándole la barba, porque ahora acabará mi mamita de llorar... ¡Si vieras cuánto ha llorado!...

— ¡Pobre víctima mía! dijo Ortiz tendiéndole una mano.

Abrazóse ésta al padre y á la hija, y aquel repuso dirigiéndose á la duquesa:

— Mire usted este cuadro, Adriana; es obra suya, sin usted no existiera: en su lugar habria otro de pesares, lágrimas y crímenes.

— ¡Dios, Ortiz; Dios lo ha hecho todo!

— Por su mano de usted, buena amiga; por esa mano que yo bendeciré mientras viva.

— Sí, hermana mía, repuso Isabel; conducida por ella la felicidad se mece hoy sobre nuestras cabezas, no podrá ser completa si los seres á quien tanto amamos y tanto debemos, no la disfrutan tan grande como nos la han procurado; tu corazón sufre horriblemente, Adriana, y otro miro también que está en la agonía.

— ¡Oh, sí, sí!... exclamó Enrique; y sin ser dueño de sí mismo, arrojóse á los pies de la jóven, la tomó una mano y llevóla á sus labios con delirio.

— ¡Enrique!... balbuceó la duquesa, levantándole sin poder ocultar su emoción.

— ¡Perdon, Adriana! que no puede contenerse más mi alma, repuso el jóven. Como la amo á usted, me es difícil expresarlo, que no se puede á la boca trasladar lo que hay en el alma; tan grande y tan puro es mi amor, que no me avergüenzo de confesarlo delante de Dios, delante de mi madre y de nuestros amigos... ¿cómo al mí nos permitido morir por usted, si es que me cree indigno de poseer su mano.

Cruzáronse los ojos de Adriana con los de doña Carmen, y arrojándose una en brazos de otra, confundieron sus besos y sus lágrimas... Al fin desprendióse la duquesa de los brazos de la anciana, y dijo tendiendo su diestra al apasionado jóven.

— ¡Dichosa mil veces yo, que tal esposo Dios me depara!... Sí, Enrique, tiempo hace que nuestros corazones se unieron con indisoluble lazo; justo es que le santifiquemos.

— ¡Oh, gracias, Dios piadoso! exclamó

doña Carmen, mientras Enrique sin poder pronunciar palabra, besaba repetidas veces aquella idolatrada mano que consideraba ya suya; y la buena nodriza, deshecha en lágrimas, se arrojaba al cuello de la joven murmurando:

— Ahora moriré contenta.

En tanto Isabel hablaba al oído de su esposo, á cuyas palabras levantóse éste y dijo tendiendo su mano al feliz Enrique:

— Dios me hizo morir en aquel mundo de cieno para usar de su infinita misericordia, llevándome á un cielo del que procuraré hacerme digno.

Momentos despues, con la emocion fácil de imaginar, regresaba la duquesa á su casa en compañía de su nodriza.

## CAPÍTULO XI.

## CONSECUENCIAS.

Desde la desagradable escena ocurrida entre Lola y sus señores padres, habiase apoderado del corazón de ésta tan intensa tristeza, que á pesar suyo la revelaba su rostro. Véasela en los paseos, en los teatros y reuniones con más frecuencia si cabe que ántes, mas no asistia á ellos con la misma alegría, no se mofaba ya, ni miraba con desden cuanto tenia en su derredor. Habia penetrado hasta el escondrijo de la miseria, y comprendido que no son necesarios muchos escalones para bajar á ella, basta un paso mal dado para caer en sus garras, como resbalar con un grano de are-



doña Carmen, mientras Enrique sin poder pronunciar palabra, besaba repetidas veces aquella idolatrada mano que consideraba ya suya; y la buena nodriza, deshecha en lágrimas, se arrojaba al cuello de la joven murmurando:

— Ahora moriré contenta.

En tanto Isabel hablaba al oído de su esposo, á cuyas palabras levantóse éste y dijo tendiendo su mano al feliz Enrique:

— Dios me hizo morir en aquel mundo de cieno para usar de su infinita misericordia, llevándome á un cielo del que procuraré hacerme digno.

Momentos despues, con la emocion fácil de imaginar, regresaba la duquesa á su casa en compañía de su nodriza.

## CAPÍTULO XI.

## CONSECUENCIAS.

Desde la desagradable escena ocurrida entre Lola y sus señores padres, habiase apoderado del corazón de ésta tan intensa tristeza, que á pesar suyo la revelaba su rostro. Véasela en los paseos, en los teatros y reuniones con más frecuencia si cabe que antes, mas no asistía á ellos con la misma alegría, no se mofaba ya, ni miraba con desden cuanto tenia en su derredor. Habia penetrado hasta el escondrijo de la miseria, y comprendido que no son necesarios muchos escalones para bajar á ella, basta un paso mal dado para caer en sus garras, como resbalar con un grano de are-

na para descender al sepulcro. La palidez de su semblante y la melancolía de su corazón, que no bastaba á disimular su deseo, habian, como es consiguiente, dado lugar á la maledicencia, que es la más sabrosa comidilla del género humano. Particularmente las mujeres, y con más interes las jóvenes, sobre todo siendo feas, hilvanaban cada historia que no habia más que oír, no faltando quien tuviese la peregrina idea de ir á contárselas á su propia madre con el santo propósito de ver si con muchas mentiras descubria alguna verdad; mas la baronesa contentábase con subir su indignación más allá de lo imaginable, y difícil le hubiera sido explicar lo que pasaba en el corazón de su hija, pues era incapaz de comprenderlo. Resultando de lo cual que tomaban colosales dimensiones los epigramas contra Lola y la cólera de la baronesa; é instigada por ella, mortificaba constantemente á su hija, haciéndola á veces verter amargas lágrimas, que no son por cierto un gran específico para curar la

tristeza, acabando por desatar su saña contra la mujer á quien bendecir debiera.

El conde del Redil, á fuer de hombre sesudo, miraba y oía, al parecer, con la mayor indiferencia cuanto creia relacionarse con la mujer cuya imagen llevaba en el alma; optó por visitar la casa muy de tarde en tarde, y sin embargo, estaba al corriente de todos los pasos, de todas las acciones de aquella. Condolióse al fin de ver marchitar por su causa tan hermosa flor, y entró una noche en el palco de los barones del Monte, y sentándose al lado de Lola, habló largamente con ella, cuyo apagado diálogo bastó á ahogar la voz del mismo Tamberlick, pues ni una belleza le prestó atención aquella noche, porque toda la necesitaban para fijarla en el opulento conde, que veian escapar de su red, si una ola bienhechora no lo apartaba de la que segun ellas le tendian en aquel funesto palco. Y lo más estupendo del caso era que la duquesa de Clarendon estaba en él, sonriendo bondadosamente al mirar á su pri-

ma.... ¿cómo podían mirarse estas dos mujeres? ¿cómo podían sonreirse estas dos rivales? Sí, señor, rivales eran; todos lo sabían por la convincente razón de que lo decía todo el mundo, y cuando el mundo lo dice, estudiado se lo tiene.

Siento que entretenidos en estas digresiones no hayamos podido escuchar la conversación entre la bella Lola y el conde del Redil; mas llegamos aún á tiempo de oír que éste se despide de ella, diciéndola:

—Tendré el honor de verla á usted más á menudo.

—Será un placer para mí, conde.

—Conseguirá mi presencia disipar de tan bello rostro ese tinte de melancolía?

Contestóle la jóven con una singular mirada, que debió comprender el del Redil, pues apretándole fuertemente la mano, la dijo á media voz:

—Hasta muy pronto.

Tan pronto fué, que al día siguiente, á las tres de la tarde, un criado le anunciaba en el gabinete particular del barón, con

el que habló algunos minutos, haciendo éste llamar apresuradamente á la baronesa, ante los cuales el conde del Redil pidió con toda solemnidad la mano de la bella Lola. Figúrense mis lectores lo que pasaría en el ánimo de sus excelencias ante la perspectiva de tan bello enlace, de la realización de todos sus sueños; faltóles voz y tiempo para dar su consentimiento, y de tal gana lo dieron, que pudiera quedar satisfecho el hombre más escrupuloso. Después de cumplidas todas las formalidades y agotados todos los cumplidos, creyó del caso la baronesa llamar á su hija para oír de sus labios su consentimiento, pues aun cuando ellos se lo tenían sabido, no estaba de más aquella pantomima delante del conde, é iba á tirar del cordon de la campanilla para hacer pasar aviso, mas detúvola el del Redil, diciéndola:

—Me atrevo á rogar á usted, señora baronesa, que tenga á bien presentarme en el gabinete de su hija sin avisarla.

Quedóse aquella sin saber qué contestar

á tan estupenda demanda, y pudo balbucear apenas:

—¿Trata usted de sorprenderla?

—No sé precisamente de lo que trato, solo sé que está más encantadora una mujer cuando cree que nadie la mira; yo siempre he visto á Lola en visita, y en visita la veré, si usted la llama, al paso que si vamos á visitarla sin que nos espere, la veré como deseo verla.

Sonrió la del Monte para disimular la contrariedad que tal deseo la causaba, y el baron se encogió de hombros como diciendo:

—Esto no es cuenta mia.

—¿Cree usted que el aposento de una jóven no puede visitarlo su futuro esposo acompañado de su madre? preguntó el conde.

—No deja de ser original su capricho, repuso la baronesa; mas puesto que tanto lo desea usted, vamos allá, que por cierto no dejará de sorprenderle nuestra visita.

—Con lo cual se ruborizará, aumentando algunos quilates su hermosura.

—¡Vaya un hombre raro! murmuró el baron para sí, mientras se encaminaban los tres al aposento de Lola.

Contiguo á él inclinóse ceremoniosamente una doncella, á quien la del Monte iba á dar orden de que anunciara, mas atajó la el del Redit con estas palabras:

—Sin anunciarnos, señora....

—¿Pero puede saberse qué objeto se lleva usted, conde?

—Ver por mis propios ojos en qué se ocupa mi futura esposa á las cuatro de la tarde cuando está en su casa.

—En qué cree usted que ha de ocuparse? preguntó la baronesa palideciendo de angustia.

Si se hubiese tratado de Aurora, no le diera ningun cuidado sorprenderla, sabiendo positivamente que debian encontrarla aburriéndose con algun libro, estudiadamente tumbada en una butaca, que es como debe recibir una jóven del gran mundo; ¡re-

ro Lola!... desde que te dieron tan extrañas manías, ¿podía nadie presumir en qué se ocupaba?... Era muy capaz. ¡Oh, sí, muy capaz! de estar... hasta trabajando!... ¡Horror! ¿Qué diría el conde?... ¡La futura condesa del Redil con dedal y aguja como una mísera costurera! ¡Ay! Su excelencia sudaba gotas de amargura; así que, llegados á la puerta del aposento, penetró precipitadamente en él, oyéndola exclamar en seguida con voz ahogada:

—¿Qué estás haciendo?... y prosiguió alto; pase usted, conde.

Entró óste con el baron, no sin gran asombro de Lola, que no podía comprender el por qué de aquella invasion, y echó una rápida mirada en su derredor, la que bastó para ver cerca la doncella que estaba con la jóven, una caja con hilas, y un trapo del cual las hacia, en la mano de aquella; que en su turbacion no sabia dónde ocultarlo. Lola, que al ver á su madre se habia pinchado en la mano izquierda, apretábase disimuladamente la herida con

la derecha, poniendo así de manifesto el dedal que aún conservaba en su dedo y por detras de la baronesa asomaba una canastilla llena de ropa que el traje no acertaba á ocultar, pues cuanto más lo procuraba, más en descubierto la ponía. Una sonrisa de amor y satisfaccion brilló en los labios del conde, que estrechó la mano de su amada, diciéndola:

—Perdone usted este asalto á su gabinete, del cual yo soy el culpable; mas deseaba verla á usted cuando usted no esperaba verme; deseaba saber en qué se ocupaba usted cuando el mundo no la veía. ¡Lo he visto, Lola!... Perdon si he sido indiscreto; perdon por una curiosidad que yo bendigo.

La baronesa, que estaba en aquel momento fuertemente atacada de los nervios, no debió, sin duda, entender las últimas palabras del conde, pues que procurando en vano disimular su cólera, repuso:

—Mi hija es sobrado condescendiente con su doncella en permitirle trabajar á su

lado; y volviéndose á ésta, continuó:—Váyase usted muy enhoramala con sus labores, y aprenda, si no lo sabe, el puesto que le corresponde ocupar.

—¡Mamá! exclamó Lola conmovida por el bochorno que por su causa sufriera la jóven.

—Dispense usted, señora baronesa, dijo el conde, mas es tambien culpable su hija de usted, dígalo el dedal que, tual honrosa condecoracion, brilla en su dedo, y la canastilla que detras de usted contiene la labor, no escasa por cierto.... Vamos á ver, Lola, ¿querrá usted enseñarime lo que está usted haciendo?

—¿Qué sé yo...? entreteníame?

—¿En qué?

Miró la jóven á su madre como pidiéndole consentimiento, mirada que no escapó al conde, y que le hizo exclamar:

—¡Oh! la señora baronesa no se opondrá, estoy seguro, ¿es así usted?

Tomó Lola de la canasta dos prendas á medio hacer, propias para niños, y ense-

ñólas con timidez al conde, poniéndose como la grana.

—¡Bravísimo! exclamó éste.

—Son para dos huerfanitos, dijo la jóven dirándolos de nuevo en la canastilla.

—Y si mal no recuerdo, ha honrado usted esa tela vistiendo de ella un traje.

—¡Oh, esto es demasiado! clamó la baronesa, y acordándose del por qué estaban allí, continuó:—Dispense usted, conde; mi hija tiene un mal ejemplo en casa, del que es menester apartarla cuanto antes.... ¿pues...?

—¡Ah!... no prosiga usted, señora, interrumpió el del Real. Vea yo siempre á mi esposa condecorar trajesitos para los desnudos huerfanos en sus ratos de ocio, en compania de una doncella, que esté haciendo hilas para los enfermos. Sí, Lola, continuó; hoy como nunca me creeré honrado y dichoso si consigo obtener su mano.

Hizo aquella un gesto de sorpresa y alegría, y allí mismo acabó de concertarse la boda, separándose al fin los dos futuros es-

posos más enamorados que nunca, y diciendo la baronesa al suyo luego que se vieron solos:

—A pesar de las muchas ventajas que nos ofrece este yerno, confieso que me es antipático.

Momentos despues, un criado anunciaba á los barones la visita de los señores de Velasco, y poco les faltó para perder entrambos el juicio al oír que se trataba nada ménos que de dar la mano de su sobrina la duquesa de Clarendon. ¿Era esto posible? Ella, con tantos títulos, con tantos millenes, dar su mano, ¿á quién? A un escritor, á un pobre diablo, que no hacía tres meses se moría de hambre, y á quien una ráfaga de viento favorable había sacudido el polvo bajo el cual yacía, arrojándole una pequeña fortuna al rostro, que el viento debía asimismo llevarse, pues decía el del Monte que escritores y artistas eran todo pura ilusion; y en ilusion se convertía hasta el oro que sus manos tocaban. El talento..... ¿y qué eran el talento y el

genio en concepto de los barones? Dos palabras como otras cualesquiera; ¿qué figuras heráldicas representaban? ¿Qué se podía sumar ni restar de ellas? Ciertó que el baron fué de los primeros en proporcionarse un ejemplar de la famosa obra del gran escritor; mas fué por seguir la corriente del gran mundo, en el cual vivía, pues no había biblioteca que no contara entre sus volúmenes tan celebrado libro. Comprólo, pues, y sin abrirlo siquiera, cuidó de colocarlo donde mejor pudiera verse, quedando así su orgullo satisfecho; por lo demas, ¿qué significaba para él su autor? Un hombre que hace libros y los vende; lo mismo que hace el sombrerero con sus sombreros. ¿Quién era aquel advenedizo? ¿De dónde venía?.... ¿Qué blasones acompañaban su pretension á la mano de tan ilustre dama?

Semejantes á los del basilisco los ojos de la baronesa, fijábanse encolerizados en aquella señora, sencillamente vestida de seda negra, y en aquel jóven que, sin más

escudo que su pluma, osaba levantar sus miradas hasta la mujer que su hijo pretendía.....

A las impertinentes palabras que su ofendido orgullo la inspirara, contestó dignamente doña Carmen de Velasco en estos términos:

—Sus excelencias comprenderán que el venir á solicitar su consentimiento para el enlace de su señora sobrina con mi hijo, es un paso de mera atencion, pues de mayor edad y huérfana de padres, es la duquesa libre de dar ó negar su mano; sin embargo, ella es lo conveniente que así fuere, y lo mismo mi hijo que yo accedimos á su deseo, creyendo que sus excelencias comprenderian toda la delicadeza de este paso.

—No obstante, dijo el del Monte tartaneando en la conversacion delante de su esposa por primera vez en su vida, ustedes comprenderán...

—Excelencias, baron, objetó el joven herido en su dignidad, tratamos de potencia á potencia,

—Creo que lo más sencillo es llamar á Adriana, dijo la del Monte, dirigiéndose á su esposo y sin dignarse mirar á sus visitantes.

—Excelente idea, señora, repuso la anciana, por ahí debíamos haber empezado.

Momentos después entraba en el salon Adriana de Wolsey, la que lanzó una mirada llena de amor al joven, abrazó cariñosamente á su anciana madre, y tomando asiento entre ésta y su tia, dijo:

—Los señores habrán dicho ya el objeto de su visita.... Siendo ustedes toda mi familia, hemos creido un deber contar con su beneplácito.

—El que otorgamos desde luego, pues no dudó que la esclarecida duquesa de Clarendon habrá elegido un esposo digno de ella, dijo enfáticamente el baron.

—¡Y tanto!... contestó Adriana.

—Que habrá tenido en cuenta la elevada alcurnia de su cura; y usará sus blasones á otros que puedan competir con ellos...

—¡Oh!... en eso, murmuró la duquesa



bajando los ojos, no me es dado igualar al señor de Velasco; mis blasones se oscurecen al brillo de los suyos, pues la nobleza del talento, descendiente del mismo Dios, ofusca y aniquila á la que heredamos unos de otros en este mísero suelo.

—¿Y no tiene otros títulos el señor de Velasco? preguntó la del Monte con desdenosa sonrisa.

—Ninguno, baronesa: mas mi señora madre es viuda de un alto funcionario del Estado condecorado por sus servicios con la gran cruz de Carlos III, distincion con que ha dos dias acaba de agraciarme S. M.

Mordióse la baronesa los labios hasta hacerse sangre, ó inclinóse ceremoniosamente mientras decia Adriana:

—Yo ignoraba....

—Esto no hace al caso, Adriana mia, respondió Enrique. Para sus excelencias será excelentísimo señor, ya que esto les satisface; para mi Adriana, el Enrique de la guardilla, el jóven pobremente vestido, que el dia de su llegada á España tuvo la

honra de recibir de ella una bondadosa mirada al sér, si no ofendido, menospreciado por la baronesa del Monte al hacerla entrega de un brazaléte que se le habia extraviado.

—Cómo.... ¿es usted?....

—¡El mismo, señoral.... ¡Qué quiere usted, este es el mundo! Por lo mismo nunca deberiamos olvidar la divina ley que á todos nos hace hermanos.

La baronesa estallaba de cólera; pareciale un sueño cuanto en aquel instante pasaba, lo que comprendiendo Adriana, y por temor á alguna inconveniencia por parte de su tia, abrevió el asunto; y despues de arreglado, para consolar á los barones del sofocon que tomaran con su inesperado enlace, propuso que dentro de algunos dias se diera un baile en la casa, en el que se participaria la boda de su prima al par que la suya. Despues acompañó por sí misma á su futuro esposo y madre hasta la antesala; y penetrando luego en su alcoba, arrodillóse á los piés del Crucificado, per-

maneciendo algunos minutos en oracion. La baronesa se ahogaba de despecho; habia escupido en el aire y manchádose el rostro. A no estar poseida por el demonio del orgullo, hubiera visto el dedo de Dios en cuanto sucedia; mas ella no podia ver mas que los cuatrocientos millones solicitados por su nobilísimo hijo ir á parar en manos de un cualquiera, que no era otra cosa un escritor y una excelencia de guardilla. ¿Qué papel haria su hijo ante la sociedad?... Y ella misma, ¿que se veria precisada á recibir favores de un hombre á quien un dia quiso dar una limosna? ¿Qué humillacion! Verdad que su hija hacia una brillante boda con el conde del Redil; pero ¿acaso no era éste de la misma ralea que la duquesa?... La del Monte, vertió lágrimas por primera vez en su vida, lágrimas de fuego salidas del infierno que sentia en su corazon. Su esposo, que estaba acostumbrado á temblar ante sus miradas, al ver las que ahora despedia á través de aquel rocío, poco le faltó para

perder su serenidad; y no sabiendo las frases de reglamento para tales casos, pues en su vida habia visto tomar nada tan por lo sério, llamó á su hijo Luis y á su hija Aurora, que eran los que más con la mamá congeniaban. Sorprendido el uno y de mal talante la otra, entraron en el aposento, oyendo seguidamente el relato de lo sucedido, que contado por el baron, no tenia las cuatro quintas partes de gravedad que por la baronesa tuviera, y que fué contestado por una desdeñosa mueca de Aurora, que dijo:

— Creí que se quemaba la casa. ¿Y eso te hace llorar?

— ¿Yo llorar? exclamó iracunda la baronesa, no; es la rabia que se me sale por los ojos; y volviéndose á su hijo, continuó. ¿Has visto más humillacion?

Habiase quedado éste con la mirada fija en la alfombra, y al oír la voz de su madre, murmuró:

— ¿Y vosotros habeis consentido?

—¿Podíamos acaso oponernos? dijo el baron.

—¡Oh! sí, debiste protestar enérgicamente contra tal enlace.

—Con lo que hubiéramos conseguido sencillamente que se verificase sin nuestro consentimiento.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó la baronesa; pensar que he de verme humillada á mirar como sobrino á este hombre, á tener que aceptar....

—¡Oh, no, por mi vidad exclamó el baroncito con enérgico acento; es menester que sepa ese aventurero con quién se las há, y si ha podido sorprender la buena fé de una mujer inexperta, sepa tambien que no falta quien mire por el brillo de su nombre.

—¿Qué intentas hacer? preguntó el baron.

—Dar una leccion á ese perdido.

—¡Cómo! ¿ignoras acaso que la duquesa le ha concedido su mano?

—Falta ahora que la logré.

—No seas majadero, repuso su padre.

—No, Luis, nada conseguirás, prosiguió la baronesa; al contrario, si os batís y te vence....

—¡Por los cielos! gritó Luis, seria el primer hombre que se ha reido de mí.

—Mas sea lo que quiera, ¿conseguirías acaso la mano de tu prima? objetó su padre.

—Lo que importa es que no la consiga él; dejadme á mí, conozco esta casta de pájaros y sé cómo se han de tratar.

—Por Dios, Luis... murmuró su madre.

—Basta.

Y salió bruscamente de la estancia, en tanto que su padre se encogía de hombros, y la baronesa, martirizando la borla de un almohadon hasta arrancarla, murmuraba entre dientes:

—¡Cualquiera que sea el resultado, redundará en perjuicio nuestro! ¡Oh, esto solo á mí me pasa!...

Aurora escuchaba indiferente cuanto hablaban en su derredor, arreglándose un grupo de flores colocado en su pecho.

## CAPÍTULO XII.

## DESAFÍO.

Encerrado en su despacho y escribiendo rápidamente, encontramos al afortunado Enrique de Velasco, que no debía serlo tanto en aquel momento, á juzgar por la siniestra expresion de su rostro, y no ménos de las miradas que de vez en cuando dirigia á un elegante reloj colocado sobre la chimenea, en las que revelaba tanta amargura como ansiedad, si bien no tardó en calmar esta última la voz del viejo José, diciendo:

—El señor conde del Redil y el señor de Ortiz.

—¡Al fin! exclamó el jóven soltando la pluma y dejando el asiento para recibir á

los recién llegados, á los que apretó cordialmente la mano, y despues de invitarles á tomar asiento, dijo:

—Enterados como están ustedes del por qué me ha permitido molestarles, creo convendrán conmigo en que es preciso despachar el asunto sin pérdida de momento; mañana es el baile, y debe ántes quedar ventilada esta cuestión.

—Permitame usted que le diga que es una solemne niñería aceptar ese duelo, dijo el del Redil.

—¿Puedo acaso evadirlo? Despues de diez ó doce dias de ausencia, durante los cuales desprecié cuantas cartas me dirigió ese majadero, me encuentro al regresar á mi casa un cartel de desafio, al que di la misma importancia que á las anteriores misivas, lo que sin duda contribuyó á aumentar su encono, no cejando hasta conseguir lo que se proponia, que no le fué difícil anoche en el Casino, usando frases que, no digo á un hombre, á un poste hubieran levantado.

—Es cierto, dijo Ortiz.

—Ahora bien; acepté el lance, jurando para mí no derramar una gota de su sangre; pertenece á la familia de la duquesa, y la sangre derramada amargaría tal vez nuestro hermoso porvenir.

—No debe usarse de tal generosidad con quien no puede comprenderla, repuso el esposo de Isabel, pues en pago á tan noble accion, es él muy capaz de dejarle á usted yerto.

—Si me mata, ¡qué remedio! yo por mi angelical esposa seré llorado sobre mi tumba, y el desprecio de aquella y el grito de la conciencia de él, acusándole de asesino, me vengarán dignamente.

—Los desafíos del baroncito del Monte, dijo el conde, acostumbran á meter mucho ruido, sin tener deplorables consecuencias; él quiere que el mundo sepa que se va á batir, y una vez que lo sabe, se queda tan satisfecho como si estuviera vengado el agravio, y se presenta tranquilo en el cam-

po de batalla, casi siempre para estrechar la mano á su contrario.

—Esta vez, conde, no satisface su saña con tan poco, y quiere que el duelo sea á muerte, para de todos modos matar mi felicidad, pues él dice: «Ó me mata, ó le mato. Matándole, no se casa; matándome, tampoco, porque mi cadáver se interpone entre los dos.»

—¿Quiénes son sus testigos?

—Lo ignoro; me he negado á recibirles esta mañana, diciendo que les mandaria los míos.

—Pues no perdamos tiempo, dijo el conde levantándose; tal vez sea posible un arreglo.

—No lo espero, repuso el de Velasco; para eso seria preciso que me diera pública satisfaccion de los agravios que me ha inferido, y no es fácil que lo haga; las demas condiciones las deje al criterio de ustedes; solo sí, en uso de mi derecho, elijo la pistola, por ser la única arma que maneje regularmente.

—Está bien, dijeron sus testigos levantándose.

—Me falta suplicar á usted, conde, dijo Enrique al estrecharle la mano, que me dispense si tan pronto he abusado de la amistad que nos prometimos; mas para estos casos son necesarios hombres como usted y y mi amigo Ortiz.

—Me complazco en poder serle á usted de alguna utilidad, contestó el del Redil, si bien deploro el motivo; mas espero en Dios que no ha de permitir que la locura de un hombre mate la felicidad de aquel ángel á quien todos debemos la nuestra.

Despidiéronse los tres caballeros, volviendo Enrique á sentarse en su bufete, mientras sus dos visitantes se encaminaban en busca de los testigos del baroncito, provistos de la tarjeta que aquellos dejarán, en la cual leyeron: «Rodolfo de Ruiz, vizconde de Cazar...»

Les parecerá extraño á mis lectores que tan pronto trabaran conocimiento el conde del Redil y el afortunado escritor; mas de-

jará de parecérselo si atienden á la igualdad de sus caracteres y recuerdan los vivos deseos que el conde tenía de conocer al glorioso vate, tras lo cual buscaba siempre ocasión, que encontró muy favorable al comprar Valasco unos bosques lindantes con sus posesiones.

Simpatizaron los dos á primera vista, y el motivo que dió lugar á su conocimiento, diólo á que se juraran estrechísima amistad, que la consolidó más el parentesco que les debía unir al enlazarse con las dos primas. No es de extrañar, pues, que el conde sintiera desagradablemente impresionado su corazón por el lance que había provocado el baroncito, haciéndolo exclamar:

— ¡He aquí cómo el necio puede desbaratar los más grandes proyectos del sabio; cómo el alma más ruin y mezquina puede matar la felicidad del corazón más grande y generoso! ... Y no hay esperanza de que ni sus mismos padres, caso de que lo sepan, hagan desistir á ese mentecato de

su insensatez; el baron, porque es el baron . . . . la baronesa . . . . ¡oh! la baronesa pondria la espada en la mano de su hijo, sin pensar en el riesgo que éste corria, por el solo hecho de haber soñado que intentaban humillar su orgullo.

Conforme dijo Velasco, no era posible un arreglo, pues el baroncito, no solo se negaba á dar la más pequeña satisfaccion, sino que insistia en que el duelo fuera á muerte, á lo cual se opusieron tenazmente los padrinos á despecho del envidioso Luis, quedando al fin convenidos en que se verificaria con pistola á las seis del día siguiente, en el sitio indicado por los testigos, más allá del Campo del Moro.

Enrique no durmió aquella noche; pasóla entera escribiendo al ídolo de su corazon, á la incomparable mujer por quien solo tenia vida, no olvidando á su buena madre, si bien estaba seguro de que, caso de una desgracia, no tardaria en acompañarle al sepulcro. Recomendó ambas mujeres una á otra; besó repetidas veces las

dos cartas, y esperó tranquilo la hora. Apenas asomó en el horizonte el primer crepúsculo de la mañana, un carruaje paró á las puertas de su casa, á cuyo ruido envolvióse Enrique en su capa, dió algunas instrucciones á su fiel José, que las recibió llorando como un niño, hasta que, conmovido el jóven, le echó los brazos al cuello, diciéndole:

—Ánimo, José.

—¡Ah, señor de mi vida, que tal vez no os veré más!

—Cúmplase la voluntad del cielo; yo no le provocado el lance; muy al contrario, he tratado de evitarlo por todos los medios decentes. Quizás soy indigno de levantar mis ojos hasta la mujer que me ha concedido su mano, y quiere Dios apartarme de ella . . . . Quizás sea para más humillar á mi contrario . . . . pero dejemos esto; suceda lo que quiera, tengo mi conciencia tranquila. Cample enauto te he encargado y no te separes un momento mi buena madre;

si al levantarse pregunta por mí, le dirás que estoy de caza.

—Sí, sí... y en tanto rogaré á Dios por vuestra vida, y á vos, señor, que no tengáis lástima de quien en tal trance os ha puesto.

—Su vida es sagrada, José, solo yo corro peligro. Adios.

Desprendióse Enrique de los brazos de su fiel criado y reunióse al conde del Ródil, á Ricardo de Ortiz y al médico que con ellos llevaban, en cuya compañía sintióse otro hombre, pues si bien jamás le había faltado el valor, enterneciósele y menguósele algun tanto al escribir á su madre y á Adriana, y despedirse del viejo José, que no se adquirieron los bríos entre mujeres y ancianos.

Las frescas brisas de la mañana, que alegres precursoras del rey de los astros parecían las encargadas de despertar á la naturaleza de su dulce letargo, acariciaban blandamente el rostro de nuestro héroe, despejando su imaginacion de las tristes ideas que la absorbían. Después de salu-

darse los tres amigos, reinó entre ellos el más profundo silencio, interrumpido de vez en cuando por alguna indiferente observacion respecto á lo que á sus ojos se ofrecía. Así llegaron al sitio destinado, donde al mismo tiempo que ellos paraba otro carruaje, del que se apearon el baroncito y sus dos testigos, jóvenes bulliciosos y fatuos, por el estilo del que apadrinaban.

Saludáronse cortésmente; luego los testigos echaron suertes sobre quien había de atacar primero, resultando favorecido el glorioso escritor. Pasaron en seguida á examinar las pistolas, y entregando una á cada uno de los combatientes después de medirles el terreno, se pusieron estas en guardia.

—El baroncito del Monte puede matarme á su sabor, seguro de que mi bala roce siquiera su piel, y no por falta de buena puntería, como espero demostrarle, dijo Enrique.

—Esas son baladronadas que pronto he-



mos de ver, contestó Luis con orgulloso desprecio.

Dieron la señal los testigos y apuntó Enrique el arma, diciendo:

—Cuidado, baron, que le voy á rasgar la camisa.

Seguidamente oyóse la detonacion, llevándose la bala un trozo de la camisa de aquel.

Dirigiéronse todos una singular mirada, y el baroncito palideció. . . . no se sabe si de rabia ó susto, al ver la puntería de su contrario. Disparó á su vez, y gracias á un movimiento de Velasco, el plomo silbó por encima de su cabeza.

—Tambien me precio de tener buen pulso, dijo sin dignarse mirar á su contrario y mientras entregaban las pistolas para que de nuevo las cargaran. Recogiéronlas luego, y al apuntar Enrique, dijo:

—Ni el lienzo quiero ya, que seria lástima dejarle á usted sin camisa.

Esta vez pasó la bala por debajo del brazo de Luis, cuya mano apoyaba en su

cadera. Disparó éste, y el proyectil rozó el hombro de Enrique, llevándose la piel por donde rozara.

—Ya se acerca, dijo aquel, y tiró de nuevo, pasando el tronco del árbol que tras el del Monte habia.

—De modo, ¿que no quiere usted tocarle? dijo uno de los testigos del baroncito.

—He tenido el honor de decirlo ántes; si me veo herido y en aptitud de vengarme, no verteré una sola gota de su sangre.

—Pues será mejor pasarle á usted de parte á parte para que no haga más alarde de su compasion, dijo el del Monte ciego de rabia.

Saludó Velasco, y seguidamente recibió la bala de su contrario en el brazo izquierdo, por haber con él amparado su corazon, que era donde Luis apuntaba.

Acudieron presurosos el conde y el de Ortiz, juntos con el médico que les acompañaba, y despues de reconocer la herida, y visto que no era de gravedad, vendáronla

con el mayor cuidado, volviendo á dejar á ambos adversarios frente á frente.

—Tal vez ese rasguño le abrirá á usted las ganas de meterme la bala por donde me salga la vida; aconséjole que así lo haga, pues si me deja usted con ella, le meto el plomo entre ceja y ceja, dijo el del Monte irritado al ver la conducta de Velasco.

Pusieronse en guardia, disparó éste, y la bala quedó clavada en el tronco de un árbol no muy distante.

Quedóse el del Monte mirando á su adversario, sin poder ocultar la sorpresa que le causaba tan incomprensible proceder, dando lugar á que el conde del Redil dijera dirigiéndose á los testigos:

—Creo, señores, que se han guardado todas las formalidades del duelo, y que ambos adversarios pueden darse por satisfechos. El señor de Velasco, según se ve, no verterá una gota de sangre del señor baroncito del Monte; ghemos de esperar á que éste vaya disparando hasta aca-

bar con la vida de su contrario? Esto, mejor que desafío, podría llamarse asesinato.

—No suelto el arma sin dispararla, dijo Luis; me toca á mí tirar ahora, y no creo que vaya usted á privarme de mi derecho.

Seguidamente oyóse la detonación, respetando el plomo, aunque dirigido con la crueldad de que era capaz tan ruin corazón, al grande hombre, á quien sin duda guardaba Dios para más altos fines.

—Tiró el baroncito lejos de sí el arma, y cruzándose de brazos ante Velasco, exclamó con el mayor despecho:

—Máteme usted de una vez, que ya lo estoy deseando.

—Si cojo otra vez el arma, dijo María que, será para descargarla en el aire, y no me conviene este ejercicio; pues aunque leve la herida, no deja de incomodarme; sin embargo, me permite esperar á que cargue usted de nuevo....

Interpusieronse los testigos del baroncito diciendo:

—Quedan cumplidas todas las condicio-

nes impuestas, Luis, y el generoso proceder del señor de Velasco te obliga á rendirte y darte al mismo tiempo por satisfecho, pues si necesitabas su sangre, la has vertido ya.

— ¡Oh! esa generosidad es la que me desespera, repuso irritado Luis, pues no sé en qué sentido tomarla.

— Empiece usted por no creer en ella, pues no existe realmente, dijo Enrique demostrando en su mirada la indignación que hasta entónces reprimiera. A no llamarse usted Luis de Peñarrosa, es probable que estuviera usted ahora mordiendo el suelo; pero ese nombre me hace respetar aun lo que más desprecio. Acepté el duelo para probar, no á usted, sino á cuantos nos oyeron, que Enrique de Velasco no retrocede ante el cañon de una pistola; he disparado la mia para hacerle á usted ver que sé dar en el blanco, y con la misma tranquilidad que le he rasgado la ropa por donde me he propuesto, le hubiera á usted partido el corazon. Ahora que no puede usted

dedar que tengo valor y puntería, me niego á recoger el arma por respeto á ella, ¿me entiende usted, baroncito?

— ¿Y si yo le hubiese á usted muerto?

— Léjos de adelantar nada en sus proyectos, hubiera usted sido maldecido por el mismo sér que hoy, sin saberlo, le ha salvado la vida, y por una anciana madre que la hubiera perdido tambien.

— Añadiendo las muchas personas que al señor de Velasco profesan toda la estimación que se merece, prosiguió el del Redil, y á todos los amantes de las bellas letras, incluyendo á la posteridad, que no le perdonara al baroncito del Monte que, por un capricho de su burlada vanidad, tronchara en flor á una de las glorias de la patria.

— ¡Oh, conde! . . . exclamó Enrique.

— Buen campeón tiene en usted el afortunado escritor, repuso Luis pálido por la ira.

— No creo que el baroncito intente provocarme, dijo el conde; mas debo adver-

tirle, por si acaso, que dentro de breve tiempo hemos de llamarnos hermanos, y esta consideracion haria que yo imitara el noble proceder de mi amigo Velasco. Como hermano, pues, aconséjole á usted que, dejándose de quijotadas, que le habian de producir tan grandes resultados como al Hidalgo Manchego, se resigne con su suerte como hombre sesudo, y respete el fallo de Dios como buen cristiano.

— ¡Oh!... exclamó el baroncito crispando las manos, y dirigiéndose á Enrique, continuó: Sepa usted de hoy para siempre, que no le reconoceré jamás como pariente mio, por tenerlo en mengua, y lo mismo para mí, que para toda mi familia, será usted siempre el objeto del más alto desprecio.

— Muchos serán ustedes á despreciarme, y yo me basto para despreciarles á todos; ya vé usted cómo aun en esto le llevo superioridad, contestó Enrique con calma.

Procuraron calmar los ánimos los padrinos de ambas partes, y regresaron á sus

respectivos carruajes, saliendo á galope el del baroncito, y no tardando en rodar el del conde del Redil, donde iba el insigne escritor doliéndose de su herida, que le atormentaba más de lo que él creyera. Una vez en su casa, y despues de tranquilizar la desesperacion que de su buena madre se apoderó al verle regresar en aquel estado, fuéle atentamente examinada la herida, y vieron que, si bien la bala no tocó al hueso, habia profundizado hasta él, llevándose la carne por donde pasara.

— Bendito sea el brazo que me ha salvado el corazon, dijo Enrique.

Aconsejóle el médico que guardase cama algunos dias, pues era probable que se inflamase la herida, produciendo la calentura; mas negóse por el momento el jóven, diciendo:

— Mañana dispondrá usted de mí, seguro de que serán atendidas sus disposiciones; hoy solo la muerte podria impedirme asistir á una fiesta donde es indispensable mi presencia.

—No, hijo de mi alma, que puede agravarse tu estado, te lo pide tu madre, te lo pide la misma Adriana; si para ella solo existes, ¿por qué expones así tu vida, que es la mejor garantía á vuestra felicidad, ya que en nada tienes la mía?

—No diga usted eso, madre querida, pues al entregar mi corazón, le he reservado á usted la parte que le corresponde, y dirigiéndose al médico, continuó: ¿Cree usted que por ir en carruaje desde mi casa á la calle de Espoz y Mina, permanecer una hora en un salón, y regresar del mismo modo, corre mi vida peligro?

—No tanto, caballero, pero sí puede costarle á usted un mes de cama en vez de ocho días.

—Sensible es, mas me precisa correr esa exposición; dígnese usted venir á verme mañana todo lo temprano posible, por si necesito de sus cuidados.

Despidióse el facultativo, y una vez solos la madre y los amigos, intentaron disuadir al jóven de su empeño; mas ni las

lágrimas de la una ni los ruegos de los otros lograron torcer su voluntad.

—Hoy debe anunciarse oficialmente mi enlace, dijo; hoy debo ser presentado como el futuro esposo de aquel ángel sobre quien están fijas las ávidas miradas de ese pequeño gran mundo, en el que cada cual se dejaría arrancar un ojo por ver ciegos á los demás, ¿y me aconsejáis que falte? ¡A cuántos comentarios se prestaría mi ausencia! . . . ¡Cómo se pavonearía ese necio, á quien hoy más que nunca es preciso confundir! ¡Oh, no! Hay ocasiones en que el hombre debe sacrificar su vida á su amor propio. Perdon si me rebelo, madre mía; mañana será usted sumisamente obedecida.

Enjugó sus lágrimas la buena señora y estrechó á su hijo contra su corazón.

—¿Le parece á usted que avisemos á la duquesa lo ocurrido? preguntó Ortiz?

—No, amigo mio. ¿Para qué asustarla? Esta noche me verá y se lo diré yo mismo.

—Mas le verá á usted en un estado que ella no espera, dijo el conde, recibiendo

peor impresion que la que sentiria si su discreta amiga Isabel le contara el caso, evitando así que llegase á sus oídos por boca de sus parientes, que excusado es decir cómo llegaría.

—Es verdad, es verdad, no se me habia ocurrido esto; mas me permitirán ustedes que yo se lo escriba, y que la buena de Isabel se encargue de llevarle la carta.

Hízolo así, y una vez concluida, entrególa á Ortiz, que, junto con el conde, se despidieron del jóven, dejándole en los brazos de su madre.

—Sabian los barones del Monte que su hijo iba á batirse?... Despues de la conversacion que medió entre ellos, conocida de nuestros lectores, debian adivinarlo. Verdad es que el desafio tardó quince dias en realizarse, gracias á haber estado Enrique ausente de Madrid; mas en éstos no trató Luis de disimular cuáles fuesen sus intenciones, haciéndose público al cabo de ellos hasta insertarlo los periódicos, aunque en términos encubiertos. Compre-

diólo y callóse el baron, como callaba á cuanto su hijo hacia, pues lo habia educado en su escuela y honraba á su maestro. Comprendiólo la baronesa, y callóse tambien. ¿Era acaso el primer desafio que tenia su hijo? ¿No se habia batido con todos los calaveras de la corte, sin recibir el más leve rasguño? ¿Por qué lo que no habian conseguido sus anteriores adversarios habia de conseguirlo éste, que en concepto de su excelencia era un pobre diablo capaz solo para manejar la pluma? Por otra parte, la baronesa se creia ofendida por Velasco desde que en mal hora le conoció en la estacion, y ofendida y humillada desde que le habló en su casa. Sabia tambien lo ocurrido en el café Suizo, y pareciale muy del caso que el lance suspendido aquel dia se llevara á cabo entónces, en que, favorecido el escritor por la veloz fortuna, parecia burlarse de ellos. Cierto que la duquesa le habia concedido su mano, mas por lo mismo era preciso desprestigiarle á sus ojos, á los cua-

les cegó su sola celebridad y el prurito de aquella en hacer las cosas al revés que las demas personas. Este lance, del que debía salir poco airoso el laureado escritor (por la sencilla razon de ser el baronito su adversario), podia hacer imposible el conabido enlace, podia aplazarlo, podia... tantas cosas podian suceder, que más que una esperanza, era casi una seguridad de que no se realizaria.

Todo esto y mucho más pensaba la baronesa, y como segun ella no se engañaba jamas en sus apreciaciones, comprendiéndolo todo, dejó que siguiera su camino, mas no tan á sangre fria que el día del duelo, que no se le pudo ocultar á ella, no sacndiera la pereza, y levantándose con la aurora, esperara impaciente y calenturienta el regreso de su hijo, que era la solucion al problema que hacia quince noches robaba el sueño á sus ojos y la tranquilidad á su corazon.

Recibióle al fin en sus brazos, pálido, desencajado, tembloroso; no necesitó más

la baronesa para adivinar el resultado. Hubo algunos momentos de silencio, que ninguno de los dos se atrevia á interrumpir; al fin exclamó la madre:

—¿Y él?

—Herido levemente en un brazo, mas yo herido de muerte en mi orgullo.

—¿Qué dices?

—¡Oh! me ha vencido, me ha humillado.

—Pero ¿no es él el herido?

—¿Qué importan algunas gotas de sangre, cuando yo he perdido hoy todo mi prestigio?

¿Cómo?.... ¡Oh! cuéntame....

—Escucha....

Y empezó el relate de lo sucedido.

## CAPÍTULO XIII.

## EL BAILE.

Profético estuvo el baroncito al anunciar su desprestigio, y no ménos lo estuviera si junto con él vaticinara que debía llegar su adversario al colmo de la celebridad.

Ya habian hablado del lance los periódicos, aunque sin decir quienes fuesen los contendientes; era preciso, pues, que con la misma reserva hablasen de su resultado, y así lo hicieron aquella misma tarde, en términos tales, que la conducta de Velasco admiró á los hombres y entusiasmó á las mujeres, y como es consiguiente, todo lo que uno ganó en la opinion pública, perdió el otro, á quien la noble conducta del primero ponía más en descubierto la negra

mezquindad de su alma. A pesar del misterio con que los periódicos velaban el hecho, no faltó quien levantara la punta de ese velo, pues Luis contaba con muchos amigos, todos pertenecientes á su escuela, que no la habian de saber para callarla, y más cosa que fuese en descrédito de otro, los que acabaron por hacer propalar la noticia hasta el secreto tocador de las damas, que, encerradas en él, preparaban los adornos y estudiaban los atractivos con que creian eclipsarse unas á otras aquella noche en el baile de los barones del Monte.

Sabíase ya que el objeto de aquel era participar á sus amigos el enlace de la duquesa de Clarendon y de Lola de Peñarrosa, y esta último era el lado amargo que privaba á las bellas de saborear de antemano todos los encantos de la fiesta; por lo que en verdad, ¿qué valia Lola, artísticamente comparada con muchas de ellas, para merecer al conde del Redil, una de las primeras figuras de la corte? Mas como todo tiene su compensación, desarrugábase



las el ceño que tal idea les hiciera poner la de conocer al jóven Enrique de Velasco, al insigne escritor, que, según se decía, iba á ser presentado aquella noche en el gran mundo, apadrinado por el conde del Redil á ruego de la duquesa de Clarendon, lo que habia dado lugar al lance con el baroneito, pues no podia ser para éste plato de gusto ver que su futura se interesaba, por un hombre que debia considerar temible, porque ademas de su mérito personal, era la más encumbrada celebridad del dia; y en su arrebatada imaginacion forjábanselo las hermosas un sér extraordinario, un semidios, que con solo su pluma habia conmovido al mundo literario, abrasando la llama de su genio todos los escollos que á su paso se oponian para deslumbrar con su brillo á la admirada humanidad.

Enrique de Velasco era en aquel momento el foco de luz que atraía todas las miradas femeninas, el astro luminoso cuya salida esperaban para, cual otras flores, desplegar su galanura al brillo de sus rayos.

No habia una hermosa que en el secreto interior de su gabinete no se preguntara á sí misma:

— ¿Conseguiré atraerme sus miradas?

A esto seguía una al espejo, acompañada de otra sonrisa que decía:

— ¡Quién sabe! . . .

Con los ánimos así dispuestos recibieron las aristócratas damas los pormenores del duelo, y ésta fué la última pincelada que sublimizó la figura de Velasco á los ojos de la bella mitad del género humano, entusiasta por todo lo grande y extraordinario; y como los periódicos no entraban en pormenores, el respeto que al nombre de Peñarrosa, segundo apellido de su amada, detuvo el brazo del gran escritor, calificó cada una á su manera, á cual más favorable al insigne ingenio que todas ansiaban conocer con más ó ménos vehemencia, si bien con idénticas miras.

Solo Adriana, verdadera conocedora del suceso, vertió lagrimas de entusiasmo ante el proceder de su adorado Enrique, y do-

lor al saber que estaba herido. Sin embargo, como se lo participaba él con carta escrita de su puño, creyó la herida más leve de lo que realmente era; y si bien encargó á su amiga Isabel y mandó á su nodriza para que le suplicaran en su nombre que no se apartara de las órdenes del médico, y no pensara siquiera en asistir al baile si aquel se lo prohibía, no cuidó de prohibírselo ella, como hubiera hecho al saber el verdadero estado del herido. Contestó, pues, en los más cariñosos términos á la carta que de Enrique recibiera, y seguidamente hizo anunciar á su tío, al que encontró sólo, tumbado en una butaca y fumando con la mayor tranquilidad.

— Espero que mi señor tío dispensará mi inoportuna visita, pues me precisa decirle algunas palabras, dijo despues de aceptar el asiento que aquel le indicara.

— Sabes que siempre estoy á tu disposición, contestó éste con toda la galantería de que era capaz.

— Mejor que yo estará usted enterado

del lance que con la mayor imprudencia y fuera de todo sentido ha promovido su hijo de usted, mi señor primo, á quien hasta ahora he considerado como tal, y desde este momento debo mirar como mi mayor enemigo.

— ¡Adriana, ten en consideración que los hombres se encuentran á veces en situaciones tan especiales, que les es fuerza hacer lo que jamas pensarán, y aun lo que no quisieran; tú sabes que Luis te amaba...

— Dispénsame usted, tío, no quisiera entrar en terreno tan resbaladizo. . . lo que él quería era sacrificar un hombre muy superior á él, junto con la felicidad de toda mi vida, pues en este hombre la cifra, á su mal entendida vanidad, á su necio orgullo; mas en vez de esto, solo ha conseguido ponerse en el colmo del ridículo, si bien á costa de la sangre del mejor de los hombres.

— ¡Bah, bah, bah! . . . las frases de cajón . . .

Miró la duquesa á su tío de un modo singular, y continuó:

—Abreviemos todo lo posible; hoy, al par del de Lola, debe anunciarse mi enlace....

—Mas como, segun tengo entendido, mi Luis ha imposibilitado de asistir al baile á tu célebre futuro, interrumpió el baron con irritante moña, no podrá anunciarse mas que el de mi hija.

—No veo la razon, prosiguió Adriana Hamando en su auxilio toda su sangre fria. Creo que puede usted participar mi boda, puesto que es usted quien debe hacerlo, asista ó no Velasco al baile; á no ser que quiera usted obligarme á que la participe yo, pues no admite demora el breve término que á su realizacion le señalado.

—¿Será cosa de consumarse en cuanto ese caballero esté sano de su herida?

—Tal vez sea cosa de no esperar tanto.

—¡Oh!... ¡oh!... ¿quieres anticiparte á tu prima?

—Mi prima puede esperar tranquila el

día que sus señores padres dispongan, pues está libre de temores; á mí me asaltan cada momento de nuevas tentativas contra mi felicidad, pues la codicia induce á muchas bajezas, y el medio de evitarlas es cortar de un solo golpe toda esperanza.

—¿Con que estás decidida á que se participe tu enlace aun cuando esté ausente tu futuro?

—Exactamente.

—Poco airoso será tu papel....

—Le acepto tal como sea.

Retiróse la duquesa á sus habitaciones, dejando á su tío murmurando por lo bajo:

—Si la señora baronesa hubiese estado presente á este coloquio, no tan amigablemente se acabara, pues que la sobrinilla ha estado algo dura en su lenguaje; mas yo, como hombre de experiencia, no entiendo nunca lo que no me conviene entender, y me va así perfectamente. Por otra parte, la duquesa es dueña absoluta de su voluntad, que por cierto la tiene muy firme, y querer quebrantarla, es intentar fun-

dir la roca. Cásese bendita de Dios, que, á pesar de no tener el talento de mi esposa, siempre me temí que no atraparíamos los millones. Es preciso que mi heredero se dedique á otra millonaria ménos sentimental.

Llegó al fin la hora del baile, y los lujosos salones, espléndidamente iluminados, viéronse poco á poco invadidos por lo más selecto de la corte de España, pues las virtudes y los millones de la duquesa de Clarendon la habian elevado tanto en la opinion pública, que por las primeras vueltas, y por los segundos otros, todos deseaban captarse la simpatía, ó cruzar cuando ménos algunas amistosas palabras con aquella mujer extraordinaria, y como se suponía que iba á enlazarse con el baroncito, pues desde la llegada de aquella á España no cesaba éste de participarle á quien quería oírlo, de aquí que no ménos deferencia mostraran á los barones las mismas personas que ántes se contentaban con saludarles friamente.

La baronesa, á quien la fuerte excitacion de sus alterados nervios habia robado el color á sus mejillas, vestida de terciopelo color de fuego, recargado de blondas y plumas, y ricamente aderezada con perlas y brillantes, procurando encerrar en su pecho toda la indignacion que abrigaba, recibia con estudiada amabilidad á los personajes que iban llegando, si bien lo desencajado de sus facciones y temblor de su fria mano ponian de manifiesto su secreta agitacion.

No tardaren aquellos salones en ofrecer un mágico cuadro, reproducido por los grandes espejos que adornaban sus paredes, en el cual no se sabia qué admirar más, si la hermosura, la riqueza ó el gusto. Disputábanse su asiento en el atavío de las damas las perlas, flores y diamantes, matizando blancas nubess de blonda entremezcladas con el raso y el oro, entronizándose las más ricas joyas en las desnudas gargantas y graciosas cabezas de las bellas, que en alegre torbellino hormiguea-

ban por los salones, desplegando con la mayor coquetería sus arrebatadoras gracias. Entre tal conjunto de belleza destacaban los grupos de caballeros, en los cuales era de notar la variedad de uniformes, de órdenes y condecoraciones, que desde el joven al anciano ornaban casi todos los pechos, viéndose en tan distinguida concurrencia representada toda la aristocracia española. No tardaron en unirse á ella las dos hijas de los barones del Monte; radiante, provocativa Aurora, vestida con inusitado lujo; graciosa, sonriente Lola, envuelta en una niebla de gasa con prendidos de flores naturales, cuya sencillez, entre tanta riqueza, destacaba agradablemente como el lirio entre centenares de luces. Era la hermosa nereida saliendo de la espuma de las aguas y sonriendo al volver la vista hacia los tesoros del mar. Recibiónla las mujeres con sorpresa, y con admiración los hombres, no pudiendo menos de exclamar:

— ¡Oh... qué linda está!

Acto continuo apareció Adriana de Wolsey vistiendo un elegante traje de crespón blanco con prendidos de perlas negras, sujetando los abundantes rizos que, blondos y desordenados caían de su hermosa cabeza, una fresca y sencilla camelia. Agrupáronse las señoras á su paso, prodigándole la mil ternezas y cumplidos, no todos verdaderos ni bien intencionados, pues hay entre el bello sexo una parte, y no escasa, que no perdona jamás que otra mujer valga más que ella, y no pudiendo volverse contra el Criador, desahoga su saña contra la criatura. Una mujer, realmente superior á las demas, no descende á poner en relieve los defectos de su sexo; cuando oigais que una procura ridiculizar á otra, creed la primera inferior á la segunda.

Cariñosa y amable la duquesa, correspondió con exquisita delicadeza á tan vivas demostraciones de afecto, contestando con no menos afabilidad á las afectuosas y atentas frases que la dirigian los caballeros. Luego tomó asiento al lado de la dis-

creta marquesa de Alcaráz, sin d'gnarse mirar al baroncito, que no léjos de ella sostenia animado coloquio con la coquetuela sobrina de la condesa de Silvia. Menos motivo necesitaban las perfumadas parejas entregadas ya á la embriaguez del wals para forjar mil punzantes epigramas, soltados á través del abanico ó entre las más candorosas sonrisas.

Haciendo de la fiesta caso omiso, seguia la duquesa conversando con su bella compañera y un anciano general, en cuyo pecho brillaba la cruz de San Fernando.

— ¡No la tienta á usted esa música, duquesa? díjole el noble veterano sonriendo al mirar el vértigo con que rodaban las parejas.

— Luego, general: no comprendo la precipitacion mas que en obras provechosas.

En el momento de mayor animacion, y cuando el wals tocaba á su término, oyóse confusamente la robusta voz del mayordomo, anunciando:

— El señor conde del Redil, el señor de Velasco.

Como por encanto paráronse los piés en la alfombra al oír estos dos nombres, que fueron repitiéndose por el salon, formando eco de grupo en grupo. Tinéronse las mejillas de la duquesa de vivo carmin; púsose lívido el semblante de la del Monte, y el rubio Luis, cual si los vapores del wals le hubiesen trastornado la cabeza, rióse más y mejor con dos ó tres pollitas alegres y bulliciosas, felices al verse galanteadas por tan almibarado *dandy*.

Aparecieron al fin los dos personajes que tal comocion habian causado, fijándose todas las miradas en el nuevo campeón que, precedido de tanta gloria, presentábase por vez primera dentro el palenque del gran mundo. Realmente Enrique de Velasco aparecia en medio de aquella bulliciosa y exaltada concurrencia como un sér fantástico, evocado para hacer olvidar la locura del baile, y absorberse el interes y la atencion general. Era su sem-

blante pálido y desmejorado á efecto de la calentura que le devoraba; sus ojos negros y aterciopelados brillaban con todo el fuego de la pasión que alimentaba su alma, haciéndoles más interesantes el amoratado surco de que la fiebre los rodeara. Su frente tersa y despejada frunciábase ligeramente, dando á su rostro cierto tinte de osadía, y revelando su conjunto un no sé qué de grande, de extraordinario, que obligaba á bajar la vista á las señoras y á inclinarse respetuosamente á los caballeros para exclamar:

—¡Salud al genio!...

Elegantemente vestido de rigurosa etiqueta lucía en su pecho la gran cruz de Carlos III, y pendía de su cuello un pañuelo de seda negra, con el que sostenía su brazo herido. ¿Podía presentarse más bella é interesante figura para precipitar los latidos de todos aquellos corazones que ballian bajo el raso y la blonda? La mirada que los ojos femeninos lanzaron al baroncito al desviarlos de Velasco, eran pa-

ra éste el triunfo más ruidoso, y para aquel el más execrable anatema. Poco cuidadoso Enrique del afecto que su presencia causaba, saludó con fría ceremonia á los barones, y despues de hacer lo propio á la distinguida concurrencia, dirigióse resueltamente á donde estaba la duquesa, que tendiéndole una mano, é indicándole un asiento á su lado, preguntóle con un viveza en que se trastucia toda la ansiedad de su alma:

—¿Y esa herida, Enrique?

—No me acuerdo de ella, Adriana, ahora que voy á cicatrizar la del corazón.

—Pero todo se hubiera llevado á cabo, aunque usted hubiese pensado más en sí mismo.....

—Mas no á mi gusto, señora, pues mi presencia aquí esta noche es de gran efecto. ¿Qué valen algunos dias de calentura que me puede costar?

—¡Oh, Dios miol! Y lo dice usted con esa sangre fría?...

—Sí, Adriana; este momento compensa todo lo que luego pueda sufrir.

Claváronse tiernamente en su pálido semblante los ojos de la duquesa, diciendo con ellos lo que callaban sus labios, por no aguzar la curiosidad de los muchos espectadores que les rodeaban, que no hay para qué decir los comentarios que se permitían sobre la especie de intimidad que echaban de ver entre la duquesa de Clarendon y el celebrado ingenio á la vista misma del baroncito, que procuraba desviarla de ellos lo que podía, haciendo exclamar á alguna de las señoras entre la más significativa sonrisa:

—El baroncito promete ser un gran marido.....

Las murmuraciones y cuchicheos ya se propalaban por el salón, cuando fué anunciado el enlace de Adriana de Wolsey, duquesa de Clarendon, con el excelentísimo señor don Enrique de Velasco.

No hubiera hecho más efecto un terremoto que aquella inesperada nueva.

—¿Cómo, decían entre sí los caballeros, se había manejado aquel hombre, oscuro hasta entónces, para alcanzar la mano de la millonaria duquesa, á la que habían presentado sus pretensiones los más arrogantes y encopetados personajes de la corte sin alcanzar de ella una sonrisa de esperanza? ¿Cómo había derrotado al baroncito que tan por suya tenía la victoria? ¿Cómo, cuándo, dónde se habían visto, si aquel día se presentaba por vez primera en sociedad? ¿Qué misterio era aquel? ¿Qué circunstancias rodeaban á aquel hombre? ¿Su talento? ¿En qué lo aprecian las mujeres? ¿Sería solamente un capricho? ... La duquesa no era caprichosa... ¡pero era excéntrica!

Decían las señoras:

—¿Cómo Adriana de Wolsey, casi extranjera en su país, se ha permitido arrebatarnos una de nuestras glorias? ¿Cómo tanta excentricidad y extravagancia han podido cautivar la fogosa y soñadora alma del gran poeta? ¿Cómo tan presto se dejó



cojer en sus redes? ¿Por qué, ahora que podía abrir su corazón á todos los placeres del amor, quiso presentarse en el gran mundo anunciándose marido y no pretendiente?

Mil preguntas de este genero dirigíase cada una á sí misma, contestándolas unánimes con estas palabras:

— ¡Los millones le han cagado!...

En tropel acudieron damas y caballeros á felicitar á los desposados, dándoles mil parabienes (que son fáciles donativos) y deseándoles con los labios toda clase de felicidades...

Tampoco faltó quien se acercara al baroncito para darle el pésame si era menester; mas recibióle éste con la más desconcertadora sonrisa, diciéndoles:

— Es preciso que mi esposa se amolde á mis costumbres, no yo á las suyas; esto solo puede hacerlo quien lo hace.

No faltaron risas y epigramas en derredor de Luis, que aquella noche parecía más alegre de lo que estuviera en su vida,

y tan rendido con cuantas le prestaban atención, que le cayera que hacer al niño vendado si acudir quería siempre que él le invocaba.

Después de participar la boda de Lola de Peñarrosa con el conde del Redil, y agotados los agasajos y parabienes, bailáronse unos imperiales, en los cuales por vez primera se enlazaron los brazos de Adriana y Enrique.

Terminados aquellos, y á ruegos de la duquesa, que veía sufrir á su amado, retiróse éste entre los saludos y repetidas felicitaciones de la perfumada concurrencia, acompañándole hasta la puerta el baron y hasta su casa el conde del Redil, en cuyo brazo se apoyaba.

— Ha hecho usted efecto, díjole aquel.

— Hemos salido del paso, conde; era mi único anhelo: ahora podré esperar tranquilo el breve plazo que falta para mi completa felicidad.

En el último tramo de la escalera cruzá-

ronse con un hombre que, aunque muy tapado, conoció en él. Enrique al inglés que tan extrañamente se le apareció en el café para abrirle el camino de la gloria y la fortuna. Extrañóle verle en aquel sitio, y encarándose con él le dijo:

—Caballero, aunque usted parece no querer conocerme, de mi imaginación no puede despintarse su figura.

—¡Oh, señor de Velasco! Yo me honro en ser siempre el mismo servidor de usted, dijo el inglés algo desconcertado.

—Dispénsame usted si soy importuno, insistió Enrique para descubrir alguna luz sobre una idea que á la vista del inglés asaltó su mente. ¿Está usted invitado á la fiesta?

—¡Oh, no señor! Mas me precisa ver ahora mismo á mi amigo James Keley...

—¿El?....

—El....

—¿El administrador de la duquesa?

—Sí.... señor de Velasco.

—¡Ah.... ya! Gracias, caballero, dijo el joven apretando convulsivamente la mano del inglés. Y mientras éste con paso precipitado tomaba la escalera, continuó: Todo lo comprendo ahora!

—¿Qué sucede? preguntó el del Redil.

—Es poco todo mi corazón para amar á Adriana; no es digno de ella ningún misero mortal.

—Pero....

—Despacio hablaremos conde, que no podría ahora, aunque quisiera. ¡Oh, ella, solo ella podía hacer lo que ha hecho!... ¡Cómo pagarla lo que le debo!

Acompañó el conde al entusiasmado enfermo hasta dejarle bajo el cuidado de su madre, y de vuelta á los salones, de donde momentos ántes se ausentara, halló á Adriana que, átable y delicadamente, se despedía de la concurrencia, retirándose á sus habitaciones.

Presentó el del Redil el brazo á su joven desposada, invitándola para la polka que

preludiaban, cuyos ojos cambiaron una mirada, solo comprensible para ellos, diciéndole el conde:

—Nunca ha brillado más una belleza que la tuya esta noche.

—¿Por qué?

—En todas cuantas te rodean brillan las joyas; en tí, solo la hermosura.

—¡Adulador!...

—¿Por qué no te has presentado con iguales galas que tu hermana Aurora?

—¿Te gusto así ménos?

—Lo que te he dicho antes, te lo prueba.

—Pues si así te gusto, no deseo más.

—¿Y no quieres contestar á mi pregunta?

Buborizóse Lola y bajó los ojos sonriendo.

—¿Es que el estado de tu erario no lo permitia? dijo el conde sonriendo también.

—¡Oh!... no.

—¿Pues...?

—¿Por qué ese empeño, Cárlos?

—Porque quiero desde hoy ser dueño de todos tus pensamientos. ¿Por qué mi Lola se ha presentado en el baile con tan modesto atavío?

—Porque en tanto que yo bailo, apaguen su hambre algunos hambrientos.

Estrechóla el conde contra su corazón exclamando ebrio de felicidad:

—¿Bandita, mil veces, bendita seas!



nia en sus rodillas una hermosa niña de tres años de edad, cuyos infantiles juegos é inocentes caricias rejuvenecian á la dichosa abuela. Al tender nuestra vista por el aposento, el anciano José anunciaba á los condes del Redil, ántes de los que entró corriendo un lindísimo niño de no más edad que la hija de Adriana, cuyos dorados rizos flotaban sobre su espalda, y abrazándose al cuello de aquella la dijo con ese encantador lenguaje de los niños, balbuciente é incorrecto:

—Isabelita me ha dicho que te diera mil besos.

—Pues qué ¿venís de las Ursulinas? preguntó la duquesa dejando el asiento y entregando su hijo á la anciana Ana.

—Sí, querida, dijo Lola abrazándola. Hoy Ortiz toma posesion de la subsecretaría de hacienda, é Isabel está ocupada recibiendo las muchas personas que van á felicitarla, por lo que nos hemos briudado á visitar á la niña hoy que se recibe en el colegio.

—No les faltará á ambas un abrazo mio, respondió Adriana, mientras Lola besaba á doña Carmen y á su bella nieta, y los dos felices esposos encendian un par de legítimos habanos arrellenándose en un confidente.

Siguióse luego una de esas íntimas escenas de familia en que las madres se cuentan las gracias y proezas, salpicando sus palabras con besos y abrazos á las prendas de su corazon, escuchan los padres á unas y á otros con amor y embelezo, y á todos miran embobados los abuelos, y vertiendo lágrimas de alegría levantan á Dios los ojos dándole gracias por la inefable felicidad que les acompaña al sepulcro. Así la anciana madre de Velasco no pudo ménos de exclamar mirando á sus hijos y á sus nietos:

—¡Oh, dichosa vejez la mia, tan dichosa como honrada!

Mas como no siempre nos es dado contemplar los brillantes rayos del sol, una amenazadora nube oscureció al momento

tan diáfano cielo con la repentina aparición de la baronesa del Monte, á cuya vista se levantaron todos pintándose en su rostro la más viva sorpresa y alarmante ansiedad, y era que venia con el semblante desencajado, los ojos hundidos y rodeados del encendido surco que tras sí dejaron las copiosas lágrimas que vertieron. Su cabello y traje en desórden, y todo el aspecto de su persona tal, que justificaba la alarma con que fué recibida.

— ¡Mamá!...

— ¡Tía!...

— ¡Señoral!...

Tales fueron las exclamaciones con que le salieron al paso, á las que contestó arrojándose en una butaca y ahogando sus sollozos con su pañuelo de encaje.

— Pero tía, ¿qué sucede? preguntó Adriana temblando.

— ¡Por Dios, mamá! ¿qué es eso? dijo Lola rodeando con sus brazos el cuello de la baronesa.

— Soy la mujer más desgraciada del mundo, pudo al fin exclamar.

— Pero sepamos qué ocurre...

— Mi Luis... mi Aurora...

— ¿Qué?...

Era inútil toda pregunta, pues las lágrimas le ahogaban la voz, y solo despues de haber desahogado su desesperacion con ellas, pudo dar salida á las palabras que con tanta ansiedad todos esperaban, por las cuales vinieron en conocimiento de lo sucedido, que brevemente explicaremos á nuestros lectores.

Casada Aurora con el hijo de un rico banquero por mero capricho, y á despecho de sus padres, que no admitian yerno sin blasones, el cual cayó incautamente en las artificiosas redes de aquella hasta el extremo de depositarla para hacerla su esposa, y creyéndose ésta superior á él, entró en su nueva casa como en país conquistado, malbaratando en un día lo que el viejo banquero reuniera en muchos años, y sembrando la discordia entre padre é

hijo en términos que aquel bajó al sepulcro agobiado por pesares que su vejez no pudo resistir. Libre ya de su suegro, aumentó su despotismo, y abusando del predominio que ejercía sobre su esposo, hizole comprar un título de nobleza, que fué el precio de la paz con sus deliciosos suegros, lo peor que al novel hidalgo podia sucederle, pues aconsejada por su vanidosa madre vino Aurora á ser el constante tormento y la inevitable ruina de su marido, por lo que éste, en el colmo de su desesperación y debido quizás á un momento de lucidez que la misericordia de Dios quiso concederle, rennió lo que de su fortuna le quedaba y emigró de Madrid, dejando la siguiente carta que en sus crispadas manos estrujaba la del Monte:

«Señora: Vuelva usted á recobrar su hermosa hija, que harto desgraciado me ha hecho ya, y dedíquese con toda la solitud que debe á enseñarla los deberes de la mujer, para que pueda algun dia ser buena esposa y buena madre de familia. Co-

mo creo esté lejano, voy á esperarlo léjos de ustedes en busca de la paz que tanto mi corazon necesita.»

—¡Infamel ¡infamel exclamaba la baronesa, ¡esto es inicuo, abusar así del candor de una niña hasta arrebatarla á sus padres, para abandonarla luego tan villanamente!

—Y Aurora, ¿qué dice á eso? preguntó Lola.

—¿Qué ha de decir? . . . que su marido es un monstruo de quien Dios le ha hecho señalada merced en librarla.

—Pues si eso dice, no hay motivo para desesperarse, repuso la duquesa.

—Pero como él es un hipócrita, la opinion pública condena á mi pobre hija, y yo no puedo resistir tal humillacion . . . ¡y aun si fuera esta sola! . . . lo más grave no lo sabeis, ni encuentro palabras con qué expresarlo.

—¿Todavía hay más?

—Mi Luis . . .

—¡Cómo! ¿qué le pasa á mi hermano?

— ¡Es horrible!...

— Pero sepamos...

— Estamos arruinados, perdidos para siempre.

Palideció Lola, y después de cruzar Enrique y Adriana una mirada de inteligencia, repuso ésta:

— Por ahí debíamos haber empezado, querida tía: lo sucedido á Aurora y lo que ha hecho Luis lo teníamos previsto.

— ¡Cómo! ¿También tú osarás culpar á tus primos?

— No creo haber culpado á nadie; solo pregunto: ¿quién es el culpable de todo eso?

— ¿Quiénes han ser? El reptil que mi hija se dignó levantar hasta ella, y la caprichosa esposa de Luis, que mira á su marido como uno de sus juquetes.

Sonrió la duquesa y prosiguió:

— Sepamos qué le ha sucedido al baroncito.

— ¿Qué ha de sucederle?... Que agotado cuanto su esposa y nosotros teníamos,

quiso probar fortuna en el juego para satisfacer los caprichos de aquella, y...

La baronesa no pudo proseguir; de nuevo las lágrimas acudieron á sus ojos.

— Grave debe de ser lo que así le trastorna á usted, dijo el conde del Redil.

— Estamos perdidos; nuestra ruina, nuestro descrédito es inevitable.

— ¿Y á cuánto asciende lo que ha perdido Luis? preguntó el esposo de Adriana.

— Es muy crecida la suma, repuso la baronesa, y lo peor es que ántes de las cuatro debe satisfacer á dos usureros que le amenazan con llevarle á los tribunales, y mi hijo, ántes que verse en tal afrenta, ha jurado levantarse la tapa de los sesos.

— ¡Es posible, mamá!... dijo Lola llorando.

— Sí, hija, sí; el baron se ha quedado vigilándole, pues todo puede esperarse de su desesperación, y yo he venido corriendo, porque necesitaba desahogarme.

Cruzaron algunas palabras Enrique y el



conde del Redil, y dijo el primero dirigiéndose á la baronesa:

—Voy allá al instante, señora, para salvar el buen nombre del baron del Monte.

—¿Usted? exclamó aquella.

—Me cabrá este honor, si usted no me lo impide.

—Me he dirigido á la duquesa mi sobrina para . . .

—Su sobrina de usted, interrumpió ésta, no tiene otra voluntad que la de su esposo, y solo hace lo que él dispone.

Un beso de Enrique selló los labios de Adriana, y junto con el conde dirigiéronse apresuradamente á ver al baroncito. Cuando aquellos hubieron salido, sentóse la duquesa al lado de su tia, y cogiéndola una mano, la dijo:

—Jamás me atreveré á acusar á una madre de la desgracia de sus hijos; mas ¡ay! cuán cierto es que con la educacion que se les da va unida la felicidad ó su infortunio! Usted que tan duramente reprobaba las nuevas y, segun usted, extra-

ñas costumbres, que iba adquiriendo Lola, toca hoy el resultado de ellas. Lola es la mejor de las esposas, el modelo de las madres, á quien bendicen unos, admiran otros y respetan todos. Aurora y Luis, cuyos hábitos tanto usted aplaudia, están al borde del precipicio, arrastrando consigo á sus respectivos consortes.

—¡Oh! eso....

—Sí, tia, es preciso que una vez llegue la verdad á sus oídos por labios que no pueden ofenderla, pues sobrado sabe usted el deseo que los mueve. El esposo de Aurora ha sido hasta hoy un buen esposo, demasiado condescendiente quizás, y ha dejado de serlo forzado por sus sufrimientos, horrorizado ante el porvenir que, siguiendo así, le esperaba. La esposa de Luis es una niña abandonada á sí misma desde su infancia, y por lo mismo voluble y antojadiza; mas al lado de un hombre tímido y de unos suegros que delicadamente supieran desvanecer el humo de que está llena su cabeza, inculcando en ella sanos

consejos y máximas saludables, llegaría á ser una mujer de provecho en vez del sér inútil y casi perjudicial de ahora.

—¿Has acabado con tu arenga? dijo la del Monte tomblando de cólera.

—Sí, tía; comprendo que es tarde para desandar lo andado.

—Basta ya, Adriana, que no estés mi cabeza para oír sermones, dijo estallando la baronesa. ¡Qué lástima que no se conceda el púlpito á las mujeres!

Sonrió bondadosamente la duquesa mirando á doña Carmen, que meneaba la cabeza como diciendo:

—Esta señora es incurable.

Levantóse la del Monte, y cogiéndose del brazo de Lela, repuso dirigiéndose á su sobrina:

—Te agradezco todo lo que hagas en esta ocasión, y más si suprimes esos discursillos por innecesarios.

—Comprendo su inutilidad y le ruego me dispense lo que la he fastidiado.

—Vamos, dijo la baronesa á su hija, pues me tarda el momento de llegar á casa.

—Tranquilecese usted, tía, respondió Adriana; mi Enrique lo arreglará todo.

Una hora despues abrazaba éste á su esposa diciendola:

Espero que este golpe será al baroncito provechoso.

—¿De veras?

—Sí, ángel mio; ha llorado en mis brazos como pudiera un niño, diciéndome:

«Enrique, eres mi primo al ser esposo de Adriana; por ella, por nuestro parentesco, ya que otra cosa no puedo invocar en mi favor, te ruego que me perdones lo que te he ofendido, y te pido que no te separes un momento de mi lado; necesito de un hombre como tú, pues yo me siento incapaz de luchar solo con todas las contrariedades que me rodean.»—Así se lo he ofrecido, y lo cumpliré.

—¡Dios le ayude! ¿Y cuánto nos cuesta su conversión?

—¡Cuatro millones! encargándose el conde de cubrir el crédito de tu señor tío, que también anda algo descalabrado.

—¡Este y su esposa no curarán! ¿Y Aurora?

—Compadezcámosla, Adriana.

—Lo dices de una manera.... ¿Qué más ocurre?

—No te lo ocultaré, pues tienes fortaleza suficiente para resistir toda clase de impresiones. Aurora ha tenido, durante la ausencia de su madre, dos vómitos de sangre, y según parecer de los facultativos que acaban ahora de verla, la tisis es irremediable.

—¡Dios mío! exclamó la duquesa empañándose la los ojos.

—¡Pobre Aurora! murmuró doña Carmen.

—¡Oh! es preciso hacer regresar inmediatamente á su esposo, Enrique, pues será un gran consuelo para la infeliz. Voy corriendo á prometérselo yo misma, y tú lo conseguirás, ¿verdad?

—¿Cómo no, si mi ángel lo desea? dijo Enrique estrechándola contra su corazón.

—Pues no me detengo..... Y apoyando sus manos en los hombros de su esposo, preguntóle con dulces coquetería, dirigiéndole una mirada llena de amor: ¿Qué hará mi bien entre tanto?

—Empezaré un libro que se titulará: *Influencia de la mujer buena en la sociedad*. ¡Oh! será mi gran obra, porque absorberé inspiración á todas horas.

—¡Enrique de mi alma!....

—¡Sí, Adriana mía! Tú serás el original de mi retrato. Dichoso yo, dichosos mis hijos que tal madre les cabe.

Como si éstos entendieran las últimas palabras, trataron de confirmarlas, la pequeña Carmencita abrazándose á las rodillas de su madre, y el tierno niño prorumpiendo en sollozos hasta verse en sus brazos.

.....

.....

Algunos meses despues, y gracias á la influencia de sus primos, espiraba Aurora en los brazos de su esposo, tiernamente reconciliada con él y arrepentida de sus pasados errores. Luis miraba con horror el juego y sus amigos de perdicion, y su esposa, que acababa de ser madre, entraba á formar parte de algunas sociedades de beneficencia, de las que era fundadora Adriana de Welsey.

FIN DE LA NOVELA.

## INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	PÁGS.
CAPÍTULO I.—Don Crencio Redondilla.....	3
— II.—Un sueño que parece realidad.....	22
— III.—Una realidad que parece sueño.....	30
— IV.—Donde empieza á recogerse la cosecha del bien sembrado.....	49
— V.—Tia y prima.....	62
— VI.—Un nuevo personaje...	88
— VII.—Gloria y fortuna.....	104
— VIII.—Alarma.....	112
— IX.—Un día aprovechado.....	125
— X.—Continuacion del anterior.....	149 <sup>R</sup>
— XI.—Consecuencias.....	169
— XII.—Desafío.....	190
— XIII.—El baile.....	114
Epílogo.....	198

